

Pedro Sorela

El sol como disfraz



«Uno de los enigmas del periodismo es que los periódicos salgan cada día sin rastro de tanta sangre y traición dentro de ellos: solo reflejan las guerras de afuera y, en contra de lo que se cree, tampoco demasiado». Pisotones, fotos y portadas que buscan retener en titulares el día fugitivo... el verdadero protagonista de esta novela es La Crónica del Siglo, un periódico que podría ser casi cualquiera, en el apogeo de su éxito no previsto. Pedro Sorela muestra cómo quienes lo escriben son periodistas más de carne que de hueso. Sofía, redactora jefa atrapada entre un cuerpo de fábula, su poder y el deseo de ser madre; Picasso, en el origen mismo de la leyenda de La Crónica del Siglo; Paloma, que ya conocimos en Aire de Mar en Gádor, al igual que Dimas, un periodista que intenta aplicar al periodismo secretos del teatro; Daniel, reportero con cara todavía de estudiante, que busca en una vieja moto una noticia cierta en un Madrid disfrazado por el sol y el azul del cielo para disimular la dictadura más severa que existe: la del tiempo. En una época en que la información deja de ser lo que fue y busca lo que será, El sol como disfraz explica algo del porqué y cuenta el qué y el cómo. El cuándo es el periodismo de nuestro tiempo, uno de los trabajos más atractivos y crueles que existen.

Pedro Sorela

El sol como disfraz



Título original: *El sol como disfraz*
Pedro Sorela, 2012

Revisión: 1.0
25/12/2019

Permanecer en las redacciones es peligroso

La Crónica del Siglo. 28 de septiembre
del año VI de la dirección de Picasso

Ese joven escurrido sobre el sofá como una gabardina vieja lleva ya un buen rato sin que nadie le haga caso, pero no parece importarle. Al contrario. Sus ojos sonríen como quien al fin ha llegado a alguna parte. Y así es, ha llegado al antedespacho de *Picasso*, en *La Crónica del Siglo*, y esa es para él una conquista. Ha llegado al lugar en el que se libra la guerra de su tiempo. Más aún, donde, en el año seis desde que *Picasso* fue nombrado director, se va ganando.

Aunque nadie diría que allí se libra tan siquiera un asalto. El sofá sobre el que el joven se escurre cruzando un tobillo sobre una rodilla es de diseño, en las paredes cuelgan viejas portadas del periódico con héroes, lágrimas o muchedumbres entusiastas que ahora son historia, si no arqueología, y a lo lejos se oyen las voces bajas de un grupo de secretarias que no parecen agobiadas por nada ni por nadie, y menos por el tiempo, que es la sustancia de esta guerra.

Y sin embargo, el joven está a punto de levitar, como cuando le faltaba un centímetro para llegar por primera vez a los labios con sabor a menta de una chica de trenza negra, un día que se escaparon del colegio, en cuarto de bachillerato, o cuando se tiró por primera vez a un abismo colgado de un ala delta, y esta colgando del aire. Algo que, por cierto, ya casi no hace.

Aunque andará por los treinta, tiene un aspecto un tanto hambriento de universitario que no come bien y, sobretudo, parece medio disfrazado con una corbata a rayas grises y vino tinto y una chaqueta de *tweed* de espinilla de pescado, de otra época, que ese 28 de septiembre le hace sudar. Se maldice por llevarla. Nadie parece usar corbata en ese periódico e incluso las secretarias van vestidas con vaqueros, bien es verdad que vaqueros de los que llevan incorporado un tratamiento antiarrugas. Como la que le recogió en la portería. «Hola, soy Almudena», le dijo como si fuese una fiesta, y en lugar de darle la mano le dio un par de besos como se hace en Madrid hasta con los traficantes de armas.

Luego, ya en la planta noble de *La Crónica*, le acompañó hasta la salita con portadas de más de un siglo, enmarcadas como certificados de limpieza de sangre, le preguntó si quería un café, un periódico, y le dejó allí, depositado sobre el sofá y dirigiéndole una última sonrisa que —Daniel ya tiene edad para saberlo—, no es una sonrisa. Sobre él, la portada del periódico dando cuenta del hundimiento del *Maine*, con la que empezó la guerra de Cuba, le da a la sala un aire de museo.

Sin embargo, huele vagamente a pintura, como si fuese un museo recién inaugurado. Y aunque nadie ha vuelto siquiera a mirarle, a Daniel no le importa. Casi se lo está pasando bien. Pues más que estar ahí, en *La Crónica del Siglo*, esperando a ser recibido nada menos que por *Picasso*, disfruta como en una piscina al final de un desierto con no estar ya allí.

Allí: la *Rápido Press* o la agencia de noticias en la que se vende periodismo que llaman rápido pero es simplemente mezquino, y donde ha pasado sus primeros seis años en la profesión. Una oficina con la pintura vieja y la capacidad de provocar un ahogo inversamente proporcional a sus escasos ciento ochenta y nueve metros cuadrados: una vez los midieron, en el turno de noche, con cuartas de la mano, como prisioneros midiendo el calabozo, por pura desesperación.

Aunque tiene un aspecto dinámico, con recepcionista perfumada y ruidos de faxes y teléfonos a lo lejos, la *Rápido Press* viene a ser un tenderete en el que se venden noticias como se podrían vender boquerones en vinagre, gobernado por un beato y un fornicador. El beato para proclamar que el periodismo es una vocación y por tanto «no tiene horarios ni obedece a los sindicatos»: un dogma muy práctico para que los periodistas trabajen sin pedir horas extra, las horas extra son una ordinariez de la gente sin vocación que trabaja para comer. Y el fornicador, jefe de reportajes, conocido como el *Pez*, para demostrar que quien logra venderles fotos a las revistas y películas a las televisiones, aunque tenga caspa y le huelga el aliento, quien logra colocar fotos y películas pone la mano sobre más culos que nadie.

En sus años en la *Rápido*, y consternado por la experiencia de perseguir fantasmas de noticia —ruedas de prensa sin preguntas, premios a libros y películas encargados por publicistas, amoríos que no lo eran de actrices y actores que tampoco lo eran, y así—, Daniel ha aprendido unas cuantas cosas que tal vez sean solo una:

PERMANECER EN LAS REDACCIONES ES PELIGROSO.

Eso, al menos, es lo que ha escrito en su estrecha libreta de reportero, donde notas de trabajo alternan con retratos a línea, esbozos de ideas quizá para pensar más tarde, y narraciones de un par de frases. Pero si «permanecer en las redacciones es peligroso», ¿qué hace esperando en la antesala de *Picasso* a ser contratado en *La Crónica del Siglo*?

Solo cabe una explicación, y es que sus recelos vuelan ante la perspectiva de alejarse de la *Rápido Press*.

Al fin (escribe ahora). Ya nunca más hacer refritos. Ya nunca más soportar al Pez. No mamporrear más entrevistando a patillas para que se las tire un jefe. Ni correr con la moto por toda la ciudad para confirmar lo previsto. Ya nunca más...

Pero nunca se sabrá qué otra cosa no se producirá ya más en la vida de Daniel a partir de sus veintinueve años porque en este momento aparece Almudena y le conduce al despacho de *Picasso*. Está al otro lado de una pequeña sala en penumbra con más secretarias, de las que un par de ellas visten con falda y parecen de otra época, otro periódico.

—Daniel Camín —anuncia Almudena, y sin esperar cierra la puerta tras él.

Y Camín piensa que alguien se ha equivocado pues no le han llevado al despacho de un

director, y mucho menos el director que está cambiando la profesión, sino... Ni siquiera se siente en un periódico: la habitación es grande y medio oscura, aunque se alcanza a ver que los muebles son de un anticuado modernismo, y está llena de cuadros. Tarda en distinguir a alguien, apenas iluminado por un foco de lectura sobre la mesa.

—Pasa, pasa —se escucha una voz cordial y casi lejana, y Daniel emprende lo que parece una travesía y lo es porque antes de llegar el hombre ya está hablando por teléfono.

—Sí, Serapio, dime —dice, con lo que Daniel sabe de quién se trata: solo hay un Serapio en toda España que pueda estar hablando con un director de periódico a primera hora de la mañana de un soleado martes de septiembre en Madrid, y es el portavoz del Gobierno: Serapio Sánchez. Su voz se alcanza a oír en el teléfono rápida y excitada.

Para entonces Daniel ya ha llegado hasta el escritorio, *Picasso* le ha invitado a sentarse con un ademán amistoso mientras termina de trazar garabatos en el papel que se parecen a pequeñas bailarinas, «ya veo» ha dicho tres veces, y «me temo que eso no va a ser posible» solo una, ya se ha tenido que alejar el auricular de la oreja y, tras un par de cortesías, ya cuelga.

—Bueno, bienvenido a *La Crónica* —dice amable.

Pero no puede decirle nada más porque tiene que coger otra llamada y sus ojos pierden redondez al reconocer la voz.

—¿Dónde está Leo? —pregunta.

Última edición

Leo es de los que siguen viviendo mientras duermen, y por eso alguna vez se despierta ya dentro de la mujer que se ha dormido a su lado. Luego a ellas les cuesta creerle.

—Buenos días —le dice, y le acaricia las piernas descubiertas por el camisón, recogido en la cintura—. ¿Hace mucho que estamos... que estás ahí?

—¿No lo sabes tú? —le pregunta Claudia desde encima de él. Su propia pregunta le hace abrir los ojos. No mucho: apenas una rendija y con el ojo fugitivo.

Leo, alzando los brazos, le baja ya los tirantes del camisón. Lo que más recuerda de la noche anterior son los pezones, primero esculpiendo la ropa, después oscuros, grandes para sus pechos. Pezones mulatos en pechos de mujer blanca.

Le explica que acaba de despertarse, ya dentro de ella, y ella sonrío.

—¿En serio?

Ha vuelto a cerrar los ojos. Las aletas de la nariz se abren y se cierran. La dureza de sus pechos explica su dificultad para seguir charlando. Leo se pregunta si tendrá fuerzas y valor para hacerla llegar sin llegar él... y luego hacerla llegar otra vez.

—No sabía que eran así —dijo. Decirlo es una forma de intentar retrasarlo, como pellizcarse, o pensar en dentistas, o morderse un labio. Aunque nada eficaz: se haga lo que se haga, acariciar a Claudia y encima hablar de ello conduce a lo que conduce.

—Qué —pregunta ella, lo sabe pero quiere oírlo.

Son sorprendentes, en efecto, porque Claudia, la mujer detrás, no es muy grande. Tiene una melena corta y casi rubia, los ojos de miel, y se uniforma con la moda del día porque opina que un periodista no debe destacar sino fundirse. Una manía que le queda de sus tiempos de reportera.

Esos círculos oscuros de coronela no le van, como no le iría tener un sexo selvático. (No lo tiene).

Entonces suena el teléfono de Claudia, en la mesilla de noche. Él se ha dado el lujo de apagar su móvil, hace unas horas, tras corregir un par de titulares, y dar el visto bueno a las pruebas de la edición nacional que le llevó a su casa un motorista del periódico. Luego salió, dijo, para una partida de *poker*.

Siente los timbrazos del teléfono en su cuerpo, que de forma estúpida a él le hacen perder firmeza y a ella la secan. Intenta no oírlos y se esfuerza por mantenerlo todo en su sitio mientras ella contesta. La acaricia pero, dominada por el timbre, ella ya está lejos. Un minuto antes eso hubiese parecido imposible...

—Era del periódico —dice ella tras colgar. Se mantiene a caballo, intentando que su cuerpo no se zafe de él—. Tu mujer ha llamado para saber dónde estás.

... pero es inútil. No solo porque él mismo se escurre, incapaz ya de quedarse dentro de ella, sino porque en ese momento la aparta a un lado y, sin importarle exhibir su piel ya no muy firme de casi cincuenta años, se tira desnudo hacia el ventanal frente a la cama. Mal cerradas, las cortinas dejan ver la primera luz del día —otro agotador día de sol madrileño—, y también un trozo de árbol en el jardín.

—Ahí hay alguien —dice Leo.

Ella no se ríe ni le pregunta «quién quieres que haya». Le mira.

Vuelve a mirar por la rendija de la ventana, se pone algo de ropa y conecta el móvil, que suena de inmediato Ángela, su mujer.

—... pues ya te lo dije —pone un tono conyugal—: Estoy en la partida. Ya sabes cómo es: voy ganando y no me puedo ir.

—¿En la partida? —silabea el teléfono despacio. Ángela ni siquiera parece furiosa. Su tono es el de un matrimonio ya muy rodillón—. Mira tu periódico y verás cuánto ha cambiado respecto a la primera edición que te trajeron anoche. Un cambio de los que te gustan y no creo que lo decidieses tú... Estabas en la partida, ¿no? Procura que no te dé gastritis porque esta vez te la tendrá que aguantar esa que tienes al lado —y cuelga.

Lo que Leo retiene de todo ello es lo del periódico.

—¿Te llega *La Crónica*?

—Nno —le cuesta reconocer a Claudia. Sabe que Leo es de los que creen que un periodista se ha de acostar con su periódico y luego afeitarse leyendo la primera página, y si no lo creyese no podría ser redactor jefe—. Si necesito consultar algo antes de ir al periódico, lo leo en Internet.

—Sí, pero el periódico digital va por libre —dice, y se le escucha un fondo despectivo...—. ¿Y el quiosco más cercano?

—A varias manzanas. Hay que ir a la entrada de la urbanización.

—Si es que ser rico y periodista es incompatible —dice Leo. Ya termina de ponerse los pantalones.

Claudia va a decir que no tiene esa casa en Aravaca por periodista sino por una sentencia de divorcio, pero se dejaría de depilar las axilas y las ingles del bikini todo un verano antes de reconocer algo así. Además ella es columnista, un grado superior y en todo caso más descansado del periodismo, un grado de escritora, o eso cree ella, y cuando la llaman periodista se siente igual que un café italiano al que tratasen como un descafeinado de sobre. Claudia piensa en lo que Leo ha entrevistado en el jardín. ¿Hay de qué preocuparse?

Sí, sí lo hay: nada más abrir la puerta escuchan una ráfaga. Un poco más fuerte podría ser una ametralladora de las modernas, hechas para no molestar. Pero es una cámara de fotos, algo de lo cual, saben ambos, es más difícil defenderse.

Poco después Leo y Claudia van en el coche de ella a comprar *La Crónica del Siglo*. Llevan con ellos a un *paparazzo*, un ser de las alcantarillas del periodismo que por alguna razón se ha creído que ellos dos pueden ser atrapados en algún «Romance entre las noticias», o cualquier nadería semejante. Y al invitarle a subir al coche, eso es lo que se proponen averiguar, sobre todo Leo. Sabe que, en las cloacas olorosas a pachulí del porno rosa, la curiosidad nunca es casual y a menudo se utiliza como arma. Alguien le ha enviado al *paparazzo* como se envían unos bombones con un virus camuflado en el coñac.

Pero antes tendrá que averiguar a qué respondía el tono de su mujer. Su afán en buscarle de madrugada, algo de lo que se suele abstener. Las ganas de hacer daño con lo de la gastritis. Es un experto en tonos, Leo, como todo marido. Este era triunfante, sabedor de su poder y vengativo por lo que no acierta a saber qué es.

Mal comienza el día, confirma al llegar al quiosco, por así llamarlo pues es un quiosco de los que también venden helados y cenas de plástico para ver la televisión, y lee el titular de primera página en letras, casi, del tamaño de los pezones de Claudia.

Ni mira si es su periódico porque casi lo podría reconocer con solo olerlo. Siente cómo le sube un regüeldo ácido por el esófago, y eso que está en ayunas.

—Mierda de oficio —masculla—. Jugarse la vida para contar una guerra en el desierto y que luego te cambien la crónica porque el cine español ha ganado unos kilos de Óscars en Los Ángeles. Ni siquiera es una información, es una foto —se la indica a Claudia—: Un clisé: guapo su jetando trofeo sobre sonrisa.

Jurar contra el oficio es parte del oficio, piensa Claudia al escucharle, una especie de ritual de las mañanas, como inyectarse café. Y calcula si el tema podría dar para una columna. Y con qué riesgos.

En cuanto a Leo, piensa primero en B. V. en el desierto. Luego en el cabrón que le cambió la crónica por la espalda. Se pregunta quién habrá sido. No estaba previsto que lo de los Óscars fuese a primera página. Y por último en *Picasso*. Siempre termina pensando en *Picasso*.

¿Lo autorizó él? No lo cree. ¿Qué va a decir?

La leyenda del sincorazón

—Hola —dice *Picasso* a la tercera persona que le llama por teléfono. Y por el tono de esas dos sílabas ese *hola* demuestra la existencia de un corazón en el pecho de *Picasso*, algo que muchos niegan que exista. Es parte de su leyenda, como corresponde a todo director de prensa legendario, y ser testigo casual de que la leyenda es falsa establecerá entre *Picasso* y su redactor una unión como las invisibles que a veces se crean entre heridos, viajeros, exiliados...

No es leyenda su mirada, que según algunos explica su apodo. Y no es que sus ojos sean negros, árabes como los del pintor. Al contrario, medio verdes, hacen juego con su pelo gris, una

chaqueta marrón oscuro y una corbata de un azul profundo alegre y muy bien anudada: debe de ser la única de todo el periódico. Puede que lo de *Picasso* no le venga del color sino del filo de los ojos: Daniel siente que le sopesan... que le predicen incluso, con una sola ojeada.

Al reconocer el tono íntimo de la conversación, Daniel ha dejado de escuchar. Por ese tipo de cosas el *Pez*, director de la *Rápido*, le dijo un día meneando la cabeza que él jamás sería un buen periodista. «Te falta el colmillo retorcido y sin él no se puede hacer periodismo».

Daniel observa los cuadros del despacho de *Picasso*, es difícil no hacerlo porque lo tapizan como en la tienda de un marchante. Aunque parecen muy variados, salta a la vista que en todos hay gente, y que en la elección de los colores —azules con luz, ocrees españoles, rojos sobrios y al tiempo llenos de historia— hay un buen gusto ya muy raro. Daniel no sabría decir qué es el buen gusto pero cuando lo ve lo reconoce. Lo que se pregunta en ese momento es cómo en ese despacho que parece un museo puede estarse cambiando la forma en que se hacen los periódicos.

—Me alegro de que te vengas con nosotros —dice *Picasso* tras colgar, mientras enciende un cigarrillo y le mira con sus ojos legendarios. Y solo entonces Daniel se entera de que le van a contratar.

Fue él quien pidió el trabajo, saturado del periodismo pequeño de la *Rápido Press* y atraído por el nuevo modo de hacerlo que se estaba inventando en *La Crónica del Siglo*, quién lo iba a decir, tal vez el periódico más viejo de todos. Primero escribió una carta y, al no recibir respuesta, como es costumbre en Madrid, escribió otra. Tampoco le contestaron. Entonces tuvo suerte y un día de descanso escuchó por la radio que en un ático por Santa María de la Cabeza se había producido un tiroteo. Fue hasta allí y, como no había nadie, subió hasta el ático. Seguía sin haber nadie. Entonces llamó a la puerta y ya se iba a marchar cuando esta se abrió con violencia y un ser monstruoso con dos cabezas, una de ellas en la cintura, le apuntó con dos pistolas mientras le gritaba:

—¡Quieto!

Luego el propietario de la segunda cabeza, el policía arrodillado delante de otro, que se mantenía de pie, le dijo que no le habían matado por pura casualidad: Era verano y Daniel iba vestido con los vaqueros y la camiseta que constituyen el uniforme de reglamento del estudiante universal, pero también del terrorista. El *Pez* le vio a la historia sus posibilidades publicitarias y contó el episodio por teletipo como si fuese una novela de espías.

Unos días más tarde, por pura suerte, Daniel supo relatar el asesinato de un soldado por un gamberro en las afueras de un estadio sin caer en las habituales postales sobre la violencia en el fútbol, el alcohol, las drogas, las banderas... Nada de *hay que lamentar...* ni de *un nuevo y lamentable episodio, de la víctima, capilla ardiente* y demás palabras-seto que se venden a granel en los supermercados. Con el lenguaje crudo que traía de sus años en la agencia, pero con un poco más de tiempo del que había dispuesto jamás en ella para investigar, Daniel contaba los hechos con palabras tan claras que el asesinato se podía ver mejor que en el cine. En el cine, para disimular, los asesinatos también se cuentan con plantillas reconocibles por el público. Y dejaba abierta la historia para sugerir las cien historias que sugiere un asesinato, aunque sea un humilde asesinato a la salida de un estadio.

Y algo debió de tener ese segundo relato, que se sumaba al primero y a otros bien contados y antes que nadie, porque iba a escribir una última carta al periódico cuando le llamaron para una entrevista.

—Qué quieres hacer, en qué sección prefieres trabajar —le pregunta *Picasso*, y le mira a los ojos por encima de la llama con que enciende su cigarrillo. Tampoco está acostumbrado Daniel a que un director parezca interesado en nada que diga un redactor. En todo caso no el *Pez*.

Daniel vacila, va a responder pero un interfono sobre la mesa de *Picasso* le interrumpe.

—¿Director?

—Sí.

—Ha comenzado —dice la voz metálica. Y desconecta.

Picasso coge un mando y pone la CNN en un televisor mudo, medio escondido entre los muchos cuadros de la pared, que se enciende como si uno de ellos cobrase vida en un cuento fantástico. Sin embargo, pese a que pone *Live*, las imágenes parecen enlatadas y muestran un lejano combate en un desierto mientras una periodista habla en primer plano.

—¿Lo has pensado? —pregunta *Picasso* mientras mira las imágenes en silencio...

Daniel no entiende.

—... ¿has pensado en qué sección quieres trabajar? —y *Picasso* apaga el televisor sin volumen. Eso también es nuevo, se sorprende Daniel. Por lo general, una vez enchufados los periodistas no parecen capaces de desconectarse de la televisión infinita, y muchas veces hasta duermen con el destello porque terminan confundiendo la televisión con la vida y el silencio con la muerte.

Pero si ha pensado en qué sección prefiere para trabajar, no puede decirlo. Vuelve a interrumpir uno de los teléfonos de una mesita.

—Pásamelo —instruye *Picasso*, y mientras conecta el manos libres, le comunica a Daniel—: Quizá debieras empezar en Cultura —y ante la cara de sorpresa de Daniel—: Es lo que querías, ¿no? —luego gira la cara hacia el teléfono y pregunta sin saludar—: Por qué saltó la primera.

—Porque el cine español ganó tres Óscares —contesta el altavoz del manos libres, parecía preparado para esa pregunta.

—Sé leer. ¿Y?

—Hombre, que es la primera vez que ganamos algo así —dice la voz. A Daniel le parece una voz con sueño.

—¿Ganamos? —dice *Picasso*, que deja flotar la palabra—. No sé lo que has ganado tú. Lo único que sé es que íbamos a publicar en primera página una crónica que no tenía nadie desde una ciudad sitiada, con un redactor jugándose la vida, y que ahora nuestra portada es la misma de todo el mundo. Que por cierto es el primer anuncio publicitario de la campaña de cine de Navidad. Y gratis. Eso es lo que tenemos. Luego se lo explicas tú a B. V. cuando regrese. Confío en que hoy no pueda leer el periódico.

Divorcio al despertar

En efecto, no puede. Por no poder, no puede ni siquiera moverse mucho pues los cincuenta y

dos grados de septiembre en el desierto amenazan con aplastar a quien se arriesgue con la menor osadía. Hay que ahorrar en sudor.

Además, desafiarlos para qué: del otro lado de la calle no hay ni siquiera bares sino unas pocas sombras rotas... y si cruzas, lo más probable es que te peguen un tiro. Una bala trazadora que te deja el hombro que no te lo pueden recolocar ni untándolo.

Pero lo que de verdad le impide a B. V. moverse es que desde esta mañana ve cosas: vagas siluetas caminando temblorosas por el mediodía.

—Espejismos —le ha dicho antes Bill en su inglés de Nueva York, que sale por la nariz—: Ya sabes, cuando en mitad del desierto ves a una muchacha con los ojos de fuego, y te dice que esa noche quiere contar las estrellas tendida junto a ti, y tú te imaginas su ombligo como una estrella particular. Desconfía —le ha mirado Bill con sus ojos grises de puritano—: Nadie puede contar las estrellas del desierto. Ni la NASA —y ha soltado una de sus sorprendentes carcajadas tristes.

Pero B. V. ya ha visto espejismos. En dunas, en carreteras que derriten las ruedas, incluso una vez, en Riad, en el desierto que corría como un búnker infinito junto al golf de su hotel. Y sabe que los espejismos no actúan así: fantasmas de pesadilla como niños comiéndose la mano de una cooperante holandesa igual que si fuese una pata de pollo. Con la diferencia de que los espejismos, pura demagogia del sol, por la noche duermen. Es algo que sabe todo el mundo. Que estos no duerman es lo que le tiene preocupado.

Bien es verdad que ahora no les oye. No podría ni aunque le gritasen, con todos los cohetes tierra-tierra que argumentan con silbidos y puñetazos sobre la ciudad desde anoche.

—¿No vienes? —le preguntó Christine hace un rato. Tuvo que adivinarle los labios.

—Adónde.

—A ver la ofensiva.

—... No... Será como las otras. ¿Tú puedes distinguirlas?

Más si se ha demorado en ese hotel agujereado por corrientes de aire caliente es por ella: que pasen las noches juntos no quiere decir que el matrimonio siga por la mañana. Él, por las mañanas, siempre siente la necesidad de divorciarse.

Christine le mira con los ojos del cansado *¿otra vez?* que se da en los matrimonios hacia el tercer año. Luego se echa el macuto al hombro, vacila por el peso y sale al calor con ánimo deportista.

Ya no se levanta para ayudarla, y esa es la razón de que nadie en España vaya a leer mañana su crónica de la ofensiva ni, tal vez, la caída de la ciudad. Se tendrán que conformar con los formularios de las agencias, y no es una metáfora: ciertas agencias de noticias ya cubren algunas guerras con formularios en los que solo hace falta rellenar casillas con la hora y el lugar de los golpes de Estado, las tomas de ciudades que apenas figuran en los atlas y rara vez en los GPSs, los incendios, los accidentes de tráfico con muchos muertos... Con lo que no se diferencian mucho de los telediarios: joven reportero vestido con chaleco de pescador, a ser posible guapa mujer joven, igualando todas las tragedias con tópicos, el cemento más resistente frente a escenarios de desolación que parecen un mismo decorado para ahorrar presupuesto.

Y nadie en España leerá su crónica porque Christine le castigará por no levantarse a cargarle el teléfono y todo el pesado equipo que va con él. Ya le ha sucedido. Más aún: así empezaron.

Fue en otra ofensiva. Casi todos los periodistas habían obedecido ya la orden de sus directores de marcharse de la zona ante la posibilidad de ser gaseados.

—Yo no me voy.

—No es una petición —le había dicho *Picasso* por una línea de teléfono que censuraba pedazos de frases.

—Está bien: me considero despedido —se lo puso fácil—, pero no me voy —chisporroteo de la línea—. Sabes que no me puedo ir —le dijo a *Picasso*—. Tú harías lo mismo.

Y con ese *tú* B. V. quería decir cualquier periodista. (Aunque... ¿es *Picasso* un periodista?)

Un optimismo como otro pues en esa guerra fueron únicamente tres los que se negaron a obedecer, y los otros dos tenían teléfonos de satélite. Ahí estaba B. V., jugándose la vida para contar que había comenzado Armagedón, el fin del mundo, y no podía porque no tenía teléfono vía satélite, algo entonces fuera del alcance de cualquier periódico español. Con el de la CNN no podía contar pues los periodistas yanquis están adiestrados para hacer que la realidad llegue antes a los telediarios de Washington, y si es necesario la subvencionan para que llegue. Quedaba solo el teléfono de Christine...

Pero Christine ya había cruzado hacía tiempo la línea que espera a los reporteros de guerra tras cierto número de piernas sin cuerpo, niños sin lágrimas. Se han dejado la piedad en alguna parte y usan sucedáneos que no manchan ni hacen perder el tiempo.

Y no por falta de avisos. Cuando aún trabajaba en la mesa de Internacional, B. V. vio una vez al corresponsal en Oriente Medio esperando a ser recibido por *Picasso*. ¿Volvía a Madrid?, le preguntó.

—Eso espero —le dijo. De lejos el corresponsal parecía de unos treinta y pico años pero de cerca parecía un superviviente.

—Por qué —no pudo evitar B. V.—: ¿Ya no te gusta?

—Al revés —respondió el hombre—, me gusta mucho. Lo que intento es que me sigan gustando otras cosas y ya casi no me gusta ni la paella.

Lo que se le movía al reportero en los ojos, comprendió B. V., era la misma ansiedad que se agitaba en los de otros colegas cuando tardaban en servirles su copa en el bar. A pesar de ello, B. V. quiso ir a la guerra siguiente.

Estaba dispuesto a cubrir, incluso, cualquiera de las guerras de las que nadie se acuerda porque solo producen fotos de hambrientos que ya hemos visto. Y aunque hablaba inglés y podía informar igual de bien sobre navajazos de pandilleros o el desalojo de un anciano enloquecido de soledad y enamorado de su basura, sabía que, en las redacciones, una ley no escrita tiende a no darle a la gente lo que pide. Incluso lo que merece.

Así que B. V. aceptó hacer pasillos y aguantar las lecciones de fútbol o los chismes de quienes mueven el ajedrez de la redacción. Llegó a seducir a la cuñada del jefe de Internacional, como un modo de acercarse a él. Y no era fea, pero a la cuñada el sexo le olía a algo que nunca volvió a oler, y eso que la nariz de un reportero de guerra termina por ser capaz de escribir unas memorias.

No se puede dormir la mitad del año bajo las bombas sin terminar creyendo que ese es el sentido de la vida. Pero eso no lo sabía B. V., a quien engancharse a la adrenalina le parecía una posibilidad remota. Ni se le ocurría que en vivir de ello, escribir crónicas como novelas de noventa líneas con argumentos reales, o así las veía, pudiese haber peligro alguno. Para cuando conoció a Christine ya estaba enganchado a las explosiones y la desgracia como se puede estarlo a la televisión o a la estupidez. Un indicio: ya solo le satisfacía despertarse allí donde las posibilidades de sobrevivir hubiesen bajado al cuarenta, el treinta por ciento, más allá de lo cual

sobreviven, es un decir, los malditos. Aunque aún no tenía el pelo blanco, ya confiaba en que lo matasen antes de tener que regresar —regresar para quedarse— a las calles en ángulo recto de Madrid. A las jornadas históricas del fútbol. A las rebajas de Navidad. A las esperas en los hospitales. A los debates entre boinas, a la televisión, a la extenuante realidad de un país convertido en un gigantesco parque temático de la clase media.

Cierto que Christine tenía uno de los dos teléfonos de satélite de toda esa guerra, pero también que estaba más allá de ruegos, chantajes o llamadas a la solidaridad profesional: ni hubiese sabido qué es eso. También ella tenía una idea atlética del periodismo —llegar antes, llegar antes aunque sea mal—, y hacía tiempo que había cruzado la línea tras la cual solo importa contar muertos y no ver lágrimas ni escuchar gemidos, el privilegio de ganarse la vida de otra forma que metiendo una tarjeta en un reloj. Y no lo iba a poner en riesgo por prestar un teléfono.

B. V. se debatía horas después en si quedarse en el desierto a ver una ofensiva que no podía contar, o coger un *jeep* y apostarse la vida en busca de un teléfono. B. V. se mordía los dientes porque a lo mejor esa ofensiva era el final del mundo y no podía escribirla. Lo cual equivalía a ser testigo de la expulsión de Adán y Eva y no tener un bolígrafo para entrevistar a la serpiente. Ya había pensado en emborrachar al de la CNN, robarle o sobornarle el teléfono. Había visto mucho cine, como todo el mundo. Y hasta había pensado en cómo seducir deprisa a Christine, pero lo descartó: pequeña, compacta como la mochila de un paracaídas, con el pelo a lo Juana de Arco y una mirada en la que lo más cálido era la ironía, Christine parecía inseducible, al menos por un hombre. Parecía vivir el periodismo como un soldado la guerra.

B. V. ya había pensado incluso en pasarse al enemigo, para poder transmitir, con la idea de que los periodistas no tienen enemigos. Si no lo hizo fue porque la semana anterior habían muerto dos colegas que pensaban lo mismo. Llegó a especular con palomas mensajeras, incluso con transmitir su crónica con el sol y algún trozo de espejo encontrado entre los escombros de una bomba. No es difícil encontrarlos.

Juró y blasfemó cuando comenzó el bombardeo y se vio que de momento las bombas solo mataban, no soltaban el gas cuya amenaza había torturado la espera. Pero no podía contarlo. Garganta cerrada y lágrimas secas de impotencia. Entonces —estaban medio a oscuras en una especie de refugio improvisado— alguien le tocó en el hombro. Como quien llama cortés a una puerta.

—¿Es tuyo esto? —le preguntó Christine. Estaba en el pasillo...

Y B. V. alcanzó a ver un libro con un título italiano, *Il deserto dei tartari*. Y ahí demostró que era un gran periodista:

—Sí, claro —respondió rápido como un propietario.

Porque B. V. ya no estaba en ese estadio del periodismo que busca la mejor crónica o el más retumbante titular, o adelantar acontecimientos —elecciones, divorcios y hasta incendios— que puede prever el sentido común: en el futuro esas noticias las escribirán los ordenadores solos, tras sencillos cálculos de probabilidades. Él se esforzaba en ver qué era lo que había cambiado, por pequeño, por sutil que fuese, para contarlo.

Y lo que había cambiado en todo ese mundo destruido eran los ojos de Christine: ahora tenían algo humano. Y todo porque por alguna razón lo había asociado a él con ese libro. Que no era

suyo —no abundan los periodistas que lean otra cosa que periódicos o Internet—, pero podía entender su título en italiano.

Esa misma noche B. V. volvió a demostrar que era un gran periodista. Quizá fue la euforia de transmitir, y además una crónica de las que llaman históricas. Algo con cadencia de sinfonía de Beethoven y palabras graves y prestigiosas como *bombardeo*, *refugiados*, *armisticio*, *paz*... De las que le gustan a la gente.

Pero las crónicas históricas están al fin y al cabo al alcance de muchos reporteros con experiencia en telenovelas. Lo que convertía a B. V. en un gran periodista era el haber sabido ver que algo había cambiado en los ojos de mármol de Christine, y aprovecharlo para que le prestase el teléfono. Y al devolvérselo, en el mismo paso de baile, besarla. Hasta ahí llegó su iniciativa porque entonces fue ella la que le metió una pierna entre las suyas como en el tango, le abrió la boca con la lengua con competencia de abrelatas y le agarró el culo con la mano abierta. Ese sería el primer acto de algo sudoroso y casi siempre medio brusco que se desarrollaría según los azares del periodismo de guerra en las esquinas deprimentes del mundo. Cada época tiene su grupo de cronistas de bombardeos, igual que otros de directores de orquesta, expresidentes o pilotos de Fórmula 1. Este solo suda más y va más sucio.

Y con una particularidad: en todos y cada uno de esos encuentros B. V. seguía sin tener teléfono de satélite, y casi siempre dependía de Christine para transmitir. Era como su purgatorio periodístico en vida.

Y por qué. ¿No tenía *La Crónica del Siglo* dinero para pagarle un teléfono de satélite?

Bueno, es más complejo que eso.

Técnicas ocultas de la entrevista

La Crónica del Siglo. 17 de noviembre. Año VI

La mañana del 17 de noviembre Claudia le desvía a Leo sus ojos de miel un centímetro para no toparse con los suyos, y eso un redactor jefe lo nota de inmediato. Como un tigre orinando la esquina de una selva, así notifica él mismo su poder: ahora le doy audiencia a una mirada, ahora no.

Y cuando la suya no es recibida por el redactor jefe —o el director, aunque ya es raro encontrárselo por un pasillo, en el nuevo edificio de *La Crónica* el chófer deposita al director al pie de su ascensor privado—, el periodista en cuestión se pregunta otra vez si no ha caído en desgracia. «En qué momento me enviarán al archivo», se pregunta ansioso, o a la parrilla de televisión, o a peinar crónicas ajenas o a los otros destinos de agachar la cabeza y disfrazarse de silla que en los periódicos sirven para domesticar a los reporteros.

Pues el periodista suele llegar a las redacciones rebelde y sin desbravar, creyéndose las películas. Y más tarde, cuando teme haber caído en desgracia, de pronto siente que el mundo es un barco, por el balanceo. Sufre de acidez. Y tiende a buscarles el lado dramático a sus titulares: un previsible discurso de la oposición en el parlamento es un *ultimátum*, un empate de trámite en el fútbol, un *encuentro agónico*, y una carretera de salida de vacaciones se convierte en un *atasco histórico*. Y el jubilado que hace durar su descafeinado tanto como el periódico no sabe que si le están contando un mundo alzado en armas es porque el día anterior la novia le regateó una mirada al redactor jefe de Internacional.

O sea que cuando a las 10.56 del segundo martes de noviembre Claudia le esconde sus ojos de miel, que siempre ha considerado más hechos para la caricia que para los verbos campanudos con que también ella escribe sus columnas —los parlamentarios *agonizan* de tedio, los actores son *aclamados*—, Leo se confunde de puñalada y cree que es solo la de quien recibe un primer aviso de que esto se va a acabar.

¿Ya? ¿Ya no va a sentir más su cuerpo de guitarra sin complejos contra él? ¿Sus manos sin vergüenza? ¿Ya no va a acariciar más los pezones mulatos de Claudia y notar cómo crecen contra la palma de su mano?

¿Y qué hace ella en la redacción, y tan temprano? Si como columnista con derecho a escribir desde la playa ni siquiera tiene mesa...

Sin cambiar el paso hacia la primera reunión del día, Leo deja detrás a una Claudia que finge leer los periódicos y ya no le busca los ojos para recordarle cómo le despierta por las mañanas —cuando pueden pasar la noche juntos— con un coctel de dedos, labios, ritmo y lengua que debería patentar. «Esta mañana más que anoche pero menos que la próxima vez en el aparcamiento, el sofá de algún despacho vacío en el periódico...», le han estado diciendo esos ojos desde el final del verano, cuando se descubrieron. Y sin reprochar a Leo que siga en su casa, compartiendo el vaso de los cepillos de dientes con su mujer. A lo mejor es que Claudia tampoco quiere un huésped en su casa de Aravaca, aquella con la que tuvo que indemnizarla su marido por aguantarle durante cinco años, que es por lo visto el tiempo que dura el amor cuando dura.

A veces incluso se las arreglan para adelantar la hora, igual que universitarios a punto de hervir. Se meten en la enfermería del periódico y descubren nuevas posibilidades a la camilla. O en las escaleras que llevan a la azotea. Dos o tres veces se deslizaron a uno de los excusados del servicio de mujeres, el lugar más peligroso del periódico porque ahí se oye más que en ninguna parte y se juzga con más dureza que en el mismísimo editorial.

Buscan el riesgo, sin duda. El riesgo excita. Cuerpos contra la pared y manos rebuscando con afán entre las piernas. Y Claudia puede recordar lo que le dice Leo allí, al oído, palabras duras como pequeñas esculturas, suspirándole y lamiéndola, pero no puede evocar sin ruborizarse lo que le dice ella a veces, sin poderse contener. Eso no se atreve ni a recordarlo de día porque cree que se le podría leer sobre la cara.

Refugiados hace dos días en una de las cabinas del cuarto de baño de mujeres, él ya tocaba una mullida seda de ropa interior cuando entró alguien. En otra ocasión él se había sentado con los pies apoyados en la puerta para que nadie les pudiese sorprender si se agachaba. Esta vez se quedaron inmóviles, él tocando seda, ella mordiendo el labio del bigote, como si compusieran una instalación ideada para molestar a ciudadanos de orden en una feria de arte.

—Estoy harta de ese cabrón —dijo alguien.

No reconocieron la voz, de mujer joven.

Se oyó un grifo de agua, después otro. Leo comenzó a mover su mano sobre la seda. Claudia mordisqueó el labio. Aunque de un modo distinto de antes: este parecía un gesto más bien cariñoso.

Entonces le respondió otra voz, también desconocida. Debían de ser dos secretarias de administración.

—No te preocupes, que ya les queda poco.

Y salieron.

Lo más significativo de todo fue lo que tardaron en reanudar. Antes se habrían lanzado a quitarse la seda y morderse el labio con la obediencia de una máquina a la que le han metido otra moneda. Ahora siguieron suspensos, como una bomba que se quedase quieta unos segundos antes de caer. Ese «no te preocupes, que ya les queda poco» podría ayudar a explicar por qué, días después, Claudia le desvió los ojos a Leo.

Es una frase que suena todos los días en todas las oficinas porque así es como se consuelan las secretarias de no tener más que un mes de vacaciones, al mismo tiempo y en los mismos sitios que todo el mundo. Y así, como un deseo vago, la escuchó Leo. Claudia en cambio le encontró un aire, letras, algo... que la hacía parecer pura información. Si la secretaria había dicho «ya les queda poco» es que algo sabía. Son las secretarias las que tienen la información, como sabe cualquier

periodista. Bien es verdad que estaba en su casa: ese era el cuarto de baño de señoras.

Periodistas ciegos mirando un rayo

A Leo se le puede leer sobre la cara una duda cuando entra en la reunión de la mañana: ¿ha dejado *La Crónica* de ser un yate? Pues desde que Picasso le nombró redactor jefe de Internacional, no ha sabido si trabajaba en un periódico o pasaba allí sus vacaciones como en un yate navegando por un Mediterráneo con olor a pinos. O sea, la lotería, el paraíso reservado a muy pocos en esta vida.

El yate es ahora un pesquero, el *Mercedes da Barca*, escorándose en aguas de la Costa de la Muerte, y con él Paco Silva, el redactor jefe de Nacional, da comienzo a la reunión de jefes de la mañana, en la que se hace un primer esbozo del periódico en función de la publicidad y la agenda, cada vez mayor, que deja menos espacio a los terremotos, atentados y otros imprevistos. La reunión ha comenzado a las 11.04 —el retraso se debió a que estuvieron esperando a *Picasso*, que no llegó—, y se celebra en la Pecera, un salón de reuniones con paredes de madera pálida, una mesa de cristal, una pantalla de un blanco de hospital para proyectar fotos y vídeos, y un único reloj, sin números, al fondo de la inmensa redacción, en la nueva sede de *La Crónica del Siglo*.

Desde la sección de Cultura, la más cercana a la Pecera, Daniel Camín cae en la cuenta de la ausencia de *Picasso* mientras finge concentrarse en su pantalla. Todo en la redacción gira en torno a las pantallas, también las de televisión, y a ciertos redactores se les detecta por el tinte verde con que les tiñen los ordenadores en zonas menos iluminadas. Protegido por esa luz verdosa que le da un aire virtual, Daniel puede observar que un par de jefes hablan por sus móviles, un relajo de marionetas sin titiritero que no sería posible con *Picasso*: él tiene modales de cuando los recortaban los sastres y no admite móviles en la reunión.

Paco Silva, el redactor jefe de Nacional, habla con la lentitud de quien sabe algo que los demás no saben, la superioridad más cotizada en periodismo. Cuando aún era jefe de Economía le temblaba la voz en su turno de exponer pero ahora una especie de aureola le acompaña. No se debe tanto a su aspecto acorazado, con corbata gruesa de banquero y manos bronceadas a parches por los guantes sin dedos del golfista. Por otra parte, hombres morenos de ojos trágicos como él los hay a pares en la Feria de Sevilla. La aureola se le ve desde que se supo que se iba a casar con Verónica, redactora de Cultura e hija del gerente, lo que, junto con su cargo de redactor jefe de Nacional, le coloca en el primer puesto en la orden de sucesión al trono de *Picasso*. Que algún día abdicará, será guillotinado o morirá, como todos los directores de periódico. En periodismo los reinados no suelen durar mucho, y él ya lleva seis años y arriba y abajo del reino se oyen cosas.

A pocos metros, ajeno a especulaciones políticas y a los encantos de Paco Silva como golfista, Daniel se asombra de que esté hablando de un naufragio, el del *Mercedes da Barca* a punto de ser devorado por olas gigantescas. Se puede ver la foto en la gran pantalla que preside la sala, frente a los cristales de la Pecera. ¿Cómo puede hablar Silva con tanta frialdad de unos hombres a punto de ser arrojados contra unas rocas perdidas entre espuma?

Por sus gestos se diría que habla más bien de la campaña del marisco y que los naufragos habían ido allí a buscar percebes. Lo que impresiona a Daniel, incluso a través del escaparate, es

la falta de compasión e imaginación que se puede ver en Paco Silva, el redactor jefe de Nacional. Eso le escandaliza. No sabe aún Daniel que imaginación y compasión son a menudo lo mismo. A juzgar por sus caras y gestos, tampoco los demás jefes del periódico consiguen ver a esos hombres tocando la tempestad y ya rezando, se les nota en la cara.

La foto que muestra Silva en la reunión ha sido tomada no hace mucho en la Costa de la Muerte con un teleobjetivo de estadio, cerca del faro de Touriñán, entre La Coruña y Finisterre. Llegó por correo electrónico hace unos minutos a Madrid, y es sin duda la primera página del periódico de mañana, a no ser que algo la supere: hombres aterrorizados miran a la muerte.

El contraste ha sido el responsable de que Daniel haya caído en el dramatismo de la foto: los jefes reunidos en la Pecera ven a los inminentes naufragos, que mientras tanto es posible que ya hayan muerto, como un triunfo del diseño. Si el día no ofrece nada mejor, esa foto que nos recuerda que vivimos sobre un rayo será de premio, de enmarcar la portada y colgarla en la pared de alguna escuela de periodismo. ¿Tendrá la competencia esa foto? Las probabilidades de que ya la conozcan decidirán que se publique o no en primera. ¿Tomará Paco Silva la decisión?

Aunque más que escándalo lo que siente Daniel es sorpresa y luego miedo. No descubre ahora el fenómeno de los periodistas ciegos, inmunes al dolor, pero siempre había pensado que eran algo más bien propio de las agencias, donde se escriben despachos formulario para un teletipo con aspecto de balance en un banco. «En los periódicos es distinto», se dijo siempre Daniel mientras admiraba primeras páginas en los quioscos, y de ahí su empeño en trabajar en uno de ellos: «En los periódicos», se decía, «los periodistas son los que se suben al barco, con los naufragos, y se bajan luego para contarlos».

O sea que la reunión, que ya no observa sino que vigila con recelo, parece más bien cumplir con la vida de anuncios que le tenía reservada su padre en la agencia de publicidad de la que es director.

—El periodismo es para los políticos y los adolescentes —le decía—: Hay más verdad en tres anuncios de televisión que en la mayor parte de las portadas de periódico.

Y por primera vez, a sus veintinueve años y más canas en su pelo renegro de las que le corresponden por edad, Daniel se pregunta si eso es lo que quiere: llegar a proponer para primera página una foto de hombres muriendo como se propone un olor de lavanda para un desodorante.

También se pregunta si trabajar en un periódico supondrá ir perdiendo compasión y sentido de la grandeza. O al menos la imaginación de lo que significa estar sobre la cubierta de un barco cuando se va a estrellar contra unas rocas.

Descanso en los tópicos

Talentos que sin duda parece haber perdido Emilia del Valle, cuando se lanza a hablar después de Paco Silva. Suena como una batidora, piensa Sofía Magallanes, la redactora jefa de Cultura. Como una de esas motos que les muerden los nervios a los veraneantes en los paraísos de vacaciones.

Habla deprisa y tiene que ver con los preparativos de una cabalgata de Reyes en un pueblo de Murcia.

—¿Ya cabalgatas? Pero si aún estamos en noviembre —comenta alguien.

Como si no lo hiciese. Hasta el momento Emilia del Valle, redactora jefa de Sociedad, se ha mantenido en silencio, algo notable pues Emilia no se puede callar, cuando la encienden, como si fuese una radio disfrazada de periódico. Ahora cuenta, igual que la noticia de que Francia ha atacado a Alemania, que la esposa del alcalde de un pueblo de Murcia se fugó el sábado con Melchor, el rey Mago.

—¿Y cuál es la noticia? —pregunta alguien con risita sobrada: el adulterio ya no es noticia en España, por mucho que el porno rosa se empeñe.

Paciente como una profesora en un barrio difícil, Emilia explica que en la cabalgata de este año el rey negro, Baltasar, será interpretado por «una mujer inmigrante llegada en patera y todo el pueblo está pendiente de esta conquista que corre el riesgo de quedar oscurecida por el gesto poco solidario de la esposa del alcalde que se fugó con Melchor...».

Ya está, piensan casi todos, y se relajan. Miran a sus compañeros, como jugadores de *poker*, revisan sus notas, le echan una ojeada al televisor de la sala, encendido y mudo. Leo, que nota ya la vejiga, piensa que tendría que haber bebido menos café. Teme salir de la reunión y que Claudia le vuelva a desviar la mirada.

Las intervenciones de Emilia del Valle suelen ser aprovechadas para un recreo. Y la razón es que usa más tópicos y lugares comunes de lo habitual en periodismo —una marca ya respetable—, y no es necesario prestarle atención: tras la primera frase se sabe lo que va a decir en la segunda y cómo va a terminar.

Lo que le da un aspecto de muñeco con el mecanismo estropeado es el lado petardeante de su voz —piensa Sofía—, que refuerza una mirada de mariposa, incapaz de quedarse quieta. ¿Será así en la cama?, se ha preguntado más de una vez. Sofía es la única que la escucha con atención. Le intriga: ¿por qué está ahí? ¿Es acaso parte de una cuota de mujeres en el gobierno del periódico? La pregunta la agobia pues en ese caso quién dice que ella no lo sea también.

Emilia es incapaz de contar un incendio sin decir «espectacular» o «dantesco», defiende cualquier bajeza de la televisión porque la ven millones de personas y una mayoría no es discutible para un demócrata, cree que el problema de la educación en España es si los curas enseñan religión o no, y considera que cualquier desacuerdo en una pareja encaja, o lo hará, en la «violencia de género». Y si alguien le dijera que toda violencia se alimenta de oscuridad, que sus lugares comunes no informan sino que oscurecen en la caricatura, y que por ello es tan cómplice de esa violencia como quien arroja cerillas a la hoguera, se enfadaría. Miraría con suspicacia, repetiría dogmas. Y mejor así, si lo comprendiese se hundiría.

Pero algo así es muy improbable. Si Emilia puede escapar resulta difícil de saber, una fortaleza de tópicos es inexpugnable con palabras. ¿Cómo demostrar lo evidente? Un tópico no es un pensamiento sino su cáscara, el hueso que queda tras años de desgaste de una idea, que a veces fue una verdad, hasta hacerla irreconocible.

Y en todo caso, piensa Sofía, ¿qué tenía que ver Emilia con el proyecto de *Picasso*? Emilia parece tener menos tiempo que nadie. Siempre está colgada de un teléfono, toma notas con una letra ilegible y le cuesta encontrar su racimo de llaves en bolsos siempre grandes. Dirige una sección, Sociedad, que no sabe qué es, solo lo que no es —«y no son las vacaciones de la Familia Real en Mallorca ni quién sale con quién», como les repite a los estudiantes que vienen a visitar el periódico (ella es la única jefa que se presta a guiarles)—, y tiene además que gobernar sola una casa, dos hijos...

Aunque muchas mujeres tienen más trabajo y no por ello las pupilas les aletean como si algo dentro de ellas quisiese escapar, piensa Sofía mientras le mira el perfil. Siempre se pregunta si Emilia no será la cuota de adhesión a ciegas que se suele presentar como lealtad, la mediocridad con la que se rodea el poder, también los directores de periódico, para no sentirse en peligro.

Lo que le ocurre a Emilia es que algo le ha aflojado la línea de su mandíbula mientras le achica los ojos, y su silla le amasa las caderas durante doce horas al día. En las jerarquías difusas de *La Crónica*, a los jefes se les distingue porque tienen sillas de director de banco y un teléfono directo, pero el nuevo jefe se termina preguntando si esa era una señal de categoría o de esclavitud.

Siempre hay que recelar de las sillas de director porque terminan por tener un precio. Y es que a los jefes también se les distingue por una especie de soledad, como a Emilia, con ese aire de ir al cine los domingos a primera hora, y que cuando no habla o toma apuntes pone un gesto adusto y mira al infinito. No se sabe si vive de recuerdos, si odia o ha llegado a perdonar al hombre a quien echó de casa cuando le hizo los dos hijos que ella quería.

—Ya no te quiero —le dijo—, no veo por qué habría de regalarte el resto de mi vida.

A sus hijos, por otra parte, se les olvida su cumpleaños y ya no veranean con ella.

Y no se sabe de qué son sus sueños porque cuando habla es para soltar otro lugar común, otro tópico. ¿Cabe un camuflaje más eficaz?

El proceso comienza cuando el jefe se sorprende llegando al periódico antes y marchándose después, o suspendiendo sus vacaciones porque el telediario le ha dedicado tiempo a una noticia de su sección. Lo que les ocurre es que ya no soportan más los supermercados, la televisión, un coche más grande o retapizar el sofá. Ya saben que un chalé adosado no da la felicidad, ni aunque tenga piscina. Ni siquiera les basta el fútbol. De pronto necesitan levantar teléfonos, organizar corresponsales y esforzarse para que las noticias, si no lo son, lo parezcan: sentirse en el centro de la Historia o al menos cerca. Han llegado a desconfiar de las vacaciones, esos lugares tristes donde los asalariados ven su aburrimiento como en un telefilme y, durante unos días de lucidez, comprenden.

La sorpresa será descubrir cuando la jubilen que el periódico no se cae. Ni se detiene. Que ni un solo lector detecta su ausencia.

Se diría que Emilia está ahora más que nunca en el periódico, piensa Sofía, y repite tópicos más redondos aún que otras veces. ¿Le pasa algo?... ¿Sabrá algo que los demás no sabemos?, se pregunta. Aunque parece que está ahí para no hacer sombra a *Picasso*, Sofía, que mira en torno, ya tiene edad para saber que la ambición despierta a menudo en el lugar menos pensado.

El truco del «nadiecomotí»

De todo ello está compuesto el malhumor de Sofía en la reunión. Bueno, de hecho con su cuello largo, de ave, y un par de rayas verticales sobre sus cejas, la redactora jefa de Cultura parece igual de exasperada que siempre:

—¿No vamos a comenzar? —ha preguntado a las 11.04.

Puede parecer que así se venga por las muchas veces que a ella le subrayan sus retrasos de niña bien con miraditas. Y en realidad lo que se la come por dentro es que no quiere estar ahí, en

el periodismo de los burócratas, buscándole alojamiento a lo que otros escriben. Lo que ella hubiese querido es seguir entrevistando a actores de cine.

—¿Quieres decir directores, políticos, toreros...?

—Ni políticos ni toreros: actores de cine —precisaba ella. Una vocación extraña pues los actores que consiguen decir algo cuando improvisan fuera del guión son más bien escasos.

Eso es lo que hacía antes, en la sede histórica del periódico en la plazoleta del Duque de Santás, por el Chamberí elegante, cuando su culo redondo y alto, esculpido por unos vaqueros negros de diseño, era una de las pocas leyendas que le iban quedando a *La Crónica del Siglo*. De ahí el mote, *Culo Preguntón*, fabricado sin duda por una envidia, o varias. Y la envidia por los culos redondos no es la más inofensiva de las que, juntas, equivalen a los monzones dentro de los periódicos: lugares donde la vanidad es frágil y asoma con un leve soplo y a nadie choca que un columnista se tome por un filósofo y el crítico de cine crea que él es el verdadero protagonista de la película.

Con el tiempo, sin embargo, Sofía comprobó que docenas de entrevistas a cineastas cóncavos no la hacían avanzar en la estima del periódico: lo que sirve de gasolina en las redacciones.

Pues sucede que la cadena de mando, el escalafón es, como en el ejército, lo único que en un periódico español tiene resultados visibles. En poder y también en dinero —se recompensa el cargo, rara vez el talento—, y a Sofía el dinero no le interesa: es rica de nacimiento y el primero de su apellido que gana un salario. Es también lo único —poder y sueldos— que los demás respetan.

—Un periodista se gasta una vida haciendo entrevistas y apenas conseguirá otra cosa que envidias, pues hay quien cree que entrevistar a alguien es como acostarse con él —le advirtió hace años Dimas, Dimas Foz, su primer maestro en *Mensajero*, cuando se vio que ponía más empeño en las entrevistas que en cualquier otra cosa—. Y aunque hay algo de eso, también es cierto que casi siempre resulta decepcionante —igual que en la cama, pensó Dimas entonces, pero se abstuvo de decírselo a Sofía.

De Sofía se envidiaba también la seguridad de sus ojos, un cuello que no podía ser producto de un gimnasio, unas manos, un modo de caminar y estar... todos síntomas de un apellido y una educación de los que no se consiguen solo con dinero. Y eso sí que puede molestar en una redacción cuyo primer objetivo es reflejar el país, o sea una gigantesca clase media de la que por otra parte provenían los redactores en su mayor parte. Justo lo preocupante comenzaba a ser entonces que, visto que el periodista había ganado en prestigio, habían vuelto los enchufes y las redacciones se poblaban de hijos de ricos y niñas bien.

De todas formas un redactor jefe, aunque sea de los que escriben *posicionamiento*, *ellos y ellas*, *e-mail* y otras muletillas de temporada, será siempre un jefe. El amo del sello tras una ventanilla. Quién sabe por qué se les respeta tanto pues en los periódicos los jefes son quienes más obedecen: a la propiedad, al director, a los anunciantes, al terror de ser lapidados por mirarle los labios a una becaria, a las ventas, al nudo de prejuicios que arman el ídolo de hojalata de la Actualidad, el más efímero y desleal de los dioses.

Los redactores jefe son también los guardianes de los ritmos esclavos, a los que obedecen más que nadie. Y el ritmo —ritmo de trabajo, titulares, fotos, espacios...— es el arma con que se dotan los periodistas en el espejismo de que así el tiempo se dejará acariciar y amaestrar. Creen que son ellos los que persiguen el tiempo. Casi nunca notan que es el tiempo el que siempre les

alcanza.

Siempre.

Sucede también que, tal como establece una de las muchas leyes no escritas del periodismo, en *La Crónica*, como en otros periódicos, la sección de Cultura es considerada una cuestión de mujeres. Y cuando el periódico cambió de sede, un año antes, en el quinto de su reinado, *Picasso*, el nuevo director, llamó a Sofía a su despacho cuando aún no tenía muebles modernistas y sí todavía el aspecto bancario de muchos periódicos modernos:

—Te sigo desde hace años —le dijo con sus ojos quietos en los que todo parecía tener importancia—, y sé que no hay nadie más que lo pueda hacer como tú.

Sofía no se creyó que *Picasso* la hubiese «seguido» —¿acaso no había llegado él mismo al periodismo por casualidad, y no hacía mucho?— y con toda probabilidad quien se encontraba tras esa oferta era Dimas, que la conocía de *Mensajero*, donde empezó. Pero lo del *nadiemáscomotú* es el más viejo truco de los directores cuando quieren sobornar a alguien sin gastarse dinero: le hacen mimitos en la vanidad. Y en prensa, algo muy emparentado con el teatro pues los periodistas tienden a sentirse actores cuando no dramaturgos, es difícil que no funcione.

El enfado de Sofía, lo que le impide dimitir de un trabajo en el que no cree, es que todavía no sabe si *Picasso* iba en serio cuando le dijo *nadie como tú*.

Porque luego las cosas se complicaron...

Está escrito pero no se sabe dónde

Son las 11.28 (del 17 de noviembre) cuando el *Mercedes da Barca* hace el pino sobre las olas, tras golpearse contra una roca emboscada, y se va al fondo como un campeón de trampolín.

Otras cuatro viudas antes de tiempo en la Costa de la Muerte.

Y ahora los periódicos no sabrán si elegir para primera la foto de los naufragos mirando a la muerte o el momento en que el mar, rey de la elegancia, despeja la cubierta como quien limpia un plato.

Casi todos los redactores jefe han expuesto lo que tienen y Leo se pregunta una vez más si podrán repetir el milagro de hacer un periódico, o si ya ha llegado la fecha —está escrita, pero nadie sabe dónde— en que los periódicos ya no saldrán todos los días y no se sabrá si es por falta de milagros... o de noticias. A esa hora, y salvo terremotos o declaraciones de guerra que se agradecen como lluvia en una sequía, casi todos se preguntan con qué van a sacar el periódico. El naufragio en la Costa de la Muerte será una gran foto, pero las fotos no ocupan páginas. Tampoco los naufragios sin supervivientes. Esta mañana de noviembre no parece, con la redacción aún vacía y los teléfonos sonando, que en doce horas vayan a ser capaces de cerrar una edición.

Más no hace falta ser un genio para comprender que a ninguno allí le preocupa el futuro de los periódicos y ni siquiera el de ese día. La tensión entre los presentes, de otro tipo, se podría hasta fotografiar: hombros y brazos hacia delante sobre la mesa, manos entrelazadas, ojos esforzándose en desteñirse para parecer neutros... Todos fenómenos causados por los rumores de que *Picasso* dimite. Que lo sustituyen. Que no se sabe qué grupo multinacional compra *La Crónica del Siglo*. Que van a poner a dirigirlo al exgerente de una multinacional de refrescos... Nada que no afecte a todo periódico de éxito, pero esta mañana los rumores parecen oírse más alto.

Bueno, no todos les prestan atención. El redactor jefe de Deportes, Germán Cortés —alto, nariz de gancho entre ojos sorprendidos—, ha vendido de nuevo un partido de fútbol el domingo siguiente como si ahí se fuera a decidir algo. Pese a estar escrito que las golondrinas de los estadios ladrarán y a los jugadores les saldrán membranas en los sobacos antes de que termine el campeonato del fútbol inmortal.

Todo periodista español intuye que su sueldo depende de algún modo de que ese campeonato no termine y, aunque escriba de economía, asume que es sacerdote de esa religión, compuesta al fin y al cabo de domingos, templos, santos, culpa, blasfemias y oraciones. Así que todos especulan con las posibilidades de *ganar*. El partido es además de la Selección, con lo que se produce la vieja alianza de religión y patria.

Sofía Magallanes es una de las pocas ateas del periódico en la religión del fútbol y sin embargo no dice nada pues hasta los estudiantes de periodismo saben que el nacionalismo, solo o con guerra, es el mejor truco para vender periódicos.

Leo la ha recortado con los ojos mientras comentaba el partido —desde niña Sofía detecta las miradas sobre su cuerpo hasta por la espalda—, pero esta mirada no era la de siempre y sí más bien la de un rival sopesando un farol en una mesa de *poker*.

—¿Se sabe algo de B. V.? —ha preguntado Silva al terminar Leo de exponer las previsiones de Internacional, y a nadie se le escapa que el tono es el de un director.

En cuanto a Emilia del Valle, mira a Sofía con disimulo profesional y sonrío como si supiese algo. Parece que su cabeza está llena como siempre con los excluyentes tópicos del pensamiento correcto pero es otra cosa. Las mariposas en los ojos se le agitan a Emilia más que nunca, como si una pregunta estuviese intentando salir de ellos, y que es: Sofía y *Picasso*... ¿siguen juntos?

Hace ya un año que alguien dijo haberlos visto en el parador de Sigüenza, un lugar de adulterios de gama alta: los amantes de fin de semana se sienten señores de un castillo y eso excita más que unas piernas bronceadas sobre el cuero negro de un convertible. Algo demasiado obvio para *Picasso* aunque a lo mejor, piensa Emilia, es justo eso lo que buscaba Sofía: que les vieran. Un lío con el director le daría mucha ventaja sobre cualquier otro periodista de *La Crónica* para una eventual sucesión. ¿Acaso la viuda no es la primera en heredar, antes incluso que los hijos?

Nadie les ha vuelto a ver y lo que hace dudar de si están juntos es que Sofía no quiere estar ahí, haciendo de capataz en Cultura, y ahora se le nota mucho. Pero ni las ironías que a veces se permite y que le ponen un gesto duro logran evitar que las miradas roncas del periódico enganchen con su estela, a su paso, cuando sale de la reunión de jefes antes que nadie.

—¿Sabes tú qué ocurre? —pregunta a Leo Germán Cortés, de Deportes.

O sea que también Cortés lo ha notado, piensa Leo. Observa, al salir de la Pecera, que Claudia se ha ido. La redacción le parece aún más vacía que antes. Cortés suele intuir si pasa algo pero no suele esforzarse por saber qué. Algo frecuente entre los periodistas de deportes, el mundo situado más allá del bronceado de los estadios y las pistas de tenis no les interesa lo bastante.

—No —responde Leo—, pero te aseguro que me voy a enterar.

O sea que la jugada no incluye a Germán Cortés. ¿Le incluirá a él?, se pregunta Leo. Teme que sea tarde, y lo teme gracias a algo que ciertos periodistas tienen como se tienen huecos en la nariz y por eso lo llaman olfato. *Olfato periodístico*. Otros no lo tienen y se van arrastrando con asma por las redacciones. Y así se explica que *tarde* sea el nombre de los miedos infantiles, las humedades nocturnas de los periodistas. Al fin y al cabo eso es lo que deben ser, ¿no? Expertos en

ritmos, el esqueleto del tiempo.

En la redacción de *La Crónica* —un vasto aparcamiento con las secciones agrupadas—, apenas se ven más que jefes, secretarias y muñecos parlantes en televisores mudos. Y teléfonos, aquí y allá, marcando como un comienzo de concierto. Jefes y secretarias hablan por ellos, en el vals de la mañana, para decir casi siempre que alguien no ha llegado y a qué hora llegará... salvo Sofía, que al llegar a su sección se concentra en su pantalla pero sin tocar el teclado.

Desde lejos se puede ver que no está cómoda en su sillón y Leo se pregunta si eso que pasa la incluye a ella. Se dice que tal vez Sofía sigue haciendo de redactora jefa por lealtad a *Picasso*, director, dicen, de los que buscan cómplices, más que profesionales.

Algo peligroso pues entre cómplices la traición no es más que una cuestión de tiempo. Como casi todo en periodismo.

La ignorancia como síntoma del calentamiento global

Minutos antes, a las 11.40, Paco Silva no tenía ningún inconveniente en preguntar:

—¿Y quién es Samuel Claude?

Samuel Claude es el nombre que figuraba en el programa con las noticias previstas para el día, que los redactores jefe escriben y las secretarias distribuyen antes de la reunión. Sofía ha sido la última en exponer sus previsiones para Cultura.

Como redactor jefe de Nacional, Silva tiene el escepticismo de muchos periodistas hacia las noticias de Cultura: piensan que son de diseño, con poco periodismo dentro. Y a Silva le importa una higa quién pueda ser Samuel Claude, el escritor que, según ha explicado Sofía, está siendo entrevistado en ese momento para abrir la sección al día siguiente.

Sofía tiene treinta y siete años, aunque con aspecto de treinta, restados uno a uno en el gimnasio y con una dieta de místico, lleva quince en la profesión y ya no le sorprende la ignorancia que espesa el aire como un síntoma más del calentamiento global. Mientras explica quién es, en esta ocasión le hace gracia: pues Samuel Claude fue, por así decir, como el testigo del comienzo de su historia con *Picasso*.

Fue en Sintra, al lado de Lisboa, lejos y a la vez fácil de alcanzar desde Madrid.

—Y qué tal es esto —preguntó *Picasso* en una pausa. Se acercaba a los cincuenta años y sus pausas duraban más que las de los otros hombres que Sofía había conocido. También sabía más, comprendía mejor el cuerpo de la mujer y tenía el poder de esperarlo, algo de lo que no todos los jóvenes son capaces.

Había cogido de la mesa de noche *Siguiendo al elefante*, el libro de Claude traído por Sofía por si había tiempo para leer, se incorporaba sobre las almohadas, dejaba ver pelos grises entre otros rojizos en el pecho, se ponía las gafas de vista cansada en el medio de la nariz y ya estaba leyendo. Parecía un profesor recordando tiempos de seductor. Leyó varios pasajes y llegó al de Carlo.

En los carnavales de Venecia, Carlo, un elefante genovés y gran trapeceista, se

paseaba por una playa del Lido con una máscara de payaso. Pero aun así le reconocían.
—*¡Ahí va Carlo, el Gran Trapecista!*—*decía invariablemente la gente.*
—*¿Pero no ven que soy un payaso?*—*se preguntaba él, atónito como siempre. Harto de gloria, había confiado en dejarse la nariz roja para siempre y ver si así se confundía con la muchedumbre...*

Picasso pensó que así fue él, hacía mucho. De horizonte amplio como el elefante, sin miedo a decir las cosas por su nombre.

—Pero nadie prospera en el periodismo si es solo de un modo—dijo de pronto en voz alta, y se incorporó un poco más. Se quitó las gafas—: En los periódicos no podemos permitirnos la claridad que prometemos porque duele y nadie compra periódicos para que le duela. Por eso la disfrazamos.

Se encontraban en esa frontera en que la sed ha consumido la urgencia y queda la lentitud, recordaría *Sofía*. Ella lo miraba sin decir nada. De la penumbra entre ambos, en la cama, salía la tibieza y el suave aroma del amor reciente mezclado con un resto del de *Sofía*, algo de gusto suave. También se podía ver un pecho de ella, todavía erguido.

Sofía dejó que siguiese leyendo un rato, luego un rato más —quería también disfrutar pues la mujer puede navegar en una nube durante más tiempo sin caerse—, y cuando al fin *Picasso* levantó los ojos por encima de las gafas, *Sofía* le sonrió:

—Es bueno, ¿eh?

Y la pregunta logró parecer la frase de amor que toda persona bien educada pronuncia después de hacerlo.

Chica corriendo tras escritor

Daniel, 17 de noviembre. Año VI

Bueno o no, Samuel Claude parece hartado esta mañana, sentado en La Rotonda del hotel Palace, rodeado de hombres de negocios y los camareros sumisos de los hoteles de lujo. Y aunque en la gira de promoción de su último libro Claude se ha prometido ser amable por una vez, a media mañana le parece que hay nubes dentro del hotel y ya no sabe si quiere. El primer periodista empezó:

—Usted: ¿escribe por dinero o para curarse? —y se quedó mirándole con el bolígrafo listo y puntiagudo como para escribir un tópico, un prejuicio.

—¿Curarme? —aunque ya nervioso por dos cafés, eso no quería decir que estuviese despierto para responder a cualquier pregunta. Los escritores viven en mundos aparte y luego les cuesta entrar en el de los periodistas.

—Bueno, sí. Todos los escritores se están curando de algo, ¿no? Del alcohol, la cocaína, el juego, de sus fracasos matrimoniales, de los éxitos de los otros, de que no les leen lo bastante... —y en cada uno de esos casos el periodista le citaba uno o dos ejemplos para que se viese que no estaba improvisando, que sabía de literatura—. Y si no es para curarse, ¿para qué imaginar historias, como los niños? ¿De qué quieren escapar?

La segunda periodista «no había tenido tiempo» de leerse el libro y, como sus preguntas le sonaban obvias incluso a ella, terminó pidiéndole si no tendría inconveniente en preguntarse a sí mismo.

—Sí, claro, faltaría más —dijo Claude. E iba a hacerse su primera pregunta cuando pareció caer en la cuenta de algo—: Si yo me hago las preguntas y me respondo, y además escribo el libro —dijo—, ¿usted qué hace?

Reír. Lo que hizo la chica fue soltar una risa de colegiala, sin saber que se lo iba a poner difícil a la colega que venía después, que cuando dice que no se ha podido leer el libro, pues se lo dieron anoche, se gana un bufido de Claude:

—Pues léaselo y regrese entonces —le dice, ya de pie.

Y se marcha.

Entonces se ve a una chica de piernas largas caminando rápido y corriendo a ráfagas sin mucha práctica sobre tacones altos por las largas moquetas del Palace, y es esa juventud, a la postre, lo que convence a Samuel Claude para que regrese. Ha llegado hasta la entrada del hotel, donde hace guardia un almirante con sombrero de copa para abrir la puerta de los taxis, y allí le alcanza una joven de pelo negro y ojos verdes muy alarmados.

—Porfavor, porfavor —le conmina. Va envuelta en tanta ansiedad que a Claude le cuesta un poco reconocer a la joven sonriente de su editorial que acompaña a los periodistas hasta la mesa de las entrevistas y les ofrece cafés en la espera. La ha conocido esa misma mañana.

«Por favor», le dice, y aunque no se atreve a intentar chantajearle con cualquier «no se vaya usted, que me echan», en su «por favor» incapaz de argumentar aletea una angustia cierta, la certeza de que, si él cruza esa boya que es el almirante de los taxis, será un desastre. A la chica el temblor de la voz le junta las palabras. Sus labios de niña se tensan y sobre todo —sobre todo— la angustia se le puede ver nítida, como un fuego de chimenea, en el fondo de una pupila de almendra verde sin experiencia.

Y puede que Samuel Claude sea un cabrón, o eso dicen algunas de sus exmujeres y colegas, pero si su escritura todavía le alarga la pausa a una pareja en una tarde de amor en Sintra es justo porque, pese a tener algún éxito, más de lectores que de ventas, aún es capaz de ver el dolor. Y ello pese a que el dolor se esconde tan pronto puede porque es feo y desagradable. Y a veces tímido. A eso había aludido *Picasso* en Sintra, y es que ninguna escritura lo es de verdad sin esa capacidad de todavía intuir la derrota, la parte oscura de las sonrisas. Justo lo que promete el periodismo pero no puede cumplir porque esa agudeza es incompatible con las grandes tiradas.

O sea que Claude mira a la muchacha. Se fija sobre todo en su juventud de veinticuatro años o así, la frontera en que una muchacha se vuelve de pronto una mujer hecha y derecha en una tarde inesperada de mayo... Parece entonces recordar algo y, con una ligera sonrisa de derrota pero también de ánimo hacia la muchacha, de «tranquila, no pasa nada», camina de regreso a la siguiente entrevista.

Que es con Daniel Camín.

Harto también de ese conocido tango del *ahora me voy... pero me quedo* del escritor-vedette, y sin embargo no se puede marchar del Palace. Y no solo porque no está previsto que sea un periodista el que plante a un entrevistado. No se puede marchar —aunque ni siquiera él lo sabe aún— en parte porque el escritor es el mejor descubrimiento de sus últimos meses, pero sobre todo porque va a tardar en reponerse del café que se ha tomado con la chica del ojo verde mientras no muy lejos, en el salón del Palace, Samuel Claude se iba cabreando una vez más con los periodistas.

¿Cómo explicarlo? Daniel no es ningún novato, al contrario. Cuando trabajaba en la *Rápido Press* solía llegar antes a las noticias porque atravesaba la ciudad bailando el tráfico con su Vespa en ruinas. Eran los tiempos en que se tiraba por los precipicios —ahora ya menos— colgado de un gran triángulo rojo. Y ambas cosas son de las que debilitan las rodillas de las chicas. Pero su experiencia se contrarresta con una gran vulnerabilidad a las muchachas como Génova, la chica de

prensa de la editorial, que según a qué hora pueden parecer mujeres, con la audacia de la juventud, pero cuando duermen dejan asomar a los labios un mohín de niñas.

O sea que a su modo Daniel ve en Génova lo mismo que ha hecho regresar a Samuel Claude a la rueda de entrevistas: ese prodigio que nunca se da igual que a esa edad, cuando la muchacha es todavía capaz de entregarse sin condiciones a un sueño, como los niños, pero sin duda es ya una mujer.

Sin duda.

Es decir alguien que ya sabe que un sapo no se convierte en príncipe ni aunque le den una beca para competir en salto en una universidad de ricos, pero en cambio todavía es capaz de enamorarse del sapo. No ver sus ojos saltones ni escuchar en la madrugada su voz cazallosa de cantante. O al menos eso cree ya Daniel.

Sentado ante una mesita redonda, no muy lejos, es testigo de la escena en que Samuel Claude se cabrea con la periodista que no ha leído el libro y se larga, y Génova detrás. Es lo único que no le gusta, piensa Daniel mientras la ve caminar rápido por la gruesa moqueta del Palace, tentada, se ve, de echar a correr como en el patio del colegio. «¿Por qué se hace llamar Génova?», se pregunta, no muy interesado en la razón por la que corre tras el escritor, y eso que el escritor es el que él ha venido a entrevistar. «¿Por qué no usa su nombre entero, Genoveva?»

«Genoveva tiene tantas letras que parece un cuento en sí mismo», se dice Daniel cuando ve venir a Génova, desde la puerta, trayendo de vuelta a Claude a la rueda de entrevistas. «Génova compone casi una canciónailable», piensa justo en el momento en que el escritor se sienta frente a él.

Siguiendo al elefante

Daniel no sabrá nunca qué ha hecho Génova para conseguir que Samuel Claude acepte bailar. Pues no otra cosa es una entrevista, una seducción que ha de consumarse en muy poco tiempo.

Claude la ha comenzado sentado en el borde de su butaca. Poco a poco se reclina y cruza una pierna con el tobillo sobre la rodilla, una postura de gran confianza de quien ya no espera preguntas estúpidas. De pronto algo hace clic —casi se oye— y Samuel Claude acepta a Daniel. Sus ojos pierden severidad y se ven más blancas y tolerantes las canas trazadas una a una en su pelo rizado, de chico. Viste una chaqueta de ante sobre un jersey de cuello vuelto azul marino, y esa ropa de postal de escritor en él se ve distinta.

Tal vez ello se debe al vestíbulo del Palace, un lugar en el que es más fácil encontrar a hombres de negocios escoltados por jóvenes princesas sobornadas en Gucci o en Prada, parlamentarios de las Cortes vecinas y turistas japoneses ricos... No se ven muchos escritores, ni siquiera oficiales, de los que decoran los banquetes de los premios. No parece que allí mucha gente sepa leer. El Palace parece una suerte de acuario de lujo ideado para preservar de la tensión de la ciudad, que flota como un aura en torno a algunos reporteros. Daniel es el más despeinado de todo el hotel, el más flaco después de las modelos que acompañan a los banqueros y, sin que se sepa bien por qué, casi seguro que el más tenso.

—¿Sabía usted que este era el lugar preferido de Borges en Madrid? —pregunta Daniel, un modo como otro de preparar la entrevista, como el violinista proponiéndole un tono a la orquesta

—. Le gustaba porque bajo esa gran cúpula todavía podía ver sombras —y ha señalado la gran marquesina del salón de La Rotonda.

Claude se gira, mira un momento la cúpula modernista de cristal y mientras se vuelve a girar.

—¿Le interesa Borges? —dice.

Daniel tiene la sensación de que esa pregunta marca un poco el terreno de la entrevista.

La primera que le encargaron fue el día en que había que entrevistar a un *pre*, como los llaman, y como de costumbre nadie quería.

—Quién es —preguntó. Se encontraban en la reunión en que se reparten los trabajos previsibles, más abundantes en Cultura si bien ya los periódicos están hechos casi en su totalidad con la agenda, a menudo preparada por gabinetes de publicistas y astrólogos.

—Un sabio —vendió Sofia. Había visto la oportunidad al vuelo, aunque habló con una reverencia que le guardaba a pocas cosas.

—Ya. Y qué tipo de sabio —insistió.

Daba igual: un hombre encorvado por el peso de sus ojos, y estos encorvados a su vez por el peso de todas las lecturas que inclinaban las paredes de su casa, fue a recibirle caminando lento por un pasillo tan largo que parecía venir de otro tiempo. Al llegar el anciano lo miró con esa afabilidad desinteresada de quienes viven en un mundo demasiado rico como para creer que impresionar a los periodistas tenga ningún interés.

No era esa la primera sorpresa. El hombre le escuchaba como si de verdad fuese importante comprender sus preguntas y contestarlas. Le miraba con inteligencia —una refinada cortesía—, sin juzgar. Le ofreció almendras y vino dulce, y le brillaron los ojos, acuosos y rodeados de arrugas, porque a él también le apetecían y estaba esperando una ocasión, como un niño. El sabio le trataba como a un discípulo, lo que devolvía a Daniel a un mundo ideal de estudiante, paraíso perdido a sus casi treinta años. Se sentía honrado.

—Por qué los llamáis *pre* preguntó al volver al periódico. Venía lleno como tras un concierto, un buen libro, una cita de amor al principio.

—Por *prehistóricos* —le contestó Paloma, una redactora veterana de la sección, y sonrió como para mostrar que el adjetivo no era suyo.

Daniel examinó la respuesta para ver en qué sílaba había oído mal, y en ese punto y momento exactos, y sin que él aún lo supiese, comenzó a gestarse la vaga sospecha de que a lo mejor, quién sabe, tampoco *La Crónica del Siglo* iba a ser el Valhalla que todo periodista cree que busca.

La prueba de que no hizo mal la entrevista al *pre*, y otras que siguieron, es que Sofia le ha confiado la de Claude, pese a su reputación de raro y de que te puede montar un número a la primera ocasión. Y a que a ella le gusta mucho lo que escribe, y esas dos cualidades suelen atraer a los entrevistadores. ¿Por qué no la hacía ella?, le preguntó, cuando recibió el encargo.

—Porque tengo que estar aquí —dijo. Y quitándole importancia, le entregó un libro de Claude, *Siguiendo al elefante*. Un ejemplar viejo y lleno de subrayados.

Pero no siempre había tenido que estar ahí, pensó Daniel. Algo le pasaba a Sofia desde hacía un tiempo, que le impedía quedarse quieta, mirar largo, charlar de arte o literatura como cuando él

llegó al periódico, tan solo dos meses antes.

Lo que Daniel no podía saber, cuando se sentó a leer *Cuentos duros*, el libro que Claude ha venido a presentar, y también *Siguiendo al elefante*, es que en los días siguientes cancelaría citas y cogería el metro en lugar de la moto para conquistar tiempo de lectura —hasta preferiría bañarse a ducharse porque en la bañera se puede coger un libro— para así poder preguntarle al escritor, en la entrevista:

—Usted sugiere que siguió al elefante. Pero en realidad en su relato camina a su lado, ¿no?, y en ocasiones hasta lo cabalga o *es* el elefante...

—¿Ha leído *Siguiendo...*? —pregunta Claude, esa no se la esperaba.

Fue el único encargo de Sofía cuando le pasó su ejemplar todo lleno de subrayados. «Háblale de los elefantes, a ver qué te dice».

Eso hace.

Luego, leyéndolo, Daniel comprendió: si Sofía le encargó una pregunta, fue sobre todo para disimular los subrayados de su libro, que para según qué ojos son más reveladores que un desnudo: una lectora subraya el adjetivo «azul» —«el azul es lo último humano que queda en la ciudad...»—, y es como si confesase que ha soñado con un hombre, un hombre azul bajo la noche estrellada, olores y abrazos desconocidos en una jaima en el desierto. Subraya dos veces «la libertad del elefante» y es como si quisiese robársela. Ya en la entrevista, Daniel cree que haber leído también *Siguiendo...* es lo que ha desanudado a Claude.

Daniel no usa grabadora y toma notas en una libreta, en la idea de que una entrevista a un escritor es un dibujo, una seducción con palabras. No es una foto, en ningún caso, y tampoco una charla por televisión. Aunque no sabría explicarlo bien, sabe que la televisión es lo contrario de la escritura.

Ocupado en escribir en su libreta, no ha visto el cruce de miradas entre Samuel Claude y Génova, Genoveva, la chica de prensa de la editorial. Sentada en el borde de su silla, sin ocuparse del siguiente periodista, que ya espera, disfrazada con un vestido de ejecutiva en el que ella se siente su madre, con unas piernas que se salen de la falda estrecha y parecen más hechas para bailar que para enfundarse en medias de cristal sobre tacones altos, Génova mira a Samuel Claude con los ojos verdes e insistentes. «Por favor», le está diciendo, «por favor...». Teme que esta rueda de entrevistas termine en un desastre.

E igual que ha aceptado volver desde la puerta del Palace, Claude decide aceptar la entrevista de Daniel como si nunca le hubiesen entrevistado antes, como si los periodistas fuesen todos capaces de leer y hacer preguntas. Que esté ahí es una conquista de los ojos de niña de Génova y de sus piernas de mujer, pero no hay que quitarle méritos al propio Claude, que entra ya en la edad de los *prehistóricos*, esa madurez en la que ya no importa mucho lo que escriben los periodistas. Ni tampoco demasiado lo que preguntan.

Pero cuando a la media hora Génova avisa con una sonrisa de que la entrevista ha terminado y ya le toca el turno al siguiente —*¡al fin!*, se le ve en el fondo de los ojos—, Claude se vuelve a impacientarse.

—De eso nada —dice—. Estoy muy bien charlando con mi amigo... —lee el nombre de Daniel en el programa que le han preparado... Camín —y cogiendo a Daniel del brazo lo aleja de allí—: Dígales a los otros periodistas que vuelvan otro día.

Y Génova se queda ahí, en el vestíbulo del Palace, colgada sobre sus tacones y largas piernas

como una cigüeña que se ha equivocado de campanario.

«Este era el desastre», piensa. Y no sabe ni adónde mirar.

Muchos pensarían que la decisión del escritor de llevarse al periodista a su habitación y aplazar las citas con los otros debe de tener que ver con *La Crónica del Siglo* y su poder para crear famas: pues un periódico también sirve para medir hasta dónde se doblan en escuadra los ministros al paso de su director y le rinden pleitesía. O los entusiasmos de los actores cuando se encuentran con entrevistadoras en las fiestas, y que las pobres entrevistadoras se creen porque no hay nada más incauto que la vanidad. Pero la realidad es que, en el año VI del reinado de Picasso, *La Crónica* apenas tiene poder de crear reputaciones literarias, o tiene menos que *El País*, *ABC*, *Mensajero* y para qué hablar de las televisiones.

No, si Samuel Claude se ha llevado a Daniel a su cuarto y continúa la charla recostado en la cama, arguyendo que una hernia no le permite estar sentado mucho tiempo, es porque en su día tuvo buenos profesores de exactitud y ausencia de hipocresía en Matemáticas, junto con otros excelentes de sutileza, rigor e imaginación en Literatura. Ambos profesores excluían en sus clases las habituales dosis de postales, palmaditas y bobadas con que muchos profesores sobornan a los estudiantes para que les perdonen su mediocridad.

A los quince años, el encuentro con la metáfora y la sinceridad de los números, que no conocen ni la mentira ni la medianía, puede marcar tanto como emigrar a otro continente, quedarse huérfano antes de tiempo o descubrir la mezquindad amarilla, la que no tiene solución y le huele el aliento.

Claude no ha podido soportar nunca la mediocridad de los jefes, que termina por llegar como la canción del verano, y eso ayuda a explicar que haya llevado una vida literaria clandestina como las de antes, y sin que se le haya ocurrido buscar en ella un sueldo, fama en las revistas y vacaciones pagadas. Por lo mismo, tampoco es capaz de fingir interés en un diálogo con un periodista que le entrevista igual que podía estar haciendo de farola en un parque.

De qué vive Claude no es más que uno de sus misterios. Si realiza una gira de promoción que incluye cafés para periodistas en el Palace es —a veces ocurre—, por algún malentendido de la industria.

En cuanto a Daniel, su capacidad de seducir a Samuel Claude en una entrevista —el primer sorprendido es el escritor— viene con toda probabilidad en línea recta de su abuelo. Daniel se crio en la parte alta del barrio de Sarrià, en Barcelona, en una de las últimas casonas con grava, cipreses, el mar a lo lejos y contraventanas de rejilla a través de las cuales invadían el jardín las óperas con que su abuelo, atrincherado en un torreón, se apaciguaba la neura. Y de vez en cuando admitía a su nieto en su torreón, siempre que se estuviese quieto y no hablase mucho. El chico no necesitaba más.

Con el tiempo Daniel llegó a comprender que, en su pacto silencioso con su abuelo, se incluía el oculto e instintivo deseo de ambos de pedirle perdón al otro, el abuelo por su hijo y el nieto por su padre, que eran la misma persona.

Porque el padre de Daniel era, para decirlo rápido, un pinta. Un cafre. Reunía algunos de los

vicios del señorito clásico, lo que carecería de interés de no ser porque desde muy pronto mostró un verdadero gusto por el dinero, un gusto de nuevo rico, de banquero, de especulador en bolsa. Y no el más que suficiente que a su familia le había permitido vivir bien durante generaciones, sino el dinero pirata que comenzaba a brotar en la España de entonces, cuando se extendió la plaga de la afición por cosas que antes solo hacían los carniceros premiados en la lotería y los traficantes de esclavos con América.

La familia de Daniel tenía no pocas tierras, en particular junto al mar, aunque ese tipo de tierras —arena, pinos y rocas al borde de un azul con brillos de plata bajo la luna— que nunca habían servido para nada porque todavía no se le había ocurrido a nadie vender el sol en plan industrial. Por supuesto el cafre convenció a sus hermanas y cuñados, y cuando al viejo se le ocurrió un día visitar las tierras en las que no solía pensar —en España los señores nunca hacían mucho caso de las tierras, esa era casi una condición para serlo—, se encontró con que su hijo había plantado en ellas un par de hoteles de quinientas habitaciones como una súbita erupción de una enfermedad tropical y alojaba a una raza acalorada y enrojecida de veraneantes que, no sin misterio, pagaban por llegar en rebaños y alojarse en colmenas. Y además ya ganaba mucho dinero y no necesitaba más de la familia para seguir construyendo ese tipo de hoteles voraces en el que había algo turbio, pese a los mármoles de la entrada, aunque no hubiese sabido precisar qué.

Agraviado de un modo profundo por la sensación de estar en el origen de ese desastre que no sabía calificar, porque era de un nuevo tipo, Luis Camín, el abuelo, se encerró a oír ópera italiana, alegre... pero desesperada, mientras le pasaba a su nieto ciertos libros clásicos que a esa edad equivalen a descubrir la India.

No se daba cuenta de que, con esos gestos muy sencillos, le iba dando el paso al mundo en que desearíamos vivir. Y que según a qué edad se reciba, con el tiempo se convertirá en un paraíso realmente perdido, como si una guerra, un exilio, una ruina nos lo hubiesen robado. Una educación de alto riesgo porque luego la gente se queda intentando recuperar ese paraíso, siempre, sin descanso, con la tolerancia a la fealdad y los patanes muy debilitada —y la fealdad abunda y los patanes son muchos—, sin saber dónde buscar, adonde viajar.

Cómo contar el silencio

De modo que si Samuel Claude se refugia de algún modo en Daniel, esa mañana de noviembre en el Palace, no es porque Daniel sea el entrevistador de moda de un periódico poderoso, ni porque quiera adaptar su libro para hacer una película.

Es porque encuentra a alguien afín.

O sea, algo sorprendente en una entrevista: parece que está hecha de palabras pero en realidad se compone de los silencios bajo ellas, que son de comprensión, de seducción, al menos en la entrevista con el artista. Y de ahí que no haya forma de capturar de verdad un encuentro de ese tipo, ni reproducirlo en la televisión, que por alguna razón metafísica las falsea. Quizá solo sea posible relatarlo. Solo ahí, contados y no retratados, son posibles los silencios.

A Daniel lo formaron en la universidad profesores que creen en el entrevistador-verdugo, que llega con un magnetófono-abrelatas y pretende cazar al entrevistado en una tontería para luego

ejecutarle y quedar él de listo, brillando tras el titular como un anuncio de neón. Pero ¿qué sentido tiene eso con un hombre que habla de elefantes o de las historias ocultas de las ciudades, de hacer de la creación y la literatura una forma de supervivencia? En algún punto de la entrevista han llegado a ese, un tema muy especializado y exótico.

—Y usted, ¿por qué sabe quién es Stendhal? —pregunta Samuel Claude, no sin asombro.

Antes ya le tranquilizó algo que Daniel mencionase a Borges, pero ahora le intriga por qué sabe quién es un escritor que en Francia ha sido declarado oficialmente olvidado y borrado de los libros de texto. Su curiosidad es auténtica —ya le han hecho unas cuantas entrevistas en su vida y cree saber lo que puede esperar—, y a los veinte minutos es Daniel quien tiene que interrumpir sus preguntas y pedirle:

—Escuche: usted es el entrevistado y yo el entrevistador... y como sigamos así, me echan del periódico.

Y solo así puede más o menos volver a guiar la conversación. Pero Claude ya se siente en confianza. No puede hacerle preguntas demasiado idiotas un periodista que sabe quién es Stendhal, un escritor que hubo que quería ser italiano y durante un siglo largo ejerció como una especie de patrón de los escritores, un patrón ateo, también de Samuel Claude. Hasta que los escritores dejaron de creer en los santos novelistas y los cambiaron por los guionistas de Hollywood.

O sea que todo va como en los comienzos de una luna de miel cuando —ya se encuentran en la habitación de Claude, él recostado y Daniel tomando notas en un sillón— el escritor comenta algo de la revolución en la que tomó parte, en su día, y luego dice:

—Bueno, eso no lo ponga...

Daniel ya tacha su última anotación cuando Claude añade:

—... eso, y lo demás.

Daniel deja de escribir y lo mira.

—A qué se refiere.

—Todo lo demás... político —dice Samuel Claude, se ve que *político* le cuesta.

Ahí llevan como hora y media de entrevista, Daniel tiene notas como para ocupar el domingo de los lectores y no sabe muy bien a qué se refiere Claude con *político*. Además, como cualquier persona educada, es alérgico a la censura y sobre todo a la autocensura.

—Lo siento pero yo solo tacho lo que usted me diga —le dice—. No me ponga a censurarle.

Y algo va a replicar Samuel Claude cuando abre la puerta Génova, la chica de prensa de la editorial, para preguntarle —«Míster Claude», le habla en inglés— si ha podido hablar con Daniel todo lo que quería. «Me temo», dice, y pone el tono de un embajador constatando alguna pequeña realidad desagradable con la que habrá que transigir, «me temo que hay ya otros periodistas aguardando...».

Más es imposible tomarla en serio, escucharla como a una severa agente de prensa de las que administran el tiempo de las estrellas del *rock*. Génova mira con esos ojos que, por mucho afán que pongan, y en ese momento lo ponen, parecen guardar dentro una sonrisa y esta es demasiado grande para que los ojos la puedan ocultar.

Claude acepta con una especie de resignación la entrada de otros periodistas. Un hombre algo mayor de *ABC* y una chica de *La Verdad. Madrileña*, vestida como si de ahí saliese a un cumpleaños. Ellos en cambio no sonrían. Y menos a Daniel. No le mirarían de otra forma si

Daniel les hubiese metido tornillos en las grabadoras o untado un moco en los teleobjetivos, que es algo que algunos teóricos del cotilleo justifican en nombre de la libertad de expresión.

También claudica Daniel. No siente particular reverencia por la Exclusiva, el Pisotón, otro de los dioscellos del oficio que no tiene sentido alguno en la entrevista a un escritor. Desea sin embargo ayudar a Génova con el capricho de Claude de no hablar con los otros, cuyo cabreo, por otra parte, comprende. Que al menos ella le deba eso.

«Me acompaña a la salida sin tener que hacerlo», piensa Daniel mientras se dirigen a la calle. Huele en Génova el aroma que solo pueden producir las chicas en el momento —unos meses— en que mutan en mujeres. Luego ya no. También camina aliviado, ha encontrado la solución de llamar a Samuel Claude esa tarde para leerle la entrevista y él tachará lo que no quería decir.

De momento, tras despedirse, siente que ella se ha quedado esperando algo.

Imbécil, se dice.

El que sí le dice algo es Samuel Claude cuando lo llama esa tarde, como había prometido.

—¡Yo no he dicho eso! —exclama.

Tiene otra voz. Parece otro.

Un azul para el verde

—¡Yo no he dicho eso! —vuelve a decir—. ¡Yo no hablo así!

Daniel mira el reloj pues hasta el pánico debe pedirle permiso al tiempo en los periódicos. Son las seis y diez, falta menos de una hora para el cierre de la primerísima edición, la de los aviones a Europa.

Pero eso no es del todo cierto: claro que habla así. Lo que pasa es que por la tarde se ha enterado de que su hija ha recibido por correo una foto con el rostro de su padre, en un periódico mal recortado con las manos, pintarrajeado con los colores de la bandera nacional. Nada más.

Y él sabe que esa suerte de vudú de blancos se debe a las declaraciones que figuran en el mismo recorte, en una entrevista que le hicieron en días pasados en Alemania, también con motivo de sus *Cuentos duros*. Se las lee por teléfono. Muy parecidas a lo que le dijo a Daniel:

—Los escritores no tienen patria —le dijo—. Precisamente escriben porque la que tienen se les ha quedado pequeña. Son las patrias las que se autoinventan, entre otras cosas a partir de los escritores. No hay más que ver las calles y estatuas que les erigen tan pronto se puede, y que son tan eficaces para difuminar y falsear su obra.

Y en otro momento:

—La escritura es uno de los pocos territorios sin dueño que van quedando, en parte gracias a que la gente ya ni disimula que no lee y a lo barata que es. Basta un cuaderno, una pluma, cualquier mesa en un hotel, un aeropuerto, un teléfono... Me refiero a la que no aspira a que la filmen o la premien, la que no se deja encajonar en las *industrias culturales* (un nombre ya repugnante), nuevos rebaños pacíficos pero cuánto más perversos.

Declaraciones hasta inocentes, como se ve, en la línea poética de *Siguiendo...* y otras obras de Samuel Claude, mejor escritor que hablante. O tal vez le habían simplificado en el periódico. Sucede a menudo. A causa de los precios del papel y del poco tiempo de que disponen los periodistas, que tienen que cubrir el mundo en jornadas de ocho horas, incluyendo comidas con las

fuentes, matizar en los periódicos es caro.

Pero algo pasa en las glándulas de cierta gente cuando les mencionan *la patria* que de pronto recuerdan todas las glorias, y los himnos que erizan la piel, y los cañonazos en las películas, y los cuentecitos de las razas y las fronteras que dicen a este lado de la línea la tierra se llama así, y allí asá, y hacen que la gente sea de una manera en función de cómo prepare la sopa, y los tebeos que leían de chicos, y a la primera de cambio se yerguen pletóricos de amor a la patria, se ungen de esencia y salen a defenderla. Así sea contra una chica de diecisiete años que un día, al salir hacia sus clases, se encuentra con el patriotismo en forma de recorte de periódico en el que a su padre le han tatuado la bandera en la cara.

Y ese es el punto débil de Samuel Claude, el único por el que es capaz hasta de arrancarse los dientes para no haber dicho algo que ponga a su hija en peligro.

—¿Qué hacemos? —le pregunta Daniel a Sofía, y esta, igual que él, mira la hora: queda media para el cierre.

—Cámbiala.

—¿Cómo!

—Echale agua.

—¿Si es que quiere cambiarlo todo!

Sofía le mira como quien le enseña a un joven que en las guerras hay que robar.

—¿No podemos dar otra cosa? —insiste Daniel.

—No —dice Sofía, que ya lo ha pensado: entre los dogmas de los periódicos figura el de abrir siempre con *actualidad*, del mismo modo que los pescaderos tienen que vender merluzas frescas y los jueces no desayunar con *whisky*—: Y no te queda casi tiempo.

Menos aún del que ambos tienen previsto porque en ese momento aparece Paco Silva dando voces para que se adelante todavía más el cierre.

—El Gobierno ha disuelto las Cortes —da por toda explicación.

O sea, llamada a elecciones, la noticia que más nervios produce en una redacción, no está muy claro por qué.

Son las siete menos cuarto, no hay tiempo de llegar a los aviones más que con un titular: en la competencia con los otros medios, eso pasa por información.

Y mientras Daniel cambia la entrevista para falsearla con lo que en el oficio se suele llamar «profesionalidad», Sofía recuerda algo que le dijo Dimas, cuando empezaba a entrevistar a cineastas en *Mensajero*:

—Las entrevistas se parecen un poco al sexo de tren o de avión: muy intenso durante un rato y luego puede que tu entrevistado no te reconozca en la puerta de un cine.

Que no es el caso. Porque apaciguado pero consciente de que el periodista ha tenido que mentir por él en la nueva versión, Samuel Claude quiere enmendarlo.

—Ahora me quiere invitar a cenar —le dice Daniel a Sofía, tapando el auricular.

—Pues acepta —sonríe ella, y Daniel no cae en que la sonrisa tiene un poco la mirada huidiza de la envidia. Más, mucho más a menudo de lo que se cree, los jefes envidian a sus subordinados y hasta los sabotean cuando no pueden resistirlo. También ellos trabajan en periódicos porque un día quisieron no esperar sentados en oficinas a que la vida pasara por la calle.

Daniel acepta con la misma profesionalidad con que traicionó su entrevista, pero no le apetece ir a cenar. Samuel Claude ha adelgazado mucho en la última hora y sus *Cuentos duros* se le han

ablandado hasta el punto de que ahora le parecen construcciones de las que la gente llama *literarias* para decir *engañosas*.

No habría llegado con retraso al restaurante —uno de esos con los que se va corrompiendo a los periodistas hasta que creen que es algo que se les debe— de haber sabido que iba a encontrar ya sentada a Genoveva, *Génova*, vestida con el único azul del mundo que le va a sus ojos verdes, y estos, llenos de la sonrisa que sigue sin caberles. Se puede ver en ellos que esa chica jamás podría ser jefa. Ni siquiera guardia de tráfico.

Payasos en el Ritz

En mayo ya habría amanecido pero en noviembre aún es noche cerrada cuando Daniel regresa a su casa y, sin quitarse el tabardo de marino con el que iba en moto, sale a la terraza de su ático a ver la ciudad dormida. Algo que le gusta hacer sobre todo al alba. Mira por si detecta algún rastro de vida... y nada, solo algún pájaro. Aunque con ojeras, el silencio de la ciudad le ha ido aflojando los rasgos tensos que en dos meses en el periódico se le han afilado. Cuando trabajaba en la *Rápido Press* se habría entretenido hilando historias, bajo las tejas del viejo Madrid que ve desde su ático, a partir de pequeños indicios: una combinación tendida a secar —¿qué mujer usa todavía combinación?—, una pelota descolorida en un rincón, un gato rompiéndose en ángulo recto para doblar una chimenea, una nube roja naciendo en el este. Ahora ya no piensa mucho en historias bajo los tejados sino en *La Crónica*, como si el periódico, en lugar de reflejar la ciudad, tuviese el poder de imponerse a esta y ocupar la cabeza de sus periodistas, aunque se marchen lejos: el Madrid del ático de Daniel es lo contrario del Madrid de la nueva sede de *La Crónica*.

Entonces, mientras mira la luna retirarse a cámara lenta en el cielo gris del alba, se pregunta si habría importado que *La Crónica* publicase la primera versión de la entrevista con Samuel Claude. Y piensa que no. A nadie le importaría oír ese día cosas como lo que les dijo en la cena:

—¿Mi país? —a Samuel Claude le brillaron los ojos—... No sé qué es eso, aparte de una gran idea para reforzar la industria filatélica, la venta de armas y los Juegos Olímpicos, y hacer funcionarios a los patriotas, que es lo que suelen ser los *países*. En realidad yo ya tengo varios y aspiro a morirme con unos cuantos más.

Pero nadie habría reparado, ni en esa ni en otras declaraciones de las que hacen enemigos: la convocatoria de elecciones ocupa toda la portada en segunda edición. Ni siquiera el naufragio se ha salvado.

—Qué bien que hayas venido —le dijo Sofía al verle llegar al periódico, a medianoche, tras la cena. Y le pidió que redujese la entrevista. Había que darle espacio a Política, que es además la sección más hambrienta: todos los políticos quieren hablar, siempre, de eso viven, y todos los columnistas y editorialistas también, y si hubiese elecciones cada mes los periódicos se harían solos.

Unas horas antes, Sofía esperó a que las páginas de Cultura quedasen encajadas en la segunda edición como una realidad de apariencia perfecta —un árbol en un bosque, una piedra en un río— para preguntar:

—¿Qué tal la cena?

En el vasto garaje de la redacción, Nacional se veía todavía lleno de gente pero algunos ya

tenían las piernas sobre la mesa, borrosos por el humo y postal del periodista entre la niebla, rellenando ceniceros de colillas. Hacían previsiones sobre el futuro, como si las elecciones fuesen a cambiarlo. A Daniel le pareció que su cena con Samuel Claude y Génova sonaría ahí tan real como una crónica de ovnis avistados sobre la Casa de Campo.

¿Qué podía contestar?

«Bien. *Génova* tenía un vestido azul que hacía brillar con luz la pelusilla dorada de sus antebrazos».

O: «Bien. Samuel Claude nos contó algunas variaciones de *Siguiendo al elefante* que no quiso publicar». (No, eso no se lo diría pues corría el riesgo de despertar la envidia de Sofía. Que florece con facilidad, los periodistas de mesa suelen creer que los reporteros de calle viven grandes aventuras).

O: «Bien. Fuimos a Tacón, después de cenar, y allí dejamos a Samuel Claude con una bailaora». No diría que a la mujer se le veía una sombra en las axilas y que la curva de sus pechos parecía trazada con un lápiz.

O: «Bien. Por cierto que en el restaurante se encontraba Paco Silva con Serapio Sánchez, el ministro portavoz».

Eso fue lo que dijo y, en contra de lo que esperaba, su noticia no puso alerta a Sofía como un pointer cuando salta una perdiz.

—¿Paco Silva? —preguntó distraída, parecía saber ya la noticia—. ¿Había alguien más?

Ahí había bajado la voz como si eso fuese lo que de verdad le interesaba.

—Sí, había alguien más —dijo Daniel, y no mencionó que esa noticia era justo la que le había hecho ir al periódico tras llevar en moto a Génova a su casa, sabía que todas las manos serían bien recibidas en una noche como esa. Y —eso se lo guardaba— quería intentar salvar la entrevista para segunda edición.

Además quería ver desde dentro cómo se comportaba el periódico con un cambio de Gobierno. ¿No decían que estaban inventando otra forma de hacer periodismo? Nada mejor que un cambio en el poder para comprobarlo.

Y no parecía que estuviesen cambiando mucho, se dijo al llegar. Los reporteros se volcaban en sus pantallas y los redactores jefe ponían el gesto histórico, como en todas partes. Paco Silva se agitaba entre ellos, mordiendo un puro, y dando órdenes con la corbata floja.

Sentado en una mesa de la redacción, y en mangas de camisa, único en todo el periódico con la corbata bien anudada (*beige*, de lana), *Picasso* editaba algunos textos. Y eso sí era nuevo pues, igual que un general no puede disparar y un ministro no puede ir a comprar el pan, cláusulas invisibles en los contratos prohíben a los directores mancharse las manos escribiendo noticias.

—Sí, había alguien más —dijo Daniel, y describió a un tercer comensal con una tupida cabellera blanca que contrastaba con su estatura bajita y con gemelos de ancla de barco: los había visto al pasar junto a la mesa. Paco Silva, de espaldas, no le vio.

Omitió que si había ido al periódico esa noche era también para averiguar qué significaba la reunión de Paco Silva con el ministro. Tal vez explicaba un poco esa nube que sobrevolaba el periódico desde que llegó. Lo que impedía a Sofía hacer ella misma la entrevista con Samuel Claude, por ejemplo, o mantenía a *Picasso* alejado de la redacción. Si no, ¿por qué Paco Silva les daba órdenes a sus iguales y por qué Sofía bajaba la voz? Menudencias, pero son las menudencias las que explican las Jornadas Históricas.

Y aunque Sofía identificó al tercer comensal como uno de los consejeros del periódico, un banquero, Daniel se fue a casa con una triple frustración:

No haberse enterado de qué significaba esa cena de Silva con el ministro y un consejero del periódico.

La Crónica, esa era la verdad, se comportaba en las crisis políticas como cualquier otro periódico.

Se había despedido de Génova sin decirle todo lo que daría para que se volviese a poner su vestido azul en una cena a solas con él.

Pero Daniel tendrá que revisar sus conclusiones desde el día siguiente. Sí es cierto que *La Crónica* informará distinto y dará la noticia para la gente y no para los políticos, eso era lo que había estado corrigiendo *Picasso* en la redacción. No informará tanto de las frases de los políticos, en el habitual ping pong que mueve la cabeza de los votantes de un lado a otro, sino de lo que está en juego: tampoco es mucho, rara vez se permite que lo sea. Hechos. No promesas bonitas sino leyes aprobadas y sus consecuencias. Y eso sí que es nuevo. Aunque supone mucho más trabajo.

Solo entonces, en el amanecer de su terraza, repasando la noche para averiguar qué es lo distinto de *La Crónica*, Daniel repara en que es la primera vez que ha visto a *Picasso* trabajando en la redacción, lo que por una vez coincide con la leyenda del director que baja y escribe en los ordenadores de los becarios. Salvo en reuniones de primera, no había vuelto a verle desde que le anunció que le contrataban, dos meses antes, en su despacho lleno de cuadros. ¿Dos meses? Ya le parecen dos años.

Y a la luz del alba va comprendiendo que *Picasso* parecía casi un redactor más... y quien parecía el director, un director de los de antes, agitándose de un lado a otro, con la corbata suelta y dando órdenes, era Paco Silva.

Más despacio aún, Daniel se da cuenta de que a lo que se parecía Paco Silva de verdad era a un ministro. Como si en la cena con Serapio Sánchez se hubiese contaminado igual que un novato. Pues lo primero que se aprende, o se aprendía, es que los ministros son para los periodistas tan peligrosos o más que un callejón oscuro con maullidos. Y que es preciso no mantener más contacto con ellos que el indispensable. No permitir el «tú», conservar el «usted». Evitar las palmaditas en la espalda.

No parece un tiempo de entrevistas con escritores y pocos días después Daniel recibirá una llamada que, pese a ser la que más espera, le costará reconocer pues estará cerrando una crónica con prisa, el trabajo de todos los días. Será Génova, que ahí mismo, con una alegría que se alcanza a percibir al otro lado del teléfono, le leerá una carta de Claude dirigida a ambos a la editorial. Una sorpresa en esos días de tensión en *La Crónica del Siglo* en los que parece que va a pasar algo.

Carlo, el gran elefante equilibrista, quiso alojarse en el Palace, en Madrid, y le dijeron que el hotel no tenía previsto recibir a equilibristas. Además, en el comedor se exigía corbata.

«Es que no viene en calidad de equilibrista sino de payaso. Gran payaso: El Gran Elefante», explicó Génova, una amiga suya, ilusionista, vestida con un vestido de un azul deslumbrante. Y para demostrarlo, el elefante se puso una nariz roja, de botón, y

ejecutó ahí mismo en el vestíbulo de mármol unos pasos de bailes cosacos.

Así, en efecto, consiguió la entrada.

Y así lo contó Daniel, un periodista que combatía la censura metiendo versos de contrabando entre las letras azules de su periódico.

Eso del contrabando a Daniel se le quedará.

De cómo entrar (después) en una foto

Daniel en noviembre. Año VI

En el momento en que Daniel entra en *La Crónica del Siglo* hace ya algún tiempo que *La Voz* lanzó a las calles a un ejército de vendedores clonados de los concursos de la televisión: cantan el periódico en forma de *rap* y, mediante propinas, hasta lo bailan.

El Sol ofrece asesores telefónicos —«tenga en casa a su lector personal»— que explican las noticias difíciles. Y ofrece incluso cursillos de fin de semana con los críticos de cine, gastronomía y *ballet* para poder opinar en las cenas del sábado. El director quiso ofrecer un máster para aprender a leer editoriales, pero un informe encargado a espías industriales reveló que los editoriales solo eran leídos por la madre del director. Ni siquiera su esposa. (La esposa, explicaba un paréntesis del informe, ninguneaba al director y se reía con sus amigas: «¿Cómo puede sermonear al Gobierno si hasta sus hijos le dejan sin coche los fines de semana?»). O sea que el director fue despedido y los editoriales desaparecieron sin mayor explicación.

La Verdad Madrileña propone a sus lectores participar como héroes en las historietas: ahí tenemos al señor Urquijo, superdentista, ayudando en el supermercado a Superman a detener a los cacos con antifaz. A los lectores que prefieren no ser héroes de tira se les ofrece participar en ciertas noticias o fotografías cotizadas: la lista de invitados a la boda de un torero o un grupo de fieles adorando a un futbolista de oro. También se puede falsificar el nombre del ganador de la lotería para que el verdadero pueda eludir las sonrisas de los bancos y los gorriones... Acosada por la competencia, *La Verdad* ha decidido difuminar las fronteras, y hacer que los anuncios parezcan noticias y al revés, de modo que algunas grandes corporaciones ya generan tanta o más información que, digamos, Bélgica. Y de forma que solo los lectores expertos sepan detectarlo^[1].

Nada de esto ocurre en la prensa seria, desde luego. *A BC*, *El Mundo*, *La Vanguardia*, *Mensajero*, *El País* y *La Crónica del Siglo*, entre otros, siguen en la batalla diaria de siempre por contar más, mejor, más rápido.

Son tiempos en que las fotos y anuncios ya ganan por goleada ante los lectores, y para qué hablar de Internet, que es como otro mundo que hubiese invadido este durante la noche y en silencio. Y para quedarse. Como es sabido, no hay guerra de liberación posible contra Internet, no ocupa sitio del que pueda ser desalojado, su sitio es la cabeza de la gente.

Sin embargo Daniel sigue sintiendo vértigo al comprar *La Crónica* y leer ahí mismo, a veces

frente a un semáforo y dejándolo cambiar de color, la obra maestra que ha escrito la tarde anterior en letras Times New Roman de cuerpo 16. Una letra más elegante que la que *Picasso* mandó cambiar, Courier New, del 12, y sobre todo hecha para seducir los ojos de los últimos lectores, educados con la televisión e Internet.

Una dura competencia que cada año humilla un poco más la curva de ventas de la letra impresa. Algunos colegas han cerrado. Fundar un nuevo periódico de papel se considera un razonable indicio de locura. Otros, sin complejos, se han convertido a sectas varias para tener al menos garantizado el público de las respectivas iglesias.

Todas ellas regurgitan consignas y repiten sus credos una y otra vez, y eso, hasta cierto punto, asegura las ventas. La conquista de lectores se ha convertido en una de las épicas desesperadas de estos tiempos, de nuevo más confiados en la fe que en el periodismo.

Al principio, en septiembre, cuando la presencia o el rastro de *Picasso* se podía sentir aún en cada rincón del periódico, Sofia Magallanes encargó todo tipo de trabajos a Daniel, como se hace con los novatos no enchufados, para probarles. Y cuando al cabo de unos días *Picasso* le preguntó qué tal el nuevo redactor, respondió:

—Bien. No pregunta ni dónde está el cuarto de baño.

Pero no mucho después se vio que no tan bien. Daniel era un periodista de agencia y con moto, es decir que iba más rápido y por libre. Los periódicos son más lentos de lo que reconocen. Les frena el peso del papel, las fotos que tienen que quedar bonitas, los anuncios de jerséis y bikinis con modelos de plástico, y toda esa cantidad de farmacias y noticias que no lo son, y carteleras con películas llenas de trucos y premios... todo eso ocupa mucho espacio. Daniel era como un jinete obligado a marchar al paso de la caravana.

Y le costaba. Entregaba sus encargos cuando otros reporteros aún hacían preguntas. Empezó con la crónica cultural como si fuese de deportes. Se le notaba mucho que había salido de una agencia de noticias, donde la cirugía estética y hasta el maquillaje están fuera de lugar. Se le veían las ganas de escribir y, al fin, tras el anonimato de la agencia, firmar. Aunque rozando los treinta, su falta de experiencia sobre cómo funcionan los periódicos por dentro le permitía creer aún que en las páginas de un diario es posible *expresarse*. Si lo enviaban a un concierto de *rock*, lo contaba igual que un crimen. Sofia le permitía licencias que bordeaban las viejas voces a la salida de los teatros, la crónica de toros, la carta... Tal vez quería saber hasta dónde podía llegar, o a lo mejor disfrutaba con ese entusiasmo que a los periodistas se les gasta pronto. En una sesión de *jazz*, Daniel escribía, por ejemplo...

... Llegó por la izquierda buscando con los ojos, como un marido celoso, cogió el saxo y, rodeado por una muchedumbre que al comienzo apenas se fijó en él, inició un lento ataque sutil, de desgaste. Parecía inofensivo pero en la tercera nota intuimos que no tendríamos ni la más pequeña oportunidad. Fue desde la tercera porque en las dos primeras todavía respirábamos y hacíamos ruido. En la tercera comenzó el silencio...

Pero eso no llegó de inmediato. En su primer rodaje Daniel llamó a media mañana para decir

que ahí no ocurría nada: la actriz se admiraba a sí misma en vídeos de sus anteriores películas, el actor jugaba con una maquinita de marcianos y el director...

—Es que los rodajes son así —le reveló Paloma.

—... ¿Así? ¿Nada más?

—Ahá.

Daniel alargó esta vez su silencio.

—Ahora entiendo...

—Qué.

—Que tampoco pase gran cosa luego en las películas.

Daniel no sabía en qué cajón meter a Paloma y eso le intrigaba. ¿Por qué una reportera competente y con unos ojos oscuros que parecían ver más, más profundo y más lejos, como un marino, permanecía en un periódico como en una balsa a la deriva? Nada tan melancólico como un personaje que se queda en una historia sin saber que ya ha terminado: Fin. Telón. Los espectadores se han ido.

Algo en ella parecía indicar que había sobrevivido, no se sabía a qué. Los compañeros más jóvenes no sabían nada y los demás tampoco, o lo fingían muy bien... Y aunque en un periódico todo el mundo es especialista en fugas —de algún modo hay que huir del acoso del tiempo—, lo que primero se detecta siempre es que hay algo sin terminar. Igual que cuando se entra en el palacio de un presidente, la guarida de un narco, llena de coches y televisores gigantes, el castillo de un ogro. Algo hay ahí, tras los cuadros caros y los muebles dorados, algo bajo las alfombras.

El amor perfecto en los periódicos

Y así fue como Daniel comenzó a entrar en el otro periódico, el que no se veía desde fuera. ¿Y cómo se iba a ver si para llegar a la nueva sede de *La Crónica* había que adentrarse en el anguloso Madrid de los traficantes de ladrillos, donde un tropezón puede costar la vida? Allí hasta el oficinista que se desliza en metro para que nadie se fije en él se tiene que ir gastando los recuerdos de vacaciones felices con que nos defendemos de la fealdad.

El arma secreta, en esa guerra relámpago, es que los ladrillos corren más que los seres humanos. Esa ciudad de urbanistas, que en sus obras confiesan sus antecedentes penales, parece un anuncio de tiempos sombríos... y no: al amparo del sol de Castilla, que todo lo esconde bajo la luz, ya han llegado los tiempos sombríos. Vivimos en ellos. Es ya demasiado tarde. Los edificios están hechos para siempre y en rectángulos pensados para recortar la imaginación de los votantes. Pisos amontonados como ladrillos de leche o paquetes de papel higiénico de los de lleve cuarenta y dos y pague treinta y seis, y filas de coches de las que es imposible escapar porque en realidad no intentan llegar a ningún sitio. Con su tenacidad, su obstinación, solo nos indican que fuera del rebaño nada podemos.

Así que, como bajo cualquier tiranía, a *La Crónica del Siglo* se llega siempre con la confusa irritación que producen los atascos, los profesores-loro, las fanáticas telefonistas del *pulse 1*, *pulse 2*... Y para encontrarse con un edificio que brilla en el norte de Madrid entre todo ese cemento como un dado de cristal perdido por los dioses en una timba de póker.

Día y noche se puede ver desde la calle a periodistas que se agitan muy vivos dentro del dado,

como pececillos, y distraen: ponen los pies sobre las mesas mientras confirman noticias por teléfono en tanto que otros salen de despachos en mangas de camisa en actitud de gritar: «¡Qué paren las máquinas!»... , aunque, lástima, nunca lo gritan.

Si hay suerte, unas pececitas de piernas espléndidas blindadas en medias de cristal se sientan con recato en despachos transparentes para sugerir la existencia de un mundo mejor.

Y todo ese espectáculo porque, al cambiar de sede, *La Crónica del Siglo* hizo emblema de la claridad. Esa era la consigna de la nueva era, la que estaba escrita como el aliento de un beso entre las caras de dos jóvenes periodistas que decoraban los autobuses y sonreían en plan ángeles de la guarda a los automovilistas atrapados en el atasco:

CLARIDAD. TRANSPARENCIA. INFORMACIÓN,

le murmuraba la guapa reportera al reportero no menos joven, como si esos fuesen los ingredientes secretos de la felicidad que tomaban todas las mañanas untada en tostadas de honesto pan integral.

Más que las consabidas necesidades de espacio y demás, lo que se quería disimular con la nueva sede fueron las arrugas de la cabecera, la edad, el paso del tiempo. Pues si algo había aprendido *La Crónica* a lo largo de su siglo largo de existencia es que un periódico debe ser un poco aéreo, sin un pasado demasiado cargante, y reinventarse cada día una especie de virgo en su búsqueda de esa variante del amor perfecto que en periodismo se llama la *Verdad*.

En lo que nunca reparan los publicistas que organizan campañas sobre autobuses es en las víctimas que solo pasaban por ahí, como Daniel. Y desde su primera visita, en septiembre del año VI de la revolución de *Picasso*, cuando quedó deslumbrado por el edificio de cristal de *La Crónica del Siglo* refulgiendo al sol de Madrid y se enganchó sin aviso, como el anzuelo al pez, de una de esas pececitas de medias de cristal y despacho transparente que se adivinaban tras la fachada.

Tenía el pelo recortado a la altura de las mejillas y le bailaba como si fuese de seda. Qué cadencia. Qué figura. Qué elegancia. Si Daniel no aplaudió fue porque aún tenía el casco en las manos. Sentía lo mismo que cuando un árbol ve a lo lejos los destellos de una tormenta. Quiere alcanzarla, acariciarla y ser acariciado por ella, pero...

Trucos de la transparencia

Y si Daniel tardó en intuir la historia en los ojos negros de Paloma, no mucho mayor que Sofía Magallanes pero que parecía haber vivido más tardes tristes de domingo, fue porque se le venía encima y casi le derribaba su alegría por alejarse de la Rápido Press. Y eso que iba olvidando su paso por la agencia a una velocidad de amnesia.

La Crónica es una casa encantada en medio del Madrid más gris, la arquitectura-armario, la arquitectura-brick del norte de la ciudad, describió al comienzo en su libreta vertical de reportero. No es extraño que de esa única casa encantada salgan cuentos.

Pero es que aún no le había visto al edificio los ángulos, tan cortantes que el cristal parecía de mármol. Ya desde antes de entrar solo se había fijado en ella. Igual que un zoo se anuncia por el olor a tigre y las jirafas a lo lejos. Daniel solo se había fijado en la transparencia. Era ella la que permitía ver a los periodistas *dentro* del edificio, y en plena construcción de la verdad, como en las películas. La muchacha que Daniel adivinó tras las ventanas al llegar tenía curvas, algo raro en ese tiempo de belleza atormentada por los complejos de culpa, y su corta y suelta melena pelirroja le bailaba como si una brisa soplara solo para ella. Sobre todo, era propietaria de unas piernas tipo pincel que, vistas desde abajo, como un buen titular, incitaban a ir más lejos.

Trucos de la transparencia, que como sabe cualquier periodista mayor de edad, en los periódicos se cubre pronto con una suave neblina de otoño. Daniel pensó que esa chica era como la musa de *La Crónica del Siglo* y los primeros días se sintió feliz de pertenecer a un periódico que tenía a semejante reportera como mascarón en la fachada. Ni siquiera la buscó, confiado en que en cualquier momento surgiría en un pasillo, frente a él, para sonreírle. Eran los días en que escribía sus primeras crónicas con el empeño de una *Divina Comedia* moderna y procuraba que su lado novato no se notase.

—Es que esto es muy distinto —le explicó a Yago, el chico de prácticas de Cultura—: En una agencia pillas una historia y corres a contarla. Lo que más importa es correr, llegar antes.

—¿Y en el periódico? —preguntó Yago.

—Bueno, tú lo sabes mejor que yo —quiso ser humilde Daniel.

Sentía vergüenza de confesarle que lo más difícil había sido luchar contra su propio ombligo. Esa súbita descarga al verse ahí, por la mañana, impreso en miles de ejemplares, y saber que esa crónica, esa firma, ese titular —calibrado como la dote de una heredera— habían cruzado corriendo el país de noche, y subido a los aviones, y a esa hora eran leídos por pasajeros rumbo a París. Quién sabe por qué pero que le leyesen en aviones hacia Moscú, La Paz, El Cairo le conmovía con algo verdadero que no terminaba de comprender.

Y no se lo explicó tampoco porque Yago Guajardo se encontraba todavía en prácticas. Algo que en muchos periódicos sirve para dejar caer sobre el estudiante todo el trabajo aburrido —copiar y pegar en el ordenador, refritar, hacer de telefonista, corregir la ortografía de las estrellas de la redacción—, pero sin dejarle escribir demasiado y menos firmar. Esa había sido una de las innovaciones de *Picasso*, que podía deberse a dos cosas: devolverle el valor a la firma en un tiempo en que en los periódicos se firmaban ya hasta las ruedas de prensa. Y neutralizar el enchufe, que se volvía a imponer en España como una sombra más del poderoso sol de la península.

Para entonces el periodista ya tenía muy poco que ver con el *chico de la prensa* al que no hacía tanto se podía tratar como a un chófer y mandar algo de comer al patio trasero, y los periódicos se llenaban de chicas monas y chicos bien educados, hijos de banqueros y notarios que con cierta frecuencia hablaban de tú a los ministros y a los miembros del consejo porque eran sus tíos. Un caso: los redactores que el verano anterior asistieron a la fiesta de despedida de una jovencita holandesa que había hecho de redactora en la sección de Deportes de *La Verdad Madrileña* descubrieron que el nombre con que había firmado sus crónicas de fútbol era un seudónimo —allí sí dejaban firmar— y en su vida real era la nieta de la reina. Su fiesta de

despedida ponía fin a una suerte de divertido servicio militar, o social, o algo, lo que había significado el periodismo para ella. Algo parecido a las vacaciones en una ONG que se habían puesto de moda. Ahora regresaba a Ámsterdam y en seis meses volvería a aparecer en la prensa, pero esta vez como novia en las páginas de la prensa rosa. Una historia que un siglo antes no habría podido aparecer ni en los folletos de las porteras. Por inverosímil.

La prohibición de firmar frustraba no poco a los becarios. Pues la gente estudia periodismo para vivir en la calle y que le paguen por ello, y porque no quiere vivir en una oficina. La calle es además el único refugio tras el dramático descubrimiento de que un periódico puede ser como un estudio de publicidad o una oficina de patentes. Las mezquindades son las mismas. Quizá la gente tiene más prisa.

Pese a que le frenaba un poco su aire de niño bien, Daniel se había acercado a Yago porque aún se sentía igual a los estudiantes, un espejismo frecuente todavía a los treinta. También por una melancólica solidaridad.

Pues al parecer Yago había sufrido a los veinte años un trauma de los que hacen ojeras antes de tiempo, y por culpa, quién lo hubiese dicho, de un enchufe. Y era que, gracias a las conexiones de su padre en clubes de golf y compañeros de clase, que es donde están los teléfonos que funcionan, le habían ofrecido trabajar un verano en televisión. Y él había aceptado sin darse cuenta de que el trabajo era de pinche en uno de esos programas de pornografía rosa donde, cuando no hay guerras, se ve el lado más turbio de la humanidad: urracas y zopilotes, chulos sin escrúpulos despellejando al prójimo en nombre de una libertad de expresión que en realidad es pura pedofilia, pero de adultos y legal. Y prójimos que se dejan despellejar, cobrando, lo que no sería grave —las putas también se dejan desnudar por dinero en un trabajo más honesto— de no ser porque en el proceso sueltan tanta caspa y porquería que entre unos y otros terminan rebajando en varios escalones el prestigio de la condición humana. Lo único que tenemos, nuestra única riqueza.

Es muy difícil sobreponerse a eso, como sabía Daniel, superviviente de los reportajes de porno rosa que había tenido que hacer en la Rápido Press. Y sobre todo si la experiencia se sufre a los veinte años, cuando el cerebro todavía se está formando pero sabe reconocer la belleza y en él ya caben, como quizá nunca más después, ideas claras sobre lo que es justo y lo que importa, y la vida parece un lugar en el que vale la pena vivir. Siempre y cuando sea para algo a nuestra altura. ¿Cabe un trauma mayor que dedicar toda esa fuerza a ingeniar guiones de pornografía y servirles cafés a las urracas... y tal vez algo más?

La *Crónica es una casa encantada... en la que desaparece la gente*, había escrito en su libreta Daniel en octubre, ya intrigado porque no había conseguido volver a ver a la muchacha que hacía de mascarón de proa en la fachada...

Pero no solo por ella. Algo sucedía en el periódico que cambiaba a la gente. Acostumbrado a una vida al aire libre, o por lo menos respirando en moto la gasolina azul del cielo de Madrid, Daniel se fue dando cuenta de que algo pasaba, en *La Crónica*, que cuando uno cruzaba la puerta se volvía otro.

Como Yolanda, por ejemplo. Una antigua compañera que en la facultad destacaba por su humor —«tanta cita, tanta cita», comentó una vez de un manual de inutilidades, «y solo se ha quedado las erratas»—, y que en el periódico a Daniel le costó reconocer. Con el pelo más corto parecía mayor, y aunque tenía más de un par de arrugas en torno a los ojos, ya ninguna parecía de risa.

—¿Vienes a trabajar aquí? —le preguntó ella, sin ganas, y a Daniel le pareció notar la mirada huidiza de quien teme que le vayan a quitar algo.

Ella escribía de sindicatos y banqueros, así que, para tranquilizarla, Daniel le mostró la sección de Cultura, al otro lado de la redacción. Intentó sonreírle.

Solo semanas más tarde tuvo la intuición de que a lo mejor el recelo de Yolanda se mantenía porque él la recordaba de antes, en otra vida. Era un testigo de cuando era una chica que se reía a menudo y vestía faldas escocesas, ya entonces una prenda de museo... Y Daniel tardó en recordar, con asombro, que una vez incluso metió la mano por la abertura de una de esas faldas. ¿Tanto tiempo había pasado que no se acordaba de algo así?

Yolanda parecía irritada, además, o tal vez aburrída, porque en su sección de sindicatos y banqueros iban ganando estos por goleada y el resultado era un mundo de trajes azules y grises siempre iguales, y puros muy largos al término de banquetes en los que se informaba sin falta de beneficios proporcionales a los puros.

Por entonces Daniel comenzó a pensar que en efecto, a lo mejor... el periódico cambiaba a la gente.

Quizá son imaginaciones mías, escribió Daniel en su libreta. Que me dejo contagiar por el aire, el ambiente... de ¿conspiración? que se respira. Y añadía, con el estilo novelero que estrenaba en el periódico: Es como si ya hubiese navajas en el aire... navajas que no se ven.

Pero la preocupación no le duró mucho. Esa misma noche, en pleno cierre, justo cuando el periódico se tensa como un gato para saltar sobre un pájaro y una vez más parece que sí, que esta vez sí va a ser capaz de capturar un día y no morir de hambre, Daniel descubrió a la pececita que le había deslumbrado tras la alta fachada de escaparate del periódico.

Caricias sobre un cuello largo

Fue en el archivo, iba a buscar una foto para la necrológica de un director de cine que había muerto esa mañana en una taberna: se clavó a sí mismo en un ojo un cuchillo para mantequilla al explicar cómo quería que los actores representaran una pelea. Daniel escarbaba en una carpeta de documentación cuando vio un cuello inclinado sobre otras fotos mientras dejaba caer al frente una corta melena lisa. El cuello, blanco, dejaba ver un vello negro en lo alto. Daniel sintió una especie de corrientazo. Tenía que ser ella.

Se acercó pues a la mesa donde la chica del cuello miraba fotos con la documentalista. Del director muerto solo había encontrado un par de fotos, tan viejas que aún no habían sido digitalizadas, que no iban a honrar al muerto sino a ridiculizarlo un poco. «Fíjate cómo se vestían

entonces», diría alguien. Sería inimaginable que ese hombre con gafas de concha y peinado de cantante se hubiese clavado el día anterior un cuchillo en un ojo.

Mientras buscaba fotos en las enciclopedias de cine, Daniel comprobó que no era tan alta como parecía. Usaba una falda estrecha que se le subía por atrás al inclinarse y le alargaba más las piernas, muy bonitas aunque ese es el efecto cuando las piernas se precipitan desde una falda alta a unos zapatos de tacón, extraños además en el periódico. Reconoció el vuelo que había visto desde la calle.

—¿Qué buscas? —le preguntó, ya no podía más.

Solo entonces la chica le miró con unos ojos de un verde irónico, hechos para bailar lento con su melenita flexible como una falda de seda. Daniel se preguntó si no sería pelirroja y lo que se teñía era el vello negro en lo alto del cuello, justo para sugerir, en una moda retorcida, que lo que se teñía era el pelo.

—Eres nuevo aquí, ¿verdad?

Lo que no impidió que aceptara salir con él a tomar una copa que se alargó en una cena, a los dos días, luego en otra y, un sábado amarillo de otoño, en una excursión a Toledo a la que acudió con los vaqueros y zapatillas blancas de deporte del uniforme universal. Quizá pretendía descansar con él de esas piernas que parecían adjudicarle un destino más exigente que al resto de la especie.

En Toledo Daniel ya sabía que Macarena era una de las publicistas del periódico que se habían reservado los despachos de la fachada, donde la descubrió él como una especie de mascarón, y eso, aparte de que estaba estupenda, incluso con todos esos afeites, era lo que le impulsaba a salir con ella: en pleno enamoramiento, le parecía estar saliendo con el periódico en forma de una encarnación mitológica, como las mujeres que los dioses enviaban a los héroes para premiarles. ¿Acaso no había participado Macarena como publicista en la campaña de la Claridad, con motivo del cambio de sede de *La Crónica*? Fue no mucho antes de la llegada de Daniel. Eso era lo que más le llamaba la atención a él, pero el éxito del que ella se sentía orgullosa era un pequeño estuche para combinar el color de las uñas con el de las gafas, las lentillas, los zapatos, el reloj y hasta el chicle. Y no tanto porque se hubiese vendido mucho sino porque ahí había logrado *crear tendencia*, el ideal mismo de un publicitario, cuando se siente dios o por lo menos artista.

Ese sábado en Toledo, con la mayor intimidad de un fin de semana por delante, también se enteró de que Macarena no leía periódicos, y menos *La Crónica del Siglo*. Nunca.

—¿Por qué? —preguntó Daniel.

—Qué rollo, ¿no? ¿Todo el día consiguiéndole publicidad para encima leerlo?

A Daniel le pareció un argumento.

—Además... *Picasso* lo está destruyendo. Si se la compara con la de antes, *La Crónica* es una ordinarietà, ¿no?

—No —contestó Daniel, y en una corta discusión de la que ella se zafó tan pronto pudo, comprendió que también en el periódico, y entre la gente más inesperada, como una publicista que parecía un maniquí, *Picasso* suscitaba las mismas pasiones y hasta odios del exterior: muchos tenían que, si tenía éxito —y por lo visto lo iba teniendo—, no les quedaría más remedio que cambiar sus viejos modos de hacer periodismo.

Algo que se confirmó luego en el Hotel de la Mano al Pecho que Daniel había elegido por su

nombre pero que no pasaba de ser una declaración de intenciones. Ahí no había vivido El Greco ni viviría jamás. La excursión estuvo a punto de hundirse cuando subieron a dormir una siesta después de una comida de cordero y ajo, y se encontraron con dos camas estrechas y blandas, una decoración arabizante con madera de plástico y el ruido de una telenovela y una cañería que, cuando alguien abría cualquier grifo en el hotel, se les metía en la cama como en una perversión rara.

Se sobrepusieron, decididos a que ninguna cañería pudiese fastidiarles el fin de semana, pero apenas comenzaban cuando se escuchó algo que puso a Daniel en guardia.

—¿Has oído?

No fue la pregunta lo que le abrió los ojos a ella sino su inmovilidad.

—Qué.

Él le miraba los ojos a no más de un palmo. Vio que usaba lentillas, eran ellas las que se los teñían de verde. Y descubrió que olía fatal, con uno de esos perfumes ácidos que en las películas con mujer seductora tienen tanto éxito porque los espectadores no los pueden oler.

—¿Has oído? —seguía inmóvil, al acecho.

—¡Qué! —repitió ella, ya exasperada.

—La tele.

Ella le miró como si Daniel se hubiese equivocado de cuarto, de personaje, de religión.

—Qué pasa con la tele.

—Ha habido una explosión y se ha declarado un gran incendio. Y han dicho que es aquí, en Toledo.

Se oía en efecto un rumor de telediario mezclado con cañerías, y voces de vecinos y de platos en un bar de abajo. Había también sirenas pero no se sabía si venían de una televisión o de la ventana.

Desabrochada, sin vaqueros y el pelo a medias sobre la cara, con él un poco dentro de ella pero no del todo, Macarena le miró con ojos que no querían dejarse ir a la frustración.

—¿Y?

—Pues que hay que ir. Para eso somos periodistas, ¿no? —exageró Daniel como en un manual de periodismo ideal.

E iba a levantarse cuando ella lo sujetó con las manos y le enlazó con sus largas piernas. Se encaramó a pulso hasta él con una facilidad de gimnasio tres días a la semana y, tras haberse terminado de penetrar, le obligó a recobrar un ritmo de galope corto que él mantuvo porque era un caballero y hay ciertos ritmos a los que los hombres no se pueden resistir. Ni siquiera cuando son caballeros. O periodistas.

Lo que no impidió que apenas se quedase a las caricias de después. Macarena le miró mientras se vestía con una rapidez de seductor de pajar, donjuán de la carretera.

—¿No vienes?

—Luego —dijo ella—. Ya vas tú, ¿no? El periódico ya está representado.

Las canas de la cebra

Sofía en diciembre. Año VI

—Llámame solo si la Maja Desnuda comienza a vestirse.

Ese es el tipo de cosas que dicen los jefes para darse importancia, aunque Yago no lo sabía aún. Y pese a eso, si Sofía tardó en contestar fue porque no se usaban móviles en las reuniones de la familia en casa de su suegro, un piso de pasillo largo y oscuro en el barrio de Salamanca, donde aún se llamaba con campanilla para que fuesen trayendo postres de los de antes: tocino de cielo, merengue, dulce de leche con pasas...

Y si por casualidad se colaba algún móvil —una de las nuevas leyes más ineluctables del cambio climático—, entonces había que contestar con la gracia de los señores al pelar una gamba en un coctel mientras fumaban y besaban al tiempo la mano de una señora. (En ese mundo todavía se besaban las manos como si nadie hubiese ganado aún la Segunda Guerra Mundial). O sea: se fingía seguir pendiente de quien en ese momento explicaba lo que el Gobierno hacía fatal mientras se rebuscaba en el bolso y, con el teléfono en la mano, se salía del salón caminando de puntillas como en misa para contestar:

—¿Se está vistiendo? —y el tono de Sofía era el de un especulador viendo cómo sus acciones se precipitan en llamas al suelo de la Bolsa.

—... No..., ¿quién?... —vaciló Yago.

—La Maja Desnuda —precisó Sofía—: ¿Se está vistiendo?

(Silencio)...

—¿Y Shakespeare? ¿Se ha muerto?

—No... —dijo esta vez Yago—... Mejor dicho sí: hace como cuatrocientos años.

—¿Entonces por qué me llamas? ¿No sabes que no hay nada más viejo que el periódico de ayer?

—... Porque te ha llamado el ministro de Cultura —acertó al fin a explicar Yago.

Y con esa sola noticia tuvo el poder, como un decorador de película, de cambiar a distancia el piso del suegro de Sofía Magallanes: los sillones frailunos de la entrada ya no le parecieron a ella *de época* sino de despacho de ministro. El grabado con ingleses de chaqueta roja y perros

persiguiendo a un ciervo, un alarde de *buen gusto* malo. Y los visillos de la puerta que dejaban pasar la luz del salón, algo más propio de porteras espiando.

—Qué: ¿ha caído el Gobierno? —le preguntó su suegro cuando se incorporó a la mesa, su forma de subrayar que ya estaban sentados.

Sofía se preguntó una vez más cuánto tiempo podría aguantar esas impertinencias que vivía como los intereses de un banco: *Cuota de impertinencias de suegro por matrimonio*.

—Sería la última en enterarme —se saltó la mirada de aviso de su marido (esa noche habría pelea)—: Yo solo me dedico al cine y ese tipo de frivolidades.

Se preguntaba si podría aguantar a sus cuñadas rivalizando sobre la precocidad de sus hijos en el golf y en el pádel. Solía tragarse esa papilla con paciencia pero ese sábado de otoño sus sobrinos de oro le parecieron víctimas a punto de aprender cómo hay que besar la mano de las señoras y convertirse para siempre en anacrónicos embajadores enanos. Mientras se les hacía creer que eso es la buena educación, se les lavaba el cerebro con juegos electrónicos de ganar y arrasar para recortarles la imaginación y conseguir que en el futuro solo se les ocurriera ser banqueros, como su abuelo. «Los genes de la familia», dirían sus padres con modestia.

Entonces sonó su teléfono y Sofía se apresuró a salir del comedor, con el móvil en la punta de los dedos, como si quemara.

—Te doy una noticia pero no la publicas —le dijo el ministro.

Sofía ya tenía treinta y siete años (pese a que a más de dos metros parecía de treinta) y no se dejó impresionar.

—Eso es como pedirle a un cocodrilo que no bostece.

De ese modo jugaron un rato, como hacen políticos y periodistas, hasta que Sofía cedió: «Está bien: no la publico hasta mañana», dijo. Según le había explicado el ministro, le daba la noticia para que no les pillase desprevenidos cuando el Gobierno la anunciase —una forma de conseguir algunos titulares tras un domingo de fútbol—, y pretendía venderle todo ello como un favor. Sofía apenas le dejó: a un ministro le das un dedo y te coge el brazo, y más si es el de Cultura, un ministerio inventado para que los gobiernos salgan más en los periódicos aunque sea con noticias fúnebres, como esa.

—Ha muerto Benjamín Valcárcel —informó el ministro.

Y por segunda vez en ese sábado ajetreado se le cambió a Sofía la escena: los sillones frailunos se volvieron de golpe al convento. Las casacas rojas de los ingleses acosando al ciervo en el grabado de la entrada le parecieron ahora sotanas ensangrentadas. La luz de los visillos se tiñó como la de las vidrieras de una iglesia. La campanilla llamando a la camarera sonó a oficio de difuntos. El olor del cocido de los sábados le recordó los garbanzos con bacalao de la Semana Santa.

Llamó a Daniel —que había entrevistado a Valcárcel hacía muy poco, y podía improvisar una necrológica— y reprimió un juramento. No contestaba.

—Te compras tres móviles pero estás localizable —le había dicho como cualquier patrón que cree en el derecho de pernada sobre el tiempo de los empleados.

Sucede que con Daniel llegaba tarde. Daniel era todavía de cuando los teléfonos tenían cable, andaba en moto y en ala delta, y había cortado con una novia que se empeñaba en controlarle por teléfono.

La luz de los visillos disminuía *ya* en la breve tarde de otoño. Llamó de nuevo al periódico.

—¿Y Paloma?

—No contesta —informó Yago, algo que Sofía *ya* sabía: con Paloma era inútil tan siquiera intentar localizarla. Paloma quería ser de cuando no había ni teléfonos.

Yago preguntó:

—¿Pero no te dijo el ministro que no diésemos la noticia?

Sofía suspiró con paciencia.

—Que no hubiese llamado. Ya le advertí que eso era como pedirle a una cebra que se tiña las canas —no era ese el símil pero este le parecía más elegante que el del cocodrilo.

—¿Y los demás? —preguntó Yago cuando hubo asimilado la lección (aprendía rápido). Se refería a los otros redactores de Cultura: Verónica, Sandra...

Sofía se quedó en silencio. Afuera la temperatura bajó un grado.

—Déjalo —dijo al fin.

—¿No lo vamos a cubrir? —Yago no entendía nada. Además le habían dejado mordisquear el cadáver de Valcárcel, y separar a un periodista de un cadáver, incluso si es un periodista cachorro, es tan difícil como separar a una mano de un muslo en la última fila de un cine vacío.

—Déjalo —repitió Sofía. Si Yago le respondió algo llegó tarde. Sofía había colgado y estaba ya pendiente de su suegro:

—¿Se ha muerto alguien? —preguntó al entrar ella en el comedor—. Peor aún —se hizo el gracioso—: ¿Se ha divorciado?

Y entonces Sofía cometió un error, indigno de ella y sobre todo de la experiencia acumulada en doce años de matrimonio. Quiso impresionar a su suegro, a sus cuñadas, sin saber que nada impresiona a los banqueros y menos aún a sus nueras.

—Era el ministro de Cultura —dijo. Para vivir más o menos lo mismo que un futbolista al entrar en una fiesta de bailarines de claqué y comprender que sus proezas, ahí, no pasan de patadas.

Consecuencias de recortar el aire

Pero es que además no está claro que ni Verónica ni Sandra pudiesen cubrir la muerte de Benjamín Valcárcel, ni tampoco Tomás, el otro redactor de la sección, principalmente, en su caso, porque Tomás estaba exiliado en Cultura, era uno de esos frecuentes periodistas que lo que quieren es sentarse en la mesa de enfrente.

Las redacciones están llenas de ellos. No escribir de guerras, por ejemplo, sino de ciclismo. No seguir a presidentes por mítines y viajes sino dibujar su amable caricatura (amable porque meterse con presidentes siempre tiene un precio). No salir a la calle en busca de lo desconocido sino quedarse en el periódico, poniéndole los acentos a lo que los compañeros escriben: una aspiración frecuente pues el oficio de reportero desgasta mucho los zapatos, es la profesión a la que le llegan antes —antes que a los dentistas, incluso— las ganas de ponerse zapatillas de fieltro y hacer crítica de televisión: el síntoma más claro de lo que podríamos llamar recalentamiento de los columnistas, una enfermedad profesional en la que se piensa que ya todo está inventado y mejor quedarse en casa.

Pues más o menos eso le pasaba a Tomás, a quien los libros, el pensamiento abstracto y las

películas le resbalaban como las lluvias de noviembre, y lo único con lo que soñaba era con escribir sobre el Real Madrid y tener garantizado el fútbol. Se las había ingeniado incluso —tenía un vago aire tenista— para casarse con la hija de un recortador de aire, un traficante de ladrillos en cuya dote iba incluido uno de los pocos pisos que superan en altura los faraónicos muros del Estadio Bernabéu, que en su día iba a ser una prisión de máxima seguridad, y se nota, y desde los cuales se puede ver un buen trozo de campo.

Tampoco Sandra podía escribir de un muerto, esa tarde, porque estaba a punto de creer que el muerto se le había metido en la cabeza, y resucitaba a cada rato para darle de martillazos en un nervio de la nuca y carcajearse de ella de un modo insultante.

Por estúpida. Sabía desde hacía ya mucho tiempo que no debía beber licores étnicos, y menos por Huertas y Santa Ana. Allí tienen el garrafón listo para colocárselo al primer turista que asome armado de una guía (esos ingleses convencidos de que España es el nombre de un bar). O a las treintañeras que llegan ya puestas hasta atrás del restaurante erótico en el que han cenado helados en forma de pene para celebrar una despedida de soltera. Licor y carcajadas y entrega de regalos como unas bragas de las que sobresale hacia dentro un dedo juguetero. Ese tipo de cosas.

Pero lo que agravaba ese sábado que se recreaba en su agonía como un catedrático repitiendo libros viejos era que la despedida de soltera suponía la segunda de ese año y ya hacía tres que había casado a ocho amigas solo de abril a septiembre. Lo de verdad grave, sin embargo, era que la despedida de la noche anterior había sido de Verónica.

La asquerosa de Verónica. La cinturita de adolescente de Verónica, la pechos de piedra, la labios, la piel dorada sin pasar por la de cangrejo, la que siempre, desde el instituto, se llevó a los tíos que merecían la pena y solo luego se los dejaba a las demás, como ropa vieja a primas pobres. La que no solo sacaba mejores notas sino que sedujo al profesor de Química en algún callejón de Praga en el viaje del Paso del Ecuador.

La que a pesar de haber entrado en *La Crónica* por enchufe antes de los tiempos de *Picasso* (el padre de Verónica era el gerente del periódico y el de Sandra cazaba con dos miembros del Consejo), no solo escribía siempre las entrevistas a los actores caros y las crónicas de los mejores conciertos, sino que se había terminado por llevar a Paco Silva: reloj que hacía de pesa, ojos de golfo simpático, título en Económicas que parecía un billete de lotería. Paco Silva. El que en la última remodelación había caído de pie como redactor jefe de Nacional, o sea el mejor colocado en todo el periódico para la sucesión de *Picasso*, y a este no le podía quedar mucho.

No pocas mujeres hubiesen competido por él, dentro y fuera del periódico... pero Verónica se había adelantado. Y no sin dificultades. Pues seducir a un hombre en un periódico ya para entonces no era fácil. La mayoría estaban asustados por la posibilidad de ser acusados de mirar los pechos de una colega (más aún que de una becaria), o sus piernas, o incluso sus labios, según y cómo. O incluso llegar a pasar un fin de semana con ella: una iniciativa de máximo riesgo porque luego el hombre quedaba en sus manos con la amenaza de haberla seducido con la prepotencia de siglos, aunque fuese ella la jefa. Tarde o temprano eso se podía pagar muy caro... y cada vez con mayor frecuencia, se pagaba. Esas denuncias eran letales.

O sea que Verónica se tuvo que emplear a fondo, no tanto para seducirle, como se hacía antes, sino sobre todo para darle valor. Algo que tampoco era fácil porque otras redactoras y becarias

habían comprendido lo mismo y desplegaban ingeniosos sistemas, aunque se esforzaban para que no parecieran los de toda la vida. Los hombres se mantenían en el margen porque se encontraban desbordados por la nueva situación y porque aún no había suficientes mujeres en posiciones de poder. Aun así, Yago, el joven de prácticas en Cultura, miraba a Sofia con los ojos con que, en el colegio, miraba a la profesora de Dibujo.

El truco de Verónica fue hacerle ver a Silva que tenían los mismos intereses, aunque sin decirlo con claridad. Lo único claro en un periódico poderoso son las listas de farmacias de guardia.

—¿Tú no crees que *Picasso* es un globo? —le preguntó mientras tomaban una copa en una terraza neutral de Serrano—. ¿Que se exagera mucho su talento? —y Verónica le miró con ojos que no necesitaban traducción: con el suyo, en cambio, con el talento de Paco Silva no cabía exageración posible—: ¿Tú crees que va a durar mucho?

Paco Silva no contestó, más aún, permaneció en silencio un buen rato.

Pero ese encuentro fue definitivo. Por culpa de andar siempre al galope, con pocos elogios para repartir entre muchos y sí en cambio mucha envidia, los periodistas tienen el ego más sensible de todos, después de los artistas y escritores, y a veces antes, y se tienden en el suelo mimosos tan pronto alguien les quiere hacer cosquillas en la barriga.

Lo decisivo sin embargo fue lo de la exageración y si *Picasso* iba a durar mucho. Silva era muy consciente de que eso lo decía no tanto una colega como la hija del gerente.

Desde el principio Verónica y Sandra se habían alineado con prudencia en el partido de la resistencia pasiva que tiene toda revolución. Y más la de *Picasso* pues en periodismo todo lo que no corra es contrarrevolucionario. Antes que rivales, se sabían aliadas en su resistencia a la dirección de *Picasso*, encarnada por Sofia, que las hacía trabajar demasiado. Así que se sentaban y hacían chistecitos con las innovaciones traídas por *Picasso*. Nunca sobre sí mismas, como cuando Verónica fue al festival de Cannes y centró su crónica en lo mal que le sentaba el rojo a cierta actriz... y quedó como una pieza de museo porque no hubo tiempo de cambiarla.

Pero lo que le dijo esa tarde en una terraza de Serrano a Paco Silva determinó el destino de ambos. Se encontraban en el año IV del imperio de *Picasso*, o sea el ecuador de su éxito. Entonces era muy raro escuchar críticas contra él como no fuese en la competencia o entre la vieja guardia, a las que *Picasso* dejaba en ridículo todos los días mientras cambiaba la forma de hacer periodismo cuando muchos ya decían que la prensa había muerto. «En diez años no habrá periódicos y los bosques respirarán tranquilos», decían. Aun así, con el olfato que se atribuye a los periodistas, Silva intuyó que Verónica sabía algo —¿no era acaso la hija del gerente?— y con el instinto rapaz de un político, un trepa, intuyó lo que había en juego y eligió. Le sonrió a Verónica y le dijo:

—¿Vamos a echar la tarde hablando del periódico? ¿No hay nada más interesante?

—Como qué —dijo ella.

—Como si has ido a cazar alguna vez a Guadalupe, por Extremadura... Yo voy el próximo fin de semana, tengo un coto con unos amigos. Jabalí y codornices como solo las preparan ahí, chimenea, coñac, largas partidas de mus... ¿Juegas al mus?

—Ayudé a inventarlo —dijo Verónica como marca la convención.

—Y no te preocupes, no hace falta disparar. Disparar balas, quiero decir.

Y Paco Silva sonrió de aquel modo.

Pues bien: esa Verónica había cruzado la noche de su despedida de soltera manteniéndose virgen, por así decir, sin dejarse contaminar ni una gota de la sudorosa zafiedad de toda fiesta de ese tipo.

Sandra se preguntaba cómo no lo había previsto. Sabía desde hacía tiempo que esas fiestas que se pretende sean de futura nostalgia son en realidad un tinglado de propaganda para persuadir de que el matrimonio es el mejor refugio, lejos del sexo adolescente y la ordinariez, sobre todo la de los amigos. Lo que luego se niega haber visto, se duda si se vio, y se termina negando. Nunca sucedió. Pura leyenda. Y ella había confiado en ver todo eso en Verónica.

Más el recuerdo de lo visto en Besos de Despedida que a Sandra le ardía más que la resaca no era el papelón de varias de sus amigas, a las que, con fotos, se hubiese podido chantajear de por vida. Lo que la deprimía era que Verónica no participó. Nunca, en ningún momento. Y ello pese a los esfuerzos del gorila Iván en hacerle beber de esa sopa de músculos, lujuria legal y cutrez.

—¡I-ván! ¡I-ván! ¡I-ván!... ¡I-ván! ¡I-ván! ¡I-ván! —coreaban casi todas las amigas.

Pero Verónica no pudo: pese a que se reía, a que le contó un chiste al oído y metió un billetito en el abultado tanga de Iván, se atrincheró en las risas, que la distanciaban al tiempo de la beatería y la lujuria, y no comprometió su blanco vestido de novia.

Verónica tenía la belleza un poco intimidante de las novias: una especie de serenidad que además de inspirar regalos de diamantes y ganas de hijos garantiza que esa mujer será capaz de colocarse una casa en las espaldas, por joven que sea, y aguantar.

Esa noche se había vestido de acuerdo con la ocasión: aunque su falda era oscura, remontaba tres dedos por encima de la rodilla. A veces el escote de su blusa blanca dejaba ver un sujetador delicado, de los que desaparecen con un pase de magia de los dedos. No se había maquillado... ¿o sí? A sus treinta y dos, Verónica conservaba en la boca una inocencia de quince. Y aunque sus tacones dibujaban sus pantorrillas, mientras caminaba entre la muchedumbre tambaleante de Huertas, nadie reparó en ella cuando torció en León, después de la despedida en Besos..., se metió en el Brujas y pidió una absenta. Una copa de puta.

Y pensaba que a lo mejor tendría que responder a una de esas miradas que insistían vidriosas en el verde de su bebida cuando alguien le despejó la nuca a traición y le besó el cuello por atrás. El beso, o lo que fuese, le bajó en forma de relámpago hasta el coxis.

Lenta, recreándose, Verónica se volvió para comprobar que el del relámpago era el gorila del tanga. *I-ván*. Con zamarra de cuero y botas en punta de plata, lo habría reconocido entre veinte bajo la neblinosa llovizna de una montaña de Tanzania. Un gorila puntual a la cita que le había dado, primero en el oído, al fingir un chiste, y también escrita en el billete introducido en el tanga, junto a otros, como una especie de lotería de la buena suerte. Solo más adelante en la noche comenzaría a darse cuenta de que *I-ván* sabía a tabaco negro, cerveza y ajo.

¿Existe el periodista pájaro?

Si Daniel no contestó la llamada de Sofia para que escribiese la necrológica de Benjamín Valcárcel fue porque su móvil estuvo sonando, pero dentro de una mochila. Y la mochila a dos o tres kilómetros de su dueño, a medida que el ala delta de la que colgaba Daniel se alejaba o se acercaba al Risco del Pájaro, el pico de la Sierra del Guadarrama desde el que se había lanzado con un placer, una exaltación que no hubiese sabido describir. Y no hay móviles, en ese mundo de aire. Un hombre vuela, colgado de un leve triángulo rojo que casi no ve, y lo que menos necesita es un móvil. Se siente capaz de llevar cualquier llamada a cualquier parte. Él es la llamada, la voz, el mensajero.

Quien sí lo alcanzó a oír fue Macarena —jersey suelto, vaqueros, gafas de sol de moda—, pero por alguna razón no hizo nada. ¿Y qué hubiese podido hacer? ¿Llamar a Daniel a gritos porque le sonaba el teléfono?

Además Daniel ni la hubiese oído. Había cogido una corriente y lograba mantenerse en círculo atravesando nubes, algo que sugiere el más viejo espejismo: la perfección existe.

Daniel tenía todos los síntomas de la pasión por las nubes: las añoraba, soñaba con ellas, las dibujaba para saber cómo recordarlas, alguna vez viajó a Francia en su busca y era feliz cuando entraba y salía de ellas con una fidelidad de amor de libro. O sea que ese sábado Daniel no habría escuchado una llamada de la tierra ni aunque le hubiesen puesto cohetes al teléfono para alcanzárselo.

Macarena quedó abandonada a su suerte. Le había advertido: «Te vas a aburrir», pero ella se empeñó en acompañarle. Pensó que el vuelo de Daniel no duraría más que un set de tenis y se prolongó más de cinco. Desde el segundo hizo de todo para atraerle de vuelta. Miró hacia él, con los brazos cruzados. Coqueteó con un excursionista. Se quitó el jersey para tomar el sol en sujetador... y un frescor traidor le obligó a ponérselo de inmediato. Inútil: no es que Daniel no la viera, es que ni miraba hacia abajo. Solo recordó su existencia cuando aterrizó en el fondo del valle —el atardecer había empezado y las sombras ya eran amenazantes—, y ella tardó en llegar a buscarle con el coche.

Con los ojos llenos de la niebla de los horizontes, Daniel quiso explicarle todo lo que había visto pero... «¡Quién te crees que eres!», le cortó Macarena, que buscó más palabras pero no le salían. Tartamudeaba un poco. La furia por lo que ella creía un plantón, sin comprender que su rival había sido el cielo, era tal que sus ojos marrones se imponían a las lentillas verdes. Con su jersey largo de moda y sus vaqueros ya no parecía un vuelo de pájaros sino un pájaro tras un chaparrón. Solo cruzaron un pequeño diálogo.

—¿Por qué te vistes así? —le preguntó Macarena.

—Así, cómo.

—Así, con ropa como del medioevo. Y además nada pega con nada.

—Es cierto —dijo Daniel—. Esta chaqueta era de mi padre y tiene más años que yo... —llevaba una chaqueta de otra época, tenía hasta coderas, que le caía muy bien—. No sé. Me gusta.

Ese corto diálogo le sirvió más tarde para comprender algunas miradas rápidas a su ropa en el periódico. A veces eran de simpatía y otras de antipatía, de las chicas de la sección, como si su ropa de otra época fuese suficiente para que se les secara la curiosidad por él. Y comprendió que la ropa de hombre le parecía un uniforme, y con la vieja chaqueta de su padre y otras prendas igual de buenas, aunque fuesen anacrónicas, podía tener la ilusión de eludir el rebaño, como le sugería Macarena, una publicista experta en adular a la oveja escondida en todo hombre.

Daniel sintió cierto alivio al dejarla en su casa —no volvieron a cruzar una palabra, no hacía falta—, o sea que solo supo que Sofía le había llamado cuando deshizo su mochila y encontró el móvil y la llamada de Sofía. Y para entonces ya era tarde.

En efecto: quién soy, se preguntó en su libreta por primera vez, quizá, desde que era estudiante. ¿Un pájaro? ¿Un periodista pájaro? Averiguar si eso existe... O si puede existir.

Ningún periodista calla una noticia, a no ser que le pongan un esparadrapo en la boca, y de ahí la frecuente superstición entre ellos de que solo existe lo que cuentan.

Y de ahí también que algunas noticias, muchas, la mayoría, finjan que están contando algo aunque no cuenten nada. Son como oficinistas que cuelgan la chaqueta en el perchero y salen a desayunar.

Así que un silencio de un periódico puede ser una pista tan importante como un puñal ensangrentado, una silla de primera fila vacía en un estreno, carmín en el cuello de un traficante de ladrillos. Un elogio a un presidente no es en cambio revelador pues todo periódico es por definición servil con los presidentes, aunque solo sea porque producen muchas noticias, y cuanto más se ven en titulares, más se muestran proclives a las subvenciones. Hay pues que alimentarles la vanidad, para que sigan produciendo titulares igual que las vacas producen leche.

En el psicoanálisis de un periódico, la ausencia de una noticia puede indicar tanto como cuánto espacio se le da al fútbol, cuánto copia de los telediarios o a qué velocidad renueva a los columnistas caducos, si es que los renueva.

Que Sofía Magallanes dejase pasar la noticia de la muerte de Valcárcel pese a que podían escribirla Sandra, o Verónica, o Tomás, sin duda quería decir más que las guerrillas de envidias que gobiernan las redacciones junto con el dios infiel de la Actualidad. Uno de los enigmas del periodismo es que los periódicos salgan cada día sin rastro de tanta sangre y traición: solo reflejan las guerras de afuera y, en contra de lo que se cree, tampoco demasiado.

Los periódicos lavan la realidad para hacerla tolerable, ya intuyó Daniel por entonces en su libreta.

Un detalle: Sofía se recreaba un día en un rayo de sol que entraba en su cuarto de baño e iba a parar a su muslo, un lujo, cuando tuvo a su vez otra intuición:

En los periódicos... ¿se elige la realidad como un vestido, una merluza en el mercado?...

Pero el pensamiento pasó fugaz, como una nube, y Sofía, casi siempre agobiada por la falta de tiempo, se movió para que el sol acariciara como un dedo de oro su estómago plano de mujer sin hijos...

Un estómago que le hubiesen envidiado hasta las jovencitas pero que ella no disfrutaba, sin embargo, por la inacabable ansia de tenerlos. A los treinta y siete ya no podía acallarla ni con

somníferos.

Pero quizá, para explicarse ese silencio de *La Crónica* respecto a la muerte de Benjamín Valcárcel, haya que remontarse más atrás.

Pongamos... ¿unos quince o veinte años?

—
No soy yo, señorita.
—¿Seguro que no es usted?

Sofía, invierno de quince años antes de Picasso

Una mañana de invierno de finales de los setenta, Sofía Magallanes, entonces joven periodista de *Mensajero*, hacía guardia como un reportero de alcantarilla. En cierto momento comenzó a nevar, pero no le importó. Tampoco buscó refugio en su Dos Caballos aparcado lejos de Las Salesas: una zona de juzgados donde la policía impedía aparcar, ya había empezado la época de los atentados. Así que se limitó a pegarse un poco más al castaño que, ya sin casi hojas, apenas podía protegerla, y se subió el cuello del chaquetón de piel vuelta. Le quedaba grande, esa era la moda. Miró los copos que se podían contar, el estilo de la nieve en Madrid, incluso le cruzó por los ojos una alegría de niño ante la primera nevada.

Luego volvió a concentrarse en el portal que vigilaba. Llevaba tres días. Tres días aguantando que la tomasen por puta —Las Salesas es algo a caballo entre un jardín y una plaza—, que los perros se acercasen a olfatearla (más o menos lo mismo), el frío y el silencio. Tres días. De vez en cuando mascaba chicle porque tanto rato en silencio le secaba la boca.

Ya de noche, la nieve hacía palpar la plaza en un suave resplandor sagrado cuando un taxi se detuvo ante el portal que vigilaba y de él se bajó un hombre con una maleta. Su hombre, el de la foto que llevaba en el bolsillo. Corrió hasta él y le habló. Él no pareció entender qué quería.

—Sí, ya hablamos una vez, ¿recuerda?

Fue días antes, cuando al fin alguien contestó el teléfono de su casa.

—¿Ramón Elarso?

—Quién pregunta.

—El periódico *Mensajero*.

—No, no está.

Pero claro que estaba. Y si no, ¿de quién era esa voz de hombre? Pese a su juventud, Sofía ya había aprendido que en Madrid el ochenta y siete por ciento de los que tienen cualquier poder consideran que hacerse el difícil con el teléfono es una cuestión de rango, de prestigio, la tarjeta del poder mismo, y esa es una lección que cualquier periodista aprende rápido. Y en particular,

por entonces, si era de *Mensajero*, un periódico viejo, intimidado por los nuevos, *El País*, *Diario 16*, que nacían esos días para dar cuenta de la Nueva Era, limpios de pecado original y como de mejores familias, y los políticos y los artistas se les ponían al teléfono con mayor facilidad. Había incluso un ministro que se salía del Consejo de los viernes para informar a *El País* directamente.

—Pues tú verás —le dijo su jefe cuando Sofia le informó de que no había forma de localizar a Ramón Elarso.

Y Sofia comprendió que ese *túverás* era una prueba... y decidió convertirla en oportunidad. Si la ganaba, ya no tendrían excusas para no sacarla de la sección que llamaban *Nacional* pero era de *Partidos políticos e intrigas de tercera*, y que ella vivía con el mismo hastío que los chismes del internado, cuando chica. Demasiada obviedad. Lo que sobre todo le repugnaba era que se valorase la capacidad de explotar la afición de los políticos al chisme como un talento periodístico. Siendo así que los políticos están tan ansiosos de *aparecer, existir*, aunque sea tras la máscara de «fuentes bien informadas», como humildes porteras pendientes del porno rosa.

Aunque para entonces sus jefes ya debían de intuir que Sofia no tenía de Magallanes más que el apellido, y que no porque un tatarabuelo suyo hubiese sido valido de la Reina y otro fuese uno de los retratados por El Greco en *El entierro del conde de Orgaz*, con barba negra y palidez de santo (es el que se sujeta con la izquierda una cruz de Santiago en el pecho), ella debía saber cómo moverse entre intrigas de ministros. O de dirigentes de una oposición por entonces ya más tolerada que clandestina.

Es más: si su apellido sonaba bien entre los invitados a una boda también hacía de lastre pues inducía a la gente a desconfiar. ¿Acaso el Magallanes más conocido no fue uno que abandonó la única gestión inteligente de los Borbones ante Napoleón porque se lió con una de sus primas, en la desabrigada corte francesa, y se olvidó de la gestión igual que Marco Antonio cuando fue a Egipto a por Cleopatra? Bien es verdad que, de haber tenido éxito, Goya no hubiese dibujado *Los desastres de la guerra* con los que comenzó el periodismo moderno en España. Nunca se sabe cómo acertar.

Su aspecto tampoco ayudaba: Sofia tenía el de una niña bien de Madrid, incluida cierta altivez nasal y algo del aire rapaz de la familia, que por otra parte no se correspondía con su carácter. Pese a sus vaqueros y los jerséis holgados que en la universidad usan las chicas con cuerpos antidemocráticos para disimularles a sus compañeros diferencias sin duda injustas, tenía modales que no se podían esconder. Ni siquiera en la socializada España, donde no es fácil deducir la declaración de impuestos del acento o la ropa.

Y eran esos apellidos y aspecto, precedidos de una llamada telefónica con el *a quién, cuándo* y *de parte de quién* adecuados, los que le habían conseguido un puesto de reportera en la redacción de *Mensajero*, en una época en que, con los periodistas en paro, se hubiese podido armar un ejército para declararle una guerra a Marruecos.

Pero además Sofia había sido dotada de unas piernas largas y... ¿cómo decirlo?... un culo que a sus veintipocos años hacía que el corazón de los hombres brincase en busca de aire. Sobre todo el de los redactores jefe, cuando lo veían alejarse, después de haber entregado el trabajo de la jornada, y se hacían la ilusión de alguna vez ponerle la mano encima. El apellido del culo y su clase eran lo que le daba sustancia al desafío. Pues por entonces no solo se escribía a máquina con copias en papel carbón, lo que obligaba a los periodistas a cruzar las redacciones para entregar sus artículos —todavía no enviarlos apretando un botón del ordenador, como pequeños

torpedos de papel—, sino que además los redactores jefe podían invitar a sus redactoras a cenar sin ser señalados por acoso. Algunas de ellas, incluso, seducían a sus jefes en lo que parecía un recurso más, y no por ello, no siempre, eran acusadas de alpinismo. Es posible que también le encontrasen cierto erotismo al malhumor que en los redactores jefe va con el cargo. Es comprensible pues parece que manda y en realidad obedece.

«Tú verás», le dijo Dimas Foz, el suyo. Y por el tono se veía que era una prueba. Y una orden.

El mismo ojo con que la miró Ramón Elarso cuando lo abordó Sofía, después de tres días de espera, al regresar de un viaje. Se resistía.

—No soy yo, señorita.

Negaba la evidencia pues Sofía conservaba en su abrigo una foto de Elarso que le había dado su jefe —era por lo visto un legendario viajero, en un país por entonces de inmóviles—, y claro que era él: alto y algo agachado, nariz más bien aguileña, mostacho canoso de explorador, frente amplia, mirada impaciente y con ojeras que debían de tener que ver con su maleta de cuero flexible y muy usada. La metía ya en el portal.

Elarso, sin duda, pero Sofía tenía otro problema, y era que estaba *educada*. Es decir, habían insistido tanto en sus modales, y desde la cuna, que era incapaz de devolverle las insolencias a un taxista, dejar pelos en el lavamanos o poner alta la música. Parecía desolada. Después de tres días de frío, casi se le aguaban los ojos como a un inmigrante a quien le niegan un sello en un papel. Puso un mohín.

—¿Seguro que no es usted? —preguntó desde abajo pues Elarso le llevaba una cabeza. ¿No quiere contestarme un par de preguntas?... Solo dos... —si le concedía dos, calculaba, le colocaría cuatro.

—¡No!, ¡claro que no! —exclamó Elarso, puso ojos coléricos, sacudió una cabeza en la que se veían tres mechones de nieve—. ¡Estoy hasta la coronilla de que me confundan con mi hermano! —y cerró la puerta del portal a cualquier otra pregunta.

Sofía era por entonces tan joven que creía que se puede volver a un periódico serio con excusas.

—Es que Ramón Elarso tiene un hermano.

—¿Y? —le preguntó Foz, su jefe. Parecía rígido, decepcionado, a punto de impacientarse.

O sea que Sofía regresó a hacer guardia bajo el cielo de Madrid, que había vuelto a ser azul y cruel, y visto que no era tonta y que el pensamiento trabaja por su cuenta, sobre todo con frío, terminó por ponerse roja. Miró alrededor por si alguien le estaba viendo la vergüenza. Comprendió que le habían tomado el pelo.

—Está bien, señor Elarso —le abordó en el restaurante adónde le siguió esa noche—: Se ha quedado usted conmigo. ¿Será usted ahora tan amable de contestarme a unas preguntas?

Elarso había cambiado. Aunque conservaba las canas, tenía menos ojeras y le había salido una corbata, llevaba un traje como si hubiese nacido con él puesto e iba acompañado de tres matrimonios que, sobre todo las mujeres, la miraban con amable curiosidad: ¿esa mirada que ponen las señoras cuando una niña terciarmundista encantadora pero pobre se las arregla para pedirles una limosna a unos turistas antes de que la echen los camareros? Pues esa. Además se las veía encantadas de estar con alguien a quien abordan los periodistas. Sofía pensó que nunca había

pasado por algo así. Y Elarso pareció notarlo porque se apiadó de ella.

—Mañana, a las once, en el parque frente a mi casa.

Y allí acudió, pero no para responderle a las preguntas.

—Yo no tengo ningún interés —le dijo.

Sofía intentó replicar:

—Claro que sí. Usted...

—Yo no tengo ningún interés —la cortó Elarso desde una altura tajante—: Y no voy a contestar.

—¿Y por qué no me lo dijo desde el primer momento? —Sofía se sentía manejada, una sensación tan desagradable como creer que se come pollo y es serpiente.

—Porque quería ver hasta dónde eras capaz de llegar —dijo Elarso. Y entonces se quitó la peluca con canas, el bigote de explorador... se enderezó un poco (eso resultó decisivo), sonrió y, a través del maquillaje y las arrugas, que solo ahora se veían artificiales, apareció Dimas Foz, su jefe, que le dijo como si hubiesen terminado con un punto del orden del día y empezasen con otro —: A quien quiero que entrevistes es a Benjamín Valcárcel. Él sí que tiene interés. Tu entrevista abrirá Cultura el domingo.

Así se ganó Sofía el cambio de sección, y así conoció a Benjamín Valcárcel cuando estaba comenzando a conquistar su reputación de sabio pero exhalaba ya la bondad que, años después, le vio Daniel como un aura.

El que se iba

Foz era uno de los periodistas que se defendieron como pudieron de la monotonía, más que grisura, de esos últimos tiempos. De su carácter previsible, sin sorpresas posibles, que era quizá lo peor. Para entonces ya no eran tantos los que peleaban contra una dictadura que, más que imponer cosas, impedía que pasaran. Una dictadura de aburrimiento. Y Dimas lo hizo con un sistema de nómada: cuando no podía más, se iba. Cogía aire, por lo general en París, donde hacía todo tipo de cosas —algo todavía posible entonces—, y luego regresaba y trabajaba de periodista en Madrid.

A esas alturas ya no servía de nada oponerse de frente, como había aprendido Sofía desde un verano de prácticas, en tercero de carrera, en la Rápido Press: sí, la misma agencia en la que trabajaría Daniel Camín, años más tarde, y de ahí la debilidad de Sofía por Daniel.

En su verano de prácticas Sofía había tenido a su cargo un servicio de distribución de fotos a periódicos pequeños, y un día le llegó una tan banal que, intrigada, la miró dos veces, buscando la razón de que alguien la hubiese transmitido: en un paisaje africano, un grupo de soldados blancos sonrientes y simpáticos se alineaba tras un balón gris oscuro. Podrían haber sido los voluntarios de una ONG idealista a punto de empezar un partido con los nativos. Solo una segunda mirada permitía ir viendo que el balón de fútbol tenía ojos y hasta pelo, como correspondía a la cabeza de un hombre negro decapitado.

Confianza en que, si se movía, el corazón le volvería a funcionar, Sofía le llevó la foto a su jefe. Aunque tenía la sensación casi física de llevar sangre caliente con las manos, le compensaba pensar que esa sangre iba a ser primera página, o sea que se sentía como Miguel Strogoff

galopando a través de Rusia con la carta que cambiará la Historia. Su jefe la miró y, sin decir nada, la puso a un lado, en la bandeja de los descartes.

—¿No vas a transmitirla?

—No —dijo el jefe mientras seguía con otra cosa.

—... ¿Por q-qué? —Sofía comenzaba a balbucear por algo que no sabía qué era.

El jefe la miró, no sin hastío. Lo que había que explicar a los becarios de prácticas hubiese debido tener un límite.

—¿No has oído hablar del Tratado de Amistad Hispano-Lusa entre Franco y Salazar? —le dijo como si Sofía no supiese aún, en tercero de carrera, que en los periódicos no hay sección de poemas. Y ahí mismo decidió ponerle un límite a su generosidad pedagógica—: Vuelve a tu trabajo. Luego se saturará la línea.

Sofía quedó más estupefacta que cuando años antes le habían explicado que en realidad los Reyes Magos eran la billetera de piel de cocodrilo de su padre.

—¿Quieres decir que los portugueses pueden jugar al fútbol con la cabeza de un guerrillero en Angola y nosotros no lo vamos a publicar?

—Exacto —dijo el jefe.

Sofía sintió cómo una angustia que le apretaba la garganta y luego una furia que le cerraba la boca y le latía en las sienes la sacaban de allí a empujones. Durante horas caminó por el paseo de la Castellana, sin saber ni dónde estaba el norte, pese a que fue hasta él y regresó. Ni siquiera reparaba en el calor, que en julio en Madrid les da dolor de cabeza a los termómetros. Cuando volvió al trabajo, al día siguiente, se encontró la foto pinchada en el corcho encima de su despacho y el recorte de un titular de periódico que decía:

PORTUGAL CUMPLE EN ÁFRICA SU MISIÓN CIVILIZADORA

Su jefe se reía de ella, desde su mesa, con el redactor que le reía las gracias. El día anterior esa risa le habría hecho jugarse su empleo —Sofía tenía una impaciencia que era uno de sus atributos de clase—, pero entonces le dio hasta pena. Puede que su jefe fuese un pobre tipo, capaz de reírse de una alumna en prácticas que se había creído lo que decían las novelas, los profesores y las películas, pero también él, comprendió Sofía, estaba atrapado: si distribuía la foto, sería la última. El precio de ser periodista en esos tiempos llenos del sol inacabable español —un sol muy práctico para esconder cosas— era hacerse el tuerto, el sordo, el jorobado, o todo junto. No era extraño que para poder seguir mirándose al espejo se hiciese el cínico.

Aun así no se agobió por ello. No había cumplido veinte años, era guapa y rica, por ese orden, y ella lo que quería era entrevistar a gente de cine, y ese objetivo parecía mantenerla al margen de todo el fango del periodismo. Todavía directores de cine. El gusto por los actores llegó justo después de la carrera, en ese momento en que, por razones que la ciencia no ha descubierto aún, la gente comienza a perder células del cerebro a preocupante velocidad.

Dimas Foz era uno de esos pocos incapaces de jorobarse al paso de un ministro, o sea que, ya al fin de su carrera y mientras su generación esperaba a que se muriese de vieja la Dictadura, para

él fue una suerte que le expulsaran de la universidad. De *esa* universidad de tipo garaje que comenzó a triunfar entonces. Y no fueron razones políticas: lo expulsaron por participar en una sentada de protesta porque habían despedido a un profesor que se había fugado a Francia un fin de semana con una alumna. Profesor y alumna tuvieron la mala fortuna de ser vistos por un tío de ella, que había ido a Biarritz a ver una película de sexo disfrazada de arte angustiado, una moda de la época. Y luego el padre de la chica había exigido venganza.

La profesora de Lengua, famosa por su odio, fue llamando uno a uno a los *cabecillas de la sentada*, y les dijo: «Mientras el sol salga por el Este tú no aprobarás aquí la carrera». Y Dimas vio que hablaba en serio, ese es el tipo de juramentos indelebles con que ciertos profesores se vengan de su propia mediocridad, irrecuperable como una carie. O lo quiso ver: qué diablos, ahí estaba la señal que le indicaba el camino. Dimas fue a parar por primera vez a París, donde viviría durante años a ráfagas, como si fuese algo estacional, y allí se dedicó, parece ser, al teatro. Parece ser porque él, después, nunca hablaba de sí mismo. Nunca. Como si hubiese nacido al bajarse del taxi y entrar en el periódico.

Por lo demás no era necesario: Dimas Foz parecía moverse en función de aires que solo circulaban para él. Tenía la nariz más o menos aguileña y una sonrisa fácil pero al tiempo unos ojos que podían congelar a otros a distancia. Aunque a un metro ochenta del suelo y bajo una frente amplia, los ojos podían ser una buena pista sobre él. Y no porque sean *el espejo del alma*, como les dicen a los turistas de la literatura. ¿Qué pasa cuando el alma ha sido alquilada, incluso vendida como sucede con frecuencia? Dimas entrecerraba los ojos con un sentido del humor tranquilo, y quizá por eso tenía un don extraño para un reportero: podía escribir historias con una especie de aura, como la vez en que, a partir de la atención de veinte personas discutiendo que mereció un mendigo desmayado en la puerta de una taberna, proporcionó un retrato de España imposible de igualar por ningún sociólogo. Era algo notable porque en los periódicos se ordena que las noticias no tengan sombra. La mirada de Dimas —y eso sucede muy rara vez— había sido moldeada por su propio modo de ver, un tipo de mirada en vías de extinción que permite por ejemplo encontrar buenos libros tapados por el ruido de otros malos, o descubrir lo que de verdad importa en una Actualidad que se presenta como indiscutible.

Todo ello tenía que ver, qué duda cabe, con su don para combinar platos de creación propia junto a arriesgadas mezclas de invitados en su casa de la calle Rincón de Peces, en un Madrid silencioso de casitas que parecía cualquier cosa menos Madrid. Platos más de ingenio que de cocina, por otra parte: garbanzos con gambas y membrillo de guayaba, por ejemplo. O ensalada de uvas, higos, aguacate y almendras saladas con menta... ¿No eran talentos propios de un actor, un saltimbanqui formado en las calles del París de décadas antes? Una ciudad casi imaginaria pues lo que importaba eran las ideas e historias escritas en los cafés...

O sea que Sofia tuvo la inmensa suerte de trabajar en *Mensajero* al terminar la carrera. Aunque no fue *suerte* sino el eficaz uso del teléfono por su padre para ahorrarle a su hija el servicio militar de regresar a la Rápido Press, o algo parecido, a aguantar cabezas de guerrilleros decapitados agravadas por sonrisitas de redactores jefe. Nadie prepara para eso en las escuelas de periodismo. Ni siquiera se advierte a los estudiantes, que salen a trabajar sin intuir que esos primeros años serán el famoso Purgatorio del que les hablaron de niños, solo que en esta vida. Y luego, en los espejismos de seguridad de la adolescencia, creyeron que era literatura fantástica.

Mensajero era un periódico de verdad, algo que ya comenzaba a ser un lujo improbable, y

además Sofia iba a trabajar a las órdenes de Foz. Que tal vez no conocía algunas de las convenciones con que se escribían los periódicos en ese tiempo tecnocrático —todo reportero debe odiar los adjetivos, se prescribía entonces, o desconfiar de los gerundios, que son lentos—, pero a cambio reunía cualidades infrecuentes en las redacciones. Ahora tampoco se ven, esas cualidades, pero entonces todavía menos. Por ejemplo...

Lo que hace una alfombra en un reportero

El primer encargo que recibió Sofia en *Mensajero*, a los diez días de terminar la carrera, fue que hiciese soñar a viudas y dependientas con el relato de una boda. Que además era de una prima suya.

—Por eso te enviamos —le explicó el director cuando ella, en su primer día de trabajo, se atrevió a precisar que no había hecho una carrera para escribir de bodas que se podían contar de memoria. «Por eso te enviamos», dijo—: Porque nadie más tiene una invitación de platea. Todos los demás periodistas estarán en el gallinero.

El director no había contestado a su queja pero ponía el tono, una de las habilidades de político que permiten dirigir un periódico. Sofia no podía saber que Manuel Orcajada tenía el mote de *Jabón* por su talento para resbalar, el ascensor de cualquier escalafón, y que siempre conseguía sus propósitos. Sobre todo tratándose de un bodón de colores.

Pero si en sus editoriales Orcajada podía reñir al Gobierno por la Ley de Presupuestos y aconsejar al secretario de la ONU sobre la *Preo-cu-pan-te-Per-sis-ten-cia-del-Ham-bre-en-el-Mun-do*, no podía terminar de ocultar, allá en su corazón más secreto, que pertenecía a la subespecie de los periodistas con complejo.

Porque en tiempos que todo el mundo había olvidado menos él, Orcajada había triunfado contando la boda de una grande de España con el hijo de un albañil cuyos hoteles sumaban más camas turísticas que Grecia. Esa crónica estaba escrita con un lenguaje impresionable...

... heredera de un linaje de héroes y de místicos, con la historia de España condensada en sus ojos negros con el brillo del rocío de Sevilla en Feria, la novia iba del brazo de un anciano de pelo blanco y cruces de plata en el pecho que tomaba la plaza de su hijo caído para la más emocionante y dolorosa de las misiones de un hombre: entregar a una hija. En su caso a una nieta. Aunque el velo parecía una estela y lo llevaban seis pajes, ella iba sobre todo enamorada, se veía, y su dote era su vida: *Para siempre, en la alegría y la enfermedad, en el dolor y la recompensa, con brisa y bajo el relámpago...* Si por la mañana se pensó que el cielo había decidido llover para fastidiar, en ese momento, con música de órgano y de campanas, se supo que era para cargar la tarde de grandeza...

... y le consagró de golpe en las puestas de largo y grandes bodas, el porno rosa casi blanco autorizado entonces. Pues un cronista se pone de moda igual que un retratista que consigue aristocratizar a un bucanero de la Bolsa con cuello corto y anillo de diamante.

En esa gloria inesperada no solo se le aguló el rencor por su adolescencia de pobre sino que, alucinación frecuente, *Jabón* terminó por creer que formaba parte de ese paisaje. Es

extraordinario el poder de persuasión que tienen en los periodistas las alfombras amortiguando pasos, los cuernos de animales colgados de las paredes y los retratos de generales con capotes con cuello de piel sobre los hombros, además de las fotos en marcos de plata con dedicatorias en caligrafía de cuello alto sobre pianos de cola. La memoria tiende a ser frágil, y más la de los periodistas, que se rellena y se vacía todo el tiempo con datos pequeñitos y volátiles.

Además ciertos perfumes, que en los bailes de debutantes exhalaban escotes apenas levantados por pechos muy jovencitos que desconocían su poder, tenían en cambio el poder de hacer olvidar las humillaciones de la realidad. Si se la mira con atención, como hacen no sin riesgo los periodistas, la realidad no hace otra cosa que corregir ensoñaciones. Quizá no sea otra su misión: hacer de lastre en el globo de los sueños, argumentar contra la fantasía. Y de ahí que los periodistas viejos tengan la imaginación atrofiada y sueñen con retirarse a hacer, pero sobre todo a imaginar, todo lo que no han podido durante años. La pena es que muchos pierden antes la carrera contra el infarto. O que el dinero se lo lleva una pensión de divorcio: nadie iguala a los periodistas en divorciarse, lo cual, si bien se mira, es otra consecuencia de tanto, tanto realismo.

Pero algo le debió de ocurrir a Orcajada, junto a los chóferes de las limusinas, mientras esperaban a que los novios saliesen a saludar a «los chicos de la prensa» y tomarse las fotos. Camareras con cofia y sugerentes uniformes les distraían con delicados sándwiches de paté con pepino o gambas con miel que parecían los parientes ricos de los bocadillos de chorizo y queso seco del periódico, y ofrecían flautas de champán con las que los invitados, a lo lejos, tocaban delicados aires que ellos estropeaban al intentarlo.

Luego salían los novios y, con la sonrisa natural de los señores, que en realidad cuesta generaciones y hasta fustazos en exigentes internados, hacían que los chicos de la prensa se sintieran, un instante, invitados. El problema idiota es que a algunos de los chicos, como Orcajada, a base de repetirse ese momento se les quedaba encasquillado como la promesa de lo que pudo haber sido y no fue. Como un pinche de jardinero que una tarde juega a médicos con la niña de la casa sin saber que a partir de entonces, cuando la niña ya ni se acuerde, él verá en cada flor, en cada hoja roja y ocre del otoño, en cada amanecer subversivo, la prueba de que sí hay otro mundo mejor y él lo perdió.

Un día la niña, Sofia, supo por una vez lo que iba a ocurrir. Fue en otra boda de primas —había muchas— y fiel al guión: Retraso de la novia para darle pimienta a la cosa. Soberbia facha del padre al llevar a su hija como si fuese la pluma para firmar un tratado de paz. Lirios húmedos de inocencia, elegante sermón de un obispo no moralista, un gorrión colado en la iglesia como signo de buena suerte, probables líos entre testigos y madrinas a juzgar por las miraditas... y así hasta la salida de los novios al jardín para recibir las enhorabuenas de los periodistas como vivas de campesinos al paso de sus señores, y aceptar sus ofrendas: las fotos que les darán el título de pareja más feliz —y guapa— del año.

Pero a Sofia, que hasta el momento había mirado todo como una inocente fiesta de pueblo, no le gustó algo servil que le parecía hasta oler entre los periodistas. Se lo reveló como un negativo un reportero que se mantenía al margen. No vitoreaba ni se arrodillaba para tomar fotos-reverencia, y eludía saludar a los novios. Detalles, pero que lo hacían distinto.

Fue esa actitud, que tardó en comprender y no pudo olvidar, lo que más tarde la animó a estudiar periodismo.

—¿Pe-rio-dista? —le había dicho su padre—: Pero hija: si ese es un rebajamiento intelectual

—como si a su padre lo intelectual le importase una higa.

Sofía nunca vio las fotos del fotógrafo que no se agachaba, ni supo si lo suyo era independencia o solo su ademán, como tantas veces. Nunca le volvió a ver. A lo mejor —se le ocurrió alguna vez— había estado en aquella boda solo para avisarle.

Quién sabe. De momento Dimas Foz fue el redactor jefe que le arrojó a la papelera su primera crónica.

Al cuerno con

—Vuelve a empezar —le dijo, y Sofía creyó que había oído mal. Y no: Foz había hecho una pelotita con la boda de su prima, la había encestado en una papelera y seguía tecleando algo en una Olivetti sobre un carrito de ruedas que parecía más una máquina agrícola que un instrumento para escribir sobre bodas.

—¿Esto es todo lo que tienes que contar? —preguntó con la siguiente.

—Menos mal que la crónica no va mañana —comentó en la tercera, y Sofía descubrió con pánico que se había equivocado de profesión.

Y se había dado cuenta al comenzar a ejercerla. Nudo en la garganta y alarma porque se iba a echar a llorar, como cuando niña. ¿Existía algún modo de hacer un ridículo peor?

—No me irás a llorar, ¿verdad? —le preguntó Dimas en la cuarta boda, con los ojos de Sofía brillantes como los de una muñeca. Para entonces ya no tiraba sus crónicas a la papelera de rejilla, donde las pelotitas del día se amontonaban como presos en una cárcel sobrepoblada. Ahora Foz ya tomaba en consideración palabras y hasta líneas enteras—. Vamos a hacer una cosa —dijo de pronto, como si lo descubriera—: Tómalo con calma y escribe con paciencia. Yo volveré después de cenar.

—... ¿Escribo esta misma noche? —preguntó Sofía como si le costase creerlo.

Dimas la miró como si ya lo debiese saber.

—Los periódicos se hacen de noche.

Y cuando regresó algo le había pasado porque con su sonrisa desarmó a Sofía, que lo esperaba solo para despedirse y no tener que volver al día siguiente. Al cuerno con el periodismo. Con las bodas. Con su prima. Al cuerno con la rebelión contra su padre, que le hizo estudiar periodismo, y con su padre. Al cuerno con.

La necesidad de mandarlo todo al cuerno se le apareció tras la marcha de Dimas a cenar. Cuando levantó los ojos de una crónica de boda en la que ya no sabía de qué color tenía el novio los ojos. Ni si tenían color y, ya puestos, ni si tenía ojos. Y vio que en la redacción ya solo quedaban los vasos medio llenos de café sucio y el olor a cigarrillo y otras ruinas dejadas por el día tras su paso al galope. Periodistas del turno de noche mantenían el edificio en pie mientras corregían en rojo las pruebas de la primera edición.

No es cierto que los periódicos se hagan de noche, pensó Sofía con rabia: solo se corrigen.

Y con la sospecha de que la trataban peor que a un becario, como una centinela de papeleras con pelotitas de crónicas muertas y apestosos ceniceros, esa rabia prendió en otra más grande que

llevaba de nacimiento y ahí mismo decidió plantarlo todo: Foz, la boda, *Mensajero* y lo que viniese. Mejor pronto que tarde, cuando ya se hubiese convertido en una cínica como el redactor jefe de la Rápido Press que prefería reírse de ella a difundir la foto de un negro decapitado. O en una alcohólica, como prescribía el exhausto tópico sobre los periodistas. O en una torturadora, como Foz.

—Qué coño sabrá él de bodas —medio juró.

Aunque la fuesen a acusar de hija de papá y no aguantar que le echasen atrás un texto. Aunque alguien balancease la cabeza como un perrito de salpicadero de coche y comprobase cuánto había en ella de Magallanes, una casta para la que se inventó la palabra *soberbia*.

Sobre la medianoche llegó Dimas, sonriente y con un bocadillo.

—Solo te lo podrás comer si no miras lo que tiene —le dijo Dimas con una sonrisa que parecía tibia y recién hecha como el pan del bocadillo. Y tras una pausa—: He pensado que lo que le pasa a tu texto es que no has sabido mirar.

Todo esto ocurría en la vieja redacción ya casi vacía de *Mensajero*, no lejos del bullicio de la calle Princesa, antes de que los bancos y las franquicias del uniforme mundial arrojasen del barrio a los estudiantes. Lo que no habían conseguido los botes de humo de la policía en las manifestaciones de los años anteriores. En Deportes se actualizaba el fútbol que, igual que los periódicos, nunca llegaba a resultados definitivos. Al huir, el día había dejado carpetas tambaleándose en los bordes de las mesas, periódicos rivales muertos en plena juventud, sin que nadie les hubiese leído siquiera el editorial, signos enigmáticos en libretas de reportero junto a los teléfonos, comienzos de frases como si un atentado hubiese interrumpido una entrevista... Y todo ello bajo un siglo de caricaturas en el periódico, políticos olvidados y cortesanas colgadas en las paredes con la sonrisa quieta de los payasos.

Pero lo impresionante era el silencio: ni voces ni teléfonos, que son los cantos de rana con que las redacciones proclaman su disposición a ser fecundadas. ¿Por el tiempo, los periodistas? ¿Por los crímenes, las elecciones, el fútbol, los ladrones de cielo, las tormentas de final del verano? Tan solo se escuchaba el tac-tac de los teletipos de las agencias escribiendo a galope corto lo que tenía el aspecto de una novela sin fin. Quizá lo fuese. Una novela realista —seudorrealista— en voz baja. El papel del teletipo se amontonaba en el suelo como un chorro de nata sobre un pastel de alfombra sucia, y a esa hora, cerrada la última edición, nadie se daba prisa en recogerlo.

Igual que el lápiz de Sofía. Que no sacaba la lengua al dibujar porque Dimas estaba justo detrás. Sofía le sentía como una sombra, y tarareaba algo, nerviosa, para disimular el restregarse de su lápiz contra el papel. Se oía y le daba vergüenza. Comprendía que dibujar es una forma de desnudarse y se inventaba cualquier tonadilla ante Dimas, igual que cuando abría el grifo en el cuarto de baño para que la creyeran lavándose las manos.

Un rato antes había creído oír mal:

—Haz un dibujo —le había dicho Dimas—. Dibuja la boda, el sombrero-frutero de la madrina, un paje limpiándose un dedo con un moco en la cola de la novia... algo.

Sofía sonrió con la propuesta, pero al menos comenzó a comerse el bocadillo y la decisión de dejar el periodismo pareció quedar en suspenso.

—En serio: dibuja. Toma.

Y Dimas le entregó una hoja y un lápiz de dibujo, 2B, que se sacó de alguna parte.

Y como los ojos de Sofía seguían preguntándose si le estaban tomando el pelo, Dimas le

mostró su estrecha libreta de reportero llena de una especie de jerigonza egipcia ilegible.

—Yo dibujo lo que escribo —le explicó—, y así descubro lo que falta.

Y así descubrió cu electo Sofía que a su novia no solo le faltaba la forma de la diadema, el tipo de escote, el anhelo de los ojos, la pulcritud de las cejas o el dibujo de la sonrisa, en el que se puede leer el futuro. ¿Y qué es una novia sin sus ojos y sin su sonrisa?

—Le falta historia —le explicó Dimas—. Una boda es siempre una historia diferente, o al menos debiera, y tú te empeñas en contar... ¿Cómo se llama tu prima?

—Reyes.

—No cuentas la historia de Reyes sino la de *La Novia*, la de siempre, la que traes incrustada en la cabeza tras miles de anuncios y películas. Tu prima se podría llamar Rocío, Daisy o María Eugenia...

Así fue como Sofía aprendió —nada de eso le habían enseñado en la universidad— que si las bodas se interpretan de la misma forma, como los entierros, es para que los novios crean... para convencerles de que es para siempre.

—Pero que se representen igual no significa que haya que contarlos siempre de la misma forma —le dijo Dimas—. ¿Te gustaría a ti que contaran tu boda igual que... la de tu prima? ¿La de tu madre?

Solo ahí se dio cuenta de lo cerca que estaba Dimas de ella. Le vio cuatro canas y un par de arrugas en los ojos, los dedos delgados, y sintió que con esa pregunta Dimas estaba entrando hasta la cocina: ella ni se iba a casar. Para qué si no quería hijos.

Dimas se había acercado para comentar su texto como un redactor jefe... mas ella lo olía como a un hombre, lo que en esos tiempos significaba una mezcla de tabaco negro, restos de colonia de padre y el paso de todo un día dorado de octubre. Al ver sus manos casi las sentía. Se preguntaba cómo... Lo que más le sentía era la voz, parecía salirle de unos labios no gruesos pero bien dibujados.

—Las miradas, por ejemplo. Cómo eran —preguntaba.

Lo que dio pie a la lección de que en una boda hay más miradas, aparte de las que se intercambian los novios como tarjetas de Navidad.

—Es muy difícil disfrazarlas —explicó Dimas como en un manual para dramaturgos. Se refería a la mirada que descubre la historia del novio con una de las madrinas y que no termina de ser Pasado, ni siquiera Imperfecto, y tiene algo de Presente del Indicativo. O la que revela que a un suegro le duele la fortuna del otro. O que si una de las tías de la novia se tapa con perfume es para que no se le vea la parte turbia de los ojos cuando imagina...

—Qué.

—¿Perdón?

—Cuando imagina qué.

—Bueno... —Dimas buscaba una explicación— ya sabes.

—No, no sé —dijo Sofía. Y solo luego comprendió qué era lo que imaginaba la tía y se puso roja de golpe. A Dimas le había bastado una mirada para contárselo.

Y no era sucia, la mirada de Dimas, como la de la tía, pero tenía tal expresividad —su pasado de actor, tal vez— que aun tímida conseguía explicarse. Y al fin la crónica contó una boda como

no la hubo ni la habrá, y Sofía se preguntó al leerla si alguna vez podría volver a escribir algo así, y si su prima sería capaz de apreciarla. Las novias solo ven lo que ven y van a lo que van.

No era probable. Si *Jabón* no la apreció, por qué habría de hacerlo la prima de Sofía.

Jóvenes de ojos viejos

Dimas, tres décadas antes de Picasso

Manuel Orcajada leyó la crónica de la boda mientras iba a *Mensajero* a las diez de la mañana en el anticuado Mercedes con chófer que le correspondía al director, y sintió la llamarada en el esófago que sienten los directores de teatro cuando ven que una actriz secundaria muestra muslo para escalar en la cartelera.

«Claro, se la ha escrito Dimas, que se siente artista», pensó, y aunque parecía muy irritado, no se atrevió a decirle nada a Sofía. Por eso mismo le llamaban *Jabón*.

Aunque con otra no se hubiese moderado. Orcajada parecía el tipo de director fuerte con los débiles y débil con los fuertes, casi una condición del cargo, y de Sofía no sabía si eran el apellido o las piernas lo que más le intimidaba. Su crónica sobre la boda que inauguraba la temporada parecía..., parecía... ni siquiera encontraba el símil.

Normal: a diferencia de las gaviotas, que gritan de entusiasmo cuantas más olas corran por el mar, a los periodistas se les van gastando los ojos. También a los bibliotecarios y a los teleadictos, aquí por la publicidad, que va oxidando la inteligencia, pero el caso del periodista es grave ya que su misión es ver lo nuevo y contarlo. Es el que avisa, una especie de vigía. Tiene que conservar la mirada joven, igual que el cocinero el gusto y el asesino la crueldad. Un asesino sin crueldad está muerto.

Pero llega un día, casi siempre a traición, en que ya no se es capaz de ver lo nuevo. Lo de verdad nuevo, como cuando amanece y solo los que no están borrachos comprenden con entusiasmo que al mundo lo han vuelto a hacer por la noche. Y aunque no ver lo nuevo es una tragedia, sin duda, la tragedia se viste de diario para que sea soportable.

Y entonces, sin darse cuenta, el periodista se presta a una treta en apariencia inocente pero implacable como una manchita que avisa de un cáncer: un día cualquiera tiene prisa y finge que algo es nuevo cuando ya no lo es.

En otras profesiones la mentira es legal. El médico le miente a su enfermo, menos por compasión que por cobardía. El escritor lo hace para contar la verdad, el político para repetir, y el actor y la puta por oficio, para consolar al público de lo que hay que ver. Pero en periodismo las mentiras son el comienzo del fin.

Aunque es un fin capaz de agonizar toda la vida, y no termina ni mucho menos con una carrera.

Al contrario: a menudo ayuda al mentiroso a subir en el escalafón.

Los lúcidos lo son porque aún distinguen sus mentiras, que ven como árboles sin hojas en un campo nevado. Pero los periodistas de ojos viejos, casi siempre jóvenes, terminan por creer que los tópicos no son solo la realidad sino la única posible, como chalets en serie fabricados por un arquitecto corrupto. «Ya está todo inventado», dicen con la ingenuidad de la juventud. Su fatigada miopía es sobre todo de imaginación.

Que *Jabón* tolerase a Dimas en *Mensajero* parecía un misterio. Al fin y al cabo, igual que un minero malbarata sus pulmones, *Jabón* se había dejado los ojos en la pornografía rosa, en los primeros años en la profesión, en tanto que Dimas aprendía a afilar sus crónicas como bisturís.

Lo que pasaba era que lo de la *mirada joven* es una convención del tipo *sabia vejez* o *maternidad feliz*. *Jabón* era muy capaz de apreciar la crónica de Sofía sobre la boda de su prima mientras se le despertaba la acidez por la que a los directores les pagan. *Plus de cabreo* se le llama en el oficio, o *plus de directores*, que se paga por debajo de la mesa. *Jabón* se daba cuenta de que, aunque parecía que contaba una boda, la crónica describía más bien una clase social y una época como si las descubriera. Tenía pues una condición de la buena escritura: que lo que dice diga más.

El problema era que esa clase social compraba *Mensajero* y de ella salían los consejeros del periódico. Así se lo recordó una condesa que le tuteó por teléfono.

—¿Por qué habéis permitido que esa chica Magallanes cuente la boda de su prima? —preguntó. A través del teléfono le tintineaban las pulseras y por la nasalidad de la voz se deducía la antigüedad de su título.

A *Jabón* el teléfono le comenzó a resbalar en la mano.

Luego la condesa mezcló lejanos agravios —«¿Sabíais que esa chica (Sofía) puso laxante en la tarta de su noveno cumpleaños y envenenó a todos sus primos?»— con otros más viejos: «El inútil de su bisabuelo no supo amansar a Napoleón, como le había encargado el Rey, y así nos fue: todavía tengo medio castillo repartido por Francia». Para luego revelar con una indignación en la que, incluso por teléfono, a distancia, se alcanzaba a escuchar la temblorosa envidia de la vejez: «Sofía estuvo a punto de matar a sus padres del disgusto cuando se escapó en moto a Francia con un novio».

—Ya comprendo —dijo *Jabón*. Pero mentía.

No fue la única en protestar, y a *Jabón* no le quedó más remedio que trasladarle las protestas a Dimas... aunque allá en el fondo estaba claro que había algo más. Dimas miró a *Jabón* con el cansancio que pondría un marido ante otra escena de celos al comienzo del fin de su matrimonio.

—Pues que venga la condesa a escribir el periódico —dijo Dimas. Al levantarse se desplegó en el sofá bajito que tenía *Jabón* en su despacho para que a sus visitas les costase incorporarse. Y se marchó. Sin decir adónde. Como siempre.

Y como *Jabón* sabía que iba a ocurrir.

Una medusa en la playa de Biarritz

Porque Dimas y *Jabón* se conocían desde hacía tanto tiempo que daba lugar a versiones diversas en *Mensajero*.

—Coincidieron en el grupo de teatro en la universidad —decía alguien en las copas tras el cierre.

—Jo, ¿te los imaginas levantando el puño en *La Madre*, de Gorki, o en algún Dürrenmatt?

Según otros, habían corrido juntos delante de la policía. «Es posible que Dimas», decía uno, «pero jamás me creeré que *Jabón* haya corrido delante de los grises. Como no fuese resbalando...». Otros, que Dimas le había robado una vez una novia a *Jabón*, y eso era más creíble a causa de la famosa falta de piedad de Dimas con las hijas de papá de falda plisada y diadema, o faldas de flores y el cabello suelto. Una leyenda que no casaba con la fragilidad de fondo de sus escritos.

Pero toda leyenda contiene algo de verdad. Por ejemplo, sí era cierto que habían coincidido en una comisaría, tras las protestas por la expulsión de la universidad de un profesor de Historia del Arte. En esos días Manuel Orcajada no se llamaba *Jabón* y llevaba un alias: *José. José Palacio*. Ambos ya se conocían. Y no se gustaban.

La historia llegó a salir en *Pueblo*, sin nombres y casi por alusiones, como era entonces el estilo: un profesor de Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid se había fugado a Biarritz con una alumna, pero tuvieron la mala pata de ser sorprendidos por un tío de la muchacha que había ido a ver una película prohibida en España. Por entonces, las caravanas en la frontera creadas por la alianza de censura y hambruna sexual, una verdadera industria, eran interpretadas por algunos como afición al cine.

Es probable que otro tío se hubiese callado. Pero este tenía una deuda pendiente con su cuñado, el padre de la muchacha, al que llamó a Balmoral, en Hermosilla con Serrano, en Madrid, donde sabía que se encontraría el domingo después de misa junto con otros marqueses viejos. Los camareros los llamaban por el título como en Puerta de Hierro, quizá el Ritz, el Ritz de entonces, y pocos sitios más. Nada de música, sillones de cuero y chaquetas de *tweed*. No sin preocupación le preguntó:

—¿Sabes que he visto a tu hija en Biarritz?

»El problema es que iba acompañada de un hombre mayor —añadió, disfrutando, tras una pausa.

»Sí, entrando en un hotel —dijo después de otra.

Lo que no dijo es que se trataba del hotel de la Vague Verte, en el que vivió el pintor Christian Le Bot, y ese escenario histórico era lo que el profesor de Arte le quería enseñar a su alumna. No se alojaban ahí.

El viaje se había decidido esa misma mañana, cuando en su despacho el profesor intentaba explicar la ansiedad en la pintura, una tensión que va más allá de la intensidad *fauve* de los colores o el trazo expresionista. Y el profesor tomó como ejemplo un cuadro de Le Bot conservado en Biarritz, donde vivió el pintor durante dos veranos de pausa de una larga vuelta al mundo.

—Precisamente me voy a Biarritz esta tarde —comentó el profesor, y su alumna le preguntó: «¿Puedo ir con usted?», y de verdad que sonó natural, sonó a petición de bibliografía de una

alumna.

Esa misma tarde él se ponía en cuclillas para admirar una gelatina gris, naufragada en una tormenta en el mar bronco de Biarritz, como si esa fuese la primera medusa que el mar hubiese depositado nunca en una playa. Ella pensó que el gesto prolongaba la conversación en el coche mientras cruzaban una Castilla despojada. Esbeltos álamos plateados a lo lejos y campanarios con cigüeñas haciendo como un ritmo, una puntuación.

El padre de la alumna se presentó en la universidad, miró al rector levantando la barbilla, y como solo se consigue hacer al cabo de siete generaciones de intentos, exigió la cabeza del profesor de Historia del Arte. Y como un anuncio de los nuevos tiempos, esta le fue entregada con una rapidez de universidad de la Costa Este que nunca se había visto en España. Ni a la Inquisición le había importado tanto lo que pudiesen hacer los profesores con sus alumnas, alumnas crecidas, por otra parte, ya mujeres: esta era alta y espigada, como correspondía a las nuevas generaciones, y le sacaba al rector media cabeza.

Igual que en ocasiones parecidas, la universidad había intentado en lo posible amortiguar el escándalo, y el padre aceptaba incluso ensordecerlo a condición de que al profesor de Historia del Arte le arrancasen los ojos y se los arrojasen a los monos del zoológico para que jugasen con ellos a las canicas. Y luego lo mismo pero con los testículos. Al final se contentó con que el profesor no pudiese volver a dar clase ni de judo en una escuela primaria, en la convicción, muy española, de que lo peor que le puede pasar a un hombre es perder un puesto de funcionario.

Pero es posible que tampoco le hubiesen dado eso —en España muchos profesores acostumbran a morderse, y nunca por ideas, pero se defienden en manada cuando les atacan del exterior— de no ser porque una profesora adelantada a su tiempo exigió que el profesor fuese empalado.

—Con él suelto por el campus —dijo— ninguna mujer de la universidad estará segura.

Y no era una beata de gafas escurridas sobre una nariz estrecha. Aunque superaba los cuarenta, el recuerdo de la profesora —de su silueta, sus piernas brillando por las medias de seda, las curvas pronunciadas que fingía disimular con jerséis grises— atormentaba las noches de los estudiantes varones, que no podían evitar imaginarse cosas con ella. Cosas que ni sabían que se pudiesen hacer.

Y eso a pesar de que *Lengua* —ese era su sobrenombre, y eso lo que enseñaba— tenía más de un récord en Odio. Una suerte de sediento rencor que se manifestaba en lo que pretendían ser ironías sobre los hombres pero que resultaban latigazos. Una sonrisa al revés, como si la tuviese boca abajo. Lenguaje elegido, nada natural, y ropa elegante a primera vista pero en realidad con encajes y transparencias que parecía que no pero torturaban a los estudiantes de veinte años: no saben nada y están desbordados por su energía.

El mismo odio le hizo exigir la expulsión de la universidad de los estudiantes llevados a los calabozos de la Puerta del Sol cuando protestaban por la del profesor de Historia del Arte. Y, más tarde, la de un profesor que se había atrevido a escribir un artículo en *Informaciones* por lo que consideraba el regreso a la universidad del puritanismo y la Inquisición. Su marcha había sido en realidad una dimisión, presentada al tiempo que se publicaba el artículo en *Informaciones*, pero el profesor nunca regresó a precisarlo.

Fue durante la detención en la Puerta del Sol donde Dimas Foz y Orcajada, *José Palacio*, se hicieron no tanto amigos como cómplices.

Mejor que qué

Sucedió cuando un policía de civil le preguntó a Dimas, director de un grupo de teatro universitario, por qué no llevaba a revolcarse sobre la escena a su madre, en lugar de... y aquí una frase que dejó mudo a Dimas, sin respiración. Nunca había escuchado nada tan vulgar y violento. No por eso Orcajada sintió simpatía por él.

Estaban bajo arresto, esposados y sin dormir en el semisótano de Gobernación en la Puerta del Sol, fumaban el humo de Celtas y Ducados que soltaban los policías entre juramentos de fútbol y lenguaje soez... O sea que no era el mejor momento para sentir simpatía por nadie. Cuando a su vez al propio Orcajada le preguntaron si con esa cabeza gorda y llena de rizos podía... —y aquí otra ocurrencia de policía de panfleto—, Dimas sí alcanzó a reflexionar en voz alta:

—Qué pafa —preguntó con un labio roto—: ¿Te da enfidia que algo fe le ponga gofdo, aunque fea la cabefa?

Entonces hasta Orcajada alcanzó a sentir cierta admiración. Estaba claro que Dimas no sabía lo que decía. Nadie informado se permitía esos lujos en una comisaría. Y los que se los permitían eran los que luego cojeaban, padecían de una lesión al corazón o miraban con un párpado aristocrático medio caído.

Manuel Orcajada podía apreciar el sentido del humor de Dimas. Solo de pensar en el precio de que alguno de esos artistas de la blasfemia llegase a intuir la ironía de haber metido un *Palacio* en su alias clandestino —y parecían tontos, los policías, pero darlo por confirmado era el primer error grave—, le hacía maldecir el momento en que puso todo en riesgo: podía ir a la cárcel. Perdería su beca —una vida de becas—, y daría una nueva vuelta de tuerca a la fatalidad que condenaba a los Orcajada a ser sacapatatas, giratuercas o chupatintas en una oficina, el peor destino: el encorbatado cree que es feliz porque ya no se ensucia las manos ni con tierra ni con grasa, y tarda una vida en volver a sentir la necesidad de ensuciárselas y plantar árboles. Y entonces ya es tarde.

Y lo peor: se la había jugado para protestar por la expulsión de un profesor que se había ido a Biarritz con una alumna —una niña pija que se aburría—, y le habían pillado. Un folletín. Imposible nada más pequeñoburgués.

Y Manuel Orcajada odiaba lo burgués, sobre todo cuando pequeño. Lo burgués había convertido a su familia —que, menos dinero, tenía de todo— en una de obreros: su abuelo, y luego de empleados: su padre y sus tíos, que iban doblados por las rodillas como los lameculos. Habían vivido guardados en uno de esos barrios que en Madrid inmolan a seres humanos, hechos para ver lejos y ser libres, sacrificados al mezquino diosecillo del ángulo recto. Un dios omnipresente como el frío.

Sin duda el mismo que con tretas consiguió la proeza de convertir en chupatintas a su padre, defensor de Madrid en la guerra: uno de esos milicianos con barba sucia que, con el mismo señorío con que antes vareaban la aceituna, sabían morir cuando hacía falta e incluso cuando no la hacía. En tres años no cedieron un centímetro de la Facultad de Filosofía, en la Moncloa, atrincherados tras pilas de libros de arte, poesía y novelas que eran en efecto los ladrillos de la libertad. Y aunque los defensores no lo supiesen, lo intuían, que obliga más. Aunque rara vez la

mencionaban, por pudor y sentido de lo sagrado, la libertad era su única religión.

Los descubrimientos hojeando libros de arte en las pausas fueron los que permitirían al abuelo sobrevivir al penal y a las humillaciones, al salir. Y los que le impidieron creer que una lavadora y un piso en Benidorm significan una vida mejor. ¿Una vida mejor una bailarina de porcelana o un toro con banderillas sobre un televisor? ¿El mismo empleo de por vida? ¿Un coche? ¿Dos semanas al año en una playa en la que hay que adivinar la arena por el tacto de los pies?... Mejor que qué.

Algo de todo eso heredó Manuel Orcajada, aunque luego no fuese capaz de llevarlo a su vida. Un sentido de la grandeza oculta, una memoria de la dignidad y un odio por lo pequeñoburgués: lo que termina por encoger a los héroes.

Por todo ello Manuel Orcajada, entonces *José Palacio*, y años después, tristemente, *Jabón*, apreció el valor suicida de Dimas en la comisaría. No era solo algo testicular. Había también un poco de eso que se admira sin saber por qué.

Algo parecido le ocurría a *Lengua*, que si se las arregló para expulsarles de la universidad no fue por *complicidad con el régimen*, como decían los panfletos, sino porque no podía soportar que Dimas no hubiese respondido al único avance que le hubiera hecho nunca a un alumno. Le había pedido que buscara un libro en un anaquel alto y había sujetado la escalera. Y no se resignaba a esa disidencia.

La profesora tampoco se resignaba a ser relegada por culpa de una chavalita analfabeta de tercero que se había fugado con un profesor, por muy bien que llevase la falda escocesa. Y que todo ello sucediera en Biarritz. Ahora Biarritz apenas existe pero entonces historias como la fuga del profesor y la alumna reforzaban la leyenda de que en Biarritz los millonarios de Neguri celebraban fiestas en las que las camareras eran actrices de cine, y los chóferes, condes rusos que estuvieron en las fiestas de Rasputín y la zarina.

Lo cual explica también que tras el paso por la Puerta del Sol de Dimas y los otros no les llevasen a la cárcel. Les soltaron. Y aunque quién sabe por qué, es posible que tuviese algo que ver con una pregunta de un inspector.

—¿Y qué les da a las estudiantes, ese Picasso, para podérselas llevar a Biarritz?

O sea, algo entre envidia y admiración.

Y a lo mejor fue ahí —es otra posibilidad— donde nació el seudónimo de *Picasso*.

Un periodista ¿puede inventar?

Picasso y Dimas, los orígenes

Es la una y siete minutos del 20 de diciembre del año VI de su reinado cuando a *Picasso* le cancelan una comida, algo que a un director de periódico solo le ocurre en caso de guerra, atasco por terremoto o suicidio. Se lo dice su secretaria y algo le tiembla en la voz. «Ha llamado...», empieza, y tarda en decirlo: «Su cita se ha excusado».

—¿Llamó él? —pregunta *Picasso*.

—No, su secretaria —responde Almudena, que es una de las suyas (la de vaqueros de diseño).

Lo sabía, piensa él, aunque aún no le chirría el hecho de que le cancelen una cita a un director de periódico nacional, de los que hay menos aún que directores de orquesta o pilotos de Fórmula 1. Todavía no cae en cuenta: nunca le han cancelado una comida en los seis años que dura ya su dirección de *La Crónica*.

El problema que le han creado es ¿qué hacer?

Ni se le ocurre proponérselo a algún subdirector, seguro que también tienen sus citas, y tampoco a Sofía: desde el principio acordaron no dejarse ver en público...

—El portavoz del Cinco Puntos quería una cita para comer —interrumpe Almudena—, pero le dijimos que no había fechas libres hasta marzo. ¿Le llamo?

—¿El portavoz? —pregunta *Picasso*.

—Sí, el vicepresidente de Comunicaciones del Banco de los Cinco Puntos Cardinales.

Picasso rechaza la propuesta. Aunque se trata de un cuñado de Sofía (o quizá por eso), procura comer lo menos posible con banqueros o ministros. Para un director de prensa es, pero la practican pocos, una cautela como evitar los fritos y la sal.

¿Y Almudena?, piensa, y finge una neutralidad hipócrita mientras a lo lejos se escucha una radio que transmite la lotería de Navidad en la que cada español se juega una fortuna. Por eso muchas radios solo se encienden una vez al año, y esta es una de ellas.

Le gustaría poder llevar a Almudena a comer en algún restaurante de las afueras. Le encanta su cuello de ave y el pelo corto —antes, recuerda, lo llevaba largo—, la línea de sus pechos sin complejos y sus manos firmes con las uñas bien recortadas, de maestra, que ve varias veces al día

mientras ella deposita papeles frente a él... Sabe cómo es ella y las palmas de sus manos lo recuerdan. Alguna vez le ha parecido que los ojos de Almudena se demoraban en los suyos, aunque nunca ha sabido si para recordarle los días en que anduvieron juntos por Madrid, o para reprochárselo.

Hoy no, desde luego. Hoy Almudena elude su mirada y hasta se diría que le tiembla la mano cuando le alcanza una carpeta. ¿Por qué?, se pregunta *Picasso*. ¿Tendrá problemas con algún novio que la posterga por el mus, el fútbol... que quiere ser personaje del porno rosa en Marbella?

No quiere saberlo. Decide llamar a Ernesto.

Con Ernesto *Picasso* compartió el exilio de París, tras la expulsión de la universidad, y eso marca como sobrevivir juntos a una guerra o al jardín de un sanatorio de tuberculosos. Al principio pasaron hambre, o esa imitación del hambre que pasan los estudiantes y los escritores sin columna en un periódico, bebieron juntos y compitieron por mujeres que no se afeitaban las axilas y tenían una flexibilidad en la cama que venía del otro extremo del mundo, aunque fuese el país de al lado. Tópicos, cierto, pero son los tópicos los que unen a la gente: banderas, canciones, equipos, borracheras, himnos...

No se sabe qué lleva a *Picasso* a pensar en Ernesto, a quien no ve desde hace meses... ¿Quizá el deseo de comer en un café? De París a *Picasso* le quedó un gusto extremo por los cafés, lugares equívocos donde uno, a veces, se siente en casa pese a estar en la calle... y al tiempo una casa que no encierra, que no es una confortable trampa para esperar la muerte. Él se pasó la mitad de su tiempo en alguno, estirando los francos de su café como una sesión de amor tántrico.

El problema para *Picasso* es que en Madrid apenas quedan, los muchos que había fueron transformados en bancos o cafeterías, y los demás son cafés temáticos para turistas. Dicen que allí les pagan a viejos poetas necesitados para que representen el papel de *poetas-en-café-literario*, algo que atrae a los turistas casi tanto como el jamón serrano y la pintura negra de Goya. En el Café de Manila, al lado del Ministerio de Cultura, han instalado poetas de cartón, tamaño natural, para resaltar por contraste la vitalidad de los poetas oficiales al ir o volver de cobrar los premios que les dan por su *insobornable rebeldía* y sus *retratos de la condición humana*.

Lo cual sería irrelevante de no ser porque ilustra de algún modo el que, pese a su posición de director de periódico, *Picasso* no se encuentre cómodo en su propia piel. Como si en su exilio se hubiese vuelto un poco extranjero y ya no tuviera forma de quitárselo.

Fue una vida muy distinta. Sobre todo al comienzo, cuando no tenía trabajo y miraba sin freno, que es la primera actividad en París. Miraba los cuadros impresionistas del Jeu de Paume, desde luego, y en particular los de Christian Le Bot, un pintor descubierto en un cuento, y el amarillo regado en los árboles de noviembre. Los niños jugando con barquitos en el estanque del Luxemburgo.

Las peleas de las nubes, que cambian la luz de París hasta por la noche. Los libros, que tampoco acaban nunca. Y las mujeres, claro. Un clisé, sin duda, pero qué clisé. Las parisinas dominaban entonces como nadie el arte de hacerse moños descuidados y descubrir las nuca dejando mechones como al viento, y también como nadie se vestían para moldearse los cuerpos con *chic*, un modo abreviado de decir *Mujer vestida de poesía*.

En una de esas conoció a Ernesto. *Picasso* se encontraba en el Bonaparte con Nadine cuando le terminó por cansar un tipo que, a solo dos mesas, la miraba con insistencia para hacerle un retrato, pese a que ella estaba medio de espaldas para él. Parecía quererle dibujar la silueta del busto, algo humano pero cansado por lo previsible. Fue a mirar, y se encontró con que el retratado era él, *Picasso*, que era el que podía ver de frente. Un buen retrato.

Solo después, otra noche, cuando Nadine era un recuerdo, Ernesto confesó:

—Pues sí. Sí era ella el tema del retrato.

Y abrió su cuaderno y, en efecto, todo un borde de la página del retrato de *Picasso* estaba ocupado por Nadine, su nuca, su hombro y medio pecho. La fuerza de ese perfil convertía en decoración el grueso de la página, o sea el retrato de *Picasso*. Lo notable es que este, que era o había sido profesor de Historia del Arte, ni se había dado cuenta.

Se hicieron amigos porque se caían bien, la condición indispensable, pese a la rivalidad en torno a Nadine y otras mujeres que llegaron. Y porque se admiraban: la otra.

Picasso admiraba a Ernesto porque sospechaba que veía más, caminaba más calles y conocía más cafés fuera de los circuitos que parecían surcos por lo obvios, y esquinas inesperadas, y respiraba el doble de viento de París que el resto y eso ya es mucho.

Ernesto admiraba de *Picasso* que, pese a su edad de profesor joven, leía con originalidad los libros y los cuadros que importan. O por ciertas intuiciones, como la de que a Manet, lo que le inspiró de España no fue Velázquez, como se cree, sino la luz.

El desierto azul español.

La Historia como sucedáneo

—Claro —acepta Ernesto con su estilo directo la invitación de *Picasso* a comer. Ahora es periodista parlamentario, y le cita en uno de los restaurantes de políticos y periodistas en tomo a las Cortes.

Es la primera vez que *Picasso* visita El Poder de Panza, por lo general evita los lugares de moda y los pelmazos que se acercan a darle palmaditas en la espalda. Como temía es un restaurante-pasarela muy a la vista, que se ha colocado en el mapa gracias a platos como Huevos a lo Fernando VII, Morcilla Liberal (de picadillo de garbanzos y setas) o Lentejas del Consenso. Los modelos y focos de atención no son tanto los políticos ni los periodistas sino las combinaciones entre ambos, a ser posible inesperadas, y las presentadoras y reporteras guapas de televisión, que mientras duran, poco, tienen un peso público inversamente proporcional a sus siluetas de adolescentes.

Al entrar, *Picasso* ha convocado las miradas, como era inevitable: después del director de *La Verdad Madrileña*, que no sale de su despacho desde hace veinte años —allí come y duerme, arrullado por la CNN, y hasta le visitan sus amantes, siempre extranjeras elegidas en catálogos para preservar la independencia del diario—, *Picasso* debe de ser el director de la ciudad que menos se prodiga en público. En contra del *abe* de la protección, él es el único director en darle la espalda a la puerta. Si alguien le quisiera disparar —un terrorista, una esposa, un rival exasperado por sus triunfos en un tiempo en que la prensa declina—, no le vería venir. Tampoco usa la jerga común en Madrid, en la que abundan los *joder*, *cabronazo* (dicho con cariño) y *¡la*

hostia!: periodistas y políticos estiman que esas palabras les hacen más jóvenes y revolucionarios... y a *Picasso* le cuesta sentirse cómodo con ellas, quizá porque no es periodista de origen, ni político. Mantiene como puede la conversación con Ernesto —ya casi solo intercambian recuerdos del pasado—, y le cuesta creer que esos políticos que los periodistas persiguen sean los protagonistas de la Historia. En tal caso, ¿no será la Historia un sucedáneo? Además Ernesto ha aumentado de peso, y eso se le nota en los ojos y no parece que esté dispuesto a perseguir la verdadera Historia, sea esta cual sea.

También en el restaurante se oyen a los lejos las voces de los niños de la lotería de Navidad.

Esta mañana el Retiro, nevado y azul, parece un regalo encargado por el Ayuntamiento a los Reyes Magos, y antes de la comida con Ernesto *Picasso* no resiste la tentación de adentrarse en uno de los parterres donde, en verano, retozan las parejas. Y ahí se encuentra con una ardilla que lo mira desde cerca con una curiosidad suicida.

Picasso es lo bastante viejo como para temer por la vida de las ardillas en el Retiro. Cuando él era niño no había. Cuando él era niño, a las ardillas del Retiro se las comían, como a los conejos de la paella.

Pasa un jubilado con una radio encendida en la que, como en todas partes, se escuchan las voces de los niños de San Ildefonso. *Picasso* sabe que no ganará, él tiene más suerte que ganar la lotería: una buena estrella de segunda con la que sueñan los no afortunados que se consumen en oficinas a las órdenes de jefes con caspa. Un sueño para el tiempo en que se comían a las ardillas del Retiro.

Quizá eso fue lo que le separó de Ernesto. Puede ocurrir: no todo el mundo es capaz de resistir la suerte ajena, sobre todo cuando es tan cercana —el número de justo al lado en la lotería, por así decir—, y tan, tan injusta.

Porque el del talento era Ernesto. Mucho más que él, que en París solo sabía comprobar en el Louvre, el Jeu de Paume y el museo Cluny que ahí estaban los cuadros de los libros de la universidad, y quizá recordar anécdotas como la del banquete en que el aduanero Rousseau le dijo a *Picasso* (el original): «Usted y yo somos los mejores pintores: usted en el estilo egipcio y yo en el moderno». Poco más.

Ernesto, en cambio, pintaba mujeres en los cafés y a menudo lo invitaban a comer y a veces a dormir, escribía sin pausa artículos que publicaba en *Sur Exilés*, un periódico de cuatro páginas creado por él, y permanecía en los cafés planeando nuevos modos de arañar al poder, cualquier poder, con su panfleto.

Así descrito parece el retrato de un bohemio de Victor Hugo, Balzac o Eugenio Sue leído a la luz de una bombilla tuberculosa en una *chambre de bonne* de las que abundaban entonces en París. No era el caso: las revoluciones de Ernesto eran de sentido común —muchas de sus ideas de entonces ya son leyes en los países civilizados—, hablaba un lenguaje tan solo un cuerpo o dos por delante del de los demás y cualquiera hubiese dicho que el futuro le estaba esperando, cuando al fin España dejase de vivir en el pasado.

Pero cuando al fin llegó el tiempo, resultó que a quien estaba esperando era a *Picasso*, que por así decir pasaba por ahí.

Bien es verdad que no se trataba propiamente de ellos, sino de mujeres. De quién si no.

No. Nadie. Nunca

A *Picasso* y Ernesto los reunió una mujer, Nadine, que pronto fue historia, y toda su vida de cafés, retratos e ideas estuvo siempre como punteada por ellas. Pues a muchas mujeres les atraen los dibujantes, escritores e iluminados, siempre y cuando no sea para casarse con ellos o ya hayan tenido hijos. Es decir cuando esas mujeres son demasiado jóvenes para echarse una casa sobre los hombros, o algo mayores y ya le ven los dientes fríos a la soledad. O sea que siempre hay que añadir un par de muchachas y alguna mujer a las sesiones de dibujo y escritura en los cafés.

El que las traía era sobre todo Ernesto. También expulsado de su universidad, en Sevilla, él decía que por «razones políticas» —las *razones políticas* eran por entonces las culpables de casi todo—, pero cuya principal actividad parecía ser la de ir acompañado de una mujer o dos, guapas, ricas sin parecerlo, y a ser posible las dos cosas.

Pues bien: una de ellas, Julieta, se enamoró de *Picasso*.

Con labios brillantes, pómulos y una mirada capaz de proponer tantas versiones del negro como una ganadería de toros de lidia, Julieta era rica y cuando se decidía a aceptarlo —pues a veces le pesaba como a una mística— lo ejercía de un modo que parecía estar provocando. Desde el collarcito de perlas negras sobre el jersey de cuello vuelto hasta los pañuelos Hermés azul Sicilia sujetándole el pelo que le daban un aspecto de heroína en el París ocupado de la guerra. Aunque cuando conducía su MG naranja, con capota vino tinto, parecía más bien una de la posguerra y hasta se adelantaba a su tiempo al derrochar grandes sumas en multas por aparcarlo mal con la indiferencia de un jeque en una ruleta.

No hay que preguntarse mucho por qué se la aceptaba en un grupo de revolucionarios en proyecto y articulistas que escribían sin cobrar: los ricos son siempre bienvenidos —siempre: que levante la mano quien no los acepta—, y más aún si son guapos y pagan los cafés.

En el caso de Julieta, era además rara y no cabía en ningún cajón. Florentina por su madre, era hija de un republicano español emigrado a México y convertido en millonario como si le hubiesen caído no una sino docena y media de loterías por ser uno de los primeros en darse cuenta de que México tiene 9.930 kilómetros de costa, la mayor parte virgen, y convive junto a otro país habitado por decenas y decenas de millones de futuros viejos hambrientos de sol y calorcito en los huesos. El diagnóstico no podía fallar y no falló.

Ya en la primera tarde que pasaron juntos, *Picasso* se puso a escribir como acostumbraba, con pluma, en letra inclinada, en unos cuadernos con tapa de cuero que no le dejaba leer a nadie.

—Mmmmm. ¿A nadie? —le preguntó Julieta—, ¿nunca? —y se inclinó y se puso lo primero que encontró en el suelo de la *chambre de bonne* de *Picasso*: una chaqueta de terciopelo azul que este llevaba con una gran *écharpe* amarilla y naranja.

Picasso se limitó a sonreír, se inclinó sobre Julieta y, como si fuese una continuación de su escritura, pero de otro modo, abrió de nuevo la chaqueta con la punta de dos dedos, liberó el pecho que estaba justo ahí, en primera línea, y le besó el pezón oscuro, que se irguió con el mismo entusiasmo incansable que había mostrado durante toda la tarde. Molesta por su independencia, Julieta se lo volvió a tapar. Comprendía que esa sonrisa y ese beso significaban «No». «Nadie». «Nunca» se lo dejaría leer.

En su rincón de la *brasserie* La Boite aux Litres, *Picasso* se vio pronto tan sumergido en papeles que sin darse cuenta ya estaba lanzado por la pendiente que lleva a tantos, tantos redactores jefe, desbordados por la lectura obligatoria de tonterías, a adoptar corruptos modos de supervivencia. Esto es, publicar lo primero llegado, no respetar los compromisos, ceder ante los más gritones, someterse sin resistencia a la moda correcta de ese día y en general desplegar cara dura, cinismo, cobardía y crueldad.

En ello estaba cuando un día le llegó un texto que no estaba mal.

La ley del ángulo recto

Picasso se detuvo sorprendido, volvió a leer y miró por la ventana mientras limpiaba sus gafas, sin darse cuenta de que lo que le enturbiaba la visión era la lluvia en el ventanal. La humedad de noviembre teñía de amarillo brillante los castaños que parecían surgir directamente de las aceras.

Era un texto raro, a caballo entre el panfleto, el cuento, la obra de teatro y el poema, y así contado parece el tipo de pieza capaz de darle escalofríos a cualquier editor. Quizá baste decir que era algo entre el panfleto, el cuento y todo lo demás... *bueno*. Detrás había alguien capaz de elegir las palabras con gusto y sobre todo una mirada propia. Algo que entre todo ese montón de panfletos rebosantes de tópicos resultaba tan exótico como el acróbata vestido con una capa al viento que en ese momento cruzó la Rué des Oiseaux, a toda velocidad, y bajo una lluvia envuelta en viento que parecía dirigirse a una guerra. Iba subido sobre altísimos zancos de por lo menos dos metros y saltaba con gran agilidad sobre los coches hundidos en el atasco mientras anunciaba el final del mundo con un acento del sur:

*Rrrrepentez-vous!!!
La fin du monde apprroche!!!...*

El texto recibido en la redacción de *Sur Exilés* trataba de la revolución en Setia, pero al cabo de los seis o siete folios no se sabía bien si de una revolución en proyecto, en marcha, o ya aplastada como les ocurre a cien, casi, de cada cien. Tampoco se sabía cuál había sido el destino del revolucionario: un joven príncipe cuya primera preocupación era la clásica de cómo decirle a la chica de gran trenza negra con la que compartía pupitre en el colegio que soñaba con ella y su simple cercanía le hacía cosas en el estómago. En ello estaba cuando fue a buscarlo un emisario de su país. Era un heraldo alto y tieso. Había viajado largo y sin descanso para comunicarle que le había llegado la edad adulta, que siempre llega por sorpresa y a menudo en forma de broma pesada, como era el caso: seguía siendo príncipe, pero ahora también regente pues su padre, el Rey, había muerto.

Bien, así suceden las cosas en ciertos países y no se trata de nada que no hayan contado cientos de veces en el cine.

El interés venía al saberse que, aprovechando el vacío de la muerte y las sombras de las leyes,

en Setia gobernaba el duque de la Montaña, un primer ministro espeso, más que corrupto, que imponía en todo el país una regla... geométrica. Es decir totalitaria. Algo que organizaba los jardines públicos, la enseñanza, el lenguaje en los ultramarinos y los discursos parlamentarios de acuerdo con la única ley del ángulo recto —el de los edificios en masa y los agachamientos y besamanos, pero también el más previsible de los ángulos—. Algo que por lo general se vendía como un triunfo de la razón.

El conflicto venía de que el príncipe heredero era anarquista.

Y él ni siquiera lo sabía. El príncipe era anarquista porque sí, como lo son de nacimiento los seres humanos antes de que les taladren en el corazón de plastilina todo tipo de esquinas y títulos y ADNs, y a este, quizá porque estaba demasiado ocupado en enamorarse de chicas de trenzas negras, no le había dado tiempo de que se lo taladrasen. Se lo había podido permitir. O sea que al bajarse del avión, igual que la toalla de humedad que envuelve al viajero que llega al Trópico, comprendió al primer vistazo que era el gobernante de un país al revés, como si la manecilla de los minutos no fuese por la misma carretera que la de las horas.

Más que escandalizarle, el hecho le divirtió, y se propuso corregir el asunto como si fuese un mecanismo defectuoso. Lo era.

Ni pensaba en que eso lo convertía en revolucionario.

Y is on texio...

Y lo que no podía saber *Picasso* era que publicar su relato era otro acto revolucionario, al menos en la muy pequeña redacción de La Boîte aux Litres, una sociedad periodística de dos. Ernesto no entendió.

—Es ficción —dijo.

—¿Y? —preguntó *Picasso* con las cejas.

—Pues que no se publica ficción en un periódico.

—¿*Sur Exilés* es un periódico? —dudó *Picasso*, y miró en torno las mesas de mármol y las sillas de rejilla y las secretarias comiendo *salades crudités* y *pate de foie* en la pausa del mediodía en lo que, bien mirado, era la sala de redacción de ese panfleto de revolucionarios—. Y además, ¿quién dice que no se ha de publicar ficción en un periódico? ¿No lo hacen todos, todo el tiempo?

Esa no era ni mucho menos su primera discusión teórica. En el París de aquellos años discutir de ideas era la actividad principal, y de ahí que la vida transcurriese en los cafés, y que hasta las letras de las canciones fuesen ensayos:

*... los imbéciles felices
de haber nacido en alguna parte,*

cantaba por ejemplo Brassens.

El problema de si los periódicos publican cuentos o no es un debate imposible de zanjar,

como lo eran los que enemistaban entonces a psicoanalistas y conductistas, a trotskistas y anarquistas con los estalinistas que los habían asesinado durante la guerra española, a los arquitectos todavía humanos con los funcionalistas a sueldo de la Internacional de la Construcción. O el que separaba a Albert Camus de Jean-Paul Sartre, discusión esta sin fin que trazaba una raya en medio de los cafés de la Orilla Izquierda y en la que Camus ganaba de una forma tan incontestable que lo asombroso es que entonces nadie pareciera darse cuenta. Para decirlo de un modo sencillo, Ernesto había sido educado en la fe de banqueros de que periodismo es lo que puede ser medido y pesado, en tanto que para *Picasso* periodismo era todo lo que de algún modo cuenta la realidad.

—¿Incluso si es mentira? —preguntó Ernesto, no sin demagogia.

—¿Y quién te ha dicho que es mentira?

—¿Conoces tú algún lugar que se llame Setia? —preguntó Ernesto triunfante—: ¿Un lugar que según ese artículo está gobernado por una monarquía rebelándose contra un primer ministro... *geométrico*? —y Ernesto pronunció *geométrico* como si en esa música estuviese ya la respuesta.

A *Picasso*, en cambio, esa le parecía una revolución seductora y bastante más real que otras contadas en los periódicos con un lenguaje de formulitas que parecían de supermercado. Desde niño desconfiaba de los métodos más prestigiosos para medir la realidad.

Y además si Setia no existía, lo disimulaba. Pues ¿hay algo que demuestre más la existencia de un lugar que el hecho de que de allí salga gente? ¿Viajeros, exiliados? Más aún: ¿que tenga sus propios revolucionarios? ¿Sus próceres?

La prócer de Setia —la autora del artículo, convocada de urgencia a través de un apartado de correos a una reunión en La Boîte aux Litres con el comité de redacción de *Sur Exilés*— resultó ser una mujer grande, de pechos generosos y mirada negra, más bien furiosa, que era capaz sin embargo de reír a grandes carcajadas después de beberse un litro del vino de la casa, un tinto garboso aunque sin etiqueta.

—¿Qué no existimos? —preguntó con un fuerte acento—: *Y is on tesxio, ¿nonsetc móoc odupe tares onadblah?* —insistió en setón con toda la razón del mundo^[2].

Por otra parte, ¿es suficiente una lengua para demostrar que existe un lugar? ¿Incluso si solo la hablan ahí, si es difícil y de gramática azarosa, como sin duda es el setón, que no se parece a nada?

Bien es verdad que casi nada en Ultaije, que así se llamaba la prócer, se parecía a nada, al menos en un café de París. Vestía largas faldas de abuela y llevaba un pañuelo de lana que solo tenía dibujos por un lado y que al ir escurrido sobre los hombros dejaba ver una espesa cabellera negra... con mechones blancos. Dos cosas ratificaban esa edad: manos fuertes y de uñas rotas y grises, de campesina, y las ojeras de quien ha sido ya juguete de la Historia. Y dos cosas mostraban cierta resistencia al paso del tiempo: los ojos negros no cedían ni un centímetro y las manos se movían pese a sus uñas rotas con una elegancia de pájaro.

Según les explicó Ultaije, un primer ministro felón se había ido haciendo con el poder en Setia, aprovechando la confianza natural del viejo Rey, y a la muerte de este había consagrado de golpe el régimen geométrico que se había ido gestando sin ruido. Así que, desmontados los tinglados de pueblecitos con flores, de viejecitas en jardines y muchachas en bicicleta con faldas

al viento y otras postales de una felicidad ideal, de libro, Setia se había visto sorprendida por un régimen en ángulo recto: todo el mundo vivía en casas y pisos y mesas y camas y televisores diseñados con escuadra, los árboles de los paseos estaban puestos en fila, en la universidad solo se podía estudiar ingeniería, publicidad...

En ese momento volvió a pasar por la calle el acróbata sobre zancos:

*Rrrepentez-vous!!!
La fin du monde approche!!!
L'arrivée des architectes!!!
L'empire des ingenieurs et des publicistesü!*

—¿Lo ven? —dijo Ultaije señalando al profeta a través de la lluvia, como una prueba. Y eso fue lo que la delató.

Máscara contra máscaras

Porque Ernesto no podía tragarse ese montaje, por perfecto que fuese. Eso es lo que distingue a los que nacen periodistas y poseen el instinto: *huelen* lo falso, todo aquello que no encaja en la religión del realismo, aunque luego no hagan nada con ello.

Pues el profeta de los zancos dando saltos sobre los coches de la Rué des Oiseaux era Dimas, estudiante expulsado de Periodismo por manifestarse en contra de la purga de un profesor que había viajado un fin de semana con una alumna, y actor en un grupo de los de entonces. Dimas, feliz de volver a hacer teatro, esta vez bajo la lluvia y saltando sobre los coches por la zona de Saint-Germain.

Había sido persuadido por Julieta, que le había visto haciendo de autómatas en un restaurante, para montar un decorado teatral en la calle al mismo tiempo que, en La Boîte aux Litres, *Picasso* leía el artículo sobre la dictadura geométrica en Setia. «Es importante, el escenario, cuando uno lee algo. En eso se apoya de algún modo el teatro». Eso fue lo que le dijo a Dimas, además del placer de la broma, y es rara la persona que se resiste a gastarlas. En ese momento Dimas ni podía imaginar que el montaje estaba dirigido a un único espectador.

Se iban a convertir en buenos amigos, una consecuencia lógica, si se piensa, de un extraordinario momento teatral...

En realidad era toda una idea del periodismo.

—Para descubrir una máscara hay que usar otra, sí, como una palanca —les explicó Dimas más tarde, en los debates que mantenían en La Boîte aux Litres, y después de que supieran de otros disfraces de Dimas en la búsqueda de otras informaciones que a veces conseguía publicar en periódicos marginales—. En una sociedad en la que todo el mundo va disfrazado, el periodista, el informador, ¿es el único que va a ir a pelo, con la cara descubierta? No me extraña que luego no nos enteremos de nada.

Ernesto escuchaba estas explicaciones con el escepticismo del periodista cartesiano, formado en el culto de la verdad y su apariencia, pero a *Picasso* —y esa minúscula lucecilla terminaría por distanciarles al regreso a Madrid— le brillaban los ojos como si le estuviesen regalando un

viaje... o un puente. Algo que le permitía reunir su trabajo de historiador con su actividad de redactor jefe en *Sur Exilés*, y también con París, la poesía escrita con lluvia en los cristales de los *bistrots*... y en cierto modo con Julieta. Ahora apenas se separaban.

Porque Julieta había visto a *Picasso*, sentado allí al fondo de La Boîte aux Litres leyendo proyectos de revolución como un incendiario estudioso en tardes de lluvia —el secreto mejor guardado de París es que llueve más que en Londres—, y le había gustado. Mucho. Suele ocurrir, sobre todo al comienzo de las revoluciones, cuando aún son idealistas y heroicas y exigen sacrificios.

Julieta quiso a *Picasso*.

Lo que distingue a los ricos no es el dinero

Importa saber que este no era un braguetazo más, el capricho de la millonaria que se compra a un escritor guapo para que le encienda los cigarrillos de después.

Julieta no era guapa. Tenía manos fuertes, aunque las movía con elegancia, pómulos salidos, labios gruesos y una nariz ancha, parecía, de pura sensualidad. Aunque sus pechos no alcanzaban a los de Ultaije, los tenía grandes, incluso para la época, y su cuerpo llenaba demasiado de curvas su vestido negro.

Había estudiado Antropología en la UNAM de México y algo de Historia en Florencia, y de su rango solo se había quedado con los modales, que no se pueden desaprender, y el gusto por la ropa cara. Detestaba los yates, por ejemplo, por culpa de las conversaciones sin escape con gente que apenas sabe hablar, solo sabe broncearse. Y dejó casi de frecuentar el esquí y los yates tan pronto comprendió que la melancolía que allí se respira no es elegancia sino algo inherente a los ricos. Hay quien lo llama aburrimiento pero es tedio.

Ese era el secreto: con *Picasso* no se aburría ni un minuto. Más aún, tenía la sensación de que su vida había sido una larga espera antes de la película que era vivir junto a él. Un cine que ya entonces se dejaba de hacer: diálogos inteligentes y nuevos modos de mirar. Quizá fuese entonces ese el origen de su sobrenombre: *Picasso* tenía el don de hacer que las cosas parecieran distintas. Incluso las más trilladas. Uno iba junto a él y hasta la torre Eiffel parecía distinta, igual que las *baguettes* bajo el sobaco de las francesas.

Llegó un momento en que *Picasso* no sabía cuánto tiempo había pasado desde que leyó el texto sobre la revolución del príncipe anarquista, pues lo que distingue a los ricos no es el dinero, como se cree, sino que el tiempo pasa para ellos por otras calles y las horas son algo decorativo, propio de un tedioso paraíso de vacaciones. De ahí que busquen con afán relojes de precios horteras.

Un día tibio de noviembre, *Picasso* se encontraba podando rosas en la finca que el padre de Julieta tenía en Michoacán —hasta ese punto había llegado ya su relación con Julieta— cuando ella apareció casi corriendo, con una agitación que solo podía venir de la hija de un desterrado.

—Se ha muerto —dijo, al principio en un susurro, como si decirlo en voz alta fuese a desmentir la noticia, y rompió a llorar con una emoción que resumía medio siglo de exilio, rabia y nostalgia...—: Franco ha muerto —insistió, como para convencerse: entre los exiliados españoles más jóvenes, que no habían vivido la guerra civil pero se la sabían de memoria, como la lista de los ríos de la patria, se había llegado a temer que ese personaje que les había robado el mundo

bajo los pies y decidido otra vida para ellos fuese, en efecto, inmortal: pues de qué sirve el poder si no es para vencer al tiempo.

Informar para ser libres

Un siglo antes. La fundación

Nadie, y menos él, hubiese podido adivinar en la comisaría de la Puerta del Sol que más o menos una década después *Picasso* iba a entrar una mañana de noviembre, como director, por la gran puerta con aspecto ministerial de *La Crónica del Siglo*. El veterano periódico que en su día había destinado una cuña en la sección de Orden Público a informar sobre la detención de Dimas y otros que protestaban por su expulsión de la universidad.

Lo primero que observó *Picasso* nada más cruzar la puerta —y que sirva esta anotación para la historia del periodismo en España— fue que uno de los dos porteros de *La Crónica del Siglo*, en la vieja sede de la glorieta del Duque de Santás, tenía caspa sobre los hombros.

Fue dos días después de que *Picasso* y Julieta llegaran a Madrid de un largo viaje de luna de miel por sitios a los que se viaja solo una vez en la vida, y para hacerse cargo de lo que no sabía muy bien si era la dote de Julieta o un regalo por casarse con ella. Y no estaba seguro de que le gustase: un anticuado edificio barroco en una glorieta con elegantes acacias por Chamberí, en la glorieta del Duque de Santás, que alojaba desde hacía más de un siglo al periódico madrileño más viejo.

Lo segundo que observó *Picasso* es que los porteros, uniformados con botones de oro como los del Ministerio de Asuntos Exteriores, parecían remisos a salir de su guarida:

—¿Desea? —le preguntó el portero de la caspa y desde la distancia que en burocracia marca las distancias. Parecía el jefe.

—Ver al director.

—¿A quién anuncio? —preguntó con un tono de Gran Chambelán, y luego le indicó las grandes escaleras que parecían traídas de una ópera, sin advertirle que había un ascensor privado para el director y sus visitas. Y eso pese a sospechar quién era. A la pregunta de «¿A quién anuncio?», *Picasso* había sentido la tentación de responder: «Al nuevo director», pero pensó que el chambelán no entendería ese humor.

Tal vez el bedel seguía instrucciones del director saliente, un tipo con la mala suerte histórica de quien nace en el tiempo equivocado. Había sido una estrella hacía años gracias a sus crónicas desde Washington y un par de retratos suyos en Saigón con aire de Testigo de la Historia. Por entonces los periodistas españoles que viajaban cabían en una mano. Luego fue ascendiendo en el

periodismo funcionarial de la época, y vivía la existencia plácida de los que fotocopian una y otra vez las mismas noticias sin disimularles la repetición. Entonces, de pronto —la «mala suerte histórica»—, *El Testigo* y *La Crónica del Siglo* se vieron desbordados por *El País* y *Diario 16*, y otros periódicos nuevos que tras la muerte del dictador, y con el viejo truco de hablar de lo que antes no se hablaba, o con otro lenguaje, o parecerlo, le partieron la tirada por la mitad.

Para entonces los Gómez de Cisneros, propietarios del periódico, no tenían ya nada que ver con aquel capitán de industria: Ireneo Gómez, el farmacéutico de Barcelona que había fundado el periódico para recortarle a su esposa su aristocrática cresta, y tener una excusa para reunirse en Madrid con Margarita, la vicetiple cuyos admiradores vaciaban las floristerías...

La libertad de un boticario y una vicetiple. La fundación

Fue más o menos cuando estaban inventando el automóvil, y sucedía cerca del puerto y la Estación de Francia, en Barcelona. Pero... ¿cómo convencer a la opinión de que hubo un tiempo en que un farmacéutico enriquecido con el invento de unas vitaminas para el ganado podía fundar un periódico para callarle la boca a su familia política?

Rebosante de delirios de grandeza de provincia, la más afiebrada, los Sastre de Cisneros, oriundos de Teruel y residentes en Barcelona, se permitían perdonarle la vida con una sonrisita y, por detrás, le llamaban *el boticario*. Lo que terminó por salir, claro, en una pelotera con su mujer, pues entonces no había divorcio y a los matrimonios les terminaba por salir de todo.

Así que *La Crónica del Siglo* iba a nacer con un lema noble e ilustrado, «Informar para ser libres», y que los de verdad informados leyeron como «libres de la suegra». Y si los periódicos pudiesen de verdad informar de todo —que como es notorio, no pueden—, tal vez hubiese debido figurar también en la mancheta la escena decisiva:

Dormitorio de muebles pesadotes del matrimonio Gómez en un piso oscuro y señorial en Barcelona, junto al puerto y la Estación de Francia, cuando la burguesía comienza el éxodo hacia el Ensanche y las grandes casas con jardín de grava en los barrios altos de Sarria.

—Porque tú —le dice ella enrabiada—, porque tú te casaste conmigo... —tampoco esta vez la ha tocado al regresar de un viaje de quince días y a ella no le queda más remedio que hacerle sitio en la cama al chisme de que el farmacéutico se ha liado con una vicetiple en Madrid y por eso viaja tanto—. Porque tú —le dice— te casaste conmigo por mis apellidos...

Hasta aquí no pasaría nada. El farmacéutico Ireneo Gómez se limitaría a reírse y el sol se seguiría levantando por el mismo sitio. Pero es que su risa tiene esa ironía quemante que enciende más a su mujer, Clemencia, una Sastre de Cisneros no muy lista, de los que creen que el largo de sus apellidos acorta el derecho de los demás a reírse, y que para castigar al insolente no encuentra otra forma que añadir:

—... y como no eres más que un boticario, tienes mentalidad de dependienta.

Y aunque no venía mucho a cuento y a lo mejor era cierto que el boticario sí había vendido su soltería por unos apellidos, todavía la Humanidad sabe poco sobre cómo funciona el corazón de los farmacéuticos. En estas palabras de su mujer produjeron el *clic* que lleva a la revuelta, al ansia de verdad... a la venganza. El resultado fue el entierro de la fortuna del pienso para las vacas y la dote de su esposa, escasa pero de alcurnia, en la creación de *La Crónica del Siglo*. Un

periódico que pese a su nombre anticuado se terminó por creer su dogma de «Informar para ser libres» y se marchó de Barcelona a Madrid para que su propietario se liberase del todo junto a una jovencita que aceleraba el pulso de los jefes de negociado en los teatros de la carrera de San Jerónimo cuando cantaba aquello de

*Car---los
Es el nom-bre de mi hom-bre,
Esel nom-bre quemea-bra-sa,*

y que le metía una lengua de gata en el oído y hacía que toda la piel se le pusiese en pie de guerra, como cuando era joven. Nada, nada puede competir con eso.

Pero ¿cómo contarle en un periódico? Ni siquiera había tiempo. *La Crónica del Siglo* debió de nacer en algún momento propicio porque pronto se hizo con un hueco en la prensa de la época, dividida en dos grupos: los periódicos en contra o a favor de la Monarquía, y los periódicos literarios que proliferaban como huesos de aceituna en el suelo de las tabernas con nombres como *El Tábano* o *El Desenmascarador de Bellacos* para no durar mucho más que ellas.

Y ahí fue donde el farmacéutico-inventor demostró también mucha habilidad al intuir que en periodismo el éxito acompaña, más que a los audaces, a los audaces que cambian de prisa.

Baila usted como un patán

Pero en un siglo pueden cambiar mucho las cosas y la familia, de nombre ahora ampliado a Gómez de Cisneros, se había quedado en tres hermanos mal avenidos y que no sentían el periódico como algo suyo. La prensa no se había puesto todavía de moda y entonces la herencia de un periódico se consideraba un poco mediopelo. Algo menos lucido que tener cortijos en Andalucía, por ejemplo, chimeneas en el País Vasco o bodegas en Cataluña.

La única mujer de los tres hermanos gastaba lo mejor de sus energías en encontrar amigas que tomasen el té con ella en Embassy o Puerta de Hierro. Ya muy pocas disponían de tiempo para acompañarla en su periplo anual por Andratx, Saint-Tropez y Gstaad. También hubo que vender el velero. Y aunque a la señora le podían haber buscado unas «páginas de la Mujer» o «de Cultura» que siempre fueron para las mujeres de los clanes propietarios, aún era pronto para eso.

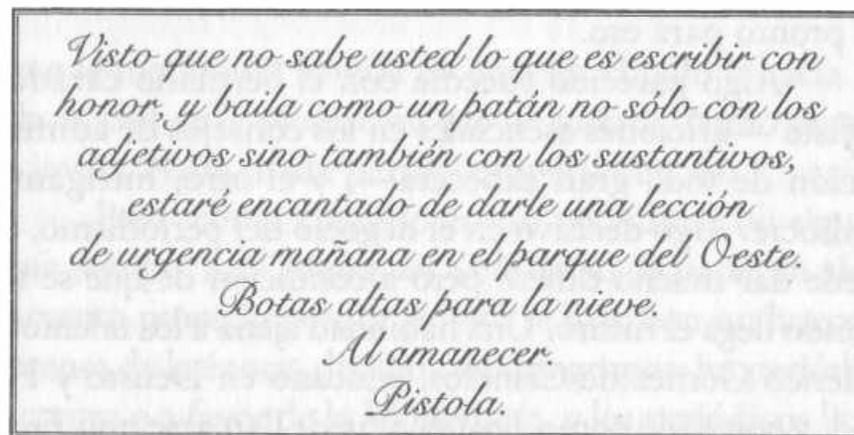
Algo parecido sucedía con el hermano cazador y golfista —aficiones esenciales en los consejos de administración de toda gran cabecera—, y el otro, intrigante y mediocre. Algo decisivo en el negocio del periodismo, que puede dar mucho dinero pero a condición de que se sepa cuándo llega el futuro. Una habilidad ajena a los talentos de Federico Gómez de Cisneros, educado en Deusto y Harvard, y conocido como *Freddy*. ¿Puede llamarse uno *Freddy* y ser propietario de un gran periódico?

La prueba de que no se puede es que el futuro llegó —o regresó, si se prefiere— disfrazado de emigrado español en México y con pinta de indiano. Con la predecible ignorancia sobre América que los españoles suelen tener desde Colón, *Freddy* Gómez de Cisneros le vendió el periódico de la familia, incluidos los porteros reacios a salir de la penumbra de la portería, a un precio en el límite mismo del engaño, con el placer de quien se deshace de un caballo de carreras que

mantiene la estampa pero ya no las gana. Incluso sonrió cuando el propio don Atiliano —¿se puede ser propietario de *La Crónica del Siglo* llamándose *Atiliano*?, se preguntó *Freddy*— abrevió la visita sin alcanzar a ver las grietas que según *Freddy* hundirían el diario sin remisión. Una cruz más en el vasto cementerio de los periódicos desaparecidos.

Esas fueron las grietas que se encontró *Picasso* nada más quedarse solo por primera vez en su despacho de la antigua sede de *La Crónica del Siglo* en el primer día del año cero de su... ¿imperio?, ¿reinado? Cómo llamarlo... «Mandato» no porque sería poco cortés llamar mandato a un regalo de boda. Fuese lo que fuese, *Picasso* se lo tomó.

Así que *Picasso* abrió el cajón central de su pesada mesa y, en el fondo, bajo lápices sin punta, bolígrafos secos y rollos de cinta pegante sucios de polvo, se encontró la tarjeta de un duelo.



*Visto que no sabe usted lo que es escribir con honor, y baila como un patán no sólo con los adjetivos sino también con los sustantivos, estaré encantado de darle una lección de urgencia mañana en el parque del Oeste.
Botas altas para la nieve.
Al amanecer.
Pistola.*

Picasso había conocido el parque del Oeste, nevado, al amanecer —cielos rojos sobre el Palacio Real, a lo lejos, como si Madrid fuese Estambul—, y ese recuerdo de juventud le impidió darse cuenta de que quien firmaba la tarjeta era uno de sus directores. Por qué no había enviado finalmente la tarjeta seguiría siendo un misterio que, agazapado en un cajón como una pintura rupestre en una cueva, ensombrecía el pasado de *La Crónica del Siglo* igual que una retirada a galope tendido en algún indeleble episodio de un regimiento. Sobre ese director que *Picasso* no hubiese podido ni nombrar circularon en su día no pocas leyendas. Pero así es el periodismo: olvida más rápido que nadie.

Ciegos a la fealdad

Picasso. Año cero

Picasso no dijo que ya la conocía cuando le ofrecieron presentarle a la redacción. Poco antes, al subir hacia el despacho del director, en el viejo edificio de *La Crónica* que parecía el de una ópera, se había asomado a un intenso rumor de voces tras una puerta. Y fue ahí —en la redacción con las mesas largas de los antiguos gacetilleros que escribían con pluma sustituidas ahora por carritos con pesadas máquinas de escribir— cuando se le hizo evidente lo que temía: no se podía hacer cargo de ese barco, sin más. Pues *La Crónica del Siglo* se parecía a *Sur Exilés* como un paquebote al corcho de una botella, ambos flotan y no por ello son parientes.

Picasso prefirió no bajar a la redacción, pero aun así tuvo que recibir de su antecesor consejos de cortesía —ningún secreto—, y luego se quedó solo en aquel mausoleo media hora que a él le parecieron dos. Sentía sobre él los ojos de los antiguos directores que le vigilaban desde sus retratos como si fuesen los centinelas de un modo de entender el mundo. Escarbó sin verdadera curiosidad en armarios y gavetas, y fue entonces cuando encontró la dramática tarjeta del duelo en el parque del Oeste:

... no sabe usted lo que es escribir con honor...

En ese despacho, le había contado su antecesor con lo que parecía nostalgia y quizá fuese alivio, uno de los ancestros había organizado, durante la Restauración, campeonatos de tiro a pistola. Sus dianas eran las caricaturas del director de *El Correo de la Noche*, un periódico rival, y de Bonifacio Canals, un escritor que se entrenaba como limpiabotas con la esperanza de que lo hiciesen académico.

Durante algún tiempo más *Picasso* rebuscó en cajones y bibliotecas, para darse tiempo. Miraba sin ver, como les sucede a quienes piensan, y tras probar unos segundos su sillón de director como si fuese un trono, llamó por un mensáfono a una de las secretarias desocupadas del antedespacho.

—¿Puede reservarme un pasaje a París?

—Desde luego señor director —dijo la secretaria tras una breve pausa.

Lo pidió para esa misma tarde, y con regreso abierto, y podía haberlo cerrado porque en *La Crónica* nadie se daba mucha cuenta de si el director estaba o no: una conquista de los últimos

directores, distintos entre sí pero idénticos en su empeño de engrasar los mecanismos por los cuales nadie nota si el director está jugando al tenis. Y eso que los teléfonos aún se ataban a las mesas. Con los móviles, los directores y hasta los redactores jefe se pueden ir a ver a una novia en París sin que nadie se dé cuenta.

La Crónica, entonces, prohibía como otros periódicos las innovaciones por el peligro que entrañan. Columnistas vitalicios y secciones inamovibles llenándose de informaciones de Consejos de Ministros y políticos haciendo frases que bastaba con recoger del suelo, como bellotas. Lejanas guerras cubiertas por agencias de noticias con cuestionarios en los que bastaba rellenar las casillas de los ejércitos sublevados y los números de muertos, y con eufemismos para elegir, como *daños colaterales*.

Para rellenar el resto se contaba con un permanente goteo de asesinatos por intoxicación matrimonial, por ejemplo, una vez pasada la fecha de caducidad inscrita en el primer beso, o por culpa de los minúsculos apartamentos en que la gente se encerraba con la pretensión de vivir. O con las opiniones de los curas, siempre titulables porque es fácil reírse de cualquier cosa que venga de otro mundo. O con el repentino descubrimiento de altas y gruesas obscenidades de cemento en las costas, perpetradas al amparo de una misteriosa ceguera de las víctimas para la fealdad. En Francia se estaba inventando el verbo *balearizar* como sinónimo de *joder un paraíso*.

Eso sin contar las epidemias de calor, de gripe o las alergias, las violaciones y los accidentes de tráfico; ahí se reducía a los muertos a números para quitarles el dramatismo, que es muy desagradable. Por no hablar de las luces de Navidad, las rebajas en enero y en julio, el fútbol indestructible y los premios, premios hasta colgando de las farolas. Premios en el cine, la literatura, la canción, las *trayectorias de toda una vida*, que no por previstos dejaban de rellenar páginas para demostrar que fuera florecía una especie de renacimiento.

Véanse si no las necrológicas, que usaban de las palabras *libertad*, *testigo*, *independencia del poder* y otros heroicismos con que se adornaba al muerto, fuese un filósofo o un bucanero. Pues en los renacimientos la gente compra más periódicos, es uno de los síntomas. Si además se había adiestrado a un par de redactores en la escritura de editoriales, un género sencillo tan pronto se coge el *tono histórico y enfadado con distancia*, el director se podía ausentar durante semanas...

O sea que no es que no se supiese si *Picasso* había regresado o no de París. Es que en *La Crónica*, habituada a funcionar sin director, tampoco importaba gran cosa.

De todo ello *Picasso* había tenido una especie de intuición la mañana de su primera visita, cuando se asomó a la vieja redacción de Duque de Santás, situada tras un par de grandes puertas que se abrían sobre una gran araña de bronce y las escaleras dignas de una ópera. Está claro que allí se le debió de ocurrir.

Movimientos horizontales

En la redacción que *Picasso* se encontró convivían un par de hijos de exministros, otros de exactrices con los labios inflados con inyecciones, que en su día saltaron de las fotos de las revistas a escribir en el periódico, y un fotógrafo con la vista cansada que solo sabía tomar fotos

tipo postal, como en los matrimonios. Un exbanderillero cojo repartía el correo y, entre un puñado de católicos, al menos dos acudían a misa diaria. Entre los casados a la fuerza, porque el divorcio no había llegado aún, abundaba el alcoholismo, el pluriempleo, el putañerío y la adicción al fútbol o al trabajo, o a los dos al tiempo. De todo un poco.

Varios monárquicos, sobre todo juanistas reconvertidos en juancarlistas, además de un carlista exótico, permitían deducir pasadas lealtades del periódico, o futuras. Nadie se declaraba fascista, y esa ya era una novedad respecto a las últimas décadas.

—En cambio se sospecha de varios comunistas agazapados —le advirtió el viejo director en la transmisión del mando— de los que dos —y esa era otra novedad— encima lo reconocen y hasta lo proclaman.

Por eso habían sido enviados a dos de los pabellones de castigo de que dispone todo periódico, por humilde que sea: el uno a la sección de documentación, donde guardaba en carpetas los recortes seleccionados por otros, y el segundo a ajustar un día tras otro la cartelera de televisión.

—Esa es la prueba de que son comunistas —le dijo el antiguo director como si aún estuviese en Saigón dando testimonio de la Historia—: Cualquiera otro se habría marchado. Ellos resisten — y con una suficiencia de jubilado resolviendo crucigramas, precisó—: Son la quinta columna.

La cronista parlamentaria de *La Crónica* se acostaba con el secretario general de un partido político, pequeño pero escandaloso. Cinco periodistas trabajaban a la vez en otros medios de la competencia. Tres jefes de sección lo eran al tiempo de gabinetes de prensa con sueldos sospechosos como ropa interior brillante. Los reporteros de Economía, que usaban corbatas de seda gruesa, como los banqueros, llegaban por la tarde fumando puros del quince. El crítico de danza firmaba los pedantes programas del Teatro Real, al de cine jóvenes actrices con cara de colegialas le llevaban los estrenos a casa, el de teatro publicaba en papel satinado insistentes poemarios que permanecían secretos, y el de fútbol, que también lo era, a veces, de toros, tenía a sueldo a una especie de casero de gruesas gafas que cobraba por él diversos tipos de impuesto. Se decía que se los consignaba en morfina.

Pero nada de eso impresionaba a *Picasso*, curtido en el asombro como solo puede estarlo quien ha sido profesor en la universidad. Lo que sí le impresionó fueron los sentados.

Se disponía a marcharse, tras encargar el billete a París para esa tarde, cuando sonó su teléfono.

—¿Sí?

—¿Es *La Crónica del Siglo*?

—S..., sí —dijo, y miró su amplio despacho de canciller.

—¡Al fin! Llevo llamando un buen rato pero en la redacción no contesta nadie. ¿Saben ustedes que ha habido un atentado en el Centro?... ¡Hijos de puta!

Picasso tomó nota y regresó a la redacción, que ya había visitado un momento esa mañana, para averiguar por qué nadie cogía el teléfono.

Y no encontró ninguna causa. En la sala de altos techos una secretaria se soplaba las uñas, algunos redactores comentaban los chistes de los periódicos, tres discutían de mesa a mesa el último partido del Real Madrid, y algunos hablaban por teléfono. Pero debía de ser con sus amigos.

Los teléfonos sonaban, en efecto. Formaban un alegre aguacero de fondo pero nadie se decidía

a cogerlos. Igual que en las oficinas que no se sabe para qué sirven, los periodistas fingían no oír, o quizá les tenían miedo: igual se trataba de noticias. Y las noticias son peligrosas, te sacan a la calle y te impiden ver los partidos de la televisión.

Y algo que destacaba como una vaca sentada en el escaparate de un carnicero: no había nadie de pie. Él se había figurado que un periódico es igual que una estación, un aeropuerto, algo lleno de gente llegando y saliendo. Ahí no. Ahí ya había llegado todo el mundo. La línea del horizonte era plana como el mar gris de septiembre. Los traslados se hacían impulsando las sillas con ruedas con taconazos que permitían moverse en horizontal, sin llamar la atención, como en una guerra de trincheras.

Durante un tiempo *Picasso* ni apareció por *La Crónica*. Nadie se extrañó, y la inquietud que se había creado en la redacción por el cambio de dueños se apaciguó pronto. «El regreso sentimental de un exiliado», fue la explicación que se impuso, «que además se puede comprar un periódico». O sea una variante moderna del indiano que se construye un palacio de colores en lo alto del pueblo para demostrar a sus paisanos que, de emigrante, nada. Que los que se equivocaron fueron los que se quedaron, aguantando.

Lo cual, por otra parte, era coherente con el paisaje. Madrid conservaba su cielo azul pureza, su ruido y sus bares, que al fin el mundo entero descubría con admiración: los turistas se clonaban y los exiliados más endurecidos por la nostalgia se avenían al fin a regresar. «¿Que qué siento al volver?», preguntó a los periodistas en el aeropuerto la filósofa María Zambrano mientras le brillaban los ojos como a un águila. «Yo nunca me he ido».

Por todas partes se sentía la exaltación. Esa es la palabra. Las décadas de estancamiento se iban definiendo para la Historia como un purgatorio vivido y al fin enterrado. Una exageración, claro está, pero así hace la memoria cuando se entusiasma con el futuro o sube de categoría social. Parecía que la ciudad y el país inventaban la primavera, con sus bailes y sus fotógrafos de boda. Llegaba un montón de gente, de todas partes, para confirmar el prodigio: ahí es nada, en el Mediterráneo sur, en el centro del mundo, se había descubierto un nuevo país lleno de sol, de ruinas pintorescas y de jóvenes directores de cine.

Y fue en ese aire entusiasta cuando un día de marzo el teléfono logró llegar, a base de pura terquedad, a la sesteante redacción de *La Crónica del Siglo* y en concreto a los oídos de una redactora que lo cogió porque creía que debía de ser su novio... Intuición equivocada pues al día siguiente no le quedó más remedio que acudir a una rueda de prensa con Leopoldo Zea, el ganador de un puñado de premios de culto por la película *La ciudad escondida*, y en particular — subrayaba la convocatoria— del Duchamp Sax a la mirada más original.

Prohibidas las radios

Dos días más tarde *La Crónica* publicó una entrevista con Zea, que en las fotos aparecía como alguien simpático en quien no pesaban todas esas estatuillas compitiendo por ser la más pretenciosa y fea. Suplía su juventud de treinta y cinco años con viajes reales, no simples excursiones de Semana Santa, a Londres, Berlín, El Cairo, Estambul y otras ciudades donde se había quedado con lo importante: «En los parques de Londres están prohibidas las radios», explicaba, y ahí en *La Crónica*, junto a la foto de sus ojos intensos en lo alto de una nariz

enérgica, parecía toda una revelación.

Aunque se sabía las películas de todo el mundo, citaba en cambio a una serie de escritores poco conocidos, en una geografía personal cosmopolita. Pensaba en voz alta sin petulancia, que eso sí que es difícil. Y podía hablar de diseño sin sonar a suplemento dominical, o de gastronomía sin pasar por un timador... Parecía hecho de encargo. Admirable su asociación entre los huevos fritos con puntilla y «la elegante construcción aérea de las mantillas», y cómo tales inventos «solo se le pueden ocurrir a una mirada larga y un corazón cargado por la Historia como es el español». Eso —se podía casi tocar en el papel— había seducido a la entrevistadora. Por eso fingía que no había sido una rueda de prensa sino algo como una conversación íntima en un hotel de Tánger mientras la tarde incendia la ciudad.

Sucede a menudo. El entrevistador se cree que el entrevistado es una conquista, o lo será, porque sonríe como una debutante en el baile de la Cruz Roja, y se deja llevar de tal modo por el espejismo que termina pidiéndole el teléfono.

Si aquí la entrevistadora no llegó a tanto fue por timidez. Zea parecía alguien entregado a la *Construcción-de-Una-Obra*, y ya se sabe lo exigente que es eso. En la foto del periódico se le percibía alto pese a sentarse con bohemia artista. El pelo largo le medio caía sobre un ojo, en lo que más que moda revelaba falta de coquetería. Y por lo visto tenía unas manos muy expresivas:

... las mueve con suave tranquilidad, casi con dulzura, aunque dándoles su protagonismo: hay cosas que no se podrían entender sin la explicación de las manos...

Aparte de la cursilería que a menudo va con el género, ¿es concebible que una entrevistadora hable de *suavidad*, de *dulzura* si no hay algo más? No, claro está, y el asunto habría motivado un pequeño conflicto en *La Crónica* en el caso de que pudieran surgir conflictos por un asunto de redacción. Que no pueden. O la alarma de algún lector, en el caso de que a los lectores les importasen esos matices. Que maldito lo que les importa si unas manos explican o no. O sea que el asunto pasó inadvertido.

Y si nadie cayó en esos matices, ¿por qué iban a caer en el pequeño detalle de que la entrevista fuese mentira de punta a punta? Un invento de *Picasso*, que para eso había viajado a París. Otra vez frente a un *beaujolais* en La Boîte aux Litres, le había hecho a Dimas —de nuevo también en París en uno de sus periódicos hartazgos— un encargo de su teatro-periodismo de investigación: que viajase a Madrid encarnado en el papel de un imaginario director de cine, ganador de premios también imaginarios, más de lo habitual. Y para mostrarle hasta qué punto era grave la situación en *La Crónica del Siglo* y los otros periódicos.

La idea no era nueva. La habían estudiado un día en que, a propósito de Ultaije y su revolución en Setia, discutieron con Ernesto si los periódicos publican o no cuentos de hadas.

—Bien, lo es mucho, muy grave... —diagnosticó el propio Dimas al ver en la prensa las abundantes pruebas de su éxito en el personaje de director de cine.

Eso fue lo que *Picasso* había alcanzado a intuir al visitar de incógnito la redacción. Aunque humilde por su falta de experiencia, y sabedor de que le debía el cargo a un braguetazo —un recurso con cierta tradición para triunfar en periodismo—, *Picasso* detectó entre los reporteros tantos signos de ceguera y sordera como en una discoteca, un palacio presidencial, una playa de

moda.

—... pero me lo he pasado muy bien —añadió Dimas—. Cuando quieras repetimos.

El que habla con el director invisible

Un viernes de abril algunos lectores de la segunda edición de *La Crónica* vivieron la emoción de abrir un periódico hecho como si el día anterior hubiese sido de verdad algo digno de ser contado. Solo algunos, pues lo extraordinario no es algo que todo el mundo pueda ver.

Los de la primera edición, en cambio, leyeron el mismo periódico que se imprimía todos los días desde hacía décadas, que no se sabía si estaba hecho para revelar cosas nuevas o para confirmar las sabidas y afianzarlas como estatuas de mármol en los zócalos. Según confirmó el gerente mientras se ajustaba las gafas con un resto de sorpresa, ese día las ventas en los quioscos de Madrid habían subido un quince por ciento, algo que solo ocurre con las fotos de refugiados en las carreteras y las víctimas bajo las bombas de las guerras nuevas —luego se acostumbran—, y los goles de los campeonatos sin fin, que ocupan de inmediato las primeras páginas.

Aunque las primeras páginas no son decisivas para vender periódicos en España, donde los diarios se compran por adicción, militancia, apostolado, ausencia de imaginación o prejuicios contra los de la competencia. Casi nunca por una primera página atractiva. ¿Qué es eso? Pocos sabrían describirla.

Tampoco fue suficiente para explicar el fenómeno el informe que había dejado escrito Paco Silva, por entonces un humilde subjefe de Nacional a quien le había caído el cierre de la edición, un destino tan poco lucido como una embajada en un país con mosquitos. Aunque Silva, en apariencia tímido, tendía a exagerar su propia importancia y disminuir la de los otros, un hábito intelectual frecuente en un competitivo oficio que tiene que luchar contra el tiempo, la mala suerte y la envidia, como los actores y los artistas. Así que a la noche siguiente a Silva no le quedó más remedio que ampliar su informe.

Sí, a eso de las nueve, con media primera edición ya impresa, había recibido una llamada.

—Alguien pregunta por ti —le dijeron de la centralita.

—¿Por mí? —se había sorprendido. Entonces los cierres solían ser pacíficos, el terrorismo se cubría por agencia, y era raro que a esa hora nadie preguntase algo distinto a qué habían hecho el Madrid o el Barça—. ¿Estás segura?

—Pregunta por el jefe de cierre. E insiste.

No sin impaciencia, Silva aceptó que le pasaran la llamada mientras hacía señas a sus compañeros de que le esperasen en el Sánchez, la taberna de la esquina.

Y solo al contarlo al día siguiente comenzó a darse cuenta de que quizá esa idea de atender a un desconocido no había sido mala. Que tal vez —olfateó— ahí había comenzado esa gran oportunidad que todo reportero espera. La misma esperanza de un atleta recortado por el alba mientras corre, un seminarista que sueña con ir al Congo o una actriz de ciudad pequeña que se baja de un tren en una grande. Ahí, piensan con fervor, ahí tiene que empezar algo.

Esa llamada decidió una segunda edición de *La Crónica* muy distinta de la primera, algo que no sucedía desde que, años antes, sacaban ediciones extra tan pronto como a Franco agonizante le clavaban una nueva aguja. Los cambios parecían diminutos pero aquel periódico que en primera

edición se hubiese dicho un dentista esperando un autobús, en segunda parecía un director de orquesta subiéndose a un *jet* privado. Aun así Silva tuvo dificultades para justificarse al día siguiente, pese a la noticia del quince por ciento de subida en la venta en quioscos. ¿Cómo explicar que un jefe de cierre ejecute las órdenes de un director al que no conoce?

—¿Por qué le obedeciste? —le preguntaron, y al fondo se alcanzaba a oír la rencorosa envidia de quienes comprenden que un inferior ha tenido acceso a los aposentos reales.

—Porque tenía razón —dijo Paco Silva, aunque no podía explicarlo.

No dijo que el teléfono que aparecía en pantalla era el que *Picasso* había dejado para una urgencia, Silva no era tan tonto como para atender a cualquier iluminado. Y recordar detalles como el del teléfono es lo que termina por subir de grado. Una inteligencia para el poder, por así decir. Su «porque tenía razón» exhaló una fe casi tan segura de sí misma como Moisés al bajar del Sinaí.

Y en eso quedó convertido Silva: en *el que habla con el nuevo director invisible*, les gustase o no a quienes le habían enviado al cierre como se envía a alguien a pegarse con guantes de boxeo con los mosquitos de Calcuta. Todo periodista sabe que en el *Cierre*, que equivale a la retaguardia del periódico, es difícil hacerle sombra a nadie.

Crear alegría

Picasso, los primeros días

Y sin embargo no resulta difícil comprender qué buscaba *Picasso*: mirar de frente y que *La Crónica*, claro, le siguiese.

La prueba es que eludía los intermediarios. Por ejemplo, se abstenía de pedir que le enviaran con un motorista las pruebas del periódico a una cena, renunciando así a uno de los grandes placeres del cargo: pocas cosas dan tanto resplandor y hasta fragancia como estar cenando con amigos, o embajadores, o amantes, o banqueros, y retirarse media hora a otra habitación con el ceño grave, el ceño de *Testigo de la Historia*, para corregir la versión del mundo que desayunarán los demás invitados. O incluso adelantársela con las copas: eso da un viejo prestigio, uno de los más altos en periodismo: *El que sabe*. Un título nobiliario en pugna con el de *Patrón de los que saben*. Por no hablar de: *El que permite —o no— que las cosas se sepan*, ese ya roza lo mitológico.

A lo mejor *Picasso* iba también a cenas —seguía sin saberse mucho de él— pero en todo caso prefería comprarse él mismo la primera edición del periódico en cualquier quiosco de medianoche y transmitir los cambios para la segunda desde un teléfono público: en más de una ocasión lo oyeron al fondo los ecos de una estación de tren y en otras se cortó por falta de monedas. Y siempre —si es que aquí se puede usar esa exageración, *siempre*—, *Picasso* siempre ajustaba fotos y reescribía titulares, no tanto para que fuesen más claros, que eso está al alcance de cualquier redactor jefe, o casi, sino para que encajasen con su mirada frontal. Esa mirada lenta e insistente que tenía, insistente por ávida. Tras ser corregidas por él, las noticias tenían un aire más honorable, ganaban en verdad.

Los criterios de *Picasso* —que subían la venta en el quiosco— tenían que ver con todo ello: el destierro, se llamara como se llamase, y todo lo que había aprendido como expatriado. Es una escuela de la mirada, el exilio. Tal vez la más exigente, más aún que el viaje. Afila los ojos. Se ve más.

Picasso no era un teórico del arte sino un historiador, intentaba comprender y disfrutar cada época más que juzgarla. Es improbable que hubiese podido hacer de crítico —como intentó al comienzo en París—, un trabajo para el que hay que tener un tercer ojo calculador y una segunda hilera de dientes, no tanto afilados como de tipo sacacorchos, o sacaintenciones. Algo que, o

viene de fábrica, o no hay nada que hacer.

Sus ojos de color miel eran más de colega que de teórico que mira desde lejos y para él la historia del arte era la historia de los artistas, por definición irrepetibles. Por eso se llaman creadores y por eso se les pagan afiebradas cifras, en el intento ingenuo de comprar eso que tienen. Si algo había aprendido era que los artistas llevan la soledad como una sombra, y sin embargo nada les produce tanta alegría como crear. Esa era pues una ley: *Crear alegre*.

Quizá por eso —pura envidia de la felicidad ajena— a todos ellos se les tienta para que sean *normales*. Para que *vendan* y se den a conocer. Para que *triunfen*, como si ser comprado por millonarios esclavos de las modas, por museos compitiendo, por alcaldes y concejales semianalfabetos pero exhibicionistas tuviera algo que ver con el arte.

Es posible que el conjunto de esos obstáculos fuese incluso lo que de algún modo los agrupara. Una ley importante para *Picasso*, observador de pintores, a fin de cuentas —y en especial de Christian Le Bot, el pintor nómada cuyos cuadros fue a mirar a Biarritz con su alumna como quien va a una excursión ornitológica—, es que todo artista, si lo era, peleó en su día contra los tópicos. Y eso ayuda a explicar el lado fulgurante de los cambios en *La Crónica*, aunque al principio solo afectaran a unas palabras y retocaran unas fotos.

Y quizá también de ahí venga ese mote misterioso: *Picasso*.

Parece ser que Picasso, el original, el pintor, vivía en casas cada vez más grandes con el único propósito de conseguir espacio para el desorden que necesitaba como un tercer elemento: aire, comida, desorden. Para permitir que floreciese en libertad.

Como se puede apreciar en las fotos que le muestran bailando *ballet* en calzoncillos al borde de una piscina, por ejemplo, o transformando en escultura una espina de pescado, las casas de Picasso daban refugio a muchísimo desorden, que además crecía: cuadros al pie de paredes a las que nunca iban a subir, floreros en el suelo, mujeres con la nariz torcida, maletas sin tren, ni barco ni destino... cosas fuera de sitio. Y como había terminado por concluir *Picasso*, el otro, el no pintor, esa anarquía no era más que una especie de gimnasia del maestro para aguzar el filo de los ojos. Pues uno de sus temores era dejar de ver, y de ahí el lado negro de su mirada. Y no a causa de la muerte, que en su presencia no se podía ni nombrar, sino por haber comprobado que las cosas, en su sitio, se dejan de ver. Como si el aburrimiento las gustara hasta la transparencia.

Es fácil de comprobar: la gente no ve el cuadro que tiene colgado en el salón y la jovencita no sueña con el guitarrista que colgó frente a su cama porque le pasa lo mismo: ya no le ve. Y no es seguro que esas esposas y maridos estatuescos que comen mudos en los restaurantes se sigan viendo, después de unos años de matrimonio, aunque eso *Picasso* ya no lo dijo en el único artículo que publicó con firma en *La Crónica del Siglo*. Describía el tópico como «el censor más peligroso», superior a los partidos políticos o la publicidad, pues más aún que ellos «el tópico llena los ojos de niebla sin que estos se den cuenta: el sueño mismo de un tirano».

Muy pocos supieron interpretar el artículo como una declaración de intenciones. Ni siquiera lo leyeron muchos, ya que un artículo del director, como un editorial o una crítica de teatro, no es algo que haya que leer. Es algo que está ahí solo para darle pompa al periódico. Para hacer bonito, como un redoble en el crepúsculo. Entre los que lo leyeron, muchos se extraviaron en esas historias de cuadros que no se cuelgan en casas cada vez más grandes y lo consideraron

pedanterías, diagnóstico útil para escapar de lo que no se entiende. Lo interpretaron como un aviso, sí, pero de que el nuevo director iba a durar poco.

Los magnetófonos pueden odiar

La segunda entrada de *Picasso* en *La Crónica del Siglo* pasó aún más inadvertida que la primera, y eso que esta vez venía para quedarse. Y la razón es que se trajo con él a una joven que parecía un premio. La presentó como su secretaria.

«Claro, su secretaria», pensó Paco Silva mientras le perfilaba el pecho con ojos de locutor de televisión, que no se mueven cuando leen.

«Yo también quiero una así», pensó el viejo redactor jefe de Internacional sin disimular una mirada oblicua que contribuyó —no fue decisiva pero contribuyó— a su destitución poco después.

«¿Y-dón-de-di-ce-que-la-ha-en-con-tra-do-a-la-gen-til-se-cre-ta-ria?», preguntó el temerario redactor jefe de Cultura, hábil con los adjetivos y también inconsciente de que estaba escribiendo su futuro.

Pues *Picasso* la había descubierto en el curso rápido que había hecho sobre las tácticas del periodismo en Madrid en el último tercio del siglo XX. Para ello había conseguido con sus amistades francesas un carné de *Le Jour de Brest*, un periódico bretón polvoriento y prestigioso. Y durante un tiempo el carné le sirvió para hacer la calle habitual de los reporteros en Madrid: Cortes, Ayuntamiento, presentaciones de libros, congresos de partidos y ruedas varias de prensa, acontecimientos a los que muchos periodistas acudían por entonces creyéndose magnetófonos, sin imaginar siquiera que se pudiese hacer otra cosa. Ella en cambio se esforzaba en escapar de ese robótico destino, y hacía preguntas. Y por ello los magnetófonos, que pretendían ser sus colegas, le dirigían miradas fijas de odio. Un odio como el reservado a la mujer bella pero tacaña que nunca da más que los buenos días.

En lo cual se equivocaban porque la chica, Almudena, se reveló desde el principio como una estupenda aliada de *Picasso*, que la abordó con naturalidad. Y quién sabe si *Picasso*, sin ella, hubiese podido llevar adelante su investigación.

—¿Es siempre así? —preguntó al terminar la primera rueda de prensa en el Palacio de la Moncloa tras una reunión del Gobierno. Quien parecía un jefe de Negociado contento de conocerse había salido de una puerta para dictar la lista de todo lo aprobado y hacerse publicidad. Luego había respondido a dos preguntas y se había ido con los otros periodistas detrás.

—Sí... siempre. Hoy incluso ha respondido a dos preguntas.

—¿Esas eran preguntas?

La chica sonrió, pero lo hizo de una forma distinta a la de unos días después, en la cena de un premio de teatro, cuando *Picasso* le estuvo contando de su tiempo en París.

—¿No lo echas de menos?

Y *Picasso* alcanzó a escuchar allá guardada en la voz baja de la chica una lejana desesperación.

Que era cierta: no hacía ni un año que Almudena había comenzado a trabajar, tras la carrera, y ya la decepción le teñía de gris los ojos y aún no había empezado a cicatrizar, que es cuando los periodistas se vuelven cínicos y dicen cosas como «ya todo se ha inventado» o «las cosas son así», impávidos. Y entonces ya les pueden echar lo que sea.

De momento Almudena había empezado a trabajar en una página de Internet, que apenas empezaba entonces y era lo único que no había sido ocupado por los hijos de los periodistas sonoros y los accionistas de la prensa. Pero no era ese periodismo virtual el que la había decepcionado, como un marido drogadicto, sino que le había tocado uno de los jefes cobardes y acaparadores de una profesión en la que abundan más, quién sabe por qué. Esos que son felices explotando a sus reporteros pero luego envidian lo que hacen y se lo cobran con mezquindades. Las posibilidades en una redacción son muchas pues muy bien se puede poner a un reportero a corregir subcrónicas llenas de tópicos de los más veteranos. O a hacer información idiota. O condenarle al porno rosa, por ejemplo: eso puede destruir la inteligencia y el entusiasmo de un periodista inocente en cuestión de semanas, y no hay comité de derechos humanos que proteste.

Pero justo en ese momento salió el jurado del premio de teatro del comedor en que se había reunido y anunció a los premiados: en la categoría masculina había ganado el tipo que obliga a su mujer a escuchar fútbol a todas horas, en la ducha, en el amor y en la siesta, como si ese ruido entusiasta fuese el escenario mismo de su matrimonio. Eso en el primer acto. En el segundo ella finge aficionarse y poco a poco aprovecha las derrotas del equipo del marido para inocularle dosis letales de inseguridad y depresión... hasta conseguir, en el tercer acto, que se suicide. Como mejor actriz había sido elegida la intérprete de una abuela que le lee cuentos al enfermero inmigrante que viene a darle masajes... hasta que lo convence para que la rapte. Ese simple gesto la rejuvenece, y la actriz, joven, recupera su juventud espléndida. Ambos se fugan en un coche camino del crepúsculo. Telón.

Quién sabe si esos actores eran o no los mejores de la temporada, pero eran en todo caso los nombres que todo el mundo fotografiaba y entrevistaba desde antes de la cena y las votaciones, un dato que ningún periodista mencionó en su crónica, y tampoco la amiga de *Picasso*.

Su siguiente reunión fue en un congreso sobre «enfermedades raras y de síntomas curiosos y malinterpretables», a la que *Picasso* acudió con la sospecha de que las manchas que le habían empezado a salir en las manos tenían relación con una dosis demasiado alta en las calles de anuncios publicitarios, a las que era vulnerable: una de las nuevas enfermedades de la modernidad, ocultada con cuidado por la gran industria. Un interrogante en los ojos de *Picasso* lo mantenía como a diez metros hasta que ella se lo dijo:

—Lo escribí... pero me lo quitaron.

—¿Y por qué?

—Dicen que todo el mundo sabe que los premios están dados. Que no merece la pena gastar la pólvora en algo tan pequeño.

—¿Un premio teatral es algo pequeño?

—Eso dicen... pero además ¿por qué me juzgas? ¿Lo escribiste tú, en tu periódico francés?

Y así se quedaron, empatados y sin saber muy bien adónde ir en el atardecer triste del Parque de las Ferias y Exposiciones, un lugar ideado por urbanistas sin padre en la inmensa explanada que era antes el depósito de soledad de Madrid —de lo que quedaban abundantes rastros grises —, lejos de los cafés, con el encargo específico de que ningún asistente se pudiese escapar

fácilmente de ningún pelmazo, ni ministro, ni sesión inaugural de ningún congreso.

—Qué haces ahora —preguntó al fin *Picasso*—: ¿Vas a la redacción o dictas tu crónica?

—No voy ni dicto: no vamos a dar nada...

—¿Y por qué viniste?

—Por si se producía algún milagro.

Picasso levantó las cejas.

«Solo daremos algo si un paralítico se levanta y anda», dijo Almudena que le había dicho su jefe, un sujeto vacilante que no se atrevía nunca a dar nada nuevo pero mandaba vigilar todo, por si acaso se producía.

Ambos miraron a lo lejos: nuevos barrios iguales, trazados con una escuadra fácil por arquitectos que diseñaban por teléfono para ir igualando por abajo a la gente de ese tiempo más gris que canalla. Esas fechorías contra el ser humano quedaban disimuladas por las nubes, que en Madrid montan de cuando en cuando un espectáculo, aunque son pocos los que se dan cuenta. Pero eso es el signo de los tiempos.

—¿Tienes coche? —preguntó la chica, aunque ya sabía que no—. Si quieres te acerco.

Así fue como *Picasso*, en la trasera de una moto vacilante, notó que con sus dedos casi podía dar la vuelta a la cintura de la chica. Ya era primavera y ella no usaba más que una sobrecamisa de ante con el tacto de una segunda piel.

—¿Te molesta mi pelo? —le preguntó ella cuando ya iban por la Castellana, una avenida que, pese a estar tomada por los bancos, parecía incluso humana tras el Parque de los congresos.

—No, mintió él —le molestaba pero le gustaba su olor.

Tanto que cuando ya iban por Chamberí, *Picasso* le pasó los dedos por la nuca y ella se giró para mirarle.

Cómo retratar la ausencia

—Espera, todavía no —le dijo cuando *Picasso* pretendió avanzar en la conversación—. ¿Y tu mujer? —preguntó.

Aunque pequeñita, era Almudena quien parecía mayor.

—¿Cómo sabes que estoy casado?

Ella sonrió sin ironía.

—¿No es evidente?

—En qué.

Había que seducirle porque él no lo hacía, le explicó. Estaba abstraído, con una tristeza de fondo. Era atractivo y tenía experiencia, pero ya no tenía práctica en los besos...

—... y esta casa: aquí hay una mujer, sin duda.

En eso se equivocaba. Hacía ya unos días que Julieta se había marchado y mientras estuvo en Madrid en ningún momento se le había ocurrido aportar ni un cuadro, una silla, un ramo de flores o una olla. Como si desde el principio supiese que no se iba a quedar.

Y eso que cuando fueron a vivir a Madrid él había vaciado su piso para ella, incluidos cuadros de amigos y hasta una vieja en una silla tomando el sol, en un grabado conseguido cuando era historiador de arte y que solo él creía de Goya. Era consciente de que una mujer, o hace suya

la casa, o se marcha. Y vaciar su piso no era fácil porque lo había heredado de sus padres. Tenía más de un salón y una cocina en la que cabía un apartamento, y le sonaba el suelo. Las bañeras llegaban a la cintura, las cañerías temblaban y sin muebles el eco de los pasos iba de una habitación a otra.

Además *Picasso* había hecho de su piso un escenario cambiante. Una lección del exilio y tal vez influencia de Dimas, que arreglaba sus casas como escenarios de historias para no atarse a ellas y poder considerar la vida una obra de teatro. Según él, solo en el teatro se puede improvisar, reinterpretar una y otra vez o repetir.

O sea que los pocos muebles de *Picasso* podían ser también otra cosa. Su cama, por ejemplo, tenía una biblioteca por base, y con títulos elegidos uno a uno durante una vida como vacunas contra el tedio y la fealdad. Los radiadores estaban cubiertos con cuadros de amigos. En la mesa del comedor, donde no se usaban manteles, hacía rotar dibujos y telas bajo un cristal.

Toda esa radical elegancia era para Almudena indicio de «presencia femenina». Le costaba aceptar que un hombre tuviese una vajilla con todos los platos distintos, o cultivase flores en la terraza y con éxito bajo el depredador sol madrileño,

—... ni que no tengas televisor.

—Por qué.

—¡Porque no se puede no tener televisor! ¡Y mucho menos un periodista!

—¿Tú crees? —preguntó *Picasso*—... Pero si leo periódicos... —y no sin desconcierto Almudena vio que de verdad no sabía si un periodista puede prescindir o no de la televisión.

O sea que esa noche de amor fue diferente. Ella era joven, no necesitaba perfume, la suavidad de sus pechos hacía juego con la de sus labios y su firmeza con la de sus muslos y la tersura de sus manos. Él era un poco mayor, con canas y mucha documentación, mucho peso en sus ojos castaños que miraban de frente.

Y sin embargo la que aportó los abrazos fue ella, la que tomó la iniciativa y en cierto modo le enseñó. Al menos le enseñó cómo se hace cuando la casa está vacía y el ruido que llega de la calle es de otra ciudad a la que uno no pertenece. Como a veces sucede con las niñas, que saben sin que se sepa cómo, Almudena sí había comprendido que había una mujer. Aunque ya no estuviera.

Más que comprenderlo, lo sintió a la mañana siguiente, en ese momento difícil en que, al abrir los ojos, los amantes saben si quieren o no seguir juntos.

Él no quería, y para decírselo le descubrió su secreto:

—Soy el nuevo director de *La Crónica de Siglo*, y necesito a alguien que venga a trabajar junto a mí.

En esos tiempos ser periodista se había vuelto ya un privilegio. Los jóvenes en paro se apretaban en la puerta de los periódicos como jornaleros a la espera de que un capataz se fije en ellos. Los empresarios ya pagaban sueldos de estudiante e incluso admitían becarios gratis. Y los sindicatos no se atrevían ni a asomarse a la ventana, no les fuesen a suprimir las dietas.

—Es que me temo que no es de periodista —precisó *Picasso* al preguntarle la sección—. O mejor dicho, sí: quiero que todo el mundo haga de todo.

Almudena era joven pero no tonta y —aunque le latía en el cuerpo su primera noche de amor con un hombre, que es diferente a hacerlo con un chico— ya sabía que ese, el de «todo el mundo hace de todo», es uno de los trucos de los directores para conseguir que periodistas hagan de

recaderos o de secretarias.

—Quiero que seas mi secretaria —dijo *Picasso*, y Almudena confirmó ahí mismo que su primera noche juntos había sido también la última. Y no porque los directores no se acuesten con sus secretarias, o al revés, sino porque a veces basta una insinuación y el otro entiende.

Así confirmó Almudena que ese piso casi vacío era, más que una pista, el retrato entero de su propietario. Incluía la ausencia.

Y comprendió que su noche de amor no había sido tal, sino una alianza de soledades. Aún no lo sabía pero así se suele disfrazar el amor en las grandes ciudades, donde la soledad se da en serio.

Escucha con tus ojos

Picasso, el primer día y los siguientes

—Hola —les dijo *Picasso*, y se presentó, como si se hubiesen hecho amigos en una cola en Hacienda—: Comienzo a trabajar en *La Crónica*, es mi primer día —explicó. Luego esperó a que los otros dos redactores que compartían la mesa se presentasen, y preguntó—: ¿No hace mucho calor?

Ahí empezó la leyenda de *Picasso*, el director que se sentaba con la tropa y comía de su mismo rancho. Literalmente: ese mismísimo mediodía *Picasso* rompió uno de los primeros deberes de un director, que es no comer jamás en un restaurante de menos de cuatro tenedores, y mucho menos con sus inferiores en rango, y esa fue la segunda regla que transgredió, de una larga serie: se fue con Fernanda *la de los crímenes* y Basilio, el redactor más humilde de Local, a la taberna de la esquina, el Sánchez, a comer un menú de lentejas y pescadilla que, salvo por las patatas grasientas, no estaba mal del todo. Cada uno pagó lo suyo. (Tercera regla rota: si vas con tus subordinados, paga tú, házselo sentir. Que vean que tú cobras mucho más que ellos. Que quieran ser como tú).

No sé cómo voy a conseguir llevar una redacción tan grande, y eso sin contar a varios colaboradores a quienes nadie ha visto en años. Tú por lo menos en Sur Exilés te disfrazabas de Ultaije. Por cierto: ¿sigue Setia bajo el dominio geométrico? ¿Sin esperanza? ¿Ni un solo ángulo se ablanda, se redondea?

De una carta de *Picasso* a Julieta

Cuando se sentó con la tropa, la impresión de que el director se había instalado en una esquina de la sección de Local para vigilarles duró el tiempo que tardó en decir «hola», lo cual habla mucho de la intensidad en la mirada de *Picasso*. Es necesario precisar que vestía además a la

moda del Saint-Germain más de postal, con chaquetas de ante y jerséis de cuello vuelto de cachemir, como si aún viviese entre los amigos de Julieta, donde la ropa es un pasaporte más respetado que el diplomático.

Piénsese que un director de periódico tenía entonces una aureola de algo entre cardenal, ministro en la sombra y jefe de la policía, cargos que a veces fueron juntos. Era una tradición asentada, por ejemplo, que la mesa del director estuviese lejos de la puerta de su despacho, de modo que para cuando el redactor llegaba hasta allí tenía que reprimir una tendencia de súbdito a hincarse de rodillas para pedir un aumento de sueldo, o agradecerlo. El salario de un periodista dependía de variables como estar o no casado, llevar barba de tres días, la contumaz sequía, llamarse Censorio Pérez (un nombre poco propicio a la firma) o estar embarazado de otro hijo.

No es extraño que, nada más sentarse *Picasso* en una mesa de Local —la sección más humilde del periódico, aquella en la que se habla de ancianos náufragos en mares de pura soledad y de artefactos de publicidad tonta para ensuciar las calles y estropear las vistas—, en la redacción de *La Crónica* se instalase un silencio como el que crea un disparo. Ondas de silencio motivadas por un hecho sencillo como si ahí pudiese empezar un drama: un director se sienta en la mesa de un redactor.

Formado en la soledad de la investigación y recién llegado de La Boîte aux Litres, *Picasso* no parecía darse cuenta del silencio creado. Con las manos abiertas palpó el gran secante de mesa con restos arqueológicos de viejas crónicas. Luego comprobó que su silla cojeaba un poco y solo entonces pareció ver a sus dos vecinos: Fernanda, la experta en crímenes que fumaba en pipa, y Basilio, un chico que aún tenía acné, que cubría el Ayuntamiento. Casi no respiraban, si bien es cierto que Fernanda miraba la escena con humor, tenía los ojos ya muy curtidos por cuchilladas y cualquier tipo de barbaridades.

Aunque casi todos le sonreían con un servilismo al viejo estilo —el que ríe chistes sin gracia y se adelanta a los deseos del director—, los primeros enemigos que *Picasso* se echó en *La Crónica* fueron los jefes, claro. Que se quedase a comer cerca del periódico y no fuese con ellos les sentaba muy mal, pero lo que llevaban peor era que no les consultase sobre sus propios subordinados. Se sentían como oficiales puenteados por su general hacia abajo.

—¡Pero si es un borracho! —exclamó Manuel R., el jefe de Internacional, cuando, en su primera movida de tropas, *Picasso* decidió trasladar a Nacional, que equivale al frente de guerra, a cierto redactor de Internacional.

—Tal vez se aburre —explicó *Picasso*.

En efecto, Manuel R., que envidiaba los varios idiomas del redactor, algo sospechoso por principio en el periodismo de aquellos años, le había condenado a la traducción sin fin de teletipos mal escritos: las máquinas hubiesen podido traducirlos. La consecuencia era que de tanto escribir *fuentes bien informadas* y *por otra parte*, el redactor se había ido poniendo verde y polvoriento y a veces soñaba con suicidas.

Y funcionó. Nada más salir a la calle, aunque fuese a cubrir un debate en las Cortes o acompañar a un ministro en un viaje oficial, informaciones previsibles en las que no hace falta más que tomar nota, como una máquina de fotos, al redactor se le fue el verde y comenzó incluso a engordar. Si bebía, nunca se supo.

De todas maneras, acusar a alguien de beber, en aquellos años...

¿No te ha ocurrido nunca? De pronto tu ciudad, la de siempre, es distinta. Y no porque crezcan edificios por todas partes sino porque a ti te han cambiado los ojos. ¿Cómo son mis ojos, Julieta? Tú debes de saberlo porque estabas junto a mí mientras cambiaban...

De una carta de *Picasso*

Insolencia y whisky

Picasso aún pasaba casi todo su tiempo en la redacción cuando un día Almudena le fue a decir casi al oído que le buscaba una señora. Mientras se inclinaba sobre *Picasso*, podía sentir las miradas acariciándole la espalda como largas pinceladas.

—¿Y no puede venir a la redacción? —preguntó *Picasso*.

No, no podía. Era la madre de un periodista de Deportes y no está previsto que las madres hablen con los directores de sus hijos.

—Porque bebe —dijo la señora, no sin esfuerzo. Se sentaban en una esquina del inmenso despacho de *Picasso* y esa revelación, entre tantos retratos de grandes directores y muebles de época, se veía minúscula y perdía dramatismo.

—Bueno, aquí muchos beben —dijo *Picasso*.

—No sabe usted cuánto —dijo la señora, y le pidió que «hiciese algo», y *Picasso* alcanzó a escuchar una cosa en el fondo que le incitó a averiguarlo.

Para lo cual un día comentó, como si se le acabase de ocurrir, que la ventaja de su trabajo en una revista en París había sido que la redacción era un bar.

—Bueno, en Madrid no hay que irse a París —dijo Manuel R., y se sacó del archivador de su mesa una botella de J&B. Y no había terminado *Picasso* de aceptar un *whisky* sin agua ni hielo, como lo beben los alcohólicos y los novatos, cuando de otras mesas salieron otras botellas y al final casi todo el mundo tenía un vaso.

Aunque el periodismo recomienda pensar mal, y por ello muchos le creyeron alcohólico, el caso de *Picasso* era el del novato. Y esa era otra regla rota: en el periodismo de la época, que tenía de sí mismo una imagen a caballo entre la *lucha por las libertades* y el alcoholismo como una enfermedad profesional, no beber ni fumar era peor que no saberse el nombre del toro que mató a Manolete ni cuántas Ligas llevaba el Madrid y cuántas el Barcelona.

La prueba era que no había un solo libro de periodistas, desde las novelas con intrépido reportero *que-destapa-la-fetidez-del-poder* a los manuales de la misteriosa Teoría de la Información, en la universidad, cuya portada no incorporase un vaso de *whisky* junto a una máquina de escribir y un cenicero lleno de colillas. No se sabía si a los periodistas los sacaban de los telefilmes o era al revés. Y sin embargo, por difícil de creer que resultase, era cierto: *Picasso* no bebía, y tampoco fumaba. Por la única y exclusiva razón de que el *whisky* le sabía tan mal como el primero y le daba un dolor de cabeza cabrón que se reía insolente de las aspirinas.

Sucede que la insolencia se fue apaciguando, o *Picasso* la domesticó, como suele suceder. Es

imaginable que ese primer J&B fuese el responsable de un primer titular enigmático en la sección Local:

LAS MÁSCARAS MÁS CARAS MASCARÁS

Encabezaba una crónica sobre los bailes de Carnaval y sus precios de escándalo. Ponerse una máscara se había vuelto un privilegio como el de los ricos a quienes les diseñan trajes de alta costura que les hacen invisibles a los impuestos.

Pero lo interesante no era eso sino cómo había crecido el texto desde una primera versión que habría servido para informar del Carnaval, de un baile en Capitanía el Día de la Patria o de las bacanales por otro campeonato de fútbol, con la ingenuidad de quien no sabe —y está escrito— que el fútbol solo terminará con el Apocalipsis.

Y ni siquiera. Lo interesante era ver cómo, entre sorbo y sorbo a su *whisky* de novato, *Picasso* se las arreglaba para decirle al autor de la crónica dónde fallaba. Lo hacía como un lector ideal que charlase con el periódico.

—¿Y con qué pegaban al cuerpo ese disfraz de ducha? —preguntaba—: ¿Qué ritmo bailaban en este grupo de máquinas que avanzaban bailando? ¿Puedes reproducirlo un poco, que el texto lo tararee?... ¿Y era un payaso alegre o un payaso triste? No es lo mismo. ¿Tocaba la trompeta?

Al final la crónica reunía pasajes un tanto vacilantes como un borracho en la madrugada, pero a cambio estaba llena de color y sobre todo no parecía una colección de postales. Lo cual, tratándose del Carnaval, que las fabrica, resultaba un triunfo.

Nunca imaginé en París con Sur Exilés que dirigir un periódico fuese tan divertido, le escribió Picasso a Julieta ese mismo día de febrero, cuando ella ya se había ido de casa. Es como vivir en un baile de Carnaval. O como viajar, solo que no viajas tú sino que los reporteros y los teletipos te traen el mundo a tu despacho. (¿Lo resistirías? ¿Podrías no viajar?).

Eso fue lo que logró contagiar a la redacción: la idea de que escribir un periódico podía resultar divertido y tan estimulante como inventar las reglas de un nuevo ajedrez mientras se juega.

Y así ocurrió cuando consiguió que Fernanda *la de los crímenes* se olvidase de su apodo lleno de telarañas y contase un crimen como si jamás hubiese visto uno. Y había visto muchos, ese era el problema. De hecho, Fernanda *provenía* de un crimen: si escribía en la Página Roja era porque aún andaba averiguando quién o qué había secuestrado a su marido al mes de casarse. Era corredor de comercio. Un día no volvió de un viaje. Su rastro se perdía en la neblina de docenas de hoteles posibles.

Por eso también fumaba en pipa: era la de su marido y de algún modo a través de ella creía que vivía con él. En realidad se llamaba Eugenia, Fernando era el desaparecido, un modo como otro de convocarle. Ella seguía confiando en encontrarse con la llave de su secuestro mientras investigaba en otros crímenes. Y ya habían pasado veinte años.

El mérito añadido era que ese primer relato de Fernanda *la de los crímenes* escrito en los primeros días de *Picasso* como director trataba de una mujer asesinada por su exmarido. Una

ejecución de serie. Un crimen-postal de los que le sirven a la gente para ejercitarse en estadística, hacer gimnasia indignada con formulitas ya vaciadas de piedad y de ira, y cambiar de tema.

—Bla bla. Déjate de retórica —le dijo *Picasso* mientras repasaba el relato del crimen que parecía una receta de cocina, y en un tono que era más impaciente que entusiasta—: Déjate de *una vez más*, de *hay que lamentar* y de *la víctima*. Cuelga el teléfono, vete allí y escucha, escucha con tus ojos y a lo mejor nos cuentas un crimen que no nos sepamos.

Un crimen que no sepamos

La gente recordó después el silencio. Era nuevo. Pues en una redacción hay a veces silencio, pero ese no tenía nada que ver con el del cierre de la edición, oloroso a tabaco frío y sudor, o el tedioso de los domingos, punteado de goles. Ese silencio sorprendido tenía que ver con la inquietud de que con el nuevo director no iba a bastar con rellenar la papela, escribir el periódico como un formulario.

Una exigencia chocante por cuanto los periódicos consumían entonces tanto papel, en busca de anuncios, que los redactores fabricaban noticias como quien pone huevos. Para ello los gerentes habían estimulado la creación de muletillas como *en ese sentido*, y *por otra parte*, y *voraz*, y *en el Estado*, e *incomparable marco*, y *alumnos y alumnas*, y *en orden a*, y todo tipo de frases hechas y de chicle y tópicos que ocupaban espacio sin comprometer. Y todo ello para que cada redactor pudiese rellenar un par de páginas de periódico al día.

Un periodista de mesa en Internacional podía contar, a base de puro teletipo, todo el día anterior en el hemisferio norte o en el Tercer Mundo, incluidos la Amazonia y el Himalaya. El de Nacional parecía obedecer a jefes que no eran periodistas sino políticos, y sobre un guión dictado fuera del periódico. Los editorialistas hacían resúmenes como de bachillerato y reflejaban un mundo compuesto de buenos, malos y el Sexto de Caballería.

En cuanto a los periodistas de Cultura, ocupaban los periódicos con todo tipo de premios y vanidades que les entregaban ya empaquetados con métodos oscuros. Los críticos de cine se veían tres películas al día en el festival de Venecia y hasta cinco en el de San Sebastián, así que muy bien podían proponer ingeniosas aunque extravagantes películas en las que un asesino de Badalona podía terminar recibiendo el premio Cervantes por sus trabajos solidarios en África. No sabían inglés pero daba igual porque las películas no se habían estrenado y nadie las asociaba con las que se estrenarían, dobladas a un idioma que resumía el mundo con menos voces que los jugadores de un partido de fútbol: la misma voz de Madrid que amenazaba de muerte a alguien en una taberna tic Arkansas hacía de campesino polaco agobiado por una hambruna, o pronunciaba en otro cine un discurso sobre La Condición Humana. Pero esos cronistas contaban con la complicidad, comprobada por la ciencia, de que el periodismo es un aliado del alzheimer y figura entre lo que más rápido se olvida.

Acosados por sueldos bajos y el hambre de gloria, los columnistas se multiplicaban en los diarios e incluso en el porno rosa, que fabricaba reputaciones casi metafísicas por lo incomprensibles. Muchos usaban adjetivos retumbantes del tipo *contumaz*, *acojonado*, *fenomenal* y *tallado como un diamante en bruto*, que vengaban a los lectores de un paisaje de metro, supermercado y televisión, y vuelta. Reflejo del malestar ambiente, los opinadores conseguían

hacer de las columnas piezas musicales con *jodido*, *acretinado*, *pesebrista* y hasta *traidor* en el lugar de la percusión.

Todo eso explica que el regaño de *Picasso* a Fernanda *la de los crímenes* no fuese comprendido del todo.

—A lo mejor nos cuentas un crimen que no nos sepamos —citó a *Picasso* más de uno con retintín en *La Crónica*. Y luego añadían—: Me gustaría verle a él.

O sea, el viejo gruñido del soldado que sabe que al alba será él quien se vaya a clavar la bayoneta donde pueda mientras el general mira desde lo alto de la colina con binoculares alemanes.

Para entonces la sección de Local había pasado de ser la más humilde a encabezar la sección de cartas de los lectores.

Los tenderetes de publicidad con que el alcalde ha llenado la ciudad huelen mal y estropean el pan, decía por ejemplo un lector.

O:

¿Ha investigado alguien qué formación estética tienen nuestros burócratas? ¿Nos damos cuenta de que decoran nuestras vidas para siempre con el gusto de un oficinista a quien le cayó la lotería del presupuesto, el criterio de un estudiante de arquitectura con el aparato intestinal obstruido por los paralelepípedos (que viene de «parar» y de «pedo»)?

Los redactores jefe de las otras secciones sentían celos por esta atención pero también que esta oscuridad les daba más independencia. Y *Picasso* comenzaba a sufrir los síntomas de una enfermedad profesional, más vieja todavía que la de embutir la realidad a martillazos en los titulares: hacia las cuatro de la tarde pensaba en *whisky* y tenía sed.

Llegó incluso a verlo ante él, amarillo y temblón como una bailarina de vientre. De pronto se encontró sopesando los culos de las botellas. Aunque nunca se quedaban vacías y otro J&B salía siempre del cajón de las carpetas, un día se le ocurrió pensar que esa botella no llegaría muy lejos y sintió una angustia cuya violencia le sorprendió y le asustó. Tenía algo que ver con el hombre que se asoma a la ventana y ve los tanques de un ejército ocupando su calle y su libertad.

Por alguna razón ese día el *whisky* se demoró más en hacerle efecto y pudo escuchar con nitidez los balbuceos de Manuel R., el redactor jefe de Internacional, ponderando el culo de una redactora de piernas altas con una de esas frases que en las tabernas sirven con las tapas de chistorra y se escupen con los huesos de aceituna. Vio sus ojos lentos de borracho. Sobre todo le vio una floja sonrisa idiota. Le dio miedo. Pensó que muy bien podía ser la suya.

Entonces se asustó de su propia inconsciencia. Casi se había olvidado de la mujer que le había avisado de que su hijo bebía. Cierto: su hijo y la mitad del periódico, incluido él mismo ahora. Sin consultar a nadie prohibió que se sirviera alcohol en la cafetería. Solo cerveza.

Y a la par que prohibía los bares en los archivadores de las mesas, también canceló en los talleres una timba de *poker* donde redactores pardillos, el experto de la Bolsa y algunos técnicos

de talleres se jugaban la paga a un *full* de jotas y nueves que por lo general ganaba un cronista de sucesos de los que reparten cartas con una mano, y que salvo por un meñique más corto —por eso daba cartas con una mano—, ocultaba un pasado de tahúr en los garitos del norte desolado de la ciudad. Solo se autorizaban las porras de fútbol, y eso que la religión de los estadios no había llegado a su apogeo. Ya puestos, prohibió todo tipo de drogas, también la marihuana.

Con esas simples medidas consiguió que en una semana no volviese a haber titulares torcidos y con faltas. Que en quince días se notasen algunas ganas de no repetir los telediarios del día anterior. Y que en un mes *La Crónica* publicase incluso noticias exclusivas y pisotones, que de esos vive el periodismo, o eso dicen los libros.

Pero unos cuantos lo recibieron como un ataque.

Por entonces la marihuana estaba muy bien vista y se fumaba con asiduidad, y las ropas olían. Aún no aliviaba los dolores del cáncer pero ya era una especie de bandera de la juventud para una parte de la redacción. Una bandera transparente, de humo. Y la juventud se veía entonces como una edad de oro de las causas justas y *la lucha por la libertad*, una expresión que siempre se pronunciaba así, *laluchaporlalibertad*, sin respirar, como un mantra de prestigio. La marihuana venía pues a ser como el olor y la transparencia de la juventud, y prohibirla era como dar esta por concluida. Algo a lo que a la gente le cuesta resignarse.

¿Se dice así?

Cierto: la Prohibición enderezó los titulares y rebajó la agresividad en las crónicas de las secciones más vulnerables al *whisky*. Pero lo que de verdad supuso la Prohibición —como de forma inevitable se la llamó en adelante pues la originalidad rara vez se da entre periodistas, como si fuese una contradicción en los términos, y menos aún cuando van en grupo— fue una suerte de aglutinante.

¿Se dice así?

Esto es, muchos de aquellos que habían sentido moverse la silla con el cambio de dueño y de director aprovecharon el fin del *whisky* y la marihuana para tomarlos de bandera. Nada como una bandera para aglutinar a la gente y convertirla en un mazo.

—¡Pero de qué va! —dijeron algunos—. Si hasta ayer era el primero en beber. Y bebía sin hielo, ni agua, ni mariconadas.

—Típico: un fascista escondido tras el disfraz de un profesor de Historia del Arte.

—Un fascista, un reprimido. ¿No tuvo que irse de España por lo que en algunos países europeos sería pedofilia?

—... Seguro que lo llama exilio.

Con lo cual le hicieron un considerable favor a *Picasso*, que supo con quiénes no podía contar pero sobre todo con quiénes sí.

Algo muy útil en lo de las cloacas de Madrid, por ejemplo, asunto que había comenzado con un debate retórico en el Ayuntamiento: alguien de la oposición dijo que allí olía a cloaca, y el alcalde replicó como estaba previsto que cómo podía su señoría saberlo si tenía el olfato taponado por años de fetidez en los subterráneos oscuros de Madrid, «ya que», dijo, «en sus argumentos se reconoce la escuela, de gran tradición en su partido, de la Alcantarilla».

Nada muy original, como se ve, pero el tipo de polémica sonora que en España se presta al lucimiento de los columnistas con ironías en las que la acidez por una digestión pesada pasa por indignación. Pocos piensan que pueda ser uno de los disfraces con que los columnistas se ganan el sueldo: de un partido o de una *corriente de opinión*, y como a todo el mundo, a las corrientes de opinión les encanta verse en papel impreso, la prueba de que tienen razón. Además generan comidas en grandes restaurantes y prólogos y conferencias bien pagadas. Pero ante todo repeticiones de *TúEresElMásGrande* con palmaditas en la espalda del columnista, un recurso muy rentable en todo ese vasto y elemental mercado de la vanidad y el adjetivo.

Picasso decidió averiguar qué había de cierto en la pelea de las alcantarillas, y decidió encargárselo a la sección política.

—¿Cómo dice? —le preguntó el redactor especialista en Gobierno.

—Quiero que bajéis a las alcantarillas y contéis cómo son en realidad. Eso es lo que hacemos en los periódicos, ¿no? Que bajéis y contéis qué luz hay, con qué colores y, por supuesto, cómo es el olor. Una descripción precisa pues el olor, que es lo importante, no se ve en las fotos.

—Yo no puedo —dijo el redactor, que había ido al periódico a recoger un magnetófono para grabar las declaraciones del presidente durante un viaje. Los redactores de Política siempre están en las Cortes en un debate histórico o de viaje tras algún gran líder, y a este se le notaba ya hasta en los andares un poco graves por el peso de la Historia y los ojos de perro perdiguero, cargados por la responsabilidad. Y explicó lo de su viaje, pero muy bien hubiese podido decir «mi jefe no me deja», porque ese era el caso: Santiago G., el redactor jefe de Política, pensó que al fin le llegaba la oportunidad de decir lo que pensaba, y lo dijo:

—No.

—¿Perdón?

—Digo que no —insistió el redactor jefe, que además lo parecía: vestía chaleco abierto sobre tirantes de otra época, y corbata suelta, el todo envuelto en un olor a puro del tamaño de un salchichón pequeño que en mitad de la mañana mantenía a raya cualquier acercamiento—. No te lo tomes a mal —dijo Santiago G. con tono más conciliador—, pero en Política estamos para lo que estamos y no podemos distraernos.

—¿Quieres decir que no podéis bajar a las alcantarillas?

—‘xacto.

—Pero si han acusado a uno de los grandes partidos del país de vivir en ellas, y desde siempre...

Santiago G. miró a *Picasso* entrecerrando un ojo, no tanto por el humo del tabaco sino para saber si se estaba quedando con él. Ya para entonces con *Picasso* nunca se sabía.

—No —volvió a decir.

Quería dejar claro que ningún *Picasso* ni nuevo propietario mexicano de *La Crónica*, por muy exiliado que fuese, iba a poner en entredicho la independencia de la sección Política. Lo repitió un par de veces más, y el asunto iba tomando aspecto de pulso de poderes cuando se escuchó una voz cascada.

—Si queréis bajo yo —se ofrecía.

Era pues, cascada y todo, una voz de héroe.

Marqués en la alcantarilla

A Santiago G. le costó creerlo: el voluntario era una de las leyendas de la redacción, uno de esos periodistas que le dan emoción a la vida y les recuerdan a los compañeros que existe la vida padre y, en los periódicos, algunos la disfrutan. Aunque *El Marqués* era a las alcantarillas lo que un piloto de caza a un combate resbaloso en un *ring* de fango. Costaba imaginar las dos cosas al tiempo.

—De acuerdo —dijo *Picasso* con reflejos de arte marcial, y sin darle espacio a su jefe para oponerse, se llevó al valiente y lo instruyó al oído como a un boxeador.

El Marqués le debía el título no tanto al hecho de haber sido impuesto en la redacción por su padre, un ministro del viejo Régimen, como al de haber vivido con los privilegios de un señorito de los de entonces. En su día, cuando su padre decidió retirarlo de Derecho, donde no hacía carrera ni con enchufe —«por lo menos tendría que presentarse a los exámenes», se justificó el decano—, fue asignado a la sección Política, en *La Crónica*, en la idea de que algo podría aportar, en un tiempo en que la capacidad de sumisión era una virtud periodística apreciada en las redacciones. Y así fue: chismes del Régimen como incidentes en cacerías o quién veraneaba junto a quién en San Sebastián, que era la información política de entonces.

Pero el tiempo que todo lo decide fue disolviendo su utilidad. Desde que a su padre un motorista del Estado le trajo la noticia de que ya no era ministro —era un día de mucho calor y el motorista se disolvió en el reflejo del asfalto, como un espejismo—, su valor como fuente de chismes se fue secando. Y su legendario aspecto se marchitó, como si su belleza fuese un ombligo de su poder.

Los ojos negros se fueron apagando y perdió pelo hasta que le salió una calva de fraile. Y lo peor, la silueta de bailarín fue hinchándose como un absceso, primero en la barriga, como todo el mundo, pero luego en el culo y la papada, con resultados más bien melancólicos. O sea que al final del título de *Marqués* no quedaban más que un pelo engominado y unos modales *Anden Régime*. No es de extrañar que algunos le llamaran por la espalda *Marqués de la Cloaca*.

Esa fue la razón de que Santiago G. lo dejase bajar a las alcantarillas sin oponerse. Seguro que *El Marqués* la jodería, debía de pensar. Que fuese lo que fuese lo que le encargaran sería incapaz de subir a la redacción ni con una cucharilla de caca.

Y al comienzo acertó. Esa misma tarde, como si viniese de una rueda de prensa tras el Consejo de Ministros, *El Marqués* quiso entregar una crónica sobre las alcantarillas que parecía más bien una Disposición Adicional en el *Boletín Oficial del Estado*, el estilo que le habían dado con la leche de su madre.

—Vuelve y fíjate —le dijo *Picasso*, devolviéndosela mientras ya leía otra crónica.

»Es que no te fijas —le dijo la segunda vez.

Y solo al cabo de varios intentos —al *Marqués* no le importaba oler ya un poco, parecía feliz de que le tomasen otra vez en serio—, *El Marqués* consiguió la proeza de darle *actualidad* a la historia, que es como los periódicos llaman al espejismo del presente y la piel de bebé de las noticias cuando nacen, aunque luego la televisión las marchite. Pero no era eso pues no estaba muy claro que *Picasso* supiese muy bien qué es la actualidad. Lo que sucedió es que, con los ojos

mejorados por el arte estudiado, había leído la crónica con sentido común, le había inducido a quitar lo que sobraba —que en el estilo *Boletín Oficial del Estado* es casi todo—, y le había hecho escribir como ni él mismo sabía que sabía. El primer sorprendido fue él. Ese era el talento creador de *Picasso*. Conseguía que la gente fuese mejor, más inteligente.

En cuanto a la crónica de las alcantarillas, no se sabía si era de arte o de guerra. De arte porque *El Marqués* había terminado por ser capaz de diferenciar los olores que crea la mierda cuando se la mezcla con oscuridad bajo el asfalto, y a partir de ahí sugerir una ciudad, igual que un novelista consigue ver una batalla en sus ruinas. Ahí era donde el arte se reunía con la guerra porque, tras leer sobre todo ese subterráneo borboteo en lucha, quedaba la sospecha de si esos gemidos de la materia oliendo y pudriéndose unos metros bajo los cuartos de baño... no serían una demostración del infierno. Se hubiese podido titular «El infierno existe y no quema sino que huele». Todo bien escrito y con buen gusto. Hasta los más lerdos comprendieron que las cloacas iban más allá del partido aludido.

—Pero hay un problema —dijo *El Marqués*, ahito con tanto elogio y palmadita como en los tiempos en que contaba chismes del Gabinete.

Picasso levantó las cejas.

—Ahora no puedo volver a Política. Santiago no me dejaría en paz. Se vengaría.

—Santiago ya no es redactor jefe —le informó *Picasso* con sencillez.

—¿Ha ascendido? —preguntó *El Marqués*, ya resignado: también en los periódicos los ascensos inexplicables son la norma. «Desconciértales con injusticias y los tendrás dominados», dice Maquiavelo en *El Príncipe* sobre el gobierno de los periódicos.

—No exactamente —y si a *Picasso* le sorprendía que *El Marqués* no supiese de la guerra interna, no lo mostró.

Porque mientras *El Marqués* escarbaba bajo la ciudad, en el periódico se había desarrollado lo que se conoció primero como *La Noche de las Cloacas*, y no se referían al reportaje, y luego, de un modo más bien previsible —ley del periodismo—, como *La Semana Sangrienta*.

—De todas formas no vas a volver a Política —le dijo *Picasso*—. Por cierto, ¿cuál es tu nombre? ¿Cómo vas a firmar?

Los que tienen amigos son los periódicos

Picasso. *Año cero*

Porque ese fue otro de los cambios decididos por *Picasso* en esa semana en la que, mientras *El Marqués* rebuscaba en las alcantarillas una forma de contar la ciudad, él degolló, marginó, hizo que se suicidaran marchándose por las buenas o exilió a media redacción para hacerse de verdad con el poder y comenzar a dirigir el periódico: en adelante solo podrían firmar los redactores en plantilla. Nunca los estudiantes en prácticas ni las chicas a las que los jefes babeantes permitían firmar grandes reportajes de domingo, aunque no fuesen grandes y más bien de lunes, para ver si por ahí las persuadían de ir a comparar paradores de fin de semana. Y quedaba prohibido en adelante firmar los teletipos traducidos, el corta-y-pegar de Internet, cuando llegó, y los robos a otros periódicos: había que citarlos. Parecía una tontería, pero de hecho por ahí empezó todo.

Empezó con el despido de una redactora a la que pillaron copiando de un teletipo de agencia los datos de un muerto, y firmándolos en lugar de ir a preguntárselos a alguien.

La chica llamó a la puerta de un pequeño despacho que *Picasso* se había habilitado al lado de la redacción, como una salita de guerra, y exhibió la sorprendida sonrisa de *debe de haber un error*.

—No, no lo hay —dijo *Picasso*, y comenzó a explicarle por qué la despedían.

—¡Pero si es lo que se ha hecho siempre!

—Justo. Es lo que vas a dejar de hacer a partir de hoy, al menos en *La Crónica*. El problema contigo es que no es la primera vez.

Y *Picasso* le demostró a la periodista cómo todos y cada uno de sus escritos del último mes eran copias de otros, le demostró que existen fotocopiadoras de carne y hueso y ella era una. Suyos eran solo los titulares tendenciosos, el escondite de las fuentes, como si las informaciones se las hubiese colocado bajo la almohada el ratoncito Pérez, y los adjetivos. «Que están prohibidos», dijo *Picasso* con un tono profesoral y algo repelente. Tuvo compasión y no precisó que eran adjetivos de tercera —pues los adjetivos establecen entre quienes los eligen más diferencias de clase que los títulos nobiliarios—, y estaban mal puestos. Pero se quedó ahí.

Lo cual no impidió que la noticia de que ese profesorcillo de Arte a quien le había caído en un braguetazo la dirección del periódico no tenía ni puta idea de cómo funcionaban las cosas y era, además, un fascista, recorriese la sede de *La Crónica* en Duque de Santás. Apenas un poco menos

rápido que lo que tardó en saberse en su día que la esposa del director se había fugado con el cronista de tribunales. Aquello fue instantáneo, como una explosión nuclear, lo que permite preguntarse si la velocidad de las noticias no dependerá de la avidez de quienes las reciben.

Santiago G., redactor jefe de Política, entró sin llamar.

—¿Es cierto que has despedido a una redactora por tomar datos de un teletipo? —con su corbata suelta y sus tirantes, Santiago G. ponía una cara incrédula e irónica, de periodista que ya lo ha visto todo.

Picasso lo miró con sus ojos quietos color miel.

—¿No te han dicho nunca que se puede llamar a la puerta antes de entrar y además ser buen periodista?

Santiago G., a quien se le cuadraban los políticos por su poder de director de pista de circo para hacerles aparecer o no en *La Crónica*, ya fuese junto a los leones, ya con los payasos, quedó tan sorprendido que *Picasso* aprovechó para comunicarle su propio traslado a Deportes. «Soy de los que creen que hay que hacer un poco de todo, ¿sabes?», le dijo, un viejo argumento en la antiquísima práctica de los defenestramientos periodísticos.

Y tuvo los modales de callarse mientras Santiago G. dimitía. *Picasso* aceptó y suscribió la versión política que le pedían: razones personales. Eso es lo que pasa con los periodistas especializados en políticos, en jueces y hasta en porno rosa, aunque eso ya no es periodismo: terminan por contagiarse y se comportan como sus fuentes, a veces en formato de caricatura.

Nadie en *La Crónica* se llamó a engaño. Santiago G. no caía bien —por sus habanos obscenos pero sobre todo por su cargo de redactor jefe de Política, que en un periódico suena como ministro del Interior—, y es muy probable que él mismo comprendiese su fin como lo comprende el primer ministro que ve a su Rey empuñando la guillotina silueteada por el crepúsculo. Sabe que su teléfono enfermará de tristeza por el silencio, y que tendrá suerte si le permiten envejecer podando rosales.

Lo que nadie podía imaginar era hasta dónde iba a llegar el nuevo régimen. En los días siguientes *Picasso* se cargó a otros dos de los cinco redactores jefe del periódico. Al de Economía, por aceptar corbatas de seda gruesa con los colores de los bancos y fines de semana en paradores. No protestó y días más tarde aceptó el cargo de vicepresidente de Comunicaciones Exteriores de un banco, con coche de empresa y sobresueldos por beneficios. El otro fue despedido con la acusación de inercia.

—¿Perdón? —preguntó Manuel R., el redactor jefe de Internacional.

—Inercia. Desidia. Conformismo. Elige lo que quieras —concedió *Picasso*—. Con tu sección parece que el mundo no da vueltas, y si las da, siempre es por la misma ruta.

A Manuel R. se le veía cansado pero el cansancio es el destino de los periodistas de Internacional, incluso el de los sentados, que son nueve de cada diez: el simple hecho de querer abarcar tanto ya cansa. Es posible que estuviese incluso un poco aliviado, si bien habría preferido que su final fuese de otro modo.

—¿Y no es así? —preguntó.

—Quizá —dijo *Picasso*—. Es lo que espero averiguar.

De momento respetó al redactor jefe de Cultura y al de Deportes, Germán Cortés, un tipo que

se despertaba a las cuatro de la madrugada para ver las carreras de motos de Australia.

Se cargó en cambio a Mateo Santa Cristina, y eso también hizo sensación: Mateo era «uno de los activos del periódico», como dijo el gerente. Se había plantado en el despacho de *Picasso* — para entonces ya ocupaba el grande, el presidido por la mayor galería de retratos de directores de toda la prensa de Madrid—, asustado por la osadía de esa destitución:

—¿Sí? —preguntó *Picasso*—. Por qué.

—Bueno, Santa Cristina era un gran periodista —explicó el gerente.

—¿Qué ha hecho? —no había malicia y *Picasso* mostraba genuino interés. Quizá no se había informado bien...

Nadie hubiese podido explicar ese *valor seguro*. Muchos hasta envidiaban el aspecto de Santa Cristina de haber llegado hace dos días de una guerra de la que justo la noche anterior le habían desaparecido las ojeras. No había joven redactora que no quisiera tomar café con él ni joven reportero que no quisiera ser como él... y no se sabía por qué. Nadie hubiese podido citar una crónica suya, ni una decisión, ni siquiera un pie de foto ingenioso que hubiese escrito. Tenía un puñado de amigos noticiables —actrices, deportistas, directores célebres, viejos políticos—, pero son ingenuos los periodistas que creen que porque les invitan a percebes y les dan palmaditas en la espalda tienen amigos. Los que tienen amigos son los periódicos.

De todas formas sus escritos sobre sus amigos estaban tan trufados de incienso que apenas pesaban y tenían dificultades para sostener la foto.

—Es un globo —zanjó *Picasso*, sin tiempo que perder. Y le dio a elegir entre trabajar en los archivos o recibir una indemnización.

Columnas como rejas

Norberto Arranz miró hacia la Castellana desde las grandes ventanas de su salón en un sexto sin saber si lo que lo estaba ahogando era rabia o miedo. Si le quitaban su columna... ¿qué haría? Cuando conseguía imaginarlo, sentía el edificio hundiéndose bajo sus pies, igual que *Carné de baile*, su columna, que no solo constituía su pan —o al menos la miga—, sino aquello con que se desayunaban miles de personas.

Y cuando la rabia y el miedo se le pasaban ni siquiera encontraba consuelo en la caravana de coches enfilada hacia la carretera de Burgos. Y eso que desde que se mudó a la Castellana y dejó atrás un piso de pasillo oscuro de Argüelles, alcanzando así el rango de columnista de cinco tenedores, le tranquilizaba esa visión de gran señor despidiendo una caravana. Y si era de luces, como en ese momento, se convertía en algo como la cabalgata de los Reyes Magos y él parecía más que nunca el Centinela de la Ciudad, la imagen que tenía de sí mismo.

Hasta tarde el sol había incendiado lentamente los bancos y multinacionales de cristal y hierro de la otra orilla de la Castellana. Y solo cuando se encontró a oscuras tras sus propios ventanales, insinuado apenas como un espectro por las luces del tráfico, Arranz encontró el valor para llamar a Claudia Farías a su casa de Aravaca. Tuvo que pedir el número en el periódico. Si diez años antes le hubiesen dicho que iba a llamar en busca de ayuda —sí, *ayuda*, para qué andar eufemizando—, le habría dado cinco duros al brujo y se habría ofrecido a buscarle un trabajo de aparcacoches. Hubo un tiempo en que encontrar trabajos a los motoristas del periódico que venían

a recoger su artículo era uno de los poderes que iban con su rango de gran columnista.

—Sí, sí me entrevisté con el director —le confesó Claudia tras un breve silencio de sorpresa por la llamada.

—¿Y qué tal te fue? —preguntó Arranz, tal vez demasiado rápido.

—Tú lo que quieres saber es si *Picasso* me avisó de que iba a tener la columna por un año, ¿no? —atajó Claudia.

Arranz sintió una gota fría bajarle desde el cerebro hasta el coxis y repercutirle en la frente, que sintió húmeda.

—Sí —mintió. A él le habían dado seis meses.

—Pues sí, sí me lo dijo —mintió a su vez Claudia: también le habían dado seis meses (como a todos los columnistas), pero ella en cambio no sintió ninguna gotita bajándole por una espalda que le habían ponderado siempre como si fuese la fachada oeste del Everest. Su futuro no le inquietaba, más de una vez la habían llamado de otros periódicos para ofrecerle columnas y cosas. Acompañadas de invitaciones a cenar, cierto, pero eso demostraba su seriedad.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntaba Arranz.

—... ¿Hacer? No creo que podamos hacer nada —respondió Claudia mientras alargaba un milímetro las sílabas y calculaba cómo terminar la conversación. Pensaba en una vieja ley que debieran enseñar en las escuelas: en periodismo se asciende por la escalera pero se baja por el hueco del ascensor. Y pese a los ofensivos comentarios de Arranz cuando a ella le dieron una columna: «Hay dos formas de escribir columnas en un periódico, una es con las manos», y que le llegaron porque casi todo termina siempre por saberse —siempre, y esa es otra ley—, allá en el fondo alcanzó a sentir por él cierta compasión. Pequeñita. Y como era muy en el fondo, se apresuró a terminar porque lo que más miedo da en un periódico es la visión de alguien cayendo por el hueco del ascensor. Es contagioso, creen todos... Y quizá lo sea.

Bien es verdad que no era derrota lo que sentía Arranz, ni mucho menos. Se había vuelto a quedar a oscuras tras apagar de nuevo la luz y servirse otro *whisky*, y miraba por la ventana un río de luces como no había visto ningún gran señor, nunca, desde ningún castillo. ¿Seis meses más de columna le había dado *Picasso*, después de veinticinco años, con el argumento de que es bueno sacudir el periódico, renovar los puntos de vista?... De pronto Arranz ya no sintió miedo y sí la rabia torera de todo jugador a quien tratan como un principiante. Y como todo *Caído*, juró que *Se Iban a Enterar*.

Como cuando era un joven redactor de Nacional y propuso un artículo sobre las voces de los políticos —en los años en que no se podía hablar de política—, y el asunto provocó tanto revuelo, en aquel tiempo en que la gente se aburría muchísimo, que el director de *Pueblo* le terminó ofreciendo una columna. Y él la aceptó como un primer tributo a su talento.

Y una vez instalado en ella con la fe de quien se mete en una hipoteca a treinta años, Arranz demostró tener el don. Justo el necesario entonces, pues cada época tiene el suyo, el don de decir cosas con significado, sin parecerlo, en los tiempos en que ciertos significados podían costar cárcel.

Ahora haría lo mismo, decidió Arranz. Y se sirvió el séptimo *whisky* de la tarde, sin reparar en que a esa hora debía andar por el quinto y con más agua, menos amarillo.

Todo ello, rabia, caravana de luces, determinación y séptimo *whisky* amarillo, se combinaron en él para producir algo también imprevisto: un hormigueo en la entrepierna.

Ese síntoma inesperado le alegró tanto que, pensó... a lo mejor no era tan mala idea, la de *Picasso*, de darle más aire al periódico abriendo las columnas. Que aunque siempre había intuido como una posible reja, nunca se había autorizado a pensarlo. Se centró en el problema urgente de cómo aliviar el hormigueo.

Antes no le era difícil. Antes Mari Paz todavía no le había abandonado, harta de compartirle, dijo antes del portazo, «con el periódico, los ministros, el *whisky* y todas esas golfas que te bailan el agua: demasiado arroz para tan poco pollo». Y en efecto, durante años las golfas acudían porque en las fotos del porno rosa su brazo les quedaba bien como bufanda.

Para entonces sus columnas ya no trataban de *La Libertad*, que había sido el tema-pasaporte de la nueva sociedad. Ya que la libertad había llegado y todo el mundo podía disfrutarla, Arranz daba consejos a los políticos sobre cómo gobernar. Todavía en los restaurantes algunos se acercaban a darle ánimos como a un futbolista.

—Dales caña —le decían, y él se sorprendía, no solo por el tuteo sino porque luego, frente al papel, no sabía muy bien a quién exactamente tenía que darle caña.

Se debió haber preocupado cuando, tras invitarla a cenar, una de esas chicas le miró sin piedad como a un viejo verde. Después de otros tres desplantes, de puro pánico y acosado por lo que parecía imperativo sexual y ya tan solo era su cáscara, un día se encontró en la cocina por detrás de Carmela. Y le pasó la mano por debajo de un brazo y le sujetó uno de esos grandes pechos con pezones como rodajas de melocotón y que cada día le desjetaban un poco más los ojales de la bata.

Ella se lo tomó como una petición de auxilio, lo que era —el más general y urgente, auxilio por el paso del tiempo—, y le permitió que la cogiese ahí, levantándole la falda y doblándola hacia delante sobre la mesa de cortar tomate. Pero solo por una vez. A partir de entonces, en ocasiones consentía en aliviarle con una mano olorosa a ajo, sin aceptar besos pero con sonrisa maternal y modos cariñosos, como si fuese un trabajo más, del tipo coser un botón o un dobladillo.

O sea que si llegó a pensar en Lourdes fue porque era la única mujer con apariencia de tal que le quedaba alrededor.

Escribir columnas durante años termina por conformar una mente ocurrente, perspicaz, superficial, oportunista, rápida y resultona. Así que Arranz llamó a su secretaria de las últimas dos décadas, le dijo que un reuma encabronado le impedía escribir y, una vez sentada Lourdes frente al ordenador y él con el cuarto *whisky* en la mano —o sea a falta de tres o cuatro para empezar a estar de verdad borracho—, comenzó a dictarle un texto en el que abundaban palabras peligrosas.

Muslos, por ejemplo.

Piel.

Labios.

Humedad.

Manos, sudor, ritmo, vidrioso, gemidos... de tal manera que incluso Lourdes, que después de años estaba tan acostumbrada a la prosa retumbante de Arranz como la directora de una guardería a los llantos de los niños, comenzó a sentir las palmas húmedas y a respirar más corto. Cuánto

más que esa noche Norberto Arranz parecía *verla*, y eso no pasaba desde que en el examen a las candidatas no solo demostró que escribía más rápido, sino —sobre todo— que a los dos o tres minutos de escribir comenzaba a desdibujarse. Se volvía invisible.

Y no era *fea*: tenía bonitas piernas bajo su falda de madre, labios que no necesitaban lápiz, un torso de violín, más que de guitarra, y ojos de saber contar cuentos a los sobrinos. Esa era justamente su cara y cruz: no inspiraba un mal pensamiento ni para colgar una boina. Parecía la secretaria ideal para una esposa celosa.

Hasta esa noche en que Lourdes fue arrancada de su invisibilidad por un par de ojos empujando como sin querer para llegar a sus pechos y quizá más lejos. Ahí estaba ella, sentada recta como enseñaban antes, las rodillas juntas y las manos en el teclado, lista para transparentarse. Pero entonces la alcanzaron los ojos de Arranz.

Comenzó a notarlo a través de palabras como *humedad*, resbalosas sin que se supiera por qué. Lo averiguó al escribir *pezón* y *sujetador*, palabras que no habían figurado nunca en *Carné de baile*, la columna de Arranz, y eso que había escrito miles de ellas. O sea que Lourdes hizo un esfuerzo para salir de su niebla y preguntó:

—¿Es una columna?

—No —respondió Arranz. Pero no siguió, o sea que a Lourdes no le quedó más remedio que levantar sus ojos tímidos e intentar apagar el fuego que sentía bajo ella, algo que no pudo conseguir, y menos con la siguiente acotación—: Es una carta.

—...

—Y es para ti.

Lourdes debía de tener como cuarenta años pero ni en un remoto cuarto de hora de ninguno de ellos, ni siquiera en el colegio, ni siquiera en las discotecas con bola de luces de su juventud le había pasado eso, que sentía el sudor corriéndole por las axilas y entre sus pechos recogidos por un sujetador de delicado encaje creado especialmente para mujeres que no sudan. Se preguntó qué era ese deshielo que sentía escurrir entre los muslos.

El problema vino después. Ella ya se encontraba tendida sobre la alfombra iraní con dibujos azul imperial y blanco, con la falda haciéndole de cinturón y el corazón haciéndole patatán, pututún. Y no tanto por su desnudez —se sabía bonita—, sino porque no se había afeitado las axilas desde hacía días y le daba mucha vergüenza que Arranz las viera así, y por el estanque entre sus piernas.

O sea que tardó en darse cuenta de que Arranz se agitaba sobre ella pero algo no terminaba de ocurrir. Arranz se incorporó e intentó arreglar la avería con sus propias manos, y ni así. Aunque volvió al cuerpo de Lourdes y mezcló su sudor en las humedades de ella y se sacudió como *Picasso* quería que hiciesen las columnas, no pudo enderezar el rumbo errático de la suya. Mucho menos rematarla.

Ya le había sucedido, pensó Lourdes, que recordaba otras veces en que Arranz no conseguía encontrar el camino para seguir, como les ocurre a muchos columnistas. Pero nunca así, nunca de ese modo. Siempre había terminado por encontrar un final.

Para entonces se había secado. Y ella nunca sintió el dolor que, casi desde siempre, esperaba con ilusión.

Relámpagos que suben

Pocos, como era de esperar, cayeron en la cuenta de que los reportajes y columnas de *La Crónica del Siglo* iban pareciendo poco a poco hechos por gente que miraba distinto, aunque firmasen los mismos. Sí siguieron en cambio con pasión los movimientos en el banquillo, quizá lo que más interesa en un periódico. Y ese interés no tiene que ver con el rango y la vanidad sino con los sueldos.

—Bah: es lo normal —dijo alguien.

—A qué te refieres —le preguntó alguien más.

—Pues lo normal: cada nuevo director elige a fieles como redactores jefe y les paga muy bien para que espíen a la redacción y muerdan si es necesario. Así la tienen controlada. Lo mismo de siempre.

Y era cierto que había algo y que así funcionan las cosas a menudo, pero el comentario no tenía en cuenta la bisonería de *Picasso*, acostumbrado a los enigmáticos alambiques del arte moderno, y no, como se veía, a los retorcidos de las redacciones. Hay una diferencia.

Picasso había cambiado muchas cosas en el periódico cuando al fin decidió hacerlo en Cultura, una sección a la que todos los periodistas suelen preferir Política, Internacional o Economía, donde creen que está el poder, sin pensar que en esta, Arte, Literatura e Ideas, es donde se le ve la cabeza al periódico. Más aún, donde se le ven los sueños.

Entonces *Picasso* ya se había creado unos cuantos enemigos, casi siempre aquellos a quienes había tocado la silla y los horarios, zonas sensibles del cuerpo humano. Y no era tanto por cambiarles de fuentes —un periodista que deja de hablar con ministros tiende a creer que lo han expropiado—, sino por pedirles que mirasen desde otro ángulo. Eso es algo que pocos están dispuestos a soportar, y menos los periodistas, que para lidiar con los caprichitos de las efímeras noticias se rinden y enseguida se empeñan en mirar el mundo desde un único punto.

¿Por qué esperó a hacer los cambios en Cultura? Ese fue uno de los misterios en torno a *Picasso*. Tal vez tuviese que ver con que, antiguo profesor de Historia del Arte, la sección era para él importante... Aunque, de ser así, ¿por qué permitió tantos meses de Joaquín B., el redactor jefe histórico que abría con noticias de premios ruidosos, y escándalos de escritores borrachos y actores drogadictos, o desnudos, o divorciados, o proclamantes y firmantes, como si la sección de Cultura fuese la patria misma de los tópicos y en todo caso una excelente oportunidad para no hablar de ella? Tanto al menos como las clases de algunos de sus colegas en la universidad.

Era un día raro de marzo cuando *Picasso* llamó a su despacho a Sofía Magallanes y le aplicó el truco aquel de:

—Te sigo desde hace años —le dijo como acariciándola con esos ojos pardos que parecían subrayar lo que veían—, y sé que no hay nadie más que lo pueda hacer como tú.

El truco del *nadiecomotú*. Para entonces *Picasso* ya recibía a todo el mundo en el gran despacho que daba sobre el tercer piso de las acacias de la glorieta del Duque de Santás, y había enviado a un pasillo la galería de retratos de los directores de *La Crónica*.

El periódico se había quedado pequeño y, en los consejos de administración, la línea de la suerte, en el gráfico que se mostraba a los consejeros, parecía un relámpago al revés que alcanzaba el cielo desde la tierra. Eso le dejaba las manos libres a *Picasso*. Muy pocos patrones, ni siquiera el Partido Comunista, ni siquiera el Vaticano, critican gran cosa cuando los beneficios suben como si no supiesen hacer nada más.

A los consejos no acudía nunca don Atiliano, de regreso a su finca de Michoacán con los invernaderos de astromelias y agapandos, después de no haber podido encontrar, entre Portugal y el Mediterráneo, el mismo país que había dejado. Eso es lo que tienen los exilios: que la tierra de acogida es nueva pero mucho más cambia la que se deja detrás. En honor de don Atiliano, en la comida que seguía en un reservado de Zalacaín, los consejeros se fumaban un Cohíba del veinte que les volvía pequeñas las cabezas y había sido hecho especialmente para ellos. Luego se les hacía llegar un cheque inferior a un capital pero muy superior a media docena de sueldos juntos.

Y eso fue algo que también quiso cambiar *Picasso* al principio, recién nombrado, cuando se hacen las revoluciones y aún no se le han visto los muros al jardín. Acabar con esas reuniones que parecían un agravio con los que trabajaban en el periódico y dormían poco. Pues casi ninguno de los consejeros aconsejaba jamás, como si aconsejar fuese una impertinencia. Además, muchos hubiesen tenido dificultades para distinguir una crónica parlamentaria de un editorial.

Fue ahí, en ese intento revolucionario, cuando *Picasso* recibió primero una llamada y luego una visita de un individuo enviado por don Atiliano que uno no podía tomarse a broma, por mucho que hablase con un castellano saltadito a medio camino de Asturias y Michoacán. Y en su cortesía al viejo estilo fue donde *Picasso* comprendió que su poder sí tenía un límite, y ese hombre era su portavoz.

El tiempo no descansa, ni se gasta, ni se acaba

Picasso. *Año VI*

La tirada de *La Crónica* se había doblado un par de veces en seis años cuando se hizo urgente cambiar de sede. En el edificio histórico de Duque de Santás, que había sido el de un periódico creado para proporcionarle un picadero en Madrid a don Ireneo Gómez, boticario catalán enamorado de una vicetiple de Albacete, ya no cabían. En los talleres del siglo XIX, donde habían hallado refugio los columnistas de la Restauración e impreso las peleas literarias del Modernismo, los rollos de papel de cada edición suponían medio bosque y amenazaban todas las noches con aplastar a los linotipistas como si fuesen caracoles de estadio, enterrados por los balonazos de los cracs. La redacción parecía un barco de refugiados. Pese a los altos techos hacía calor. Olía mal. En Chamberí operaban algunas de las bandas del ladrillo más poderosas de Europa y todo el mundo se quejaba de que no podía aparcar.

O sea que se convocó un concurso para la nueva sede del periódico, que habría de ser *la primera imagen del producto*, como la llamaban los publicistas, un departamento que ya pesaba como si todos sus ejecutivos fuesen modelos. Y cuando se quisieron dar cuenta, un jurado de expertos o algo parecido le había dado el proyecto a Federico Ras.

No es fácil definir a Ras, la estrella más joven de la arquitectura española, que por alguna razón comenzaba a tener prestigio en medio mundo o al menos entre sus expertos. Y gracias sobre todo a dos proyectos: haber permitido la colonización del último acantilado, después de someter al Martes, un viento legendario que desde siempre alejaba a los turistas de un último pedazo de costa virgen, tras la destrucción de toda la restante. Y la construcción de, hasta el momento, su edificio más «emblemático», como diría la crítica: el *Cochificio*, así llamado por la gente porque era transparente, también los suelos y los techos, de forma que el patrón de la empresa podía tener a sus empleados a la vista, todo el tiempo, en lo que se convertiría en la obra cumbre de la arquitectura voyeurista.

Con *La Crónica del Siglo* Ras no fue tan lejos. Ahí la transparencia se concentraba en la fachada, que permitiría ver desde la calle a los periodistas trabajando como en un serial de televisión; un símil que ilusionaba a los de Publicidad y a algunos miembros del consejo. En

cuanto al interior, grandes espacios permitirían que todo quedase a la vista, en una alegoría de la claridad informativa. Nada que ver con las pequeñas habitaciones de la vieja sede de Duque de Santás. En la nueva, los porteros no se agazaparían en ninguna garita sino que atenderían tras un mostrador, como barmans. Los viejos porteros fueron sustituidos en la nueva sede de la calle 4 en el polígono del Alcalde Méndez por un hombre y dos mujeres jóvenes y sonrientes. Pese al diseño vanguardista del edificio, se les mantendrían los botones dorados en las chaquetas, al tratarse — dijo Ras— de una de las «señas de identidad» del periódico. Una expresión fetiche que comenzaba a tener el más grande de los poderes mágicos, inventar la realidad.

Cuesta imaginar un escenario más ajeno a *Picasso*, que como historiador del arte hubiese debido estar armado contra el mal gusto, aunque sea esa una pandemia del siglo XX contra la que no hay cura —ahora ya se sabe—, ni vacuna. ¿Acaso *Picasso* no era el director del periódico y estaba casado con la hija del dueño?

Bueno, ya se vio que no estaba tan casado e intentaba en cambio hacer periodismo digno de ese nombre —el oficio más absorbente pues depende del tiempo y este ni descansa, ni se gasta, ni se acaba—, y se alegró de delegar toda responsabilidad en lo que consideraba solo decoración: poco más que una cuestión de lámparas y de sofás.

Una idea en particular ingenua en Madrid, donde ya hacía años había comenzado una invasión de alienígenas disfrazados de arquitectos, alcaldes y banqueros fingiendo que eran los constructores de una gran capital europea para una nueva era. Hacía ya tiempo que Jacques Beni había descrito en *Mirrors in the office*^[3] las estrategias de los decoradores de oficinas para conseguir que, espoleados por la humildad del minimalismo y la transparencia del cristal, o por lo contrario —edificios subterráneos o de hormigón en homenaje al ángulo recto, Manhattan y la geometría pesada—, oficinistas y periodistas «rindan más, se crean lo que escriben, no se distraigan, se apeguen y militen en su empresa como soldados de una revolución». Así decía Beni. Y con gran éxito. Bastaba ver los nuevos barrios que iban cercando Madrid.

Aunque claro que *Picasso* se había dado cuenta. Desde que vio los planos del nuevo edificio que había ganado el concurso internacional, y que él sí sabía leer. Sin embargo, estaba convencido de que

llevo ya tiempo en la dirección del periódico, algo que corre mucho, y no creo que aguante tanto como para ver el edificio terminado.

De un correo a Julieta

Dibujos para viajar

Eso había dicho, y ahí estaba, sentado frente a Sofía en uno de los sillones modernistas con que había decorado su amplio despacho. El tiempo le había alcanzado, como siempre sucede en periodismo —siempre—, y se había visto sorprendido por la eficacia japonesa de Ras en la construcción, de modo que ahí estaba, proponiéndole a Sofía el cargo de redactora jefa de Cultura el día antes de mudarse a la nueva sede.

Se hubiese dicho el último paso de su revolución: todos los altos cargos habían sido aprobados por él. Conocía a los redactores por su nombre y a todos les había corregido un texto pues no había redactores *de mesa* y otros *de calle*, una de sus originales innovaciones, convencido de que «¿cómo puede llamarse periodista quien nunca pisa la calle?». El periódico tenía un éxito sorprendente si se tiene en cuenta que, propiedad de un exiliado a quien ya solo le interesaba crear nuevas variedades de flores en sus invernaderos de Michoacán, ni al periódico ni a *Picasso* se les podían encontrar por fuera padrinos poderosos. Ni tampoco entusiasmos patrióticos, la clave del éxito en tantos diarios y tantas, tantas otras empresas. Ni partidos y grandes corporaciones intrigando entre los editoriales, ni...

Lo único incuestionable en su periódico en permanente mudanza era su intención de ir más allá. En todas las ediciones —en todas, esa era una de las pocas constantes— había noticias únicas y no siempre de asesinatos explicados como ajustes de cuentas —qué más ajuste de cuentas que la muerte—, o de ministros fingiendo novedades. Fotos que parecían salir de cámaras nuevas, mejor aún, de ojos sin prejuicios ni modelos. Y caricaturas distintas.

Ahí es donde *Picasso*, sin poder evitarlo pues los dibujos eran lo suyo, tomó serios riesgos: en lugar de buscarse un par de caricaturistas resultones y convertirlos en la imagen del periódico y el previsible humor de sus lectores, hizo lo mismo que con los columnistas: algo arriesgado porque se diría que la gente no quiere innovaciones con la risa, ni siquiera con la sonrisa, y a ser posible prefiere reír siempre de los mismos chistes.

Comenzó de modo casual, así que no se supo si estaba planeado:

—¿No le gustaría dibujar chistes en mi periódico? —le preguntó a Frédéric Nuage, al saludarlo después de una sesión de circo: una afición que le venía de París.

Nuage le miró con la mirada inteligente de los payasos.

—Pero es que yo no hablo. Soy mudo.

—Precisamente. Haga chistes mudos.

—Y viaje.

—Pues háganos viajar con sus dibujos.

Y así comenzó la serie de dibujos relativos a payasos de viaje que *Picasso* iba distribuyendo por el periódico en función de lo que contase el chiste, para hacerle crear, con el periódico, una sugerencia. Así el del *Payaso en domingo*, sobre una noticia según la cual la soledad aumenta cuanto más adelgaza nuestra curiosidad. Como en nuestro tiempo la curiosidad es casi anoréxica y se encuentra en peligro de extinción, la soledad crece en la ciudad al ritmo de los grandes y ostentosos edificios.

Así se buscó *Picasso* primero media docena y luego un cesto entero de dibujantes en el que era tan fácil entrar como salir —estudiantes de Bellas Artes, o cineastas con sentido del encuadre, o un crítico en cuyos juicios supo adivinar un talento de caricaturista—, que le aportaron al periódico un sistema de aireación y de luz. Una especie de puntuación.

El resultado era irregular y a veces desastroso, lo que no dejaron de aprovechar los enemigos del periódico, pero nunca trivial y siempre sorprendente. Lo único seguro era que no se iba a encontrar el arrugado humor a costa de los ministros, la televisión, los maridos ridículos allado de sus siempre inteligentes mujeres... Las innovaciones eran inesperadas: el dibujo riéndose de un programa de porno rosa se publicaba entre la cartelera de televisión, donde hacía de bomba. En lugar de una crítica se publicaba el caligrama de un poeta... que con sus versos creaba la figura

de un payaso, y este era el propio autor del poema-dibujo. Los dibujos ayudaron a devolver al periódico una caja de sorpresas que nunca debió haber perdido.

Esas sin embargo eran excepciones, y se tenía mucho cuidado en no convertir *La Crónica* en un diario experimental. En los quioscos no encabezaba las ventas pero ya nadie ponía en duda que estaba ensanchando el periodismo escrito, y justo cuando llegaban a marcas inéditas los complejos frente a la televisión y el cine, y por ahí, en lo invisible, algo que llamaban la Red y que no se parecía a nada.

Las cosas nunca empiezan otra vez

Esa ampliación de las fronteras se puede ver en los reportajes escritos con otra escritura sobre nuevas realidades. Y hechos con tiempo —lo más novedoso—, como los tres meses que empleó un redactor para escribir un reportaje sobre algo tan banal como la vida en un colegio mayor, que dejó de ser banal. O los casi dos años que empleó otro para contar como inmigrante el viaje desde una aldea de Senegal hasta llegar a Barcelona y allí quedar reducido a manta de discos unida con cuerdas a una mano para escapar de la policía a velocidad de pájaro.

Un reportaje obvio pero que nadie había hecho y nadie imitó: muchos periodistas quieren ir a una guerra llena de titulares. Muchos menos, casi nadie, arriesgarse a morir vomitando en una barca tan llena de olvidados que si se ahogan en un mar negro nadie se entera, salvo sus madres y sus hermanos. Que no cuentan porque están en otra aldea igual de olvidada.

Y no tan obvio si se piensa que el reportaje, «Espérennos», no estaba escrito con los tics de un blanco que se mete en la aventura de los hambrientos para darle emoción al desayuno del domingo, sino como un negro que de verdad se cree que París es la Tierra Prometida, la que sale en la Biblia y en los relatos de la tribu. Eso es lo que había costado trabajo de verdad. Hasta el punto de que al cabo de unos meses, el reportero, Carlos Sotomayor, un mulato que había venido a España a estudiar Medicina, se cansó de recibir palmaditas, pidió audiencia con *Picasso*, y una vez sentado en uno de sus sillones modernistas le dijo:

—Me voy.

Picasso pensó que la competencia le daba más sueldo, y no le sorprendió aunque le decepcionaba un poco. Por cortesía le preguntó que adónde. Por qué.

—Porque me aburro —explicó Carlos, y luego aclaró que no, no se volvía a su casa, ni trabajaría en otro periódico ni en un hospital. Se iba, se volvía a Senegal, «a ver qué se puede hacer».

Picasso miró a Sotomayor con sus ojos que iban más allá y no dijo nada... O sí: le deseó suerte, y que siempre que quisiera podía regresar.

Y otro cambio que molestó. No sin misterio los editoriales de *La Crónica del Siglo* comenzaron a ser leídos, algo que por lo general no sucede más que cuando hay guerras, y no tanto por estas sino porque se cae la moneda y ese es el mejor despertador que se conoce. Y comenzaron a ser leídos por la única razón de que no los escribían cansados subdirectores con los adjetivos ya muy gastados y las categorías agujereadas como calcetines viejos, sino porque hablaban de otras cosas. *Picasso* invitaba a los más inesperados de la redacción a proponer también temas y nuevos enfoques, y la gente los leía. Aunque solo fuera por la curiosidad de qué

podía tratar un editorial titulado «La soledad del divorciado», o «Condenados a no entrar en el dormitorio», a propósito de la nueva tiranía sin cara que padecen aquellos a quienes no se deja entrar en Europa «siendo así que el mundo», decía *La Crónica* a contrapelo de los demás periódicos, «como su propio nombre indica, no es de nadie y sí de todo el mundo».

Los editoriales también hablaban de los temas habituales, el gobierno en plaza, la crisis económica de siempre, la guerra de turno... pero de forma que nunca parecían *habituales, en plaza, de siempre ni de turno*. El prodigio se debía a una sencilla vieja receta que nunca falla pero cuesta: estaban escritos con libertad. Y cuando no, se cambiaba de editorialista. La renovación constante parecía una nueva fe. La anterior se había cansado.

Era uno de esos días raros de marzo en Madrid en que hace sol, como siempre, pero también frío, y en la calle se puede ver a gente con abrigo y a la vez a muchachas con falda y sin medias, intentando convencer al viento con juegucitos de la ropa para que traiga la primavera cuanto antes. Ese era el caso de Sofia, la entrevistadora de actores del periódico. Que ya no era una muchacha pero llevaba una falda con vuelo que matizaba su trasero legendario y dejaba ver un par de piernas como para ser dibujadas por un arquitecto. En el despacho de *Picasso* una brisa fresca se metía por los altos balcones abiertos sobre la glorieta del Duque de Santás, y dejaba entrar la nostalgia por la inminente marcha del viejo edificio, y al tiempo el anhelo e inquietud de los nuevos tiempos.

Fue entonces cuando *Picasso* le aplicó a Sofia el truco del *nadiecomotú*, y ella, no sin dejar pasar unos segundos para subrayar también sus palabras, le respondió:

—De acuerdo, pero si crees que por nombrarme redactora jefa de Cultura te vas a acostar conmigo, vas dado.

Picasso se la quedó mirando con sus ojos de miel que no solo parecían ver más, sino también otras cosas. La brisa de marzo barría el cielo del invierno y aleteaba levemente en un lado de la falda de Sofia, y parecía que las cosas podían en efecto empezar otra vez.

El problema es que las cosas nunca empiezan otra vez, y menos en marzo, y que, en las peculiares ideas de *Picasso* sobre el periodismo —un profesor de Historia del Arte, a fin de cuentas—, sí, esa sí era una de las condiciones del cargo. Y así se lo dijo.

La vanidad como tinta

Sofía, los orígenes

Si Sofía aceptó dirigir Cultura fue porque... ¿podía hacer otra cosa? Por un lado era cierto que algunos entrevistados ya le parecían discos, algo lógico entre actores y cantantes que repiten consignas para que su público no se tenga que esforzar. Lo nuevo cansa mucho. Y por otro ya se aburría y había aprendido que, sobre todo en periodismo, el tiempo que no avanza retrocede.

Pero lo que de verdad le ocurría fue haber sorprendido a su sobrina Belén con la mano de un chico bajo la falda, en un jardín, en el verano. Y no para indignarla sino, mucho peor, para hacerla sentir vieja. ¿A qué hora había crecido, por qué ventana se le habían metido los chicos?

Como tantas mujeres de su edad, Sofía más bien desconfiaba ya de los hombres, tribu a la que pertenecía su marido, uno de los Granada propietarios del Banco de los Cinco Puntos Cardinales. Y a la mañana siguiente de lo de Belén, tras la ducha, un momento temible pues el agua limpia los ojos de legañas y autoengaños, descubrió por entre el piadoso vaho del espejo una cierta flacidez en los antebrazos y bajo el mentón y los ojos. Era todavía suave, pero ya se iba a quedar, por muchas horas que metiese en el gimnasio: la edad.

Al fin el tiempo había comenzado a pasar también para ella, algo que casi había previsto solo de forma retórica. Al revisarse con afán se descubrió en las nalgas una piel de naranja que la aterró. De ahí salía la leyenda del *Culo Preguntón*, mote de estudiante que fingía no oír pero que le iluminaba una lucecita en el fondo de los ojos. Y cómo no, si ya estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. El tiempo, que sentía como un cortejo pasándole por encima, la aterró como a un campesino que sale a celebrar el fin de la sequía y se encuentra con una tormenta de granizo.

Además, allá en el fondo estaba harta de las ironías de Rubén. Sí, Rubén Madina, el columnista de *El País*, que le hablaba como si él fuese de mejor familia. Una enternecedora ingenuidad pero así ocurría a menudo con los primeros periodistas de *El País*, cuando al nacer, a tiempo para informar del fin de la Dictadura y el nacimiento de otro régimen, se convirtió en el periódico de mayor prestigio y pronto en el más vendido. Es verdad que la culpa no la tenían solo sus periodistas: los políticos parecían creer que del periódico dependía que ellos entrasen en la Historia, aunque solo fuera como agachadas notas a pie de página. Un modisto famoso hizo desfilar a sus modelos llevando ejemplares del día. Los concursos internacionales de diseño

inventaron para él un *premio de premios*. Un campeón olímpico de marcha con cara de hambriento declaró que su ambición no había sido el oro sino salir un domingo en la portada de *El País* (él salió un lunes). Y el Ministerio de Educación creó una asignatura que se llamó «El País», y que no trataba de la geografía egoísta que se comenzaba a enseñar en todas partes sino de aprender a leer los medios de comunicación.

Y Rubén Madina, un hombre cuya profesión era el escepticismo, o debía serlo, se lo había creído. No solo escribía en *El País*. Escribía *de política*, y eso en aquellos tiempos era como ser el presidente del Colegio de Augures en la Roma de Julio César.

El problema es que el índice de tolerancia a los elogios y el peloteo es, en la mayor parte de la gente, muy bajo. Solo los genios aguantan la coba sin que les afecte en la vista y el ombligo, y sobre ello se construye el negocio de las relaciones públicas y la publicidad, y no poco el dela política: el arte de mejorar los rendimientos de las palmaditas en la vanidad de la gente.

Pero todo eso son abstracciones. Lo que le cargaba a Sofia era el tonito perdonavidas de Rubén, su amante, cuando le hablaba de «tus actores» como si fuesen cabezas de ganado en alguno de los cortijos de su familia. Cuando hablaba del periodismo de Cultura como una actividad de señoras, lo que aún era en algunos medios. O cuando aludía a las innovaciones de *Picasso*: los dibujantes pescados al azar, casi al vuelo, y los reportajes hechos de otra forma se habían vuelto un tema preferido entre los periodistas, que en contra de lo que se cree hablan de pocas cosas y casi siempre de sí mismos y de sus sueldos y vacaciones.

—Como esa manía que le ha dado a *Picasso* de ponerles un plazo a los columnistas —le dijo Rubén un día, mientras fumaban en la cama, después—: Columnistas a la carta. Columnistas de invierno, de primavera, de verano... tu señorito cree que vivimos en Nueva York. Y no estamos en Nueva York: vas a ver qué rápido agota las existencias. No hay tanta gente que pueda escribir una columna.

Y solo ahí comprendió Sofia que *Picasso* sí estaba haciendo pupa. No por ello se alegró.

Y no porque tuviese una deuda con su amante. Lo que la unía con Rubén se prestaba poco a compasiones y lealtades, algo más propio de la amistad y alguna vez del amor, con suerte. Tenía que ver, hasta en la cama, con la rivalidad e incluso a veces los deseos de hacer daño. Era también una venganza contra algo que Sofia eludía como la lengua que esquiva una muela dolorida.

Según recomponían algunos en el periódico, el gesto algo tenso y hasta amargo de Sofia le nació el día en que vio a Quico, su marido, inclinado sobre Maribel Fernández-Asturias en una de las mesitas del cenador del Ritz, una noche de septiembre en que ella adelantó el regreso de una visita a sus padres en el veraneo de Comillas. Él le mostraba la misma sonrisa que a ella el primer día, y que nunca más le había vuelto a poner.

—¿También le preguntaste, como a mí, si no tenía miedo de que su sonrisa fuese a pesar demasiado y le quebrase el tallo del cuello? —se decía que le había dicho a Quico esa noche, con la voz ronca de la humillación. Igual que Sofia, Maribel Asturias tenía la cabeza alta, manos hechas para arreglar floreros, la mirada brumosa cuando quería, y un cuerpo del que se podían deducir años de *ballet* y equitación.

Y según esa misma leyenda Quico Granada la miró con esa sonrisa que le servía de arma:

—Sí. También. No falla.

O sea que tal vez la muela no le dolía desde que vio a Quico con Maribel, sino desde que

descubrió en esa respuesta la crueldad, el odio que por alguna razón termina por salir en tantos matrimonios.

Con él se cumplía aquello que su hermana Matilde había querido conjurar arrodillándose en la habitación donde la habían vestido de novia, en una escena también sin confirmar y contada entre copas por los periodistas. Que no son excepción: igual que los demás, cuando no tienen historias seguras que contar, las construyen.

—¡No te cases con él!

—Pero Matilde, ¡si ya estoy vestida para ir a la iglesia!

—¡No te cases con él, que es un fresco sevillano! —si lo sabría ella, que estaba casada con el hermano de Quico. Y Sofía había pensado, no sin compasión, que *fresco* era una palabra de su abuela. Que su familia vivía medio siglo atrás.

Los hijos son de mala educación

Sofía no pensaba en su marido... pero tampoco le gustaba pensar mucho en Rubén, que más que amante era su venganza. En realidad le evitaba un poco, pero cuando algo le encendía el rencor, entonces le llamaba. Y como él era columnista y no tenía horarios ni jefes, al menos a la vista, se citaban en los apartamentos de Colón o en un hotel de mármol al final de Doctor Esquerdo. Y allí, según aseguró Rubén una noche en el lenguaje lento de los borrachos, Sofía le obligaba a un sexo casi en seco. No era el placer lo que buscaba —dijo, no sin dolor—, sino una suerte de venganza rápida como un café de sobre.

Sus reuniones tenían riesgo, cierto. Según había terminado por comprender Rubén, Sofía ponía las pistas para que su marido terminase por sospechar, en la confianza de que toda sospecha puede hacer metástasis y volverse cáncer. Por eso también se ponía a menudo pantalones negros forrados de estudiante, para convertirse en una referencia de *La Crónica* tanto o más que los columnistas nuevos o los reportajes distintos. Apuraba los riesgos. Parecía un tahúr.

Rubén se habría quedado sorprendido de haberla conocido de joven. Porque entonces Sofía era lenta y suave, nada que ver con esa rabiosa furia que a él le exasperaba. Se metía en la cama incitado por unas piernas que le hacían esperar un concierto barroco de violines... y le obligaban a oír rap con locutores que no se callan.

Quico, su marido, también habría tenido que preguntarse qué había hecho mal para que Sofía exigiese estar arriba, no mirase a los ojos y, sobre todo al llegar, en la prueba definitiva de si el amor sale o no por los ojos, le clavase sus uñas hasta hacer sangre. Mientras daba saltos que parecían el bamboleo de alguien trotando a caballo sin saber montar.

A Rubén lo que le gustaba era que Sofía le hiciese sangre aunque luego se arriesgase a que su mujer viese los desesperados arañazos en la espalda. Esa violencia le sacaba de la rutina de sus artículos algo irónicos y le ponía alerta para recoger rumores, la gasolina de sus análisis.

Pero nacido en Lérida, hijo del patrón de un colmado de ultramarinos famoso por su butifarra a la pimienta, lo que le devolvía la juventud era que, al acostarse con Sofía, cuyo apellido Magallanes figuraba en los manuales de Historia del colegio, al verla saltar como un mal jinete sobre su ombligo blanco y peludo, olvidadas las normas de la elegancia o cosa parecida, sentía que se encontraba en el corazón de lo que en su jerga se llamaba *el poder madrileño*. O de forma

todavía más críptica, *Madrid*.

Sofía, en cambio —según aseguraba el rumor dominante—, escapaba de él: del salón de sus suegros en su oscuro piso de Jorge Juan, no digamos del palacete de Santa Cruz, en Sevilla, que ella evitaba todo lo que podía. Y para sorpresa de sus parientes: pues por alguna misteriosa razón en Sevilla, como en Barcelona o Bilbao, se agudiza esa superstición tan española de creerse *en* y por consiguiente *el* centro del mundo.

También escapaba del piso de sus propios padres, donde se celebraban sin pausa la Navidad y las fiestas de la tribu, y en las que se hacía caso omiso de las tres sabias reglas de los salones: no hablar de hijos, ni de dinero, ni de salud.

Fiestas inaguantables sobre todo por lo de los hijos. Sofía no soportaba hablar de ellos. Y no porque no le gustasen los niños sino porque ahora hasta le hacían daño. Muchos años los postergó a su carrera, pero ahora no soportaba la idea de tenerlos con su marido... y menos aún con su amante, como les había dejado claro a los dos más de una vez. Por eso mismo no rompía con ninguno: por si cambiaba de opinión. A su edad, todo nuevo aplazamiento podía ser definitivo.

O sea que, de nuevo según rumores que le llegaron a Daniel, por eso aceptó el cargo de redactora jefa de Cultura ofrecido por *Picasso*. Para escapar. La vieja trampa del *Deber* que *Me Llama*.

O sea que a Daniel, que no era viejo pero sí intuitivo como un pájaro, no le fue difícil imaginar: durante un tiempo, seguro, Sofía dudaría de si se habría equivocado. Algo improbable porque las mujeres, todas las mujeres, aprenden desde muy pronto a saber quién les quiere tocar el culo, incluso si se lo miran desde atrás. Y en el caso de Sofía era fácil: se lo quería tocar todo el mundo. Lo que incluía también a mujeres, y no solo lesbianas, que deseaban saber de qué estaba hecho, cómo lo mantenía firme en lo alto, por qué parecía tener vida propia como un balón. Y Daniel, que a través de Sofía se acordaba de sus primas e hijas de amigos de sus padres, sabía que se trataba de pura genética, y *ballet* y equitación cuando niña, porque ahora ni siquiera daba paseos. No se sabe de redactores jefe que tengan tiempo de dar paseos.

Y sin embargo, Daniel no pudo apreciar una mirada de *Picasso* a Sofía, y eso que se fijaba. A lo mejor era eso lo que debía de pitar en los oídos de Sofía: *Picasso* era el único hombre en todo el periódico que no la miraba, salvo para perforarla con esos ojos dirigidos a los suyos como bisturís. ¿Había oído mal? El día en que él le ofreció el cargo de redactora jefa de Cultura ella le había dicho que si con ello pretendía acostarse con ella «iba dado».

—Bueno —le dijo él—, no es algo que se deba descartar de antemano, ¿no te parece?

Sofía se quedó mirándole, por lo general sabía manejar el lado salido de los hombres, desde niña no había día en que algún hombre no la mirase como pidiéndole otra cosa. Por eso era una experta y la mirada de *Picasso* no iba de eso.

—Quiero decir... —añadió *Picasso*, e iba a explicar algo y cambió de opinión—: ¿Qué es para ti la sección de Cultura, Sofía?

Ahí sí que la cogió con el paso cambiado.

—¿La sección de libros, música, cine y demás... cosas por el estilo?

—Ahí está —dijo *Picasso*—: ¿No te parece rara una sección que trate, además de libros y música, de...

—Y cine.

—... y cine. Además de libros, música y cine, que trate de «y cosas por el estilo»?

Sofía lo miró callada.

—¿Qué cosas? —preguntó *Picasso*.

En adelante Sofía recordaría esa escena como si la hubiese representado en teatro: los altos ventanales abiertos sobre las acacias de la glorieta del Duque de Santás, el rumor de Madrid y de los niños jugando en un pequeño parque enfrente, la brisa de marzo acariciándole las piernas, y la energía que la tenía sujeta a su sillón modernista, haciendo fuerza para que la entrevista no acabase. Eso sí que la sorprendía. El mismo fresco que le levantaba un poco el vello transparente de los brazos desnudos le tensaba los pechos y les daba atrevimiento a sus piernas. Quizá por eso las mantenía cruzadas.

—Quiero decir —dijo *Picasso*, que no parecía esperar realmente una respuesta—, no quiero una sección de Cultura en la que el día antes podamos saber de qué va a ir, como la lista de las farmacias o la agenda del Gobierno. No quiero una agenda, una cartelera de la Cultura en la que se sepa qué películas se han llevado o se llevarán los Óscares, ni qué premio de novela han ganado los publicistas.

Más Madrid, más niños, más brisa entrando por los balcones, y un amago del teléfono que le unía a sus secretarías.

—Ahora no —cortó *Picasso*, apretando un botón. Sus modales habían cambiado.

—¿Y qué tiene que ver eso con «no descartar de antemano»? Fue eso lo que dijiste, ¿no?, «no descartar de antemano» que nos acostemos juntos —preguntó Sofía, que no había olvidado e iba a lo que iba.

—Pues que si la sección de Cultura es aquella en la que puede pasar cualquier cosa, como con los sueños, no vamos a empezar poniéndole condiciones, ¿no?

No nos van a dejar nada

La Crónica del Siglo. Año IV

Y así fue, sobre todo cuando, en el cuarto año de la dirección de *Picasso*, *La Crónica del Siglo* se marchó de su sede histórica en Duque de Santás a una calle clon en ese nuevo Madrid gris que hubiese podido estar en Houston o Dusseldorf. La prueba es que allí un nativo del barrio de Lavapiés no sabía dónde se encontraba, tras ser llevado dormido, y solo lo conseguía al fijarse en el cielo, como contó uno de los nuevos reportajes del periódico.

Entonces *La Crónica* ya era muy distinta, con la fuerza de las revoluciones al comienzo. Parecía informar ya de otro siglo, lo que fue leído de muchas maneras —como siempre con los éxitos—, y se le atribuyeron no pocas causas.

—El culpable es Dimas, sin duda —dijo en *Mensajero* un subdirector viejo y alcohólico. Le asomaba esa sonrisa amarilla que a veces tienen incluso no fumadores cuando ven éxitos ajenos y olfatean que pueden terminar corriendo el banquillo.

—¿Dimas? —preguntó alguien—. ¿Pero no estaba en París?

—Vá y viene... y las ideas que escribe en su columna se las trae de allí... —dijo un escéptico, la raza dominante en las redacciones viejas.

En un bar de Cuatro Caminos, un hombre intentó dibujar a bolígrafo, sobre el mismo periódico, la crónica de guerra firmada por B. V. que acababa de leer.—... Qué mal —dijo una chica con los ojos brillantes mientras hojeaba *La Crónica* en el aula 532 de la Facultad de Ciencias de la Información, en Ciudad Universitaria, y esperaba a un profesor que llegaba con retraso.

—Qué mal qué —le dijo un compañero. Sonaba harto, harto de esperar, una asignatura troncal en Periodismo.

—Qué mal *La Crónica*. Se lo están pasando de cofia...

—¿Sí? —dijo su compañero, que no leía periódicos—. ¿Y por qué mal?

—Porque no nos van a dejar nada para cuando nosotros lleguemos. Fíjate...

—Llegarás tú, que tu padre es el gerente —la interrumpió su compañero. No miró aquello en lo que había que fijarse y sí de nuevo las copas de los árboles a través de los ventanales. Se preguntó por qué su padre no era gerente de un periódico. «No hay justicia», pensó.

Sí, su padre podía ser el gerente, pensó la chica, hermana de Verónica, la redactora de Cultura,

pero al ritmo que iban los cambios quién sabe si lo seguiría siendo cuando ella terminase de perder el tiempo en esa facultad donde, encima, pasaba más despacio.

«Sí, sube la venta», pensó el gerente mientras leía *La Crónica* en el Puente Aéreo a Barcelona. Pero pensaba en el reportaje de Carlos Sotomayor que se había ido hasta Senegal para contar el viaje a Europa con los ojos de un africano, y que había costado como cien de los reportajes que se compran en los supermercados, ya hechos y envasados al vacío para que se puedan reutilizar una y otra vez. Por no hablar de otro en marcha, ultrasecreto, de un reportero estudiando incluso en la academia de espías para realizar un reportaje desde dentro. «Sube la venta», pensó, «pero no lo bastante para tanto gasto».

A eso iba a Barcelona, a captar recursos, como dicen los gerentes.

—¿Anuncios? ¿En *La Crónica*? ¿En Madrid? ¿Y por qué en Madrid? —preguntó un jefeazo de We Look Right, la agencia de publicidad de moda en Barcelona.

—Porque están cambiando las reglas del juego —dijo una joven ejecutiva de gafas gruesas, una suerte de oteadora de lo nuevo, especialista en por dónde va el viento.

—¿Ah sí? —dijo escéptico el publicista—. ¿Y eso es bueno para nosotros, que cambien las reglas? ¿Cómo podremos anunciar aquello que la gente no reconoce?

Eso mismo se preguntaban en periódicos y radios donde algunos de los periodistas jóvenes querían imitar a *La Crónica*. No así los graves redactores jefe de treinta y cinco años, ya muy conscientes del riesgo de publicar periódicos sin espejos para los lectores.

—¡Maldita sea! —coincidió Alfonso López, columnista, igual que si se hubiese hecho un corte al afeitarse.

—¿Qué te pasa? —preguntó su mujer.

—Nada —pretendió López mientras cerraba *La Crónica*.

Pero su mujer sabía que sí pasaba: de seguir *La Crónica* renovando el mundo, su marido tendría que dejar de escribir columnas sobre el Real Madrid, el Barcelona, la televisión —un indicio seguro de que un columnista se ha cansado—, la oposición y el Gobierno..., en fin, todo aquello con buenos y malos fáciles de reconocer. Ahora no necesitaba ni ver el telediario, solo tenía que escribir el artículo de siempre, que ni había escrito él por primera vez, cambiando de lugar los sustantivos y los adverbios. Si *La Crónica* seguía cambiándolo todo, tendría que volver a leer periódicos e incluso a pensar. Y quién sabe si ya sabría, pensó la mujer mientras le miraba, y una sombra le recorrió los ojos.

«¿Y ahora qué hacemos?», pensó el secretario perpetuo de la Academia de la Lengua, también perpetua, al superar su repugnancia y hojear *La Crónica*. Si ya no se trataba del pluscuamperfecto de los verbos y de la eficacia de los adjetivos...

«... sus muertos», pensó el portavoz Serapio Sánchez, en el pequeño Kremlin de La Moncloa. Repetía ese juramento al leer la prensa, pero esta vez era más a largo plazo. El virus de *La Crónica* comenzaba a prender en los demás: habría que hacer otra cosa para seguir ocupando titulares, que es de lo que viven los gobiernos. Todas las ruedas de prensa ficticias y sin admitir preguntas, las inauguraciones de túneles, las polémicas de pega con la oposición, los proyectos de ley que ya nacían con el virus de la amnesia inyectado en su estilo... todo se iría al cuerno si los periódicos buscaban ángulos nuevos e información de verdad...

—¡Bah!, tampoco es para tanto —comentó una de las urracas más famosas en un programa de cotilleo. Con la astucia reforzada por tanto pensar pequeñito, tenía razón: *La Crónica* y ella

jugaban en ligas distintas, paralelas. Nunca habría competencia. No corría peligro.

—Cómo, ¿hoy no hay? —preguntó un lector mientras se enfadaba con cada página que pasaba de *La Crónica*.

—Hoy no hay ¿qué? —preguntó Carmen, la quiosquera culta de la calle Ramón y Cajal, frente al Colegio Alemán. No entendía, aún quedaban bastantes ejemplares de *La Crónica*.

—¡Nuevo dibujante! —dijo el aficionado al arte.

—Pues no lo sé —dijo Carmen, que no podía leer toda la prensa—. ¿No lo hay? Quizá más adelante...

—¡Así ya se puede! —la interrumpió el lector—: Primero enganchan a los lectores con nuevos dibujantes y luego, una vez enganchados como adolescentes a la droga en la puerta de los colegios, los dejan sin. ¡Típico!

—¿Ha mirado usted más adelante? —preguntó Carmen, con el instinto aguzado en tantas madrugadas de frío.

—Sí, mire, aquí hay algo.

Y en efecto, un exgrafitero que había mostrado talento para irritar a los ministros —en otros países un talento obligatorio para graduarse de caricaturista— hacía un dibujo de fútbol que les iba a estropear el desayuno a los presidentes de club.

—¿Pasa mucho? —le preguntó a Carmen un lector de barba canosa y ojos quietos que a veces compraba ahí sus periódicos.

—¿Lo de este lector? Bueno, sí, hay unos cuantos que se enfadan por todo.

—¿Y por *La Crónica*?

—Sí, también por *La Crónica*. Unos se enfadan y a otros les gusta. Como siempre con lo nuevo. Luego se acostumbran y todo se calma. De todas formas ya casi nadie lee —y Carmen señaló los montones de periódicos todavía no vendidos y era ya media mañana—. Y usted, ¿qué piensa?

—¿De la nueva *Crónica*?

—Sí, de *La Crónica*... Usted es el experto.

—¿Experto yo? Qué va. Ni siquiera cuando era periodista. Desconfíe de los expertos: tienen ideas fijas y luego hunden los periódicos.

—Bueno, aunque no sea experto, ¿qué piensa?

—No sé... habrá que darle tiempo.

«Manolo» como soborno

Pero justo tiempo es lo que no había. Si algo caracterizó ese entonces era que se escapaba, y más de lo habitual, vete a saber por qué. Las nubes de marzo y abril esquiaban sobre el azul del cielo. La gente compraba relojes cada vez más caros con la esperanza oculta de que tuviesen más segundos, fuesen más lentos. Aunque ponían los despertadores, no había forma de escapar a la sensación de que en algún sitio había una fuga, tenía que haberla, una cañería rota por la que se escurría el tiempo. Un desperdicio grave pues tiempo es lo que está en todo y de lo que todo depende. Y el desperdicio no era solo por culpa de los atascos, las colas, los móviles, los pelmazos y las broncas por el mando de una televisión gorda de publicidad como un cerdo listo

para la matanza, ladrones de tiempo ya muy fichados por la policía. Era un asunto más sutil.

Un día de mayo Fina, una fotógrafa con un don para captar la humanidad de los políticos, descubriría con arrobo el placer insustituible de darle el pecho a su hijo, y de puro amor, que se le salía como la leche, tomaba fotos del niño y su pezón que le parecían iguales a las hechas por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. Entonces la llamaron del periódico como si ella fuese una especie de bombero.

—Y no me quedó más remedio que llevar al niño a una guardería para niños mayores —le dijo alarmada a Paloma, una amiga del periódico—, porque no había parques de tiempo donde lo pudiese dejar jugando.

Paloma la miró con la sorpresa del mayor ante la ingenuidad joven. ¿Debía revelarle que no era más que el comienzo? ¿Que ahora se perdería el tiempo de su bebé pero más tarde también el de la niña que empezaba a hablar, y a leer, y el de ayudarla en los deberes, y luego el de los cambios de su cuerpo y los primeros novios, tiempos todos devorados por un periódico que nunca, nunca quedaba satisfecho? ¿Y que entonces era muy posible que su hija enfermara de anorexia para echárselo en cara? ¿Y eso a pesar de que la entrega a su trabajo ya le habría costado el divorcio y una sentencia de soledad? ¿Debía decirle que ese tiempo se pierde para siempre, no se sabe adónde va ni quién se lo queda, y no se recupera jamás?

En un hotel de una estrella en la avenida de Portugal, Dueñas, el jefe de rotativas, no pudo terminar lo que había empezado —se tuvo que fumar el cigarrillo del entreacto mientras se vestía — porque le llamaron del periódico para que llegase antes. A veces pasaba.

—Qué ha sucedido —preguntó.

—Nada que yo sepa —le dijeron.

—¿Entonces?

—Entonces creo que a partir de ahora va a ser así siempre.

—¡Y una mierda! —dijo Dueñas con vieja indignación sindicalista, pero ya estaba resignado: si no, no habría sido jefe de rotativas. Su cabreo era sobre todo un teatro para la prostituta que lo miraba calculando si podría aprovechar ese tiempo ya pagado para echarse una siesta. También a ella le robaban tiempo por los dos lados.

En las Cortes, Javier Izu, el cronista parlamentario que había sido rescatado por *Picasso* del alcoholismo y el aburrimiento de copiar teletipos en la sección de Internacional, ya no se podía quedar más que a la primera réplica, no a la duplica, en los debates de los miércoles.

—Pero ¿antes no te quedabas? —le preguntaron en una cena, donde terminó como siempre contestando a las preguntas sobre el periódico. Pues por alguna razón las redacciones se encuentran entre lo que más curiosidad levanta, junto con los finales de los culebrones y las faldas de las profesoras guapas.

—Antes teníamos más gente.

Lo cual no era cierto. Antes había menos, incluso. Ciertamente *Picasso* había pactado despidos con algunos redactores. Pero eran justo los que ya no redactaban sino que vegetaban intrigando por pasillos y cafeterías, una de las enfermedades de la edad en los periódicos. Ciertamente también que las columnas de *La Crónica* se iban quedando vacías, abandonadas por los que resultaron incapaces de mirar desde otros sitios y no desde el piso de renta antigua de toda la vida.

No siempre se les sustituía, y ahí se iba contra la tendencia de los periódicos de la época a cambiar verbos por adjetivos, información por ocurrencias. En lugar de contratar a más

opinadores, *Picasso* se había ido trayendo a reporteros como Daniel, elegidos uno a uno como los cuadros de una colección de arte. En cierto modo lo eran.

También tuvo equivocaciones... Ese fue el caso de Manuel Mínguez, un redactor de radio con una voz que parecía decir la verdad pero que al entrar en *La Crónica* comenzó a recibir de los ministros palmadas en la espalda mientras le llamaban *Manolo*. Y el asunto le quedó grande.

Pues más a menudo de lo que se cree, el periodista ya no recibe sobres. Recibe el soborno del *Hola Manolo*, que funciona casi siempre. En el 92,47 por ciento de los casos los periodistas son personas criadas en casas donde los televisores no se apagan —quiere decirse que desconocen tanto el silencio y el aburrimiento como la ensoñación—, se hacen la cama y en el supermercado saben dónde se encuentra la leche desnatada porque van todos los sábados. No están preparados para que de pronto un ministro les adjudique un *Hola Manolo* y les haga subir, o lo parezca, como seis plantas en la escala social. De golpe se encuentran, ya no en el vestíbulo del poder, como cuando eran reporteros, sino holamanoleándose con él. Sienten de pronto que el ministro podría ser el padrino de sus hijos y a veces, cuando ya han perdido el norte, le piden que lo sea. Muy, muy pocos periodistas se resisten a la palmadita en el hombro y al tuteo del ministro, ni comprenden lo que está en juego.

Cuando *Picasso* vio un telediario en el que Manuel Mínguez aparecía charlando con un ministro como si fuesen compañeros de una peña taurina, después de informarse un poco más lo despidió tan rápido como al redactor que sorprendieron falsificando las fuentes de un reportaje. Era muy consciente de lo exagerado de su medida, pero quería enviar un mensaje nítido a la redacción, que comenzaba a creerse algo especial.

Y también eran decisiones rápidas. ¿Acaso no invitó a Sofia a que se hiciera cargo de Cultura un día antes del traslado a la nueva sede? Justo ahí pareció que el tiempo de verdad quería llegar a alguna parte.

Horas de 71 minutos

Sofía. Año cero

En la nueva *Crónica* Sofía destacaba como un pájaro en un árbol, que parece una rama pero una rama que canta. Y no es que Sofía cantase —podía ladrar, aunque eso va con el sueldo de redactor jefe—, sino que por alguna razón se la veía como algo ajeno, perteneciente a otro sitio. Lo mismo le ocurría a *Picasso*.

Eran esos días en que un reportero llegaba desmelenado con lo que creía era un pedazo de Historia caliente entre las manos y Paco Silva, el redactor jefe de Nacional, que ahora parecía defender algo más que un sueldo, le decía:

—Dos folios.

—¡Pero si en dos folios no puedo contar ni el comienzo!

—Los comienzos no importan. Cuenta el final.

Y no es que Paco Silva se hubiese vuelto loco, era que el tiempo se había acelerado y pasaban más cosas. Las horas parecían tener 71 minutos. Si en un tiempo normal tres muertos en un accidente provocaban un titular, en *La Crónica* tenían que apretarse con más cosas en la misma noticia. De pronto pareció que venían más cantantes a la ciudad. Los políticos hablaban más y más criminales eran llevados a juicio, y los periodistas no podían quedarse a esperar la sentencia y por eso había cierta sensación de impunidad. Los de Deportes se las veían para abarcar tanto, tanto fútbol. ¿Cómo no iban a destacar, *Picasso* con sus corbatas tejidas, inventadas para hombres que fumaban en pipa, y Sofía, con unas piernas incompatibles con las doce horas que se tenía que pasar al día en el periódico?

—¿Y esto va a ser siempre así? —le preguntó Quico, su marido.

»Oye —le dijo otra vez—: Si llego a saber que el periodismo es como si tuvieses un amante...

Ahí está: aunque a Sofía le hubiese sorprendido considerar a Rubén su *amante*, lo cierto es que allá en el fondo le había empezado a construir a otro una pequeña habitación.

Nunca hubiese podido sospechar lo que vino luego.

—Quiero tener un hijo, aunque sea adoptado —le dijo Quico, si bien no entre abrazos y llevado por el entusiasmo del amor, como marca el libro, sino tras la cena, como un reproche, una reivindicación más.

—¿Ahora? —dijo Sofía, y en esa palabra, que es de ficción y no señala nada que se pueda tocar, se le vio toda la angustia. Quería ser madre pero no con ese hombre. Y su cuerpo ya no podía esperar.

—Sí. Ahora.

O sea que su marido quería hacerle el truco más viejo para retener el agua entre las manos, mantener unida una pareja que ya no encaja. En su negativa comenzó un tipo de silencio de aspecto resignado que —no toda la gente lo sabe— suele preceder a los divorcios.

De todas formas ella no veía todo lo que le estaba pasando, y no solo por el elegante parche de terciopelo que, por los días del traslado, le cubrió el ojo izquierdo.

Fue una de esas cosas minúsculas pero de sombra larga. Sofía se agachó en su casa a levantar una naranja caída de una bolsa, y al levantarse se dio un golpe en la ceja contra una ventana abierta por un viento de abril. La herida fue aparatosa y su ceja sangró mucho. En el examen detectaron que el ojo sufría de pereza, y para despertarlo le recetaron un parche en el otro.

—¡Voy a parecer un pirata! —protestó Sofía.

—Bueno —sonrió la oftalmóloga como si supiese algo—: Hay piratas y piratas.

Y en efecto: con un parche de terciopelo azul marino sobre el ojo derecho, de *Culo Preguntón* Sofía pasó a ser *Culo Tuerto*, ingenio agrio que sugería envidia y más frustración. Algo muy de los periódicos: huelen algo pero no saben ver qué. El hecho es que Sofía comenzó a mirar distinto. Con toda probabilidad ese monóculo de terciopelo fue el responsable de que Sofía fuese capaz de ver a su marido como cualquier hombre colgando del brazo en un vagón de metro.

Un domingo de lucidez había visto polvo en la casa de sus padres, algo tan extravagante como imaginar un olor en el sobaco de una modelo. No era sobre el piano de cola que hacía de base a las fotos enmarcadas en plata sino que el polvo desteñía a sus hermanos, campeones de hípica y golf con trajes encargados al sastre por teléfono. No estaba previsto el polvo sobre ellos o sus cuñadas, a quienes les tintineaban las pulseras mientras hablaban por los móviles. Con sus bolsos marcados como ganado de lujo, parecían mujeres anuncio de Loewe y de Gucci, y quizá lo fuesen.

En la nueva sede *La Crónica del Siglo* dejó de parecerle una misión, como la de un médico en la selva, para convertirse en un trabajo. Algo sorprendente por cuanto en el viejo edificio de Duque de Santás Sofía rara vez se había sentido trabajando. Allí los actores le hablaban como a una amiga, en la primera regla del entrevistado: hacerse cómplice y que no parezca una entrevista. Y en *Mensajero* no se había sentido asalariada ya que un periodista joven no cree que importe lo que le pagan. Se siente protagonista de la Historia, y ese es el mejor truco para que acepte su sueldo de broma. Ni intuye todavía que la Historia no le dejará pasar del vestíbulo. Solo muy rara vez y a unos pocos.

En la nueva sede Sofía descubrió que se maquillaba más el ojo vago, el que debía esforzarse, y ello para protegerse de esos barrios hechos de esquinas que herían los ojos y cercaban al periódico con una especie de fascismo del ladrillo todavía no descrito ni catalogado. Esa máscara de maquillaje le servía también para defenderse de un edificio cuyo arquitecto era famoso por haber desterrado el alma de sus edificios, algo que antes parecía tan imposible como prescindir de los techos. ¿Para qué usar el alma si ciencia e ingeniería ya habían demostrado que no existe?

—¿Qué le pasa a *Culo Tuerto*, que sonrío menos? —dijo alguien.

—¿Menos aún? —dijo un segundo.

—Querrás decir *Culo de Picasso* —intervino Emilia del Valle, la redactora jefa de Sociedad, que tenía el talento del susurro, el implícito, el hablar por los laditos.

—Pero qué dices.

—¿No os habéis dado cuenta? —preguntó Emilia como quien se asombra de que la gente no sepa que los Reyes Magos no son los padres, como se asegura, sino inspectores de Hacienda investigando despilfarras—: Qué ingenuos sois. Qué fácil es manipularlos.

Siendo *manipularos* una palabra tabú en periodismo.

Pero eso no importa. Lo que importa es que Emilia no andaba del todo descaminada, y ni siquiera Sofia se había dado cuenta.

Atún y soledad

Puede que Sofia fuese una niña bien (ya no tan niña), casada con un Granada de los del Banco de los Cinco Puntos Cardinales, y cuyos cuñados desprendían una delicada aureola de polvo cada vez que le pegaban a una madera tres en el golf. Pero era sin duda también una periodista. Una reportera de las que bajan a los talleres a respirar los primeros ejemplares todavía húmedos de tinta y no les importa mancharse las manos. Siempre quería saber qué había sitio una explosión en la calle y qué pasaba dentro de los Consejos de Ministros.

Y le interesaban la gente y sus detalles, residuo de sus entrevistas, el único lugar en un periódico en el que importa si alguien colecciona teteras con dragones o fuma raspadura de mandarina junto con el tabaco de su pipa (detalles tomados de dos de las suyas). En guardia por la conversación con *Picasso*, a Sofia no le quedó más remedio que interesarse por ese aventurero que, tras un braguetazo y hacerse con la dirección del periódico más antiguo de Madrid, lo estaba cambiando como para saber si tenía corazón, igual que hacen los niños con los gusanos. Y sin anestesia.

—Pero cómo va a ser un experto en arte un tipo que nos hace dejar un palacete en Madrid y nos mete en un polígono industrial.

—Si no fue él. Fueron los de talleres, que amenazaron con una huelga. Si ya al final tenían que hacer la mitad de la tirada en los talleres del *ABC*.

—No fueron los de los talleres. Fue el consejo de administración, que no quiere verse asociado con un periódico demasiado viejo. Es como los gobiernos, que lo cambian todo para aparecer en los libros de Historia.

—El cambio se debe a que *Picasso* es un experto en arte. Por eso está haciendo una instalación con su periódico. Y las instalaciones se hacen en barrios industriales.

Esos eran los comentarios que escuchaba Sofia mientras fingía que no. Así se enteró de que *Picasso* dormía poco y mal y a veces se le veía en los garitos más oscuros. Que en París se hizo amigo de otros dos exiliados, Dimas Foz y Ernesto Istúriz, un antiguo reportero lleno de talento que había terminado en *La Mañana* de cronista en las Cortes, donde la realidad se repite según un guión más bien simple. Que ahora solo se veía con Dimas, cuando se veía porque Dimas era imprevisible y a veces estaba en Madrid y a veces en París; allí dejaba de escribir su columna y hacía de saltimbanqui o vete a saber. Que su mujer (la de *Picasso*) era italiana, que mexicana, que

ya no estaba con ella.

... es curiosa nuestra relación, ¿no es cierto? No nos vemos pero estamos presentes el uno en el otro. Tú al menos lo estás en mí. Parecería que nos necesitamos, pero solo con palabras o fotos: me encantó la tormenta que me enviaste de..., ¿de dónde era esta vez? No lo dices.

Así tenemos que ver las tormentas en Madrid, en foto. No sabes cómo añoro las de París... ¿Cómo era aquella canción de Brassens en la que se mete con los países tontos donde no llueve nunca y no han oído hablar del trueno?...

De un correo de *Picasso* a Julieta

... que *Picasso*, decían, se había tenido que fugar a París por haber seducido a una estudiante. Y eso Sofía no se lo pudo tragar.

Porque no.

Igual que uno no cree el cuento de que el mendigo de la esquina es un banquero arrepentido. Podría ser... pero no: algo hay en los banqueros que les impide arrepentirse, igual que algo tienen los venados que les impide atacar o tan siquiera insultar a los tigres. Algo había en *Picasso*, incluso a distancia, incapaz de *seducir* a las estudiantes.

Se decía que era madrileño, malagueño como el pintor de verdad, gallego y hasta extranjero. O por lo menos que su madre lo era, pero no se sabía de dónde: tenía un apellido raro. Que era un pintor fracasado, un profesor arbitrario y también mediocre —los peores— y un político que no había podido hacer carrera y ahora pretendía hacer la revolución en un periódico, «el único lugar donde aún son posibles», decía el escéptico.

Su madre tenía una pensión de estudiantes por la zona de Moncloa, se decía también, y ahí fue donde conoció al mexicano becado en Madrid que luego sería millonario y le nombraría director del periódico. Por el contrario, decían otros, su madre, una mujer bellísima pero con las manos enrojecidas por la lejía, fregaba las escaleras de un palacio y, como marca la tradición, allí había enamorado al joven duque. Y este le había hecho un hijo al que había dado, si no el nombre, que eso no es posible con los duques, al menos una carrera. Según esa versión, de la madre había heredado sus ojos quietos, de miel, y del duque la soberbia, que a esas alturas de la nobleza ya es genética. Y de ahí también que «Dios los cría y ellos se juntan», decían aludiendo a Sofía, aunque no delante de ella: puede que sus piernas fuesen legendarias y que la gente la siguiese por la calle para tener el honor de marcar el paso con ellas y verlas más de cerca, pero esa era también una forma de mantener las distancias, reconocerse intimidado. Las piernas de Sofía infundían respeto, como todo lo inalcanzable.

En la Dictadura, antes de su expulsión, *Picasso* había sido cómplice o anarquista de hecho, según las versiones. Se decía que acudía al fútbol disfrazado de forofó, para poder desfogarse en el anonimato de las muchedumbres —¿y por qué no? Con el fútbol suceden tantas cosas inexplicables...—, y también que lo odiaba. Y de ahí que, en lo que no podía interpretarse más que como una conspiración contra el fútbol, decían, en el periódico se hubiese empezado a hablar

también de otros deportes. Más aventuras que deportes, por otra parte, como la búsqueda en el Himalaya del Leopardo de las Nieves, que no se sabe si aún existe.

Sofía terminaba de colocar la leche en su carro del supermercado cuando vio a *Picasso* en alimentos dietéticos y se sintió como si hubiese sorprendido a alguien en el momento de quitarse los calcetines. El supermercado estaba lleno de jubilados y amas de casa, pero Sofía no parecía una de ellas. Había dormido poco y tenía ojeras, como las heroínas de novela de antes. Y eso fue lo que la decidió a esconderse tras los quesos y yogures.

Y ello porque tenía la sensación de haber sorprendido a *Picasso* en el acto íntimo de elegir barritas para no engordar... pero también porque no quería que él la viese allí, con un carro lleno de leche, champús, picantes que eran más bien masculinos y un rompecabezas del cuerpo humano que le había comprado a sus sobrinos para contrapesar con ciencia la influencia de los banqueros de la familia.

Y en ese rato aprendió mucho. Verle el apio y las manzanas a *Picasso* revelaba tanto como espiar por qué sección abría el periódico. Saber que en la pescadería había comprado una sola ración de atún, merluza, dorada... equivalía a tocarle casi la soledad de náufrago. Un misticismo que olía a pescado y era lo que le había dado vergüenza verle, no hay nada más privado que la soledad, el punto más vulnerable de cualquier humano aunque no es un punto sino un aura.

Sofía estuvo a punto de salirle al paso haciéndose la encontradiza. Un acto de justicia: si alguien ve la intimidad de otro, lo más honrado es mostrarle la suya.

Pero se le cruzó otra idea, una tentación de periodista.

La nadadora espía

Algo fácil. *Picasso* era una de esas personas que no miran alrededor, encerradas en un mundo, y eso que dirigía un periódico y ya entonces los directores llevaban escolta en previsión de los asesinos empatriotados con los más pintorescos e ingeniosos disfraces.

Bien es verdad que no se comportaba de un modo previsible, primera regla para evitar atentados. Al periódico podía llegar a las once, que es la hora del director, pero también a las nueve, la de los estudiantes en prácticas, o a las seis, la de los técnicos de talleres. O no llegar. O hacerlo en taxi, en su coche de director (que apenas usaba), en autobús y hasta en metro. Eso sí que era nuevo —no se sabía de ningún director de periódico que hubiese viajado nunca en metro, era algo que por lo visto tenían prohibido por la Asociación de la Prensa—, y en todo caso le proporcionó a Sofía unos datos que se revelarían decisivos.

Porque ahí fue donde Sofía descubrió en *Picasso* algo casi olvidado, y por eso a ella, que llevaba por cuna la idea de que hay más verdades en el pasado que en el futuro, e incluso que en el presente, le cayó bien.

Picasso leía, por ejemplo, algo que ya muy pocos periodistas hacen porque tienen que estar al día en televisión e Internet, y por la excusa de todo el mundo de que no tienen tiempo. Que con *Picasso* fuese verdad —el director de un periódico nunca tiene tiempo, siempre va con retraso— añadía mérito a sus lecturas. Además eran libros de verdad, no los libros de autoayuda escritos para el metro con la misión de impedir que los viajeros se sientan solos.

Para el espionaje de *Picasso* Sofía desplegó un ingenio y un talento para el disfraz que no se

sospechaba desde el colegio. Eligió el papel de nadadora, aunque no se lanzó a la piscina más que cuando ya se sentía segura. Porque ahí tenía que permanecer casi desnuda al lado de *Picasso*.

Para entonces ya había espiado en el súper, y ya se había quedado horas en un coche, esperando a que *Picasso* saliera del portal del viejo edificio de Chamberí donde vivía. Un día se disfrazó de señora con pulseras tintineantes y en un restaurante se sentó lejos pero a la vista de *Picasso*. Que como tampoco le interesaba ese lugar de prestamistas y políticos, se concentraba en lo que le decía un ministro. Servidumbre de los directores de periódico es que, no se sabe muy bien por qué, pero resulta sospechoso, tienen que comer a cada rato con ministros. *Picasso* le hablaba a este igual que al *maitre*. Eso le gustó.

Luego le gustaron pequeños detalles. Un día que ella iba vestida de estudiante —el vaquero que les sirve a las universitarias guapas para ir de incógnito—, se quedó con el interés con que *Picasso* escuchaba a un músico callejero. Igual que en otra ocasión en que lo seguía por el centro, y *Picasso* pareció descubrir el ángel sobre el edificio Metrópolis, en Gran Vía con Alcalá... ¡y le tomó una foto!

Ahí estaba la prueba: *Picasso* no se olvidaba del historiador del arte, y no pasaba mucho tiempo sin que acudiese al Prado, como si allí pudiese recuperar un poco de aliento. Y eso también le gustó.

O sea que Sofía decidió jugársela e ir un día a nadar junto a él.

En la piscina pública de la calle Charca Verde a la que iba *Picasso*, algunos jubilados negociaban con la artrosis plazos cada vez más cortos, un grupo de amas de casa galopaba a cámara lenta en patos de goma, y en las otras calles nadaban hombres y mujeres con gorro y gafas de piloto de avión descapotable. Sofía decidió que *Picasso* era quien nadaba mejor, se escurrió en el agua, esperó a que llegase a su altura, le dio algo de ventaja y se lanzó a nadar tras él.

Hacía tiempo que no lo hacía y la desbordó el gusto de nadar. No se sabe muy bien a qué dedicaban su tiempo libre Adán y Eva, y aún se discute, pero si hay algo seguro es que también nadaban. Sofía se sentía desnuda, y eso la intimidaba y le daba placer. Como las otras nadadoras, vestía un traje de baño de cuerpo entero, azul marino y blanco, y tenía muy presente que usaba la misma talla que a los veinte años. Y que sus piernas iban desnudas y por ellas la podían reconocer: solían causar efectos intensos en los hombres.

En el décimo largo *Picasso* se puso a nadar a braza, y a Sofía, que le imitó, la secuestró de inmediato la visión de su desnudez o casi. Su cercanía. El hecho de que el traje de baño se le abombara cada vez que abría las piernas y las recogía en un gesto de rana que parecía una llamada.

Solo entonces Sofía tomó conciencia de por qué seguía a *Picasso* y a veces soñaba con él. La luz de la mañana que atravesaba las paredes de cristal parecía subrayarle los músculos, y su ritmo: estaba bailando con él, a distancia, tal vez el baile más antiguo que existe.

Apenas luchó contra las ganas de mirar. Era algo que no se había atrevido a hacer nunca, mirarle la entrepierna que otras mujeres ya se atrevían a mirar en los hombres aunque lo hiciesen con la sombra del ojo con que los hombres miran los pechos de las mujeres y parece que no ve.

Pero sabe que está ahí. Sofía lo supo un día que *Picasso* se acercó a su sección y, mientras supervisaba unas fotos, ella era consciente de que la hebilla de su cinturón se encontraba a un

palmo de su cara —hasta creyó sentir en la mejilla el calor que exhalan los ombligos— y al tiempo era muy consciente de la apertura de su blusa. *Picasso* tendría que ser ciego para no ver un trozo de su delicado sujetador de encaje y parte de un pecho de cuya firmeza de marfil estaba, para ser franca, muy orgullosa. No conocía a nadie que tuviese pechos naturales tan firmes a una edad en que comienza una desesperada resignación.

En la piscina de Charca Verde sabía que esta vez sus pezones se esculpían a través de la delgadísima piel del traje de baño y que su entrepierna estaba dispuesta a terminar de abrirse con un soplo. Como ya no le sucedía con su marido desde hacía tiempo, pero tampoco con Rubén Madina, con quien, por cierto, había roto hacía unos días.

—Ya no soporto nuestros encuentros de motel —le dijo.

—Pero si esto no es un motel —Rubén parecía sorprendido, y Sofía confirmó que no se equivocaba y se preguntó, como sucede cuando el amor o el sexo se acaban, por qué se había estado metiendo en la cama con ese hombre de quien ya no le gustaba lo que le había parecido elegancia de sus adjetivos.

Sofía regresó al largo crawl elegante que le permitiría adelantar a *Picasso*, que nadaba a braza, sin miedo a que la identificara pese a la máscara del gorro y las gafas. Deseaba pasar a su lado, tan cerca que él acariciase con sus ojos quietos sus largas piernas, su estómago plano. Que reconociese el lenguaje más viejo que existe. Que con su mirada brumosa Sofía le descartase cualquier duda de que le estaba ofreciendo su entrepierna legendaria, alcanzable solo tras una larga ascensión.

Cruzar es el destino

La Crónica del Siglo. *Septiembre. Año VII*

En septiembre del año VII de la revolución de *Picasso* un par de nubes de peso pluma se asoman al fin al Alto de los Leones, pero nadie las ve porque, nada más insinuarse a la vista de Madrid, el azul las devora. No tenían la menor oportunidad: después de cuatro meses de tiranía de sol y calor, el azul está fuerte como un ogro y se zampa las nubes como galletitas de nata, sin dejarle nada, lo que se dice nada, a la ciudad sedienta de un poco de sombra. Y no hay que engañarse: ese velo que agrisa un poco el horizonte no es niebla, como jura el alcalde. Es contaminación.

Vuelve la gente de otras vacaciones pero el bronceado es el mismo de todos los veranos. ¿Significa eso que todos los veranos son el mismo?, escribe Daniel en su libreta de notas.

Pero Daniel sabe que eso no es cierto, que lo de su libreta son amagos, intentos de sujetar el tiempo con frasecitas que suenan bien y rara vez se confirman.

Porque el tiempo ha pasado y nada es ya lo mismo. Yago ha dejado de ser el que levanta teléfonos para decir que alguien no ha llegado y el que busca fotos en el archivo. No es que tenga arrugas, es que tiene menos curiosidad —entre periodistas la curiosidad se consume más rápido aún que la juventud, de ahí que haya tantos jóvenes viejos—, y ya la invierte solo en lo que promete buenos titulares. Que no es mucho, basta ver que los periódicos son como culebrones infinitos y con no demasiados protagonistas.

Lo mismo Verónica, que ha perdido el aire de cafeinómana noctámbula y se le ha puesto el aire universal de las periodistas madre: un poco más gordas porque ya no corren tanto en busca de las noticias y porque también ellas han perdido curiosidad, que consume muchas calorías... Sobre todo por la ansiedad de no poder ver a sus hijos. Corren para terminar y llegar para el baño de los niños. Pero la Actualidad, sea eso lo que sea, no suele tener la generosidad de terminar antes, y ellas llegan tarde y maldicen la hora en que el periodismo les pareció una vida deseable.

La que en cambio ha perdido el aire triste es Paloma, la veterana que cuando Daniel llegó

parecía uno de esos casos de periodistas perdidos para la guerra. Si uno se fija, hay bastantes. Ya no esperan nada de una profesión que empezaron con la fe de quienes creen que el mar se puede comprar a plazos. Y a partir de cierto momento cuentan los días para jubilarse y escapar del carrusel de las noticias, con sus rituales de guerras y sequías, premios, asesinatos, partidos de fútbol y nuevos presidentes del Gobierno.

Algo ha ocurrido porque Paloma ha perdido el fatalismo y ahora asesora a Sofía con los ojos brillando y un buen olfato que en su caso le viene, no desde luego del colmillo retorcido —si lo tuviese ya sería subdirectora o jefa de prensa con un sueldo de tipo soborno—, sino de la experiencia. Y a base de insistir, esta termina por pesar casi tanto como el colmillo retorcido. Sofía recurre a Paloma cada vez más. En la guerra que se libra, cada detalle cuenta.

... ¿Guerra?... ¿Han dicho guerra? ¿Hay una guerra, acaso? Eso implicaría uniformes, órdenes, armas y lágrimas...

Sin duda, la hay... Claro que nadie la llamará *guerra*. Esta es con otro tipo de armas y de batallas.

Las guerras normales comienzan con un bombardeo, el cruce de una línea, un bofetón, un agravio. Miradas de odio. Insultos. «Nosotros» y «ellos». En un periódico, en medio de los relatos de otras guerras, todo es mucho menos nítido. Sofía sospechó que algo estaba ocurriendo cuando, al buscar la causa de un malestar que día a día le restaba las ganas de ir al periódico, solo encontró un puñado de miradas tuertas, carcajadas y sonrisas, y en cierto orden.

Lo ha visto más veces. Igual que un notario y un rinoceronte necesitan de su corbata y de su cuerno, es sabido que las redacciones lo necesitan, parece ser, para sobrevivir: marginar a algunos de sus miembros y hasta morderles en el corazón para que no se les ocurra protestar.

Cada cierto tiempo, y con cada director, se reorganizan las mareas de la redacción. Y en esa especie de canódromo en el que se corre tras el tiempo, como los galgos tras el conejo mecánico, los periodistas —debe de ser algo de la especie— encuentran tiempo para empujar a los elegidos hacia las esquinas de modo que encuentren solos la puerta.

Los que empujan defienden el patrimonio común: así no hay que pagar a los empujados indemnizaciones por despido. Y en el caso de que se hagan los vagos y no quieran encontrar la salida, el grupo procura que sufran de insomnio, se sientan a disgusto, se les vayan juntando las cejas y, al final, hasta se les ocurra pensar en el suicidio.

Y ello aunque al tiempo consigan publicar los secretos del gobierno real, no el que sale en las fotos. O que escriban sobre fútbol de forma que apetezca más leer la crónica que ver el partido y —eso es lo más misterioso— incluso jugarlo. Más aún: puede suceder que los empujados lo sean porque han conseguido publicar los secretos del gobierno real. Porque han contado lo que está tras las fotos.

De pronto alguien que en el reinado anterior lo había hecho bien y hasta indispensablemente, o eso le habían dicho —el truco del *nadiecomotú*—, se extraña de que el mayo escandaloso no se corresponda con el diciembre que hace dentro del periódico. Y eso pese a que los redactores van en mangas de camisa y con algunas redactoras jóvenes no se sabe si han terminado de vestirse.

Y *elquelohabíahechobien* nota cosas. Que un compañero le sonrío con media boca, por ejemplo, y le evita la mirada. Mientras cabalgan en un periódico lanzado a toda velocidad, poco a

poco se da cuenta de que son varios los que lo creen culpable de algo. Se les ve en la mirada cobarde, que huye sin preguntar la otra versión de las cosas, no vaya a ser que se la den. Y cuando le mira mal hasta el jefe que no hace tanto le decía «si no existieras habría que inventarte» (los jefes repiten ese tipo de frases, es como una especie de identificador del rango por la boca), el no mirado comprende que ha caído en desgracia. Y no sabe por qué.

Bien, eso es algo que sabe todo redactor que ya se afeite: a la semana de trabajar en un periódico, cualquiera que mantenga los ojos abiertos ha visto ya cómo antiguos cronistas de Política se pudren en el archivo. O que una antigua reportera de Educación se dedica a levantar teléfonos en una sección periférica solo porque un ministro la acusó de inventarse unas declaraciones. Todo el mundo sabe que casi seguro es el ministro quien miente —a los ministros les pagan por mentir y a los periodistas no—, pero esa es la oportunidad para quitarse de encima a la redactora: porque una vez se acostó con un redactor jefe que siente el episodio como una amenaza. Porque ha engordado. Porque le parece que los planes de Educación perpetrados contra los escolares deberían ser examinados por un fiscal. Por lo que sea: más temprano que tarde se marchará. Igual que en Siberia con los grados bajo cero, está calculado cuánto tiempo puede resistir un ser humano levantando teléfonos o ajustando la cartelera.

Lo que pasa en *La Crónica del Siglo* es que, en los siete años de su mandato, *Picasso* ha prescindido de esos métodos de arrinconar a la gente. Sofía está desacostumbrada.

Cierto que cuando llegó *Picasso* cambió de lugar a no pocos redactores, pero lo hizo sobre todo para encontrarles un sitio en el que les gustase trabajar, no para vengarse, como hacen los directores tan a menudo. Quién sabe por qué. Hay quienes dicen que los directores se vengan porque tienen úlcera, fuman demasiado, sus mujeres les odian al descubrir que sus periódicos son sus amantes y no los dejarán ni aunque les amenacen, tienen miedo y quieren dejar claro quién manda, odian a los jóvenes porque ellos ya no lo son, el fisco les persigue, se lo exige una secta, nunca fueron corresponsales de guerra, no tienen el yate que desean o porque les pegaban en el colegio... Hay muchas teorías. A *Picasso* no le debieron de pegar en el colegio o sí vivió una guerra, a su modo. A quienes pese a todo siguieron empeñados en que era un escalador, un seductor de herederas —todo nuevo director tiene su cuota de críticos que lo consideran un delincuente—, les firmó incluso cartas de recomendación y les despidió con franqueza, después de negociar indemnizaciones.

Pero el resultado es que ha desacostumbrado a la redacción de *La Crónica del Siglo* a las guerras civiles. Un fallo grave pues la guerra civil es algo tan inherente a la vida periodística como el lenguaje cubista a los políticos. A veces hasta se enseña en las escuelas de Periodismo y en muchas redacciones se va imponiendo como valor: hay que traer fotos más sucias y aguzar la astucia para sospechar mejor lo que se oculta. Solo así se consiguen buenos reporteros que, en ruedas de prensa abiertas a todo el mundo, se nieguen a comunicar a quien llega tarde qué es lo que se ha dicho.

O sea que no es extraño que al poco de la llegada de *Picasso* hubiese quien ya estuviese hablando de guerra. Y cuando se habla de directores, la guerra es de sucesión. Lo que está en juego es el trono. Y que nadie se ría: por razones que tampoco se saben, por llegar a dirigir un periódico la gente es capaz de hacer más que por navegar con una modelo sobre un mar de esmeralda. Conseguir un reloj con más horas. Volver a tener eyaculaciones nocturnas cuando ya se preside un banco. O dirigir el Real Madrid o el Barça (y ganar). Ese es el rango.

Periódico sin dueño, felicidad de artista

Seis años y medio después, el hecho decisivo es que don Atiliano se ha debido de arrepentir de haber comprado *La Crónica del Siglo* como tarjeta de visita en su regreso a España porque ni ha regresado ni ya pretende hacerlo. Vino, encontró el cielo azul, los ojos de las mujeres, el jamón, los gritos en los bares, la religión del fútbol —en todo ello reconoció al país de sus recuerdos—, pero vio que se le había apagado la revancha.

No es que ya no tuviese ningún deseo, como había creído durante años, de regresar a defender las verdades con las que las guerras no acaban, solo las aplazan. Es que ya no tenía interés. Había reconocido la tortilla de patata y el aroma del vino, que arrastraba tras de sí el de las aceitunas y el chorizo en sus insomnios, pero a su país se lo habían llevado a otra parte. O por lo menos disfrazado. No reconoció ni siquiera a sus primos de Mazcuerras, Cantabria, en un país donde lo que más había, le pareció con sus ojos ya un poco mexicanos, eran los mismos nuevos ricos que él había acarreado a las costas de México con un sencillo truco: no tratarlos como a viajeros sino como a ganado. Eso por lo visto a la gente le gusta.

Miraba los edificios de cristal de la Castellana con escepticismo. Federico Ras, el arquitecto de la nueva sede de *La Crónica*, le presentó a unos inversionistas que le llevaron por la carretera de Burgos e intentaron meterlo en el negocio de los nuevos centros comerciales. E incluso él, que había colaborado en la destrucción de Acapulco y conspiraba ya contra Puerto Vallarta, se preguntó qué culpas habían cometido los madrileños para que los condenasen a semejantes castigos de fealdad. Y para siempre.

O sea que al cabo de un tiempo en que fue y volvió de un lado a otro del mar, como una polilla en torno a una llama, don Atiliano se regresó para siempre a sus astromelias y agapandos de Morelia, un lugar en donde él era el único nuevo rico y con un sueño: crear una nueva especie de flor, algo que no había conseguido nadie y a la que ya le tenía preparado hasta un nombre secreto. Y desapareció para permitir el sueño de cualquiera, dirigir un periódico sin dueño. Una felicidad de artista.

En cuanto a Julieta, tampoco ha dado muchas noticias en los correos que, a veces, intercambia con *Picasso*. Y cómo habría de hacerlo: se ha embarcado en una suerte de vuelta al mundo que no termina nunca.

Hasta que de pronto un día, como una demostración de que el cosmos se rige por mecanismos invisibles pero reales, ha aparecido por Madrid el hombrecito aquel con un traje de otra época, delegado de don Atiliano y también del exilio, para saludar con un acento gallego amestizado ya con la suavidad y los ojos impávidos de los mexicanos. El mismo enviado que ya había aparecido una vez para decirle a *Picasso*, de parte de don Atiliano, que simplemente no podía suprimir los banquetes del consejo de administración en Zalacaín. El porqué no importaba. Era un modo de recordarle que su poder, pese a todo, tenía unos límites. En cualquier caso en toda la ciudad ya se sabe —o se cree saber, que es lo mismo— que ha llegado el arcángel de don Atiliano y viene a vender.

Tal vez por eso eran tan importantes los banquetes de Zalacaín: entre los invitados estaban un par o tres de los muy pocos que se pueden comprar un periódico, uno de los últimos lujos de

verdad que les quedan a los realmente ricos. Algo como tener una finca en la Patagonia con un aire que no ha sido respirado nunca y glaciares de diez millones de años para los cubitos del *whisky*, o ver la curva de la Tierra desde un cohete y sentirse explorador del futuro.

Hay pues en *La Crónica* un ambiente prebélico como no se recordaba desde la última sucesión. Rara vez por muerte. En periodismo, casi siempre por abdicación del rey viejo o por caída de las ventas, lo que no es el caso: *La Crónica* vende ahora más del doble.

Como antes de las guerras, los síntomas son pequeñitos pero estruendosos. Sofia, por ejemplo, observa que las sonrisitas ya no se maquillan a su paso. Tampoco son esas sonrisas con las que los hombres se hacen un nudo en la frustración cada vez que pasa el *Culo Preguntón*. Ya saben que nunca obtendrán nada de ella. Nada. Ni la hora.

Ahora, en la sonrisa de Emilia al verla, se reconoce al bando que ataca. Y la risa de Paco Silva, por ejemplo, parece alegre pero va cargada. Se diría que el redactor jefe de Nacional la usa en las reuniones para marcar fronteras. Una especie de tigre orinando las esquinas de un territorio, que consigue intimidar como los tanques con misiles en los desfiles.

Pero si las risas tienen peligro es porque, camufladas tras la mirada del oficinista universal, en realidad espían para detectar puntos débiles. Y *Picasso*, que cree saber mucho de miradas (ingenuidades del experto), ha detectado una de esas en Almudena.

Sí, Almudena, la periodista que llevó a *La Crónica* como secretaria porque al someterla a la prueba del sexo franco no le encontró recovecos. Almudena le mira con ojos de muñeca y sonrisa de escayola. A su voz joven le ha salido un fondo de robot. Y lo más revelador: le tiemblan las manos. ¿Aquellas jóvenes manos de uñas limpias que le colocaban papeles enfrente con una cadencia que parecía querer decir algo? Pues bien: le tiemblan.

Si se escucha con atención, en *La Crónica del Siglo* se puede oír un rumor que exministros, derrocadas reinas de belleza, exmandarines de la crítica y periodistas veteranos podrían reconocer como el de cuchillos afilándose. Y también la sutil vibración de las miradas tuertas. Salvo los leales. Igual que mariposas bailando un día de mayo sin saber que su vida va a ser corta, los leales son los últimos en enterarse. Y entre ellos, el último es Daniel, como siempre. Bien es verdad que ¿cómo iba a saberlo? Está en otra cosa.

Aprender es algo raro

Daniel. Año VII

Comprende que el Audi va a girar sin poner luces y acelera al máximo con su Vespa vieja para pasarlo justo a tiempo de sentir cómo el coche le crea detrás un vacío que casi lo tira al suelo. Se gira

—¡¡Cabrónn!! —le grita, al tiempo que siente un deseo imperioso de volverse para explicárselo al oído, incluso a riesgo de que el tipo se baje y le rompa la cara. Ya le pasó una vez. Como este, era uno de esos homínidos que solo están seguros de que existen si con su ruido intimidan a los ciclistas.

Pero, ¿es ese Daniel? ¿Daniel Camín, el ya no tan joven periodista que hace dos años y medio entraba en el despacho de *Picasso* como quien entra en el futuro? Si es él parece más viejo. Más que dos años y medio. En ese tiempo comienza a agrietarse la máscara de los presidentes, los novelistas ambiciosos apenas ven el final, el último tapizado del sofá aguanta todavía y se reabre la urgencia de ir a descubrir un país lejano. Pero por Daniel parece haber pasado más tiempo. Le han salido canas muy blancas que resaltan en su pelo negro, está más flaco, tiene ojeras. Y va descuidado, con jerséis, como un estudiante, a lo que ayuda su Vespa que enciende sin llave. Pero aunque haya vuelto a volar en ala delta, a veces jugándose, y duerma en un colchón en un ático con pocos muebles de la calle de la Tormenta, en el Madrid viejo, está claro que ya no es un estudiante.

¿O sí? Acaso lo que se le ve en los ojos... ¿no es la huella de haber aprendido mucho? Aprender es algo raro: ciertas lecciones rejuvenecen pero otras aviejan. Son de hecho las que mueven el tiempo de un lado a otro, lo aceleran o lo frenan. Aunque caprichosas, son esas lecciones las que nos permitirán medir el tiempo cuando algún grupo terrorista acabe con todos los relojes en el mundo para fundar otro tiempo: igual que las sombras permiten deducir el árbol, podremos medir el tiempo de siempre por la huella que dejen en los ojos. No es ningún invento. Así lo medían antes de que fueran descubiertos los relojes, hace mucho.

En estos tres o dos años y medio ha habido elecciones, Daniel ha viajado al Sáhara, Nuevo México lleno de nubes, Tres de Marzo, Siena, El Cairo y otros lugares, y en octubre se atrevió a volar en un ala delta con algo de lluvia y vientos más fuertes de lo que se suele aguantar. Fue en la Sierra del Guadarrama. Todavía dibuja, lo que construye una especie de fondo de las notas que

escribe en su libreta. Por un lado más *poéticas* —aunque aún no se sabe qué es eso—, y por el otro más... ¿pesimistas?

El tiempo se viste de azul en Madrid para repetirse sin que nadie se dé cuenta, dice una, por ejemplo, de hace unos meses.

Aunque tampoco se sabe muy bien qué es *pesimista*. ¿Sería más optimista decir:

El tiempo azul de Madrid es un semáforo que permite a cualquier cosa ser posible?

(Nota apócrifa)

Sí, Daniel ha cambiado: canas y ojeras no son más que pequeñas postales. Lo que importa es que ahora ya no dibuja jóvenes ninfas sino más bien miradas un poco inclinadas. Prefiere el fondo trágico de Mahler al Rachmaninov que le entusiasmaba. Entre París y El Cairo se queda en El Cairo o las posibilidades abiertas de lo que él llama «ciudades desconchadas». Y si puede, prefiere ir a navegar en ala delta los días que amenazan lluvia. Si esta comienza, no aterriza: se mantiene en el aire incluso si hay viento de más de setenta kilómetros, donde empieza la línea roja.

Y, como siempre, no es fácil saber cuándo se produjo ese cambio. Cuando comienzan las historias: ¿hay alguien que lo sepa? Por eso invitamos a curas y notarios para que nos bauticen, nos casen y nos lean testamentos: así creemos que las cosas tienen un comienzo y un fin. Y si tienen un fin podemos empezar de nuevo, olvidar lo que no ha salido bien.

Los titulares del periódico ¿son algo más que los destellos de la luna sobre las olas del mar? Solo reflejos que pasan al lado. Y ni siquiera intuimos si esa es la verdadera historia.

(Nota de Daniel)

Cuándo comienzan las historias

La verdadera historia... o dos verdaderas historias, pues desde el principio Daniel y Génova tuvieron versiones distintas de cuándo había empezado la suya y eso ya hace distinta una historia, ¿no? Nunca se sabe cuándo comienza nada, y muy pocas veces cuándo termina, y de esa bruma viven los historiadores.

Para Génova la historia había empezado a caballo de la moto vieja de Daniel. Y no porque creyese que el rugido de la moto es de placer, sino por cómo Daniel se ofreció a llevarla a su casa, tras la cena con Samuel Claude:

—Lo proponías con la voz tan bajita que parecía que me ibas a llevar en autobús.

—Qué ingenua eres —le decía Daniel, sin saber que era justo esa ingenuidad la que lo tenía secuestrado: existe muy poca ingenuidad en los periódicos, y cuando logra colarse alguna, la fusilan al amanecer.

Para Daniel, en cambio, la historia comenzó cuando ella salió corriendo detrás de Samuel Claude como si fuese a perder el último tren y no se sabía, con los tacones altos, en qué momento se iba a romper esa nariz de hueso delgado que tenía. Ahí mostraba su propia ingenuidad pues a las mujeres las preparan desde pequeñitas para que puedan correr con tacones altos por los pasillos de los hoteles sin caerse más que cuando quieren. Que a veces ocurre. Basta ver a las niñas jugando con los zapatos de sus madres para comprenderlo.

Con ella en la moto Daniel tuvo la sensación de conducir otra cosa. No la Vespa que tosía sino una variante de ala delta que navegaba entre la tibia noche en Madrid para sugerirle otra ciudad. Por una vez daba la impresión de que tras las ventanas podían estar pasando cosas, y no siempre gente viendo la televisión o durmiendo sin sueño, acaso es lo mismo. Y ello por llevar detrás una carga de unos cincuenta kilos que parecía aligerar la moto. Iba más despacio, indeciso entre las ganas de llegar cuanto antes y el placer de notar las piernas de Génova, sentada hacia un lado por causa de la falda, y sus manos en la cintura. Podía sentir sus leves movimientos y hasta imaginaba su respiración, igual que una rama siente los movimientos del pájaro apoyado en ella y, sobre todo, al frenar, la punta de los pechos en la espalda. Le atormentaba averiguar si esa presión era una llamada.

Nunca se supo porque al llegar ambos quedaron en suspenso. Llegaron a la casa de Génova, en uno de esos nuevos barrios en las afueras hechos con órdenes de cortar y pegar, para ahorrar en arquitecto, y allí se despidieron. Por la mañana debía acompañar a un autor en una gira, explicó ella.

Pese a volverse con el beso que no le había podido dar, y que le pesaba, a Daniel, al volver, todo le parecía distinto: la ciudad. La noche, más grande, más alta. El otoño en España, cuando gracias a la transparencia del aire parece que se puede ir a donde se quiera. Y la mirada de Génova, que le hubiese gustado quedarse a leer toda la noche. ¿Cómo podía todo el mundo estar durmiendo?

No se metió en la cama al llegar. Veía su casa como si fuese nueva. Sus dibujos pegados en las paredes, su sofá desfondado por la lectura, y un árbol japonés, cuyas hojas plateadas conseguían recoger la luna por una claraboya del ático e iluminar todo el piso con un suave resplandor.

Daniel salió a la amplia terraza y, en la noche aún no fría, se dispuso a disfrutar de un par de ancianas charlando en sillas de paja, incluso a esa hora en que la ciudad reza sentada frente al televisor. Un gato al acecho. Unos críos jugando a tapas a la luz de un farol. Una pareja acariciándose, envueltos en la penumbra de su terraza como en una manta.

Los periódicos se imprimen de noche para no distraer con sus noticias a las parejas en los besos, escribió.

«Lo sé, te he leído».

Sofía le despertó para enviarle a Palermo a cubrir la muerte de Leonardo Sciascia.

—¿Cómo dices? —preguntó Daniel, le costaba dormir pero también despertar.

—Que te cojas el primer avión a Palermo. Ha muerto Leonardo Sciascia. Y tú lo entrevistaste...

Así era. Sciascia le miró con ojos profundos largo rato hasta que, como si algo le hubiese convencido, aceptó hablar más de una frase cada vez. Quizá por eso le cayó bien: no parecía dispuesto a halagarle, hacerse el simpático con el primer periodista que llamase a su puerta.

De modo que cuando habló con Génova, parecía que estaban más lejos de lo que estaban. Ella dirigía esa variante de *tour* de lujo que es la gira promocional de un libro. Hoteles y restaurantes caros para que el autor haga declaraciones graves sobre falsos problemas como si existe o no una literatura nacional y en qué consiste. Y él —la llamaba desde el aeropuerto de Palermo— se disponía a coger un avión de regreso del entierro de un escritor que una multitud ya había comenzado a convertir en mausoleo. Pocas cosas prestigian tanto como la muerte. De ahí las competiciones en los elogios fúnebres.

—Lo sé, te he leído —dijo Génova.

Daniel se quedó interrumpido.

—¿Ah sí?

—Sí —dijo ella.

Y con ello consiguió borrar bastante la distancia, no tanto entre Palermo y Barcelona, donde se encontraba ella, sino entre un hombre que se dispone a volver a casa cargado con el silencio de un entierro y una joven vendiendo a un escritor y su libro como si ahí estuviese la felicidad, al menos durante un fin de semana.

Ellos no lo sabían pero, cuando él la llamase desde un aeropuerto, casi seguro la encontraría en uno de esos restaurantes donde la única preocupación posible es no engordar. Y si la llamaba desde el periódico, en cambio, la notaría tensa por la falta de eco de uno de sus autores, al que los periodistas ninguneaban sin razones visibles.

Siempre es misterio cómo se mueve la Actualidad, pero las razones por las cuales los periodistas escuchan a un cantante o elogian una película, una obra de teatro o un libro (bueno, a una obra de teatro simplemente ya no van), son metafísicas. No tiene que ver con el saber sino con su ausencia: los periodistas eligen entre lo que desconocen; no han leído, no han visto lo necesario. ¿Y cómo establecer una jerarquía en el vacío?

O sea que Daniel y Génova se encontraron en la situación de los amantes a los que separa una guerra o la maldad de un jefe. Pronto les quedó claro que ya no era fácil encontrarse, ni para cenar. Y arrinconados en lo que parecían vidas ajenas, pero aun así anhelantes el uno del otro, fueron encontrando un lenguaje para ellos solos. Debiera ser un derecho humano pero se da muy rara vez.

Él, por ejemplo, buscaba los rastros de ella en las páginas de Cultura. Si en *El Faro de Cádiz* leía la entrevista a un escritor de Génova, no le importaba lo que decía sino lo que podía haberlo motivado.

—No hay nada que me ponga de mejor humor que pasar la mañana escribiendo en mi despacho lleno de sol —declaraba el escritor.

Ahora bien, visto que este era parisino —escribía sobre un detective-cocinero que resolvía crímenes meditando en recetas de cocina— y que Daniel sabía que en París llueve uno de cada

dos días, no se justificaba semejante optimismo. Daniel se lo atribuía a Génova... lo que por otra parte le mordía un poco en los celos, al lado de la vesícula. ¿Le habría sonreído Génova al escritor como le sonreía a él? ¿Habría corrido tras él por el paseo marítimo de Cádiz para que *porfavor, porfavor* no se marchase?

Así que comenzó a enviarle mensajes. Tal vez Génova seguiría leyendo sus crónicas.

El problema es que por esa época alcanzaron su apogeo las teorías de *Picasso* sobre el redactor integral, capaz de cubrir tanto unos muertos a cuchillo entre bandas callejeras como el bodón de un torero con una banquera, y a Daniel, que había hecho el servicio militar en una agencia de noticias —algo equivalente a haber combatido en una guerra—, lo llevaban de un lado a otro como a un bombero. Sus mensajes podían llegar desde las secciones más insospechadas.

... y ahí quedaron los madrileños ayer, aislados a medida que pasaban las horas. La nieve les devolvía a la condición de campesinos en los pueblos de montaña en León o Asturias de los que salieron sus abuelos. Eran rehenes de sus recuerdos de infancia —pues la televisión no funcionaba—, y cuando sonaba el teléfono, lo dejaban sonar un rato, sin oírlo. No lo sabían pero disfrutaban del silencio que descubría ese timbre igual que a la nieve la subrayan los árboles como los trazos de un lápiz. Ese silencio esencial no se escuchaba en Madrid desde hacía años, es probable que décadas, siglos, quizá...

De la crónica de la gran nevada en Madrid

Pero Daniel no estaba seguro de que Génova hubiese leído esa alusión al silencio que solo podía comprender ella, tras su encuentro en el refugio de montaña. Eso es lo que pasa con los periodistas de las editoriales, que leen solo aquello por lo que les pagan. Daniel se sentía como un espía en tierra enemiga, a la espera de un mensaje en clave en los anuncios por palabras de un periódico. Que no llegaba.

El reparto de los adjetivos

Picasso. *Año VII*

Cuando *Picasso* decidió que todos los redactores debían hacer de todo: «No existen los periodistas especialistas», dijo a sus redactores jefe, «la especialidad del periodista es informar», tal vez no sabía que con ello tocaba la estructura más profunda de poder en el periódico. Si se le dice a un periodista que no es el portavoz de entelequias como «Internacional», «Deportes» o «Sucesos», y que su agenda de teléfonos es del periódico, el periodista sentirá que le expropian las manos.

—Es como si nos nacionalizaran los ojos —dijo un redactor de Política, sobrino tonto de los Gómez de Cisneros que en el pasado había levantado el brazo antes de levantar el puño.

No tenía más luces que para cubrir partidos políticos, o sea, tomar nota de lo que dicen unos y otros, y él se había quedado con la parte simple de los dogmas. Aun así Paco Silva lo miró como si estuviese formulando lo que muchos pensaban. Y no se le veía molesto.

—La gente está descontenta —le dijo Sofia a *Picasso* en su despacho. No tenía muy claro que a ella misma no le fuesen a mandar cubrir la Junta de Accionistas de un banco, o una final de baloncesto.

—¿La gente? —preguntaba *Picasso*—: Qué gente. Que vengan a decírmelo.

Y era sincero. Pero nadie iba. Y no porque le tuviesen miedo sino porque ¿qué decir? Cómo reconocer que ciertas informaciones no vienen de *fuentes solventes* sino que son crónicas pactadas por palmaditas en la espalda, silencios cómplices, halagos implícitos o miradas a otra parte de las que las crónicas no dicen nada...

Por eso mismo se había terminado marchando B. V. de las guerras. Ahora, para cubrir lo que permitían los ejércitos vencedores, encima había que mostrarse a favor. Estar de acuerdo. O por lo menos buscarle eufemismos a la barbarie. A los periodistas que usaban palabras claras simplemente les ponían el veto, y ya podían dar gracias de no ser acusados de complicidad con el terrorismo.

Pero lo que de verdad quebró el vaso fue la decisión de *Picasso* de permitir el contagio entre *informadores* y *opinadores*, algo que no se había hecho nunca. Una discusión que parecía de estilo y sin embargo cambiaba de verdad las cosas en el periódico.

¿Cómo explicarlo? Un periódico es también un sistema de poder y este consiste en elegir una

versión de la realidad, entre una amplia oferta, y sobre todo adjudicarle una importancia y un color. Es un poder, por así decir, sagrado. Aquí los poderosos son los dueños, no tanto de los sustantivos, que de eso se encargan los reporteros —llamados *pitufos*, *plumillas*, *remeros* o *cargaladrillos*, según—, sino de los decisivos verbos y sobre todo los adjetivos estratégicos. Y así como el emperador era en la China antigua el propietario de la imagen del dragón y del color amarillo, con pena de muerte para quien los usara, en los periódicos el poder se define porque hace tiempo se apropió del adjetivo, como si fuese una verdad revelada, un Privilegio Real, y desde entonces persigue a quienes lo usan sin tener derecho. Ahí los que pueden usar adjetivos son de coronel hacia arriba: los críticos y columnistas. Los editorialistas no cuentan porque sus adjetivos son autorizados por el director. Ellos proponen *bueno*, *malo*, *mediopensionista*, y el director elige (casi siempre *mediopensionista*), igual que en un menú.

¡Ah!, y los escritores invitados. Parecerá una tontería pero, al repartir el poder de los escritores invitados, el ele escribir adjetivos en las páginas nobles, sin publicidad, junto a los editoriales, *Picasso* tocó las zonas de verdad sensibles. Lo que no se ve. Donde empiezan las revoluciones o se desarrollan los tumores, según quien mire. Para explicarlo rápido, fue como si a un soldado raso le dieran el permiso de lanzar una carga de caballería, como si al mezclador de pinturas le encargasen un cuadro.

Y no era porque a *Picasso* le hubiese picado el mosquito loco del anarquismo. (Todos los mosquitos son anarquistas pero hay unos que además están locos). Sino que allá en el fondo, con más ojos por tanto ver arte, *Picasso* sabía que su misión era abrir las ventanas y que entrase el aire. Y en un periódico el aire son las palabras. Así que, ajeno a las normas y beaterías con que se forma a los periodistas, como por ejemplo que para usar adjetivos hay que demostrar nobleza de sangre —esto es, ser columnista o escritor invitado—, *Picasso* decidió abrir las puertas del castillo y permitió entrar a todo el mundo. O eso parecía.

—Qué pasa en este periódico —dijo al fin, mientras leía unas pruebas—: Es como si los periodistas fuesen cojos. Como si solo viesen el gris.

No sabía que ese era el *eureka* de su revolución, y que el clímax fue cuando le devolvió a Daniel una crónica encorsetada sobre una exposición de cuadros.

—Cuéntala de modo que lo importante sean las formas y los colores —le dijo—, y no qué ministros la han inaugurado, o si el artista es mujer u hombre. Ni menos aún cuánto cuestan los cuadros, déjales eso a los marchantes.

Si vio el brillo en los ojos de Daniel —al fin escuchaba palabras que solo había imaginado—, no se dio por enterado.

El que sí se dio fue el crítico de arte, que sintió lo que los nativos cuando ven llegar a conquistadores con animales y armas que no entienden, y los escritores invitados —novelistas que a menudo se habían creído los halagos, y dramaturgos que escribían para la televisión—, que vieron cómo las páginas nobles del periódico, las suyas, perdían rango. Y que en las cenas sus antiguos admiradores ya no preguntaban «¿Has leído la columna de...?». Sino: «¿Leíste la historia esa de la patera empujada por los delfines hacia la costa?».

Corriendo hacia el dragón

Génova. Año VII

Génova cerró los ojos mientras desmentía la leyenda insistente de que uno ve toda su vida antes de morir. «No es verdad: al menos cuando uno va a matarse los ojos se cierran», se dijo luego.

Ni siquiera cerró los ojos al despegar sino antes, en la carrerilla que Daniel le hizo dar para llevarla con él al abismo, más allá del borde, hacia un dragón. Cerró pues los ojos hasta correr sobre el aire y el mundo se desprendió de sus pies y se alejó como si ella fuese una cometa. Génova dejó de ser la redactora de prensa de una editorial y se convirtió en ave, con el pequeño problema de que a ella nadie le había enseñado a volar. Más aún, tendía al vértigo y le imponían los rascacielos. O sea que la sorpresa al despegar fue descubrir que no caía como caen las piedras.

Se encontraban en el Cerro de los Pájaros, uno de dificultad intermedia en la ladera oeste de la Sierra del Guadarrama. Soplaban mayo, un mes político que se anuncia con muchas ganas pero luego solo cumple con la mitad. Desde el coche, un monte de piedras, ocres y verdes se recortaba contra el azul de pedernal del cielo de Madrid, con unas pocas nubes sobre la sierra. Era un primer día templado y ella se había fijado en los brazos fibrosos de Daniel, y en que llevaba un cinturón viejo, igual que el coche. Él había notado que sus pechos tensaban su blusa. Pechos de mujer, pensó, e intentó pensar otra cosa.

Pero arriba hacía febrero otra vez y tuvieron que ponerse chaquetas para volar, como pilotos antiguos en aviones sin techo. Así era. El suyo era uno tan descubierto que no parecía haber siquiera avión y en lugar de ruedas para el despegue ellos tenían que correr hacia el precipicio lleno de piedras, y de pronto ya estaban ahí, colgados, sin caer como ordena la ley cuando no hay suelo. Volaban. Algo que Génova no reconoció como se reconoce por ejemplo el agua, aunque se haya nacido en el desierto. Si el hombre llegó de algún sitio, no fue del cielo.

Y lo primero que notó fue el fin del miedo y la felicidad. No le duró mucho porque abajo vio pinos del tamaño de edificios para hormigas y un coche por una carretera del tamaño de una de ellas. Más pequeña: una hormiga enana. El paisaje recordaba el de un avión al despegar, sin avión. Génova tenía enfrente, casi pegada a la suya, la cabeza de Daniel, y le apetecía mordisquearle la oreja. El único casco lo llevaba ella. El cuerpo de Daniel le pareció poco fiable

como paracaídas en el caso de que se rompiera uno de los tubos que les unían al ala delta, y esta al cielo. ¿Y si se metían en una tormenta y les alcanzaba un relámpago?... Cerró los ojos.

Y disfrutó con un universo en el que el mundo había desaparecido. Ya no había edificios, ni coches, ni autores reclamando aparecer en la prensa, ni gente, ni fútbol en los bares. Allí regían otras reglas. Como cuando Daniel gritó:

—¡Holaaa!

y Génova abrió los ojos y vio que el saludo se dirigía a una especie de juez que con un ojo afilado les juzgaba a no más de tres metros, como si con su avión silencioso hubiesen cometido una infracción grave en alguna autopista de aire. El juez era más grande que ellos, con una gran toga al viento, marrón arriba y amarillo abajo y un pico en garra que disuadía de cualquier deseo de discutir la multa. Pero debió de pensar que no merecían la pena porque, después de lanzar un par de chillidos, más de ballena que de pájaro, se alejó de allí con un planeo aún más elegante que el de ellos.

—¡Qué era! —le gritó a Daniel al oído.

—¡Un milano negro! —respondió él, y se giró y por un instante ella le vio en los ojos algo que no le había visto a ningún periodista. La felicidad del escalador que mira un mundo en el que ha desaparecido la pequeñez. La del explorador que consigue ver un Tigre de Hoja o un Leopardo de las Nieves, o cree verlo pues no se sabe si quedan, y eso es lo que importa.

Génova disfrutó del silencio falso del aire y ya no cerró los ojos. Para qué, si esta vez sí estaban perdidos. Una sola gota la había inquietado, tres la envolvieron en un miedo grueso como un abrigo. Cuánto más que Daniel hizo algo raro y el ala delta se ladeó y un látigo de lluvia les dio de lleno, como cuando el viento les levanta la falda a los paraguas.

—¡Pero qué haces! —reclamó Génova como si se la levantasen a ella.

—¡Volar! —gritó él entusiasmado. Y ella, paralizada, creía que por el pánico pero en realidad intimidada por la tarde, que parecía haberse vuelto un mar, una cordillera y también cielo, no se dio cuenta hasta aterrizar, no sabía si a los quince minutos o al cabo de una hora, de que era eso y no otra cosa lo que habían hecho: volar. Como las gaviotas y los aviones, como los buitres, los globos de los niños y los milanos. Se sentía mojada, exhausta, algo se rompió en su garganta y se echó a llorar como hacía tiempo.

Daniel la miró preocupado.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

—¿Qué es lo que escribes? —preguntó a su vez Génova dos horas después.

Por instinto sabía que era una pregunta difícil y podía hacer saltar el día por los aires.

Se encontraban en un refugio de montaña. Aún llovía pero los truenos se alejaban mientras el fuego de la chimenea cogía fuerza y expandía un olor a leña y eucalipto. A Génova ese olor le trajo entera su niñez, como un pastel de cumpleaños, entonces le hacían respirar vahos con ese olor a medicina cuando sufría ataques de asma.

Y no es que Daniel llevase mucho tiempo escribiendo. Nunca lo llevaba. De pronto paraba su moto junto a una acera o dejaba de cortar un filete con el cuchillo, se sacaba su libreta del bolsillo trasero y escribía. Rara vez más de un párrafo. Esta vez terminó de escribir, lo repasó y luego leyó en voz alta, un poco como para sí:

Volar es como escribir. Sus movimientos son parecidos. E igual que al escribir, la cuestión es: ¿lo lee alguien?

—Claro que sí, las hormigas —dijo Génova mientras terminaba de arreglar una ensalada de garbanzos de lata y atún, lo único que habían encontrado en la despensa. Le echó un chorro de aceite—. ¿Te gusta el ajo? —preguntó.

—¿Y por qué las hormigas? —preguntó Daniel.

—¿No las viste? —preguntó a su vez Génova—. Las hormigas que se arrastraban allá abajo cuando volábamos. Aunque algunas seguían su camino por la carretera, otras paraban el coche y se veía que miraban al cielo. Si volar es como escribir, como dices, yo creo que leían.

Pero ninguno de los dos pensaba ni en hormigas ni en ajo. Aún tenían el cuerpo ocupado por el vuelo y los ojos por la mirada desde arriba, que es algo que tarda en disolverse. Por ello no se daban mucha cuenta de eso que afilaba sus cuerpos, a la espera. Espera... ¿de qué? Bueno, también ellos habían visto miles de películas, como todo el mundo, y cualquier escolar, así sea de Amberes o de Osaka, podría completar lo que comienza en una cabaña en la montaña con chimenea y una cena de garbanzos. Y ambos lo sabían y hablaban de boca para afuera, distraídos, con los cuerpos tensos por eso que se iba acercando imparable como una nube.

No contaban con Solía, que cuando no habían terminado los garbanzos llamó a Daniel por el móvil y le preguntó en cuánto tiempo podía estar en el estreno, en un cine de la Gran Vía, de una película cuyo título tuvo que consultar.

El «entonces» como síntoma

B. V. después y antes

Y donde se encontró a B. Y., en el cuarto de baño, con la cara de alguien con problemas de próstata que intenta mantener la dignidad. Lo esperó en el vestíbulo, para saludarlo, y una cosa condujo a otra y no volvieron a la sala sino que fueron a tomar un café.

—¿No te gusta? —preguntó Daniel, se refería a la película, la fiesta...

—He venido, ¿no? —dijo B. V. tras una pausa—. Lo que no soporto es todo este circo, que no recordaba. Pero yo creo que entonces todavía no era tan grave.

Otra prueba de que Daniel también había envejecido es que reconoció los síntomas del «entonces», que afecta más a los periodistas y les infunde una suave y tenaz angustia por todas esas horas que a veces sienten como perdidas y que no les devolverán nunca.

Ese era el caso de B. V., como le llamaban los veteranos, ya un caso desesperado. Mientras revolvía el café con la cucharilla, Daniel pensaba...

—No le has echado azúcar...

—¿Perdón?

—Digo que no le has echado azúcar a tu café —señaló B. V. mientras le indicaba el sobre intacto del azúcar mientras él seguía revolviendo.

—¡Ah! —dijo, y le echó azúcar a su café.

Se sintió mal. Él sabía muy bien que no le había echado azúcar porque no le echaba azúcar al café desde que era niño. Estaba haciendo teatro con B. V., y lo hacía para que B. V. no le viese una mirada de compasión.

¿Y con qué derecho podía sentir pena de un tipo como B. V.? Por gente como él —no muchos—, algunos jóvenes querían ser periodistas. No para ser corresponsales de guerra «y ver al hombre en situaciones límite», o postalitas semejantes. Sino porque B. V., con el lenguaje que correspondía a unos ojos abiertos —que no va con la profesión, a veces al contrario—, sugería más que mostraba un mundo más grande y real que la novela provinciana en la que muchos de ellos seguían ahogándose a juzgar por fiestecitas como la de esa noche, que pasaba por «acontecimiento»: «Ese lenguaje barato ya es un indicio», pensó Daniel, pero no se atrevió a escribirlo en su libreta. (Anotaba más los hallazgos grandes que los pequeños).

B. V. pidió otro *whisky*.

Y Daniel tuvo la tentación de pensar lo que se piensa cuando alguien pide *whisky* antes de las fiestas. Pero se negó, en una higiene de la inteligencia, a caricaturizar a B. V. en el viejo periodista que bebe para soportar los gritos de niños en su memoria y el tufo de la corrupción del mundo: todo un subgénero en las historias de periodistas.

Y sin embargo ¿cómo salvar a B. V. de los tópicos? Desbordaba algunos. Según deducía Daniel, mientras en la sala de al lado los personajes de la película se parecían más y más a los espectadores, lo que a B. V. le había resultado más difícil, tras su regreso de las guerras, había sido aceptar que su hijo era un extranjero, o él un extranjero para su hijo tras el tumor de una sentencia de divorcio.

Todo regreso tiene su dolor: el que constata que aquello a lo que uno vuelve ha cambiado. Y el hijo al que B. V. regresaba con remordimientos por haber aceptado que lo separasen de él había dejado de ser niño en algún rincón del parque, sin que hubiese podido jugar con él más que seis veces: las tenía contadas. Y ello porque una sentencia había conseguido lo que parecería imposible, un poder que no debiera ser humano, distanciar a un hijo de su padre, con la coartada de que, según dijo la juez con la voz de los poseídos por una verdad, «... no es posible que un padre, con los cientos de muertos que le obliga a ver su trabajo violento impregnándole los ojos, pueda darle a su hijo la paz necesaria en vacaciones. Las vacaciones son esenciales para el desarrollo de un niño».

Era probable que no le creyesen ni mostrando la sentencia, pero Daniel sabía que era cierto, y no solo por la reconocible estupidez, que además de perversa es contagiosa y universal. Sobre todo porque ningún padre se inventa historias sobre su hijo, y menos si su hijo es lo único que le queda cuando ya no le queda nada.

Y también porque la noticia de que B. V. renunciaba a las guerras para poder recuperar a su hijo circuló en voz baja en *La Crónica del Siglo* con la fuerza de un rumor sobre una epidemia. Nadie como un periodista para reconocer lo que se puede ocultar y lo que no, y algo así figura entre lo que no: en periódicos poblados por periodistas que han tenido que elegir entre atender a los hijos o conseguir primeras páginas —con nítidas mayorías a favor de las primeras páginas—, una noticia así es como la de que se ha detectado un brote de Ebola en Documentación. Y no se puede parar.

O sea que *Picasso* nombró a B. V. jefe de Local con la intención, igual que a una víctima de terrorismo, de compensarle de una pérdida que no admite alivio. No era culpa del periódico pero así se percibía, y *lo que se percibe* es lo que cuenta en las redacciones. También le dieron una columna. Nadie cayó en que los dos premios, sección y columna, eran como dos bisturís vueltos hacia el cirujano.

Pues en Local B. V. recuperó en bocados dobles aquello de lo que había huido. A eso se refería con lo de que *el circo, entonces, no era tan grave*.

Un nuevo país

Un poco después de su nombramiento, cuando *Picasso* lleva siete años dirigiendo el periódico y su revolución está casi hecha, alguien llama preguntando por Benedicto Valencia.

—Con él —responde B. V., que ya no lo es. Ahora le duelen las rodillas al subir escaleras,

hace más tiempo que nunca que no duerme con una mujer, y ha vuelto a firmar Benedicto Valencia, como cuando joven. Responder a B. V, la firma de sus crónicas de guerra, le parece una chulería fuera de lugar.

Es mayo y eso se nota en Madrid, incluso en la conversación telefónica entre dos desconocidos. Mucho sol pero también bronca en la primavera y desasosiego.

—No sé si le va a gustar lo que le voy a decir —dice la mujer.

—Pruebe.

—Lo que sucede es que creo que a usted no le gusta Madrid, y en esas condiciones no debiera escribir una columna sobre la ciudad. No es justo. Uno debiera solo escribir de lo que le gusta, ¿no? Para amarguras ya tenemos la vida real...

—¿Y qué le hace a usted pensar que no me gusta Madrid?

—Bueno, está claro: de nuestro cielo de Velázquez, que es una gloria, usted dice que «nunca pasa nada». ¿Y no es eso fantástico, que no pase? Dice que las películas dobladas son lo que da la medida de nuestras murallas mentales y no se fija en que no toda la gente puede leer los letreros. Ahora que llega la primavera usted dice que le da miedo pues anuncia el ruido de las terrazas, las chanclas y los hombres en pantalón corto. Usted no se fija en las cosas buenas sino en... ¿qué dice de la inteligencia?...

—La dimisión de la inteligencia.

—Eso: la dimisión de la inteligencia de la que se aprovechan los publicistas...

Benedicto escucha a su lectora con humildad. No solo está aprendiendo su nuevo oficio sino que respeta a cualquier lector que le discuta el gusto. Es algo tan raro en Madrid que alguien tome en serio a un columnista...

Ya no escribe de las grandes guerras, con bombas, huesos y supervivientes estupefactos. Ahora ha regresado a la ciudad de la que quiso marcharse, como todo joven, para hablar de las guerras del viajero del metro que tras un libro intenta escapar de la fealdad. El inmigrante que juega al escondite con la policía en los parques. La pareja que se esfuerza en hacer el amor sin escuchar la televisión del vecino —la televisión causa impotencia, han comprobado—, pero no pueden hacer nada, víctimas de una alianza fatal entre arquitectura fraudulenta y vecino enganchado... Es algo tan raro, ese interés, que Benedicto tiene ganas de invitar a la señora a tomar un café.

Luego se queda pensando si no tendrá razón. ¿Será un amargado?

Algo parecido le repitió Aleja, la madre de su hijo, cuando decidió terminar con las guerras.

La muerte debe tener presente

Su armisticio, que supo definitivo, le pilló en una escala en Orly, con lluvia en las grandes ventanas. No es que hubiese terminado su guerra anterior —las guerras rara vez terminan— pero sí se le había gastado su actualidad. Y en los periódicos eso es peor que la muerte, pues la muerte es en principio un buen titular pero ni siquiera ella sobrevive si no es una muerte más o menos actual. Una muerte debe tener cierta vida para ser periodística. No debe oler aún. Es muy difícil reanimar y devolverle el interés a una guerra a la que se le ha gastado el presente y no se le ve futuro. Ni siquiera sirven tocias las venganzas en frío que vienen con la paz, disfrazadas de

juicios. B. V. se había marchado de su guerra porque, como siempre, Leo, el redactor jefe de Internacional nombrado por él, había visto en la CNN una guerra más atractiva en otra parte. Y en periodismo lo nuevo manda.

Ese día en la escala de Orly pasaba frente a una tienda de perfumes, en el largo pasillo de los pasajeros en tránsito donde más de una vez se había sentido en casa, y un olor le hizo una zancadilla y lo llenó de nostalgia. Le trajo el olor a jabón de almendras de su compañera de banco, en la universidad. A jardines y árboles muy temprano, cuando caminaba al colegio. A páginas de libro en los tiempos en que vivía para leer. A entrada en un hotel distinto en una ciudad desconocida.

Y de pronto ahí de pie, arrastrando un maletín idéntico a los de todo el mundo, y él demasiado parecido a todos esos hombres de negocios que regresaban a casa con sus gabardinas grises, se preguntó qué hacía empujando otra vez un maletín con ruedas en un aeropuerto que parecía el clon de todos los aeropuertos clon, que son casi todos. Y si necesitaba de verdad otra guerra.

No, claro está. «Otra guerra es lo último que necesito», pensó. Y eso era nuevo. Durante años había buscado las guerras como el sol persigue las sombras. Quizá es que uno se satura con las guerras como con el marisco, las fiestas, el sexo... Lo que necesitaba era regresar a un mundo quieto y recuperar ese hijo que se había dejado quitar, con una facilidad que ahora le asombraba para avergonzarle, cuando hacía de corresponsal diplomático.

Fue antes de escribir sobre guerras, cuando cubría las visitas del presidente de turno a otros países, algo previsible como un telediarlo. Los únicos peligros entonces eran alcoholizarse, engordar y permitir que los asesores del presidente terminaran por estropearle el instinto de reportero. Si aceptó ese trabajo fue porque se creyó la generosidad de su compañera, esa etapa del principio en que la gente se comporta como si el Código Matrimonial estuviese escrito en verso. Entonces se dejó persuadir por los ojos entornados de Aleja y su voz aterciopelada por la fe cuando le decía que debía salir al mundo a «desarrollar su talento». Esa sería la herencia que le dejaría a su hijo: haber sido él mismo. «Cumplir con su destino», decía, como en las novelas.

Y eso es lo que a veces les pasa a los hombres cuando se van a la guerra, que no ven la guerra disfrazada de paz que va conquistando muebles centímetro a centímetro en su casa.

—Es que tú ocupas mucho sitio —le razonó Aleja para explicarle, un par de años después, cuando ya iba a las guerras, que quería el divorcio.

El reencuentro, la noche anterior, había sido como siempre, solo que esta vez a oscuras, como si hubiese algo vergonzoso en ello.

—¿Mucho sitio? —preguntó él sin comprender—: Pero si lo que me reprochas es no estar nunca en casa...

—Precisamente —le dijo Aleja con una frialdad que no recordaba—: No estás nunca y cuando estás la ocupas con tu visión trágica de todo y tus historias de guerras obscenas... Puede que a ti te guste y estás en tu derecho, pero no quiero que mi hijo viva cerca de eso...

—También es mi hijo —dijo él, y aunque la juez estuvo de acuerdo en eso, debía de tener parecidas ideas sobre lo que le conviene o no a un niño porque le separó de él y le adjudicó un régimen de visitas que parecía el de un delincuente, y además contagioso. E igual que hay hombres que prefieren perder a sus hijos antes de que les vean en la cárcel, B. V. regresó a la guerra porque no quería criarlo bajo vigilancia. Cuando terminaba con una guerra se iba a otra, igual que un traficante de armas. De vez en cuando enviaba a su hijo tímidas postales que sellaba al modo de

los espías desde aeropuertos de tránsito para que Aleja no pudiese decir que tenían los sellos pegados con sangre.

Aquí fue otra vez *Picasso* quien acudió en su rescate. La primera vez ni siquiera quiso saber las razones por las cuales un corresponsal diplomático conocido en París viajaba a Madrid para decirle que quería marchar a la guerra, como si fuese un estudiante de segundo de Periodismo.

—Cuál —se limitó a preguntarle.

—Cuál qué.

—Cuál guerra —precisó entonces *Picasso* (era al comienzo), y misteriosamente, pues los directores de periódico están adiestrados para no hacer nunca lo que les piden los periodistas, es como una cuestión de principio, le concedió justo la guerra que le pedía. Aquello causó sensación en *La Crónica* si bien solo fue, en aquellos primeros tiempos, una de las muchas cosas que causaban sensación de *Picasso*.

Pero al cabo de unos años volvió a Madrid para pedirle a *Picasso* que le permitiera quedarse.

—¿Por qué? —preguntó esta vez *Picasso*, quizá no deseaba perder a un corresponsal de guerra excepcional. No abundan. Además habían pasado siete años, su entusiasmo ya no era el mismo y había aprendido a decir que no como los demás directores.

B. V. le explicó su deseo de recuperar a un hijo que le había cedido a su madre sin lucha. También, que todas las guerras le parecían iguales.

—Bueno, acaso lo son —comentó *Picasso*.

Si le hubiese dicho solo lo del hijo, o que estaba cansado, B. V. habría seguido cubriendo guerras hasta que se acabasen: las redacciones están llenas de padres separados de los hijos, y cansados. Pero le dijo lo de ver las guerras todas iguales y justo el poder de verlas y contarlas distinto era lo que *Picasso* había admirado en B. V. y por eso le había permitido desertar de la corresponsalía diplomática. Y contra pronóstico, pues no es fácil que un periodista ya adocenado por el *foie gras* y el *whisky* de doce años de los cocteles diplomáticos sepa reciclarse otra vez en reportero.

Y de nuevo contra pronóstico le permitió regresar a Madrid, le entregó la sección de Local, en la idea de que tal vez así la sacaría de la tendencia a la complacencia y las cabalgatas de Reyes, y le dijo que escribiese una columna. Igual que no imaginaba soldados funcionarios, o artistas teóricos, *Picasso* no entendía mucho que se pudiera ser periodista sin escribir.

Los secretos hacen lo que les da la gana

Daniel y Génova. Año VII

Al principio Génova y Daniel casi monopolizaban la imaginación del otro pues apenas se veían. Mientras buscaba a Daniel en la lectura diaria de *La Crónica*, Génova acarrea escritores por toda España, poniéndolos a tiro para que les disparasen fotos y preguntas. Y siempre imaginaba —como si fuese la parte inútil pero divertida de su trabajo— qué preguntas le habría hecho Daniel a ese escritor en una entrevista. En qué respuesta habría reído, cómo escribiría en su libreta medio llena de apuntes de dibujo. Buscaba excusas. Ella misma se lo dijo, sorprendida, sin saber que es una confesión de amor:

—Necesito hacerte regalos.

Que a veces tardaban en llegarle. En el periódico tiraban cada vez más de él. Y no solo porque no tenía hijos: en los periódicos los padres de familia se quedan más en casa, opinan de televisión y corrigen al Gobierno y a los entrenadores de fútbol. Con ello se pretende retrasar los divorcios, que deprimen y frenan la producción. Puede que el pesimismo afile el escepticismo y abra los ojos, el *a y b* del *abe* del oficio, pero a la larga no es un buen negocio. Vende mal. Los gerentes pensaban en B. V. y otros veteranos, atrapados por la melancolía.

Si aquello no era una guerra se le parecía: cada vez menos gente hacía más cosas. O había menos gente. Eso al menos le parecía a Daniel cuando volvía a la redacción, lo menos posible. Tenía que disimular para que no se le viera en los ojos lo extraño y ajeno que le parecía el periódico. Lo lejos que se sentía de las intrigas, que van unidas a la vida periodística como la grasa al jamón.

Es algo que se olvida pronto: ese permanente bisbiseo que hace de hilo musical en las redacciones, esos intercambios sin mover mucho los labios, no vaya a ser que los lea un capataz, y sonriendo para que parezca que se está hablando de una fiesta, o una película, o el fútbol; el fútbol sirve para todo, también de máscara. Pues bien, son intrigas. Y no de las de los tiempos heroicos de la *Lucha por la Libertad y Contra la Dictadura*, que solo servían ya para que los padres pudiesen contar la batallita de *cuando corríamos ante los grises*. Ahora los bisbiseos giraban en torno a los aumentos de sueldo y a los cálculos de cuándo me van a hacer jefe. Una extraña ambición porque los jefes son los que más se aburren, pero en España debe de ser un reflejo militar incrustado en las células desde Witiza, el rey godo.

Y de todas formas había pocas posibilidades de que el banquillo corriera de verdad porque para entonces las Ciencias de la Información ya habían descubierto la nueva magia de crear categorías intermedias en el escalafón. Ahora un redactor no podía llegar a general a los cuarenta años, como antes, sino con suerte a los setenta. O sea cuando ya se había jubilado o muerto de un infarto, desbordado por cientos de ruedas de prensa tras los Consejos de Ministros o tomando nota de declaraciones de Grandes Líderes y Enormes Empresarios, y la toma de notas apresuradas en ese teatro previsible quema mucho.

Mujer-ciudad y tiburones

A Génova y Daniel, Madrid les parecía una ciudad grande y pequeña a la vez. Pequeña porque de la ciudad solo les interesaba la casa en la que vivía el otro, o el rayo de sol que se paseaba sobre el cuerpo de Génova bajo la ducha del luminoso cuarto de baño de Daniel. Y grande porque a pesar de todo no les quedaba más remedio que enterarse de la bomba que arrebató un día el papel de Televisión De Los Vecinos, uno de los recursos usados por Dios para recordarnos que el Purgatorio es la tierra y ya estamos en él. Se encontraban en el ático de Daniel, él dentro de ella, y una explosión sacó a Daniel a la ventana, envuelto en el edredón, para ver a lo lejos una columna de humo, y poco después, casi visibles, las sirenas. Desnuda tras el ventanal, a Génova el reflejo del cristal le pintaba trozos de edificios sobre la piel y la proponía como un cuadro de mujer-ciudad.

Esta vez Daniel no tuvo el reflejo reporteril de Pavlov de correr a contarlo todo después de haberlo visto, como un día hizo en Toledo. A diferencia de entonces, cuando Macarena se colgó de su cuello y le obligó a terminar lo que había empezado, no fueron capaces. Como si la bomba hubiese hecho un clic en la melancolía, Daniel y Génova se quedaron ahí sentados, tristes y sorprendidos de que alguien pintase con humo negro aquella ciudad de un azul benévolo, donde los padres se mesan el cabello cuando sus hijos les comunican su vocación de un día poner una fábrica de paraguas.

No tiene pues mucho sentido detenerse en el relato de Daniel y Génova en los primeros tiempos, entre otras cosas porque ellos mismos no habían de recordarlo nunca con detalle, en una extraña treta de la memoria. Lo último que Daniel pudo ver con precisión fue el comienzo: cuando se encontraban en una casa de Asturias, un fin de semana, y Génova, que parecía dormida, levantó un brazo manteniendo los ojos cerrados, le colocó la mano en la nuca, le dio un beso lento, abrió al fin los ojos y le miró como nunca lo habían hecho para decirle algo en un murmullo.

Y él, sorprendido, no encontró nada mejor que decir:

—¿Perdón?

Ella miró la mañana grande que se alcanzaba a ver desde la casa en el bosque de pinos, el mar como un ideal a lo lejos, y con una sonrisa le hizo comprender, desde encima de él, que lo deseaba.

—Entra —le dijo otra vez—, sin miedo.

Y de alguna manera se las arregló para hacerle recordar ese momento, que venía a ser la consumación del prólogo interrumpido en la Sierra, la mañana del Alta Delta. Aunque no los había visto bien porque estaban a contraluz, Daniel recordó los ojos que ponía Génova,

ensanchados por algo que no había visto nunca, y reconoció su cuerpo al entrar. Era flexible y sin miedo, hecho para encajar en el suyo desde el origen. El origen... ¿de qué? No importa, el origen. Y le esperaba. Ni siquiera se sintió agradecido. No se agradece la noche, el azul, la tormenta... No se agradece, se vive lo que no puede ser de otra manera.

No hubiese creído que también olvidaría eso. Que llegaría a preguntarse por qué había pensado único ese momento siendo así que lo había vivido y aún lo viviría.

El tiempo, que siempre gana: con la más vieja astucia va borrando los detalles que importan.

En cuanto a ella, sus recuerdos quedaron cambiados porque de pura felicidad el gemido de dolor pareció de gozo, también lo era, y le ocultó a Daniel que esa era su primera vez con nadie. ¿Qué iba a pensar? Y él, inocente como son siempre los hombres, confundió la naturaleza de la mancha en el colchón, que Génova limpió mal antes de reunirse con él bajo la ducha. No era tanto deferencia sino un deseo de garantizar su secreto: el primero de otros que siguieron. ¿Quién puede decir que los secretos no se hacen guiños en la oscuridad? ¿No son secretos, acaso? Los secretos hacen lo que les da la gana.

Daniel llevaba más de dos años en el periódico y *Picasso* más de seis cuando a Daniel lo enviaron a una información en Marbella de las que todo periodista tiene que cubrir como un impuesto. Se trataba de la fiesta de inauguración de un hotel de Federico Ras, el arquitecto de *La Crónica del Siglo* y con quien el periódico, por lo visto, se sentía en deuda. Daniel cubrió la fiesta —llevó a Génova como una suerte de antiséptico contra la horterada marbellí— y en lugar de escribir tonterías contó una exclusiva: Federico Ras estaba adiestrando tiburones para marcar límites frente a sus hoteles. ¿No había perros guardianes y hasta ocas, en algunas granjas? En su hotel habría tiburones patrullando desde el mar, al otro lado de una gran malla de acero y titanio que separaba la playa del hotel, reservada para los clientes. Pero nadie había dicho nada. Era un atractivo oculto, que Daniel había descubierto al sorprender por azar una conversación.

Nada más transmitirlo desde el *business room* del hotel —era un hotel de esa categoría de horterada—, Daniel subió a su habitación y, acercando a Génova por la cintura al abrirle la puerta, la tomó ahí mismo contra la pared. Era el primer año y lo hacían a todas horas. En el ascensor detenido. Sin terminar el desayuno. En medio de la noche. Bajo la ducha y a escondidas, tarde ya, en la piscina, con las luces apagadas. Ella mostraba la misma impaciencia.

—¿Dónde estabas? —le preguntaba.

No le preguntaba de dónde venía —venía de observar a los *paparazzi* agazapándose tras la basura de la puerta de servicio a la espera de *cazar* a alguien—, sino dónde estaba antes, en la vida. Por qué no había encontrado antes a Daniel.

Todo ello fue un poco la razón de que ni se dieran mucha cuenta cuando Sofía le dijo a Daniel que no se publicaría su reportaje de los tiburones. En otro momento habría recibido la censura como el navajazo que es, pero en ese momento Daniel no estaba ahí. Estaba junto a Génova, recuperando lo que les parecía una vida perdida.

Y así durante bastante tiempo, en el que permanecieron la mayor parte separados, con la consiguiente impaciencia. No importaba. Por muy separados que estuviesen, ella vendiendo

escritores y él contando el presente como si fuese una novela realista, estaban el uno en el otro, recordando e inventándose. Eso no falla nunca.

No empezaron a tomar verdadera conciencia del mundo alrededor hasta que *Picasso* se marchó del periódico.

Noestar de acuerdo con el director y consecuencias

Picasso y Sofia. Año VIII

—Ya estoy harto —dijo *Picasso* de pronto, más para él que para los demás, pero no precisó de qué.

El *estoyharto* es algo que cualquier español pronuncia con naturalidad, como «un café solo, por favor», pero soltarlo sin adjetivos ni causas en una reunión de editoriales —un *estoyharto* que se veía en el aire como el globo en el que habla un personaje en una historieta— era un misterio. Y según qué misterio en un periódico es la mecha de una bomba.

Cuando el rey dice *estoy harto* hay que averiguar de qué y con urgencia. Pues igual está harto de vivir y se pega un tiro y corre el banquillo y, como ya se sabe, el correr de los banquillos es una de las fuerzas que mueven los periódicos, una especie de alma.

Y eso fue lo que se confirmó: de lo que *Picasso* estaba harto era de su trabajo de director... pero no de todo, como así explicó en una reunión de primera. Eran las siete y media de la tarde, habían perfilado la primera página y los redactores jefe hicieron ademán de salir corriendo hacia sus secciones, en la hora más acosante del cierre. Entonces *Picasso* les pidió que se quedaran un momento, por favor.

Germán Cortés, de Deportes, intentó decir que tenía cuatro páginas abiertas, lo que en un periódico equivale a la sirena de una ambulancia, pero *Picasso* lo congeló con los ojos que le habían puesto el mote.

—Quédate.

No tuvo que decirlo más. Al contrario: Paco Silva, de Nacional, Emilia del Valle, de Sociedad, Leo, de Internacional y Sofia, Sofia Magallanes, parecían pegados a sus asientos y Yolanda Pérez, de Economía, incluso se agarraba al borde de la mesa con sus manos de uñas largas color crepúsculo en el Caribe como si una fuerza la intentase separar.

Con la voz baja y decidida de alguien a quien se le ha pasado el cabreo pero no su causa, *Picasso* les explicó que estaba harto y pensaba delegar ciertos trabajos unidos al cargo de director. Nadie se extrañó porque eso les pasa a todos y lo extraño era que hubiese tardado tanto.

Pero entonces *Picasso* dijo que de lo que estaba harto era del lado *político* de su trabajo, y que eso era lo que quería delegar: las comidas con ministros y banqueros que le hacían perder tanto tiempo.

—¡Y el estómago! —sonrió—: Podéis preguntarme por el mercado de los antiácidos, me lo sé todo... Tengo todas las comidas ocupadas de aquí a tres meses. No sé si habrá estallado una guerra nuclear pero sé que estaré comiendo con el ministro del Interior. Es insufrible.

No lo parecía pues *Picasso* mantenía un aspecto sobrio, como si la tensión le ayudase a quemar las comidas de cinco tenedores.

Los redactores jefe lo miraban no sin sorpresa. ¿Adónde quería ir?

—Es algo que al comienzo pensé que podía ir cambiando. Pero no se puede —explicó *Picasso*—. Así que he decidido delegar.

Ninguno de los redactores jefe movió una ceja: cualquier periodista aprende en el primer verano de prácticas que comer con ministros puede dar poderes que los lectores ni se imaginan. Les asombraba que fuese de eso de lo que se quejaba *Picasso*. Y no solo:

—También estoy harto de ocuparme de minucias —dijo—. Así que os las dejo.

Y *Picasso* sonrió como si ahí empezasen sus vacaciones.

—¿Y a qué minucias exactamente te refieres? —preguntó Miriam Pelayo, la redactora que sustituía a B. V. al frente de Local pues B. V. había colgado su columna y se había marchado sin avisar a no se sabía dónde. A ella sí que le hacía gracia que los de Internacional y Política mirasen al resto como si tuviesen apellidos más sonoros, y no digamos Yolanda, la de Economía (la antigua compañera de Daniel en la universidad, ascendida), que de tanto rozarse con banqueros tendía a creerse algo. Solo Germán Cortés, de Deportes, trataba a todo el mundo como a un igual.

—Pues a muchas cosas: desde los debates sobre las cloacas de Madrid a las oscilaciones de la Bolsa, desde los asesinatos del día a los Consejos de Ministros y...

Picasso enumeró más o menos el ochenta por ciento de lo que se entiende por *actualidad* en un periódico tipo, cualquier día. Se tomó la enumeración con calma, como si no quisiese dejarse nada.

Nadie se atrevió a preguntar a qué se iba a dedicar, aunque todo el mundo vigilaba con la glándula que calibra la suerte ajena y dosifica la envidia para que no se vea mucho. Como se hace desde que se inventaron los periódicos, se concentraban en qué cuota de poder le iba a corresponder en ese testamento a cada cual.

—No estoy de acuerdo —dijo entonces Sofia. Y aunque es algo que también se oye mucho, rara vez, si alguna, para *noestardeacuerdo* con un director. Casi por principio, lo que les demuestra a los directores que se merecen el cargo es que todo el mundo esté de acuerdo con ellos. Y se toman esa pleitesía como un asunto personal.

Uno a uno sus colegas se giraron para ver a la Sofia de toda la vida, una mujer cuya elegancia contrastaba con su figura joven, y esta con sus ojos severos.

Ella, en cambio, le miraba a él como si estuviesen a solas.

Picasso no le respondió. La miró sin mostrar sorpresa alguna... pero no le dijo nada. Como en un matrimonio cansado, era evidente que allí había más cosas.

—Claro que sí, nos haremos cargo —dijo entonces Paco Silva, y Leo se le unió y los demás también, conscientes de la importancia de su rapidez en estar ese día de acuerdo con el jefe. Sofia se atrevió a ir más lejos:

—Si delegas en nosotros tus relaciones con la política y tu trabajo de la redacción... ¿a qué te vas a dedicar? —dijo.

Y su pregunta sonó a insulto. Eso tenía Sofía, que iba de frente y a veces sonaba fatal, como sonó la vez en que su bisabuelo Nuño le dijo al Rey que la pasión por colgar cuernos de venado en las paredes del Palacio de La Granja podía dar lugar a interpretaciones. La pregunta de Sofía sonó a comisario interrogando a un asesino. Peor aún, a la pregunta a una invitada de si las dos cucharillas de plata que se acaba de meter en el bolso son un recuerdo.

Picasso ni se tomó el trabajo de contestar. Los cambios de humor de los directores se notan pronto y en *La Crónica* ya notarían los suyos. Pero cuando se levantó la reunión quedó claro que ahí se había roto algo. Y que Sofía ya no estaba en la carrera por la sucesión.

Qué es Sofía

En esos días dimitió la ministra de Exteriores por haber asistido un fin de semana a una cumbre bilateral con el apuesto embajador de la India en el parador de Chinchón, al lado de Madrid. El acorde demasiado eléctrico de una guitarra incendió una discoteca llena de bailarines. A talco quedaron reducidas las espaldas de treinta mil pequeños ahorradores que recibieron sobre ellas a un banco desmoronado por falta de cemento en las paredes. Treinta metros equivocados en la órbita de un cohete de la Nasa bastaron para desperdigar un confeti de seiscientos cuarenta millones de dólares en el espacio estelar. Y en un ojo de cristal que era la base de su mirada perturbadora y de su éxito resultó que guardaba la cocaína la bella heroína de un culebrón pillada en Barajas. Pero al menos durante una semana no se habló de otra cosa en *La Crónica del Siglo* que de la ruptura entre Sofía y *Picasso*.

Es una ley: lo que sucede *dentro* de los periódicos pasa delante, para los periodistas, de lo que pasa fuera. Y en particular todo lo que se refiere a subidas de sueldo, banquillo, turnos de vacaciones —algo muy arduo porque también hay que poner de acuerdo a exesposas, sindicatos de profesores y asistentes domésticas de las exesposas, en un ajedrez infernal— y líos en la redacción, cuanto más altos en el escalafón, mejor.

Y el lío de *Picasso* y Sofía, que se había mantenido secreto o eso parecía, estaba en lo más alto. Ciertamente el de Claudia con Leo, el redactor jefe de Internacional, había terminado por adquirir una visibilidad ya política —se decía que eso podía perjudicar las aspiraciones de Leo a la púrpura—, pero nada que ver con lo de Sofía y *Picasso*, que acaparó toda la atención. Y por varias razones.

—Leo... ¿qué? —fingió escepticismo Javier Izu, el redactor parlamentario que *Picasso* había rescatado del tedio de los teletipos en Internacional, y que aspiraba al obispado de Nacional si Paco Silva ascendía a director. Ya se veía haciendo esperar en el teléfono a los ministros de los que ahora tomaba dictados en las Cortes. En las fiestas de embajada todos vendrían a reírle los chistes malos y tomar apuntes de sus lecciones de fútbol.

—¿Paco Silva? —preguntó el redactor de Internacional que ahora peinaba teletipos—. ¿Pero si no sabe ni escribir una nota de sucesos! Cómo va a escribir un editorial.

—Sí, pero es mejor Paco Silva que Leo porque a través de Leo nos dirigiría Claudia.

—¿Claudia?

—No te quepa duda.

—¿Tú crees?

—Tú es que no la conoces: en el colegio divorció a un profesor y tres años después lo escupió como un chicle usado, no sin pedirle una pensión de alimentos que lo dejó dando clases en una autoescuela por las noches. En tercero de carrera consiguió que *La Verdad Madrileña* la enviase a cubrir guerras a Oriente Próximo, y no como estás pensando sino asegurando que sabía árabe y leía el hebreo. Y como no había nadie para comprobarlo... ¿Cómo te crees que se ganó su primera columna? Se llamaba *Diario de una relámpaga*.

El recuento de los poderes de Claudia revalorizaba los de Sofía y *Picasso*, y enconaba el debate de la sucesión. Y pese a que *Picasso* seguía dirigiendo el periódico con inmejorable aspecto, cada día parecía más alcanzado por una dolencia insidiosa, de las que no se muestran.

En ese teatro había todo tipo de versiones, algo lógico entre gente adiestrada, según las facultades de periodismo, para mirar bajo las máscaras de los ministros, las faldas de las actrices o los contratos.

Una decía que a Sofía una cumbre de la estirpe familiar le había exigido que no arrastrase el apellido Magallanes por los hoteles de la península con un tipo que se hacía llamar *Picasso*, como un saltimbanqui.

Otra aseguraba que Sofía se iba a dedicar a la política y en consecuencia no podía dejar rastros de salidas de hoteles en amaneceres turbios. Ahí juraba haberla visto en una Semana Santa en Sevilla una redactora de la sección dominical con una nariz larga y una mirada en punta que le daban un aspecto husmeante.

También se decía, claro está, que a Sofía *Picasso* la había «plantado por una becaria», una frase hecha en la que se reconocía el rencoroso estilo de las esposas con los poderes ya mermados para seducir a un becario. Según el libro, las canas de *Picasso* lo inhabilitaban para seducir a becarias, aunque se desconoce lo que provoca en la piel tersa de las jóvenes periodistas la cercanía de un director, el único que puede mirar por la ventana mientras calibra la Historia, volverse y exclamar mientras se da un puñetazo contra la palma de una mano: «¡Edición Especial!». Aunque ya no lo hagan nunca: es primitivo, pionero, poco elegante. Habría que preguntarles. La Historia enseña sin embargo que por dirigir un periódico o estar cerca, la gente está dispuesta a pagar más que por el coche más rápido, el control de un banco o el matrimonio con una grande de España, que no por ser grandes tienen buena conversación. No hay garantías.

Además ¿cuál?, ¿qué becaria? Nadie podía precisar, entre otras cosas porque en *La Crónica*, como en todos los periódicos, entraban y salían mujeres jóvenes y llamarlas *bellas o bonitas* sería un pleonismo. Y no les hacía falta ni sonreír: por la naturaleza de las cosas atormentaban a los jefes que les corregían los trabajos con la simple cercanía de sus cuerpos duros y olorosos a lavanda. Bien es verdad que había una... Pero era una verdadera princesa, hija de un banquero y una campeona de tenis que había jugado la final de Wimbledon, y hablaba cinco idiomas... ¿No iba a mirar desde demasiado alto, incluso a *Picasso*? En afilar la exigencia de clase se centra la educación de los príncipes, sobre todo si son nuevos.

Es que era un canalla, «el típico cabrón de siempre», decían las que desde siempre no perdonaban a *Picasso* que fuese hombre, que en Madrid hiciese sol y que Sofía se mantuviese en la cima pese a sus cerca de cuarenta años...

Ahí está: que no se mantenía, decían otros. «Sofía ya no es lo que fue», decía el infaltable cómplice de esas mujeres a las que no les gusta el buen tiempo.

Y en efecto: no lo era. Y no solo porque hubiese comenzado su emancipación de *Picasso* en la

reunión de jefes de la Pecera. Es que algo le había cambiado.

El escenario como crimen

Aunque había que acercarse para verlo. Sofia seguía arrastrando las miradas de los hombres, y también las de las periodistas que la motejaron para siempre para dejar claro hasta dónde puede llegar —alto y lejos— la envidia ambiente en un periódico.

Se podría pensar que las miradas de los jóvenes eran las de muchachos deslumbrados por las piernas de una profesora. Algo inalcanzable, y no porque las profesoras no quieran sino porque el cuerpo de una mujer resulta un misterio para un adolescente duro pero ciego que prefiere la mantequilla de cacahuete al paté de Estrasburgo y le asustan los olores fuertes. Había algo, sin embargo, que no tenía que ver con la zafiedad del adolescente. Como si esos redactores intuyesen en el cuerpo de museo algo más que el prestigio de la antigüedad.

Un asunto decisivo, este de las miradas, porque ese algo más fue justo lo que no intuyó *Picasso*, con su mirada legendaria de clavo, la última vez que se reunieron. Fue en un hotel de Cáceres y por un momento —nubes negras sobre parches azules de cielo y lluvias acostadas por el viento— pareció que iban a tener un accidente. Y tal vez lo tuvieron.

Algo falló en la reserva con nombre falso, el hotel estaba ocupado por cazadores —era la temporada del jabalí y el venado—, y el portero les ofreció un apartamento vinculado al hotel. ¿Y por qué no? Podía ser incluso más discreto y a salvo de los cazadores. Pero una vez en el apartamento comprendieron que se trataba de una trampa, ni siquiera planeada por alguien, una de las peores.

Habían entrado con una llave y tardaron en encontrar la luz. El sobresalto fue mayor en *Picasso* pues las mujeres están más armadas para las sorpresas de la realidad: que la merluza ha doblado precio o que su hombre le hace regalos a una mujer más joven. Aunque... ¿era algo real? El apartamento turístico ¿era real? O era más bien una provocación. ¿No sería un escenario?

... ¿No sería el escenario de un crimen?

Y no porque estuviese lleno de sangre y con un cuerpo degollado tras el sofá: aquello olía a ambientador de pino. Tal vez fuera el escenario de un crimen... antes de cometerse. Un escenario cómplice, un escenario-manual de instrucciones *para conducir* a un crimen. ¿Es eso posible?

Permanecieron allí sin terminar de percibir el peligro. Estaban, sobre todo, sorprendidos. Como una pareja de recién casados que se dirige a una luna de miel en una postal —brisa azul entre los cocoteros, blancas sonrisas de coquetas camareras— y se encuentra con los aviones para sardinas y los hoteles con animadoras y concursos de baile.

Picasso se recostó en la cama. En otros hoteles, tras una pausa, habrían salido a investigar los vinos de la región o los postres, a los que *Picasso* era adicto. O se habrían abrazado para comprobar que todo sigue en su sitio y en particular los ojos. La luz del fondo de los ojos, que a veces tarda días en reencenderse, y cuando no se reenciende es el aviso de final de trayecto. Y si se insiste llegan como estaba previsto los silencios, la reprochadera, las discusiones en círculo... el agotamiento. El final es el mismo.

Ninguno de los dos estaba preparado para encender una luz en Cáceres y presenciar lo que se podía ofrecer, en un mundo sin ley, como «apartamento turístico». Pocas cosas les habían

preparado para semejante fealdad, y muchas les habían desprotegido: una educación, un exilio, un oficio idealista como es a veces el periodismo...

Fue *Picasso* quien se levantó de la cama y sacó a Sofía de allí como quien teme que a lo peor ya es tarde.

Lo era. Esa noche durmieron en un parador cualquiera al que llegaron a medianoche como amantes escapando de matrimonios en pisos pequeños, cenaron poco y durmieron. Y cuando por la mañana quisieron recuperar el tiempo perdido... ya no era lo mismo. Algo se había quebrado en algún sitio.

Fue entonces, de pronto, como queriendo retener algo que se escapaba, cuando Sofía preguntó: —¿Te gustaría tener un hijo?... ¿Te gustaría tener un hijo conmigo?

Y parpadeó varias veces.

Picasso se giró un poco para mirarla. Se encontraban el uno junto al otro. Pasó un tiempo y *Picasso* se incorporó y se dirigió a la ventana, desnudo, con un impudor solo explicable por la media hora anterior, y miró desde lo alto del parador el campo castellano. Con un grupo de tres chopos altos y amarillos, una encina solitaria, la ruina de un castillo y luego un pueblo, se veía tan sobrio como una mesa de pobre.

—Creía que ya habíamos hablado de eso —dijo. Y lo dijo cobardemente, sin mirarla.

Y ahí, en ese preciso instante, en un parador que ni sabía muy bien dónde estaba pues habían llegado de noche, agotados, se le acabaron a Sofía las ansiedades, la acidez de la culpa que sentía por no decirle a *Picasso* que desde hacía un tiempo estaba acostándose con su marido para quedarse embarazada. Más aún, que probablemente ya lo estaba.

Si un redactor se sienta

Picasso, *final*

—Imagino que te habrán explicado por qué no se publicó el reportaje de... qué eran, ¿tiburones y barracudas en la playa de Marbella? —*Picasso* sonrió.

—Y calamares asesinos...

—Eso: y «elegantes calamares asesinos» —volvió a sonreír *Picasso* como queriendo hacerse perdonar algo. La mirada le brillaba, pero con otra cosa—: Me imagino que te lo explicaron.

—Pues no —dijo Daniel. También él había cambiado, ya no era el mismo que se había entrevistado con *Picasso* en ese despacho hacía tres años largos aunque a él le parecía que hacía muchos más.

—¿No? —preguntó *Picasso*.

—No —respondió de nuevo Daniel, lo que no provocó alarma en la mirada de *Picasso*. Más bien, le pareció a Daniel, una especie de cansancio. Y ahí fue la primera vez en que se dio cuenta nítida de algo que venía intuyendo: el periodismo cansa.

Entonces cobró sentido la niebla que había percibido en el periódico, una tensión como de perros humillando el hocico antes de un terremoto. De pronto —gracias a algo que no había visto nunca en los ojos de *Picasso*, una petición de excusas inimaginable en su primera visita a ese despacho—, entraron en un mismo cuadro las miradas que había visto en la redacción.

Y poco a poco dejaron de extrañarle pequeñísimos detalles. Una mayor vulgaridad en Claudia, por ejemplo, que no se manifestaba en labios más gruesos o medias de rejilla, sino en un caminado más arrogante que coqueto. En su columna seguía bebiendo del ridículo ajeno, y se le notaba el regocijo del columnista político a quien las encuestas electorales le dan ganador y sabe que en un mes le van a dar un programa de televisión o algún cargo en París o en Roma.

Fueron cobrando sentido otros cambios —ahora lo comprendía como se llega a comprender que la primavera puede ser una enfermedad, menudo chasco— que hasta le habían hecho sentir mal. No un dolor de cabeza cualquiera sino el malestar del chico que, en la ducha, no es capaz de encontrarse el segundo testículo y se pregunta si no se le habrá ido por el desagüe.

Solo entonces, mientras *Picasso* se disponía a explicarle por qué no se había publicado su reportaje sobre los tiburones cómplices de arquitectos, Daniel se dio cuenta de que había estado evitando ir al periódico. Todo reportero tiende a no ir a su diario, que equivale a un hangar para

un piloto, y siempre busca excusas para no salirse de la fiesta y volver a casa. Cierto: el mundo en el que se mueven los reporteros no se puede llamar *fiesta* —es demasiado previsible y casi siempre una antesala de la verdadera historia—, pero al menos el jefe está lejos. Puede creer que está viviendo lo que quería.

Tarda en comprender que, invisible y todo, su jefe existe más que los jefes-clon que salen por oleadas de los edificios de cristal a la hora de comer. Al suyo se le ve incluso el aura de la soberbia, y eso que compite con dioses. Se viste de *Actualidad, Número de edición, Hora de cierre...* nombres para distraer. En realidad se esconde con el camuflaje que emplean las religiones para ocultar al dios que más temen sus feligreses. Y que es lo que más se disfraza y más eufemismos y metáforas convoca: El Tiempo. La unanimidad no es tan rara. De todo lo que conocemos es lo más seguro. El tiempo no falla nunca, y tenerlo —mejor aún: serlo— es el primer requisito para ser considerado un dios. En cualquier parte.

Como reportero que era, Daniel había estado huyendo del periódico. Y ser un joven con más años que los demás, como suelen ser los periodistas, fue justo lo que le permitió percibir en el periódico corrientes y vientos que ya no podían ver los periodistas de treinta y cinco años, la edad más o menos en que comienza la vejez en un periódico:

La Crónica del Siglo había cambiado.

Para empezar, le pareció a Daniel un día que fue a presentar una nota de gastos, en el periódico había más gente sentada y ya no de pie. La línea de la mirada, que en un periódico es un horizonte, había bajado medio metro.

En realidad quién sabe si había *más sentados* o era que los que había *se sentaban más*, con más vocación. Era el estilo de sentada de antes de *Picasso*, cuando los periodistas de *La Crónica* parecían temerles a los teléfonos como peligros para sus cenas con una chica.

Pero es más complicado y estar de pie o sentado tiene consecuencias. Sentados, los redactores dejan de estar pendientes de los teletipos y otras señales de humo del mundo exterior, y los ojos se les ensimisman. Parecen concentrados en una búsqueda interior pero en realidad están pendientes de quién mueve un dedo y hacia dónde.

—Oye: ¿es cierto que nombran a Emilia del Valle adjunta al director? —escuchó Daniel.

—¿E-mi-lia-del-Va-lle? Por favor... ¿Dónde has oído eso? Si la nombran, pido trabajo en el *ABC*.

—Sí, claro: de caricaturista.

Ahí, justamente, hubiese podido un historiador fijar el comienzo de todo. Aunque... ¿cuándo comienzan las cosas? En periodismo nada comienza ni termina nunca. Eso es lo que le garantiza una especie de renta vitalicia. Cuando las cosas terminen en un periódico, será que han terminado por última vez.

Niveles de topicoína

Podría parecer exótico o inesperado —cuando lo inesperado se acaba, los periodistas inventan algo que da el pego—, pero un marciano que aterrizara en *La Crónica del Siglo* lo

hubiese podido predecir: muchos indicios.

La ropa, por ejemplo, lo más visible. Llegados desde no se sabía dónde, por *La Crónica* se paseaban redactores y reporteras que tendían a vestirse como ese arroyo de la opinión convencido de que la elegancia consiste en ropa marcada y tatuajes. Como el ganado.

Lo de los periodistas contagiados por las fuentes es algo tan viejo como la tos: esos cronistas de tribunales que escriben peor que los abogados, o los de Economía que, a base de fumar puros con los banqueros, terminan por peinarse con gomina y meterse los pulgares en el chaleco.

Hacia ya tiempo que los nuevos reclutas de los periódicos eran en su mayoría jovencitas tímidas de cinturita estrecha, colgadas siempre de un teléfono al que murmuran y sonríen. De pronto, con la aparición de una que había sido reina de los Carnavales de Cádiz, pareció que al fin la realidad sí copiaba una telenovela.

Su paso por Documentación fue breve. Había sido contratada para aliviar el trabajo pero las peticiones a la sección de qué población tiene Ginebra, o dónde nació una actriz olvidable, se doblaron y poco después se le comenzaron a encargar las entrevistas de domingo.

—Pero si es que no tiene ni idea —dijo algún ingenuo.

—No importa —se le respondió—; ella pondrá la cara y nosotros le corregiremos las entrevistas.

—¿También las respuestas?

—Cuando sea necesario. Y su cara —aunque aquí *cara* quería decir *cuerpo*— será la imagen del periódico.

Nada nuevo, se podría pensar. Lo nuevo era que sustituir redacción por moda no era el estilo de *Picasso*, aunque fuese acorde con unos tiempos convencidos de que *la imagen*, fuese eso lo que fuese, era la nueva demostración de Dios. El culo alto y perfecto de Sofia quedó desplazado a un segundo y hasta un tercer plano por el cuerpo todo de la reina de belleza. Aunque había sido seleccionada para deslumbrar a los ministros y grandes rockeros, en una estrategia que en las facultades se estudia en *Tácticas de la entrevista*, de tercero, resultaba muy difícil imaginarla entrevistando ni a su peluquero, y sí en cambio desfilando en traje de baño, cabellera de león y tacones con cadenita en el tobillo, porque así andaba por el periódico. Aunque no fue eso lo que entristeció a Sofia —por el contrario le aliviaba que los ojos de los hombres ya no la llevaran a hombros de un lado a otro de la redacción—, sino que ahora fuese tan fácil entrevistar a actores y directores de cine.

Que por otra parte *eran* más fáciles de entrevistar. ¿Y por qué no? Si un periódico contrataba a una reina de belleza para hacer entrevistas, y si Paco Silva, el redactor jefe de Nacional, apareció un día con aspecto de golfista y sin una cana a sus casi cuarenta años pese a que tenía el pelo gris desde los treinta, ¿por qué rayos los entrevistados iban a hacer, como antes, el papel de profetas, que es agotador? Ahora ni ensayaban ante el espejo las pedanterías, que en tiempos de Sofia eran obligatorias en las entrevistas a cineastas. Ahora los actores y directores solo podían comentar la última película de éxito, como si a más público menos memoria. A la reina del Carnaval había que reescribirle las entrevistas en indirecto porque en citas textuales el espacio se iba en tartamudeos y lugares comunes. La topicoína media de los cineastas era alta y contagiaba a los periodistas. O quizá fuese al revés. No importa: un montón de indicios apocalípticos debieran haber anunciado en *La Crónica* el final de *Picasso*.

Pájaro negro llegando por la izquierda

Al principio no se notó, igual que su llegada. Ese día señalado de un junio todavía soportable, justo antes del incendio de un verano de tres meses que en realidad dura seis, nadie hubiese dicho que despedían al jefe. Que derrocaban al príncipe, aunque fuese un príncipe sin reino y medio anarquista, como el del relato que les había enviado Ultaije a La *Boîte aux Litres*, en París, para *Sur Exilés*, y que quizá encontró en *Picasso* a su personaje y por ello se casó con él.

Solo lloró una persona, y fue Elvira, una vieja secretaria como de Alto Estado Mayor que trabajaba en el periódico desde hacía cinco directores y solo con *Picasso* había encontrado una combinación que ya no creía pudiese existir.

—No sé cómo explicároslo —les dijo a las dos secretarias de gerencia con las que comía todos los días—: *Picasso* es el primer director que veo a quien le preocupa lo que sienten los de la competencia cuando les damos un pisotón.

La que desde luego no lloró fue Almudena, la mano derecha de *Picasso*, con su ración de fama por ser la única mujer capaz de llevar vaqueros sin que le deformaran el culo. (Sofía no competía pues no usaba vaqueros jamás). De hecho, a través de ella se puede intuir un poco de lo que ocurrió.

Suyo fue el primer indicio. El primer anuncio, el primer pájaro negro llegando por la izquierda y batiendo las alas contra una nube. Y como suele ocurrir, *Picasso* no se iba a dar cuenta de ello hasta después, una vez que el polvo de la explosión se aposentó y volvió a verse el paisaje cuando lo abandona la niebla. Fue un día en que, mientras él hablaba por teléfono, Almudena le fue a colocar sobre la mesa una carpeta de documentación que había pedido, y cuyo título no pudo leer muy bien. Algo raro porque estaba escrito a mano, con rotulador. Solo unos segundos después —todo esto hablando por teléfono con alguien que nunca más recordó— comprendió que si leía mal la carpeta era porque a Almudena le temblaba la mano. Algo llamativo en una secretaria que *Picasso* había seleccionado porque su piel tersa y ojos brillantes le parecían los heraldos de un nuevo mundo que le habían de dar suerte para dirigir *La Crónica*.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó *Picasso* después. Y no le dijo que se fuese a su casa a sudar el trancazo porque alcanzó a verle los ojos.

O mejor dicho, no los vio: Almudena se los retiraba, rehuía los suyos como hacen los políticos, los chicos en el patio de recreo y los periodistas cuando alguien ha caído en desgracia y no quieren contagiarse.

Y en una ingenuidad que le retrata tanto como la leyenda de sus ojos, *Picasso* pensó que Almudena estaba con un hombre y no quería que él lo supiera; una especie de fidelidad a su noche juntos. Y no pensó más en ello. Para un director la memoria es un lujo más grande que... Lo cierto es que los directores no tienen tiempo para lujos y el que tienen se lo gastan en coches caros y chalés con piscina. Como todo el mundo.

Muchos lo considerarían moda pero ¿no es la moda una forma de agitación? ¿No se hace moda *contra* algo? No queda más remedio que interpretarlo así. Si el periódico se fue llenando de jovencitos sentados y bien vestidos, más pendientes de sus teléfonos y los primeros correos electrónicos que de las noticias. Si en la sección de Sociedad los problemas que afectaban a campesinos o adolescentes... a grupos de gente, fueron siendo sustituidos por nombres propios,

primero, y luego por el relato de las pequeñas mezquindades de esos cineastas, modelos y cantantes en sus fiestas y vidas pequeñas. Si artículos escritos para ayudar a dudar fueron cediendo el lugar a otros de estilo retumbante, hechos para no hacerlo. Si los autores de estos artículos pasaron de ser escritores casi libres a ser casi siempre súbditos, de un partido, agencias de imagen, el prejuicio ambiente o la estupidez, que siempre está esperando en la puerta: siempre. Si..., ¿cómo no interpretarlo también como una rebelión, sutil pero organizada, contra *Picasso*?

Que de algún modo ya se encontraba en otro sitio. Quién sabe por qué sucede eso. Un día, alguien —un ideólogo, un explorador, una esposa, un artista— deja de buscar con tanto empeño... y se va. ¿Por qué se va la gente?

Y una prueba entre muchas fue lo que pasó con los dibujantes. Pues los dibujos del periódico ya no tenían aquella frescura que siempre impedía saber por dónde iban a salir. Puede que *Picasso* ya no tuviese tiempo para ir a buscar a gente con mirada propia pero no hacía falta: los dibujantes hacían cola y los dibujos se amontonaban. A partir de cierto momento hasta los distraídos notaron la reiteración de uno que firmaba *Pegatina*. Disfrazado de ironía, venía a ser como el portavoz de las ideas hechas de la opinión ambiente, lo que hacía de sus dibujos algo tan predecible como el calendario: después de enero llega febrero, y en abril lluvias mil. Esa debiera ser la muerte de un caricaturista o columnista, pero quizá sean esos los de mayor éxito: sus lectores ahorran en pensar, más aún, se sienten pensadores.

Picasso ya casi no se dejaba ver. Como un emperador triste, permanecía en su despacho y desde allí llamaba a alguien, como hizo con Daniel para explicarle, en un gesto arriesgado pues los directores tienen prohibido por la Asociación de la Prensa rendir cuentas, por qué no habían publicado su reportaje sobre los tiburones dóberman.

—... Es que Federico Ras, el arquitecto, es también el constructor de este edificio —le dijo, y no le desvió los ojos.

Daniel no pareció sorprenderse. Le miró como preguntando «¿Y...?».

Él y fue que, un par de días después, *Picasso* salió del periódico sin despedirse, dejando un sobre en su despacho y no sin dar ciertas órdenes, con discreción y como al paso, igual que un gran señor que deja su casa organizada antes de acompañar al exilio a un rey que no se lo merece.

Lo eterno siempre regresa

Daniel fue por pura casualidad el primero en descubrir su marcha y comprender su alcance. Fue al abrir el periódico sin ganas a la mañana siguiente, en el bar de la esquina donde tomaba café, y descubrir el reportaje de los tiburones, con la llamada en primera página y el titular que él había dejado escrito:

TIBURONES INVENTAN NUEVAS FRONTERAS EN EL MAR

Y eso sí que era raro. Pues por lo general los jefes, que no suelen escribir y no tienen mucho que hacer como no sea echar broncas por «lo dormidos que estamos en este diario», se dedican a cambiar los títulos puestos por los redactores, en una especie de derecho artístico de pernada para reafirmar su autoridad.

A Daniel el mal humor se le fundió al ver su reportaje. ¡Y en primera! No era la primera vez que le sucedía pero los periodistas están adiestrados para que al leer su firma en portada les parezca que sí merece la pena haber nacido pues han entrado en la Historia. Por eso corren, para eso se afanan tanto.

Solo tras haber comprobado que no le habían cambiado ni una coma —hasta las fotos eran las que él había propuesto—, Daniel percibió que el estilo defensorio de las portadas de *Picasso* había cambiado... para ser lo de antes. *Picasso* jamás habría abierto con una guerra —no así contada, al menos—, una crisis en el Gobierno, que de eso viven, o la última «victoria histórica» en el fútbol. Y no porque hiciese un periódico nacionalista o amarillo —qué más hubieran querido sus críticos, que vieron con impotencia cómo doblaba la tirada cuando los demás desfallecían— sino porque con cada una de sus portadas demostraba que las guerras contadas desde el vencedor, las crisis políticas y la épica del fútbol no suelen ser más que trucos para disimularles a los lectores la realidad, a menudo insoportable.

O sea que Daniel no pidió un segundo café. Llamó a Génova:

—Creo que han echado a *Picasso* —dijo.

—¿Ah, sí? —preguntó ella. Daniel pensó que había oído mal.

—Digo que creo que han echado a *Picasso* —ni se le ocurría que se hubiese podido ir por propia voluntad.

—Te he oído —dijo Génova, y el tono fue de nuevo el mismo que habría puesto ante el cierre del restaurante italiano de la esquina—: Lástima, habrá que buscar a otro —aun así solo con el tiempo Daniel comprendería el ligero escalofrío que sintió ante esa respuesta.

O quizá ya lo sabía pero entonces no quiso aceptarlo. Al correr en la moto hacia el periódico, Daniel tuvo en la Puerta de Alcalá, mirando las cúpulas de los árboles del Retiro, la sensación de que ya lo sabía. Génova ya lo sabía, y de ahí su «¿Ah, sí?», sin sorpresa, como quien asiste a la caída de las primeras hojas en otoño. Pero no le dio importancia. Hacía uno de esos días en que el sol brilla en Madrid hasta por debajo de árboles y coches y Daniel corría para comprobar si era cierto que su periódico se incendiaba.

Lo era. La redacción estaba más quieta que nunca. Los teléfonos sonaban y cuando alguien al fin respondía era para rechazar la llamada: «No, no ha llegado». «No, no lo sé». «Llame más tarde, por favor».

Desde lejos Daniel sintió que la reunión de la mañana se desarrollaba con más silencios que de costumbre.

Recordaba, por haber participado alguna vez, que en la reunión de previsiones el tono era relajado y antes de exponer cualquier crisis, inundación o guerra se comentaba el partido de la víspera, con las bromas previsibles, o algo de la televisión. Esa mañana nadie comentaba nada y eso que España había ganado un partido, lo que por lo general reverdece el *nosotros* patriótico: la gente va más erguida y se mira el ombligo como si cantase. Desde fuera de la Pecera todos parecían concentrados en lo que decía Paco Silva.

O sea que chirriaban varias cosas, como la ausencia de alegría por la victoria nacional. Que los mandos escuchasen a Paco Silva, cuando lo previsto era que él les escuchase a ellos sus previsiones de premios, guerras, elecciones... Y que la reunión de previsiones no fuese de perfil bajo, sino de Estado Mayor: ahí estaban todos los generales y almirantes, como en la reunión de primera página, al final del día. Solo faltaba el director.

—¿Qué os ha dicho Paco Silva? —le preguntó a Sofia cuando regresó a la sección. Vestía de negro, y con su moño hubiese parecido una viuda de no ser porque sus labios eran de perla y los ojos le brillaban como si ya fuese de noche y entrase en una cena para concretar miradas y promesas. No parecía salir de una reunión de previsiones.

—De qué.

—Pues de lo que esté pasando.

—No nos ha dicho nada —dijo Sofia—. ¿Qué nos iba a decir? Iremos a cincuenta y cuatro páginas, o sea que no tendremos espacio para tu reportaje sobre nuevos modos de contar el viaje. Pero estarás contento, ¿eh? Ya has visto que salió el de los tiburones. ¡Y en primera! No te quejarás.

Debió de ser la vez en que Daniel le escuchó una tirada más larga a Sofia, y no supo qué creía menos: si que Paco Silva no les hubiese dicho nada o su condescendencia por el reportaje. Alegría que a él ya se le había secado: un par de horas después de descubrir su firma en primera página, palpitando como una joya entre los tipos de una imprenta, ya le parecía que hacía mucho. Que la joya había perdido brillo y su reportaje era papel viejo. Sintió, en un ambiente de velatorio, que alguien recordaba las virtudes del muerto.

Y supo que el muerto era *Picasso*.

Quedarse huérfano es un error

Lo que en cambio no sabía era que la única herencia que le había dejado era la alegría de esa mañana al ver publicado su reportaje de tiburones. Y que eso, además, no le saldría gratis. Aún nadie le había dicho que en periodismo quedarse huérfano y que se vea es un grave error de cálculo.

La sucesión de *Picasso* había empezado desde antes de que ese día luminoso de junio diese orden de publicar el reportaje de los tiburones y se marchase como un señor, sin cornetín de órdenes ni revista a la guardia, cogiendo al parecer el autobús porque ya no usó su coche de empresa ni pidió un taxi. Parecía una retirada honrosa antes de la llegada del calor, que en Madrid es bárbaro. La vida solo sobrevive en invernaderos de aire acondicionado (*veraneaderos*, por tanto) y al borde de pequeñas bañeras en lo alto de los edificios.

Desde cuándo había comenzado la sucesión fue lo que se empezó a discutir esos días con entusiasmo, pues tratar algo como Historia es un modo de acabar con cualquier cosa, aunque aún esté viva, y había interés en acabar con la leyenda de *Picasso*. Además los más interesados son los periodistas, a quienes nada excita más que un cambio de director. Es la fiesta de los banquillos y abre expectativas, pues todo periodista ve un cambio de director como la muerte en América de un tío millonario tonto y sin hijos.

Las explicaciones del relevo fueron desde la consabida de que *se-había-agotado-su-ciclo* de los más alérgicos a pensar, a retorcidas alusiones a simpatías por ciertos partidos políticos u oscuros movimientos en el accionariado que habían hecho de *Picasso* alguien *incómodo*. Lo de siempre. Puro humo en los funerales del rey muerto. Así se fue filtrando, lenta pero tenaz y desafiando realidades grandes como elefantes africanos, la especie de que en realidad *Picasso* era un mal periodista, un historiador metido a periodista por un braguetazo que no había sabido

gestionar el centenario prestigio de *La Crónica del Siglo*. Casi ocho años de ocurrencias, desde nuevos modos de escribir reportajes a las rotaciones de columnistas y caricaturistas recogidos en la calle, a punto habían estado de hundir para siempre un periódico superviviente de dos guerras mundiales y dos crisis económicas también mundiales, una guerra civil, una dictadura sin fin, largas campañas de alfabetización del país con astutos programas educativos ideados por el enemigo, y la aparición de Internet.

Y como suele suceder cuando se escapa a tan graves peligros, siguieron las purgas.

El tiempo en los periódicos corre el doble y envejece el triple

La Crónica del Siglo. Año I después de Picasso

Purgas cuyos anuncios luego serán vistos tan claros como en la Biblia, pero que Daniel no ve. De mayor a menor:

Porque, como ya le dijo el *Pez*, el director de la Rápido Press, tiene de nacimiento los colmillos lisos, no retorcidos y amarillos, y eso es una limitación grave en periodismo.

Porque algo pasa con Génova desde que regresaron de Marbella y *Picasso* se marchó. Ya no les parece que son dos cuerpos encerrados en una sola alma que hace el mismo viaje, aunque ella viaje a Bilbao con un autor y él a Sevilla a escribir sobre la lucha de las procesiones de Semana Santa contra la lluvia.

Y porque han encontrado el cadáver de B. V., que se marchó a una guerra y desapareció cuando *Picasso* era todavía director. O sea que ese ambiente con olor a amoníaco del periódico, el que antecede a las grandes purgas, es percibido por Daniel con el tipo de malestar que produce el calor cuando amasa una tormenta.

Aunque *encontrado* no es la palabra. El ejército vencedor de esa guerra ha decidido entregar el cuerpo de B. V. en un féretro hermético pues ya está reducido casi a gas. Tras varias semanas han comprendido que, desaparecido, B. V. iba a ser más molesto que muerto y bajo tierra. Sería un fantasma. En la decisión ha influido, sin duda, que B. V. fuese blanco y español. Por lo visto se encontraba en una casa sobre la que cayó un obús, y murió con otros. No se sabe cuántos. Veinte o treinta.

De la obscenidad de su muerte informa la etiqueta con que, a modo de mortaja, lo han escondido de inmediato. Una etiqueta que pretende explicar su muerte y no admite réplica, tampoco esperanza: «Daños colaterales».

B. V. ha terminado como un *daño colateral*, «una expresión hecha para ocultar», como explicó él en una de sus crónicas, hace tiempo, «como todo el lenguaje de la guerra, donde nada dice lo que quiere decir, ni siquiera *victoria*. Cualquiera que conozca las guerras se pregunta: ¿Qué diablos querrá decir *victoria*? *Derrota* en cambio es el nuevo nombre para el aire».

Por esa crónica *Picasso* lo llamó a su hotel de periodistas, a salvo de las bombas, para decirle que se publicaba en primera página como segunda careta, segunda noticia en importancia. Algo sin precedentes con una guerra lejana.

—¿Estás seguro? —le preguntó B. V. por una línea llena de silbidos—. En otros periódicos no la publicarían. Ten cuidado que no te vayan a fumigar.

Lo nunca visto: un reportero de guerra avisando del peligro a su director sentado en un despacho modernista, en un Madrid encantado de conocerse bajo el cielo más azul de Occidente.

Por supuesto que algunos interpretaron la marcha de B. V. a la guerra —porque sí, sin avisar a nadie— como una protesta por «*lo que está sucediendo* en el periódico». La gente sin imaginación es fuerte y es mayoría, y sobrevive aplicando a la realidad los guiones de la televisión.

¿Acaso no está lo bastante claro?

—Ha muerto porque no podía soportar que no le dejaran ver a su hijo —dice Daniel.

—Ahá —murmura Paloma, a su lado. Y luego añade, en voz más bien baja, como para sí—: Y tampoco separado de las guerras...

—A qué te refieres.

—Pues que a veces la gente se engancha a ellas y no sabe volver. Volver... para escribir sobre el alcalde.

Daniel la mira, es su modo de aplaudir el estilo con que Paloma deja claras las cosas. Apostaría a que Paloma escribe bien. Ya no lo hace si puede evitarlo, y si puede no firma.

Se encuentran en la redacción, casi solos. Es medianoche, falta como una hora para el último cierre del periódico, y solo queda un redactor por sección —tras la marcha de *Picasso* las secciones han vuelto a tener fronteras rígidas, igual que en los ministerios—, metiendo cambios de última hora. No hay cambios en Cultura, por lo que Daniel no tiene mucho que hacer. Paco Silva ha dicho que no quiere alcances que «retrasen» el periódico. Se refería a Cultura, claro, y también a Sociedad y Economía. Nada de cambios «a no ser que el Banco de España comience a navegar por la Castellana, como una balsa, o un banquero salga volando por la ventana, como Peter Pan». Hay quien dice que piensa cerrar Cultura.

—La cultura ya no se lleva —parece ser que ha dicho—. Ahora lo que se lleva es la pasta.

Suena tan bien, tan frase de libro, que parece falso.

Todo el mundo, incluso en los rivales, está pendiente de lo que dice Paco Silva. Quieren saber adónde va.

Como si ese hubiese sido alguna vez un enigma. Con sus manos bronceadas en plan lepra por los guantes sin dedos del golf y un complicado reloj de deportista nuevo rico, Paco Silva es previsible como una peña de fútbol. Hasta su nombramiento de director era deducible. ¿No era *Picasso* el yerno del dueño? Pues cuando la hija se marchó y el propietario se olvidó del periódico, ¿quién le iba a sustituir sino el periodista que se casó con la hija del gerente? Verónica.

Que escribía en Cultura y ya no: ahora usa un perfume nocturno desde por la mañana y ha pasado a hacer entrevistas en el dominical, donde empieza a haber un atasco: allí también ha ido a hacer entrevistas Almudena, la secretaria de *Picasso* con vaqueros con el tratamiento antiarrugas incorporado, aquella a quien le temblaba la mano mientras le presentaba a *Picasso* una carpeta y ya no le miraba a la cara. Gracias a ese temblor, como un pájaro temblando antes de un terremoto, supo *Picasso* lo que le iba a ocurrir.

—¿Por qué no lo haces? —pregunta Daniel, como si siguiese una conversación.

—Qué.

—Escribir. Escribir en el periódico.

—Porque ya lo hice —dice Paloma, sin dramatismo.

Sí, Daniel ya lo sabe. Ha ido averiguando que Paloma fue incluso corresponsal de guerra, hace mucho; unos veinte o veinticinco años. Saberlo no ha sido fácil, ya casi no quedan testigos: hace veinte años en un periódico es un tiempo arqueológico.

Una vez más se pregunta por qué está Paloma, junto a él, esa noche en el cierre. Pero no se lo pregunta a ella.

Caballos como bueyes

Hace semanas que Daniel llega al periódico para el turno de cierre. A él le parecen meses pues, a no ser que se descubra la bala que mató a García Lorca, eso dijo Paco Silva, la actualización de ediciones en Cultura ha sido abolida.

Y si ya no hay trabajo en el cierre en Cultura, ¿por qué no le cambian? ¿Por qué tiran su sueldo inútilmente?

Ahí está la gracia: en el *inútilmente*. Es una vieja práctica en los periódicos, que los forasteros tardan en comprender. Pero no es absurda sino muy eficaz: el ir a un periódico a no hacer nada quema tanto a un periodista como al caballo cuando le obligan a hacer de buey. Y sucede igual de a menudo. Equivale a un fusilamiento sin escándalo.

De todas formas Daniel tiene suerte. Podría ser peor.

Por supuesto lo primero que hizo Paco Silva fue, en una asamblea, como indican los manuales, elogiar a *Picasso*. «*La Crónica del Siglo* va a ser el periódico de todos, y entre todos lo vamos a hacer», dijo, como marca la tradición. Se mostró amigo, preguntó por hijos, hizo bromas...

—¡Fernanda! —se dirigió a Fernanda *la de los crímenes*, con Paloma, la redactora más veterana del periódico—: ¿Te acuerdas de la vez, cuando la Dictadura, que trajiste una sentencia del Tribunal de Orden Público escrita en un papel carbón que recogiste de una papelera?

Fernanda se limitó a mirar al nuevo director con una sonrisa ambigua.

—Después... —contó Paco Silva a la asamblea, como si eso hubiese sido en otro periódico— ... después casi nos meten en la cárcel —dijo, sin especificar a quién incluía el *nos*. A él no, desde luego. Nadie protestó.

Y luego, nada más bajarse del podio empezó a demostrar que habían vuelto los tiempos del director-político, para quien lo importante no es de qué se informa y cómo, sino quién manda. Quién manda en el periódico.

Se puede ver. Aunque mide como metro setenta, Paco Silva camina desde su nombramiento como si en una noche hubiese crecido diez centímetros y mira alrededor con magnanimidad. Parece que ve más cosas, desde más lejos, que sabe más. También que va perdonando (o no), sutiles faltas que los demás no ven. No lo haría muy distinto en caso de encabezar un ejército vencedor.

Eso fue un miércoles. El jueves, cuando en apariencia ya no era necesario y llegaban tarde, se publicaron en una revista del porno rosa más duro unas fotos de Claudia con Leo, el redactor jefe de Internacional, en posiciones más bien turbias sobre una cama.

Nada muy importante. Eran fotos de unos tres o cuatro años antes, aunque eso no se especificaba. Hacía algún tiempo que Claudia se había cambiado de periódico, víctima de las rotaciones de columnistas impuestas por *Picasso*. Y la mujer de Leo le había dejado un par de años antes, harta de un matrimonio ya tronado y para cumplir con los índices de divorcios en la profesión. Visto que las guerras ya no interesan tanto, los divorcios se han de mantener altos para, junto con los reportajes del hambre y la miseria, conservar el prestigio, la aureola del periodismo como profesión de riesgo.

La publicación de las fotos no sería nada muy importante... pero el que menos equivocó el mensaje fue Leo, que nada más verlas recordó con nitidez la escena de aquella mañana en la casa de Claudia en Aravaca: la sensación de que animales emboscados tras un matorral les vigilaban por la ventana, lo que comprobaron al descubrir a un *paparazzo* traficando chismes. Pensaron que era solo curiosidad de la alcantarilla, sin caer en que nada en ese mundo se mueve por curiosidad, condición de la inteligencia, y la alcantarilla solo se interesa por los cubos de basura. Parecía que hacía tres décadas pero así sucede en periodismo, que la historia se aclara —cuando se aclara— como a fogonazos. Tres años después, la publicación de las fotos cuando Leo ya no compite por la dirección de un periódico y Claudia se dedica a comentar televisión, el estadio más retrasado del columnismo, es como un índice señalando la puerta.

Ahora bien: ¿quién, ahora, le va a dar trabajo a Leo? Seguro que conseguirá alguno, ha estado casado con el periodismo y le ha sido fiel, como la mayoría de los periodistas, y aún tiene muchos amigos en todos los periódicos. Pero ¿el mismo cargo de redactor jefe de Internacional que tanto le costó conseguir? Hace ya mucho que empezó a tanto la pieza en revoluciones o inundaciones en los rincones del mundo...

Antes incluso de cerrar la revista con la mezcla de rabia y depresión que produce el porno rosa —mayor que nunca pues esta vez es él la basura brillando aplastada bajo el plástico del papel—, Leo ve como en una película el futuro que siempre se había prometido no vivir. Antes ir a criar pollos en una granja que aceptar algo así, se dijo siempre. Mas he aquí el futuro y él no tiene granja, ni en proyecto, por la ausencia de ahorros y la pensión que tiene que pasarle a su exmujer. De modo que ya se ve de jefe de prensa en alguna corporación, cobrando un sueldo injustificable por enchufarse a la Red, que comienza a reemplazar la lectura de periódicos en papel, rellenar crucigramas y correr al despacho del presidente cuando se trate de atajar algo.

Emilia del Valle ha sido nombrada adjunta al redactor jefe de Deportes, un título risible que le pone a Germán Cortés, el redactor jefe, un desagradable aliento de perro en el cogote. A la vez que avisa a Emilia de que en estos nuevos tiempos la ausencia de ambición —pues ella, como Cortés, hizo alarde de no querer dirigir el periódico— tampoco es un mérito: hay algo sospechoso en no querer ser director... ¿no? Y así con todo: al corresponsal de Washington se le ha ofrecido hacer reportajes en el dominical, una forma discreta de *hacer pasillos*, y al de París, a quien se oyó en público que Paco Silva no habría dirigido en Francia ni una revista de cómics, se le ha ofrecido televisión.

—¿La sección de televisión?

—No, la programación.

El pobre no entendía. Ha habido que explicarle que se trataba de ajustar la parrilla de televisión.

—Pero si eso antes lo hacían en los talleres —decía, seguro que había un error.

—Sí, pero ahora se han multiplicado los canales y El Director —*Pacosilva* ha pasado a ser *El Director*— quiere que se haga en la redacción. Ha dicho que «no puede haber errores en lo que el español medio se gasta tres horas y media al día». Quiere una programación hecha con mimo.

Pero lo que de verdad anuncia una dirección dura ha sido la reasignación de Fernanda *la de los crímenes* a la página de Sociedad —*Alta Sociedad*—, que *La Crónica* cuida desde siempre como cualquier periódico venerable: en esa sección se conquistan los galones de nobleza a los que no pueden aspirar los recién llegados. En *Picasso* ese cambio de destino habría sido una genialidad más. Qué mejor para contar los funerales y las grandes bodas planeadas como fusiones de empresas que la pluma de Fernanda *la de los crímenes*, afilada en cadáveres sin nombre y redadas de pistoleros. Con Paco Silva estaba claro que se trataba de alguna venganza.

La prueba es que esa misma tarde, a menos de un año de su jubilación y sin cambiar de sonrisa, Fernanda dimitió.

Los periodistas quietos se oxidan

Debe de ser como la cárcel. Daniel nunca ha estado en una pero eso de que le regalen un sueldo por no hacer nada produce el mismo óxido en los huesos. Un periodista es alguien, además —un periodista de verdad, esa es la prueba para distinguirlos de las imitaciones—, que necesita correr, correr contra el tiempo. Si no, se oxida. Y eso duele.

Por eso, nada como un periodista para torturar a otro.

Eso, y el calor. Daniel no soporta el calor y esa es la causa de que viva en un ático y saque el colchón a la terraza en las noches africanas de Madrid, cuando el calor no afloja sino que aumenta con la sombra. Y de que vaya en moto: la tortura de los semáforos, con el sol vertical, se compensa con la brisa que da ir en moto, de noche mejor. Para qué hablar del ala delta, a la que Daniel entrega ahora su tiempo libre.

Una vez, incluso, sin dormir: cerraron sobre las dos, declinó la invitación a una cerveza de los compañeros del turno de noche —declina cuando la melancolía le puede—, y mientras cruzaba un Madrid que le parecía más indiferente que dormido se le fue creando una suerte de ansiedad que le hizo coger el ala delta y llevársela a meterle prisa al alba en lo alto de la Sierra del Guadarrama. Las carreteras estaban desiertas, llegó pronto. E, incapaz de esperar más, se lanzó cuando todavía era muy imprudente hacerlo, con las primeras luces encendiendo las montañas pero no aún el valle. Consiguió dar vueltas mientras la luz llegaba abajo, con el riesgo de tener que aterrizar en la oscuridad: un suicidio posible, una espalda rota casi seguro. Pero le compensaba el riesgo. Y como nunca había sido un aventurero, eso le dio la medida de su desesperación, que le asustó.

Aunque él no lo sabe aún, esta no es solo el óxido de la inmovilidad.

Tiene que ver con signos de su entorno que aún se manifiestan de una forma dispersa y leve —una sonrisa amarilla, un adjetivo en un titular, alguien que elude su mirada—, y él no sabe aún leerlos en una sola página. Sabrá. De momento le hacen pequeñas heriditas que le ponen triste e impaciente.

Las nuevas primeras páginas de *La Crónica*, por ejemplo, a las que él contribuye aunque sea no haciendo, no escribiendo: Que hoy se publique una noticia de Cultura en primera página es tan inimaginable como que un día se publique un poema. Las primeras páginas han vuelto a hablar de lo de siempre. Eso ha escrito Daniel en su libreta:

*Los periódicos son la prueba
de que el tiempo da vueltas*

O las sonrisitas. Alguien tendría que hacer una tesis: las sonrisitas como galón y signo de poder periodístico. Pues los que sonrían son los que escriben esas primeras páginas, los que las deciden. En el periódico es ahora una contraseña: los que sonrían y los que no. Y Daniel es de los que no. Por su no sonrisa —ese tipo de sonrisa— se podría deducir que él es de los que no escriben alcances para segunda edición. Las sonrisas serían pues las marcas de una suerte de frontera móvil. Y las risitas, las que corrigen la memoria: las risitas y miraditas de complicidad relativas a *Picasso*.

Sobre él se permiten lanzar pequeñas pullas, no solo los redactores haciendo méritos, sino los nuevos columnistas, muchos de los cuales eran los de antes. Han regresado con el viejo lenguaje retumbante y los tópicos fortalecidos por el rencor del exilio. Vuelven, está claro, para vengarse.

Pero nada de eso afectaría mucho a Daniel, el espectáculo del meritoriaje es siempre un poco ridículo. Rara vez trágico. Ni siquiera grave.

Lo que sí le afecta es Sofía.

Ha cambiado. Aunque Daniel no sabría precisar en qué, le crece la intuición de que Sofía ha cambiado. Como cuando alguien regresa a una casa, después de años, y encuentra todo en su sitio, hasta el perro, hasta el fuego de la chimenea, y sin embargo la casa no es la misma.

No es algo estrictamente físico. O sí. Aún la maternidad no le deforma su estómago perfecto y de algún modo ya la irradia. Una suerte de felicidad interior que le brilla en los ojos y le infunde prudencia.

Ahí está: la prudencia se le nota hasta en el modo de planear la sección. Ya no se mete en aventuras, como por ejemplo aquella fotonovela hecha con fotos reales del día anterior, y que *Picasso* publicaba en Cultura. La ministra de Trabajo terminaba involucrada con un campeón de tenis y un policía musculoso en una trama con diálogos llenos de talento. Los escribían dos viejos cronistas que *Picasso* había ido a buscar a una revista casi inexistente, sobrepasada ya la edad de jubilarse. *Los probables*, se llamaba la fotonovela, y no se sabía si el título se refería a los personajes o a los creadores de la serie.

Pues bien: *Los probables* se ha terminado. Quizá porque tenía éxito y pertenecía a la época de *Picasso*, de un día para otro quedó colgada. Tras su fin Daniel ha escrito en su libreta:

*A base de cesiones
un periódico se puede quedar calvo*

Lo que parece nuevo en Sofia es que irradia, como toda futura madre, y que con la nueva dirección ha convertido sus páginas en algo previsible: premios, estrenos y aplausos. Aun así parece inquieta, incómoda en su silla. A Daniel le ha costado detectarlo porque solo coincide con ella un par de horas de la tarde.

Pues a Daniel lo pasaron al turno de noche al día siguiente del discurso de Paco Silva, con celeridad napoleónica.

—¿Te importaría hacer el cierre a partir de mañana? —le preguntó Sofia con el tono de quien pregunta la hora.

—No, claro —respondió Daniel con el tono de quien la da. Pensaba que sería un turno provisional, como después de que *Picasso* aboliese las represalias y torturas disfrazadas de trabajo vocacional, tipo el turno de noche. De noche se piensa menos, se trabaja peor y se pagan impuestos de soledad.

Nadie le explicó que había regresado el tiempo de siempre y el turno de noche volvía a ser un destino provisional para toda la vida, una sentencia.

Esa cobardía lingüística con los subordinados es por otra parte normal entre los jefes, una forma como otra de ahorrar energías para subir la corriente como los salmones, luchar contra el tiempo.

Lo extraño es que esta vez el jefe cobarde fuese Sofia.

Que seguía demasiado estilizada, el culo alto y un perfume casi transparente para el que su nariz parecía haber hecho régimen... Quizá iba un poco más elegante de lo habitual.

Hasta que un martes de julio en el que los helados se ablandaban en la nevera Sofia Magallanes publicó un artículo en Opinión... que trataba de Gran Economía. Resulta difícil recordar sus tesis porque, aparte del calor, y al revés de las chicas con vestidos que hacían de todo por caerse al suelo, parecía estar escrito más para ocultar que para decir. A Daniel le extrañó que lo firmase Sofia por lo mal escrito que estaba. El enigma se aclaró cuando apareció en la nueva mancheta como jefa de Opinión, adjunta al director.

A Daniel le cuesta aceptar desde entonces ver a Sofia junto a Paco Silva, en la Pecera, en actitud de reírle los chistes. Eso parece.

—Jo, yo ya he vivido esto —se le ha escapado un día a Paloma, a su lado, como una marioneta que despertase en el fondo del baúl—. De verdad, no sé qué hago aquí.

A desaparecer se aprende

Daniel tampoco lo sabe. Es algo que le ha ido intrigando a medida que conocía mejor a Paloma.

Una cosa sucede con los periodistas: hay algunos que se ven mucho, y sobre todo se oyen, y otros que apenas se escuchan y a veces ni se ven. Y en el caso de Paloma, que en su día se vio y escribió mucho, ahora apenas se la ve y se diría que habla en voz baja. Daniel ha llegado a la conclusión de que tiene el don de desaparecer cuando quiere. No estar, un poder que o se tiene de nacimiento o no se tiene. Ser invisible para los turnos incómodos, los jefes, las entrevistas a pelmazos o trabajar en agosto... el poder de desaparecer.

Por alguna razón Paloma ha desaparecido del día y está más de noche. Nadie le dice nada,

como si se adelantase a los deseos de la nueva jefa, Verónica. Solo ahora Daniel comprende que Paloma es una de esas personas incómodas aunque no digan nada. Les basta con mirar. A lo mejor es que Paloma sabe más que cualquiera de sus jefes.

Por otra parte es fácil saber más que Verónica, especialista en chismes y con opiniones tajantes sobre actores y películas, como todo el mundo. No es algo que a ella le preocupe. ¿Y por qué habría de hacerlo? No es solo la joven —y guapa— esposa del nuevo director, sino que además su padre, el antiguo gerente, se sienta en el nuevo consejo de administración. Y por lo tanto la sección de Cultura será, como fue siempre, lo que la mujer del director decida. Tiene además a Yago para hacerle la sección. ¿Aquel chico de prácticas que levantaba los teléfonos cuando Daniel llegó? Pues ya no está en prácticas. Ha perdido el aspecto inocente y, aunque sigue pareciendo un universitario, ahora incluso ya mira con la barbilla de los oficiales. Y como sabe mucho de ordenadores, cada vez le consultan más jefazos con corbata de nudo ancho.

Verónica, además, no destaca demasiado en la nueva mancheta. Puede que haya ascendido, que se le note la ropa cara que no lo parece y una cintura hecha para hacer florecer con elegancia su perímetro, pero en cuanto a cerebro, no destaca. A Daniel le sorprende que Sofia se sienta cómoda en las reuniones del Alto Estado Mayor, como parece. Caray: si no hace mucho él tuvo que ir al despacho de Paco Silva —ya Verónica se había ido y a Yago ni le sonaba el nombre— para decirle:

—Si no salimos en primera página con la muerte de Samuel Beckett entramos en la historia del ridículo en periodismo.

Bien, por esta vez *La Crónica* sorteó un ridículo que, le parece a Daniel, puede llegar sin aviso a causa de cualquier fallo de información inimaginable hace unos años. ¿Acaso no sucedió ya hace unos días? Alguien anunció una gran exposición de flamencos en el Museo del Prado y Verónica pidió que avisaran al crítico de flamenco, el flamenco de los tablaos, con guitarras, desgarró y chalecos.

Pero el probable ridículo del periódico no es algo que le preocupe mucho a Daniel, que ha escrito en su libreta (ahora escribe mucho) como sin querer:

*En periodismo el tiempo corre el doble
y envejece el triple.*

Lo hizo tras escuchar a Paloma decir aquello de «Jo, yo ya he vivido esto. De verdad, no sé qué hago aquí», y eso pese a que para Daniel está clarísimo lo que hace Paloma en el periódico, y desde hace años: lee a Dimas, y cuando no le lee, porque Dimas deja de escribir a cada rato —es quizá una de las razones de que sus columnas se mantengan jóvenes—, espera a que regrese.

Paloma es una de las víctimas de Dimas, de su mirada como no hay dos en lo alto de su metro ochenta y, sobre todo, de su aura de independencia. El aura de Dimas suele producir, hay tan pocas, el deseo de terminar con ella, mas no es el caso de Paloma. Su amor es tan profundo — Paloma es tan profunda— que ni siquiera quiere terminar con el aura de Dimas, y eso que es el aura la que lo mantiene lejos. Paloma lo acepta como es, piensa Daniel. Solo quiere estar cerca.

Sí, pero el problema es que Dimas se marchó del periódico hace unos días, tan pronto fue defenestrado *Picasso*, y de ahí que Paloma se pregunte una vez más qué hace ella todavía en la

redacción, como si padeciera una grave dislexia de nacimiento: no comprende la palabra *Fin*. Muchos pensaban que Dimas esperaba ser director, pues es más fácil que un deportista no quiera ser campeón a, misteriosamente, que un periodista no quiera ser director de periódico. Al menos en España, donde prospera la idea del periodismo-poder, un sinónimo, *poder*, de palabras que debieran ser antagónicas del periodismo como *ministro*, *reina de belleza* o *millonario aunque solo sea de pega*. A Dimas, sin embargo, tan pronto quedó el trono vacante, le faltó tiempo para irse a la estación de Chamartín a coger el tren de París. Y esta vez no volverá, piensa Daniel, y eso que no lo conoce, solo ha leído sus columnas, que además salen cuando le da por ahí. Pues Dimas cree que la periodicidad y lo seguro son la charca donde nace y se hace fuerte la bacteria de la rutina, lo previsible.

Durante sus ausencias Paloma parece encontrar fuerzas en un grupo de amigos que se reúne en una vieja mansión en medio de un parque, en las afueras, y donde al parecer hacen teatro, radio, escriben...

O sea que la exclamación «no sé qué hago aquí», de Paloma, hizo que Daniel viese el tiempo pasando como quien ve un tren, una nube, y comprendió su carácter ineluctable. Fue solo un instante porque no es una revelación que se pueda resistir durante horas: el tiempo pasa. No es nada con nombre propio sino algo paralelo a la vida del hombre. Entonces volvió a escribir lo que ya había escrito, pero distinto:

*En los periódicos el tiempo corre el doble,
al comienzo, y al final envejece el triple,*

como una especie de final.

Que no lo era tanto porque luego, mientras regresaba esa madrugada en moto no podía dejar de pensar: «El final, ¿de qué?».

Dentistas por las autopistas

Son las once y media y todavía quedan unas dos o tres horas para que salga la última edición y un nuevo día comience a envejecer a toda velocidad. Durante la madrugada parece que el tiempo pasa muy despacio: apenas algunos disparos o muertos de hambre lejos, lo de siempre, en teletipos tan iguales entre sí que apenas cuentan nada.

Pero a partir de las seis de la mañana, el tiempo se levanta y comienza una jornada frenética, y muchos días los periódicos llegan viejos y ya casi parecen los apuntes amarillentos de una clase de Historia en la que la historia es siempre la misma.

Daniel ha llegado al periódico a las seis y media de la tarde cuando en la calle aún se podían freír huevos fritos sobre el capó de un coche y el sol comenzaba a jugar al escondite con los edificios: el mejor momento porque anuncia el final de la chulería de la luz.

Y de nuevo los que le saludaron al entrar fueron los que antes Daniel apenas veía y no conocía por su nombre: Rolando, el portero; Julia, una de las secretarias de la redacción, que siempre le mira un segundo de más, como si esperase algo de él; Rafael y otro par o tres de chicos de prácticas, que le saludan porque saben que es uno de los pocos veteranos de quien pueden esperar

una respuesta... o sea toda una parte de la redacción que antes apenas existía. Y a la que ahora se han unido los que no se han apresurado a sonreír al nuevo director.

Como hizo Sofía, cuyo marido, además, un Granada de los Granada del Banco de los Cinco Puntos Cardinales, y padre de su hijo, se sienta ahora en el consejo. Sofía tiene, pues, algo más que defender que un simple trabajo: la herencia de su hijo. Un patrimonio hecho quizá de tiempo fugaz enlatado en papel periódico pero patrimonio al fin, con números y gráficos igual de fugaces que en la Bolsa.

Quizá Sofía influyese para que no les hayan despedido. Despedir es caro y siempre parece censura. Y como la censura es en periodismo una ordinariez, mejor que no se vea. Pero desde luego, con pisotones, pellizcos y humillaciones no tan pequeñas les están mostrando la puerta: turnos fijos en la noche, o en Documentación, o en la cartelera, o haciendo justo lo que nunca quisieron hacer. Y los directores tienen un talento especial para saber qué es eso que alguien no quiere hacer. Todo ello sucede cuando la prensa vive una de las puntas de su inacabable crisis y un trabajo de periodista ha vuelto a ser, como en los tiempos oscuros, algo que depende más de los enchufes que del talento.

Nada de eso le importa demasiado a Daniel, que ha entrado en una suerte de letargo respecto al periódico. No es un letargo invernal sino veraniego, cuando Madrid vive solo para las playas y a la espera de la Liga de fútbol. Y además es letargo solo hasta cierto punto porque a cada rato saca su libreta de reportero y escribe algo con rapidez como si se le pudiese escapar. Por ejemplo,

*Dentistas se fugan por las autopistas
carteristas de corazones en la última fila
cárcel para los malos lectores, los retorcidos,*

el tipo de anotaciones más bien enigmáticas de un novelista, un científico a punto de deducir algo de las estrellas.

O sin ir tan lejos, de alguien abandonado. Ese es su caso. Génova lo dejó, rompió con él poco después de la marcha de *Picasso*, y como a los dos o tres días de comenzar él a hacer la noche como una casta prostituta en un burdel sin trabajo.

—Esto solo tiene sentido si es al ciento cincuenta por ciento y yo ya no lo estoy —dijo por toda explicación, parecía un economista explicando un rayo en un gráfico.

*Rayos grieta en las uñas de color de perla
naufragio de pequeños seres en el lavamanos
aviones congelados que solo despegan
mujeres fugándose con dentistas*

escribió Daniel ese mismo día, primera lista de imágenes del teatro que ya parecía estar viendo. Quién sabe por qué, se imaginaba a Génova fugándose a Venecia o cualquier ciudad-postal con un dentista que le haría el amor con entusiasmo pero sin imaginación.

Lo extraño es que no andaba muy desencaminado.

Más o menos un mes después, en esta noche de un domingo de agosto en que el mundo parece estar terminando, hojeando una de esas revistas hechas para gente que no sabe leer —lo que da una idea de la desesperación de brazos cruzados de Daniel—, se encuentra con la foto de Génova. Tostada por el sol, y con uno de sus preciosos vestidos azules, entra en una fiesta en una mansión obscena, al borde del mar, del brazo de Federico Ras.

Y entonces, como si esa foto fuese el último capítulo de una novela policiaca, con su simple vista pone juntos un montón de pequeñísimos detalles —miradas, preguntas, silencios raros, sugerencias imprevistas— de cuando él escribía el reportaje sobre Federico Ras. Comprende de qué naturaleza era el frío que se hizo un hueco entre Génova y él cuando salieron de la entrevista que hizo al arquitecto para que diese su versión de los tiburones-tigre, y sobre todo desde la fiesta de inauguración del hotel. Qué era lo que pesaba en los ojos de Génova, que de pronto contenían más cosas, y ocultas. Con quién eran esas conversaciones telefónicas que a partir de ese día terminaban cuando él entraba en la habitación.

En fin: al principio lo que peor lleva es el lado postal de todo ello. Lo que menos le perdona a Génova es que haya metido un cuento que aún no estaba escrito en una plantilla como las que usan en las agencias para escribir las revoluciones como si siempre fueran la misma.

Al tiempo, esa foto, que se diría extraída de la foto-novela en la que chapotea el país desde hace ya tiempo, y que poco se parece a *Los probables*, tiene el poder de liberarle.

Es la una de la madrugada y falta muy poco para el cierre cuando Daniel decide salirse de la plantilla.

Para tranquilizar a los imbéciles

Como termina por comprender *Picasso* cuando lee *La Crónica del Siglo* por última vez en mucho tiempo —pues al día siguiente tiene previsto volar a donde no será fácil encontrarlo en los quioscos—, Daniel ha estado colocando mensajes de contrabando en el periódico desde..., desde..., por lo menos desde la entrevista con Samuel Claude. Y en efecto, en la colección de todos los números que dirigió, y de la que está a punto de deshacerse pues piensa cerrar su casa por un tiempo indefinido, en la entrevista con el escritor encuentra el siguiente pasaje:

En uno de sus relatos sobre elefantes, Samuel Claude habla de uno genovés y trapecista que, pese a su valentía sobre el alambre, se ha puesto un botón de payaso en la trompa.

—¿Por qué?

—Incógnito. Pretende que no le reconozcan como el Gran Trapecista. Un payaso siempre pasa más desapercibido.

—¿Y a qué no se atreve un elefante?

—Eso seguro que lo averiguará el lector. Mis lectores son muy listos.

Ahora bien, sucede, como termina por comprobar *Picasso* en el ejemplar de *Siguiendo al elefante* de Sofía, y que él se quedó tras aquel encuentro en Sintra, sucede que no hay tal relato en

Siguiendo al elefante.

También mentía Daniel en su reportaje sobre la vuelta al mundo de Juan San Esteban, desaparecido cerca de Jamaica en el vértice del huracán *Claudia*, al contar cómo San Esteban estrelló su catamarán volador contra unas rocas.

Hace setenta y dos horas que no duerme, y desde hace tres días anda cercado por olas de cinco metros que le parece vienen desde el otro lado del mundo para un duelo con él en medio del Atlántico. Se ha roto el aparato que permite a esos barcos navegar más solos aún, y además está convencido de que solo con él en la barra logrará llegar a tiempo. A tiempo, ¿de qué? Entonces intuye en la oscuridad el gemido del monstruo, siente que el mar tiembla bajo sus pies y recibe en la cara el primer aliento del látigo. Piensa en G. «¿Qué estará haciendo ahora?».

Al igual que en las otras crónicas, no había G. alguna en la vida de San Esteban, como comprueba *Picasso* leyendo crónicas en Internet y poniendo *Genoveva* en los buscadores de la Red mientras se le hace tarde para hacer todo lo que tiene que hacer antes de su viaje. Que es mucho porque el viaje será largo y sin un puerto de llegada. La mujer de San Esteban se llamaba Belén, y sus hijos, Santiago y Maribel, demasiado abrumados, es de suponer, para reparar siquiera en ese nombre extraviado entre los cientos de reportajes que contaron el suceso.

Y a partir de ahí ya es fácil, para *Picasso* —aunque lo tiene que hacer en compulsivas pausas que les arranca a los preparativos del viaje—, localizar en los periódicos que él dirigió algunos de los mensajes que Daniel le lanzaba a una chica a la que una vez llamaba Genoveva, otras Génova —mucho más fácil de escamotear como el nombre de una ciudad— o con palabras optimistas que empezasen con g, como *grande*, o *gozo*, *genial*, *gozoso*, *gemido*... y casi siempre colocadas de forma que unos oídos dispuestos pudiesen recibir la señal.

O como el reportaje sobre los tiburones-asesino de Federico Ras, que le obligaron a censurar desde el consejo de administración del periódico, por compromisos ocultos o quizá como una zancadilla para que tuviese que presentar su dimisión: como intuían con acierto, jamás aceptaría ni la primera censura. Los párrafos de la crónica estaban además unidos por un segundo significado pues las primeras palabras puestas en fila venían a decir: «Para Génova, que lo vivió junto a mí».

O sea —piensa *Picasso*— que si ya bajo su dirección un redactor podía contrabandear mensajes dirigidos a una tal Genoveva (y se pregunta cómo será una chica con ese nombre), ¿por qué bajo la de Paco Silva ese mismo redactor no va a colocar un poema en primera página? *Picasso* conoce a Silva y no apostaría mucho por su competencia como director. O al menos, ya que dirigir un periódico siguiendo la corriente es muy fácil, por los controles que pueda poner al cierre, verdadero examen de un periódico de calidad.

Picasso recuerda muy bien a Daniel, aquel chico que se trajeron de una agencia, necesitado como estaba el periódico de reporteros a los que no asustase la calle. Luego habló con él solo unas pocas veces —las instrucciones se las mandaba a través de Sofía—, pero por sus escritos le cae bien. Él fue de los que mejor comprendió qué pretendía hacer, y por ello le supone incapaz de aguantar mucho tiempo las represalias y mezquindades de la nueva dirección. La gente como

Daniel tiene un límite en la paciencia, o lo que hace que la gente se quede callada. Y lo que rebosa en su escrito de hoy —¿versos?, ¿panfleto?, ¿puñetazo?—, es cólera, decepción y pérdida. Lo que provoca que, aunque se publique en primera página, no sea ni mucho menos lo mejor que ha escrito en el periódico.

Se lo puede figurar: es muy probable que esos versos, o lo que sea, se le hubiesen ido acumulando en la garganta y que se escapasen casi solos, en el descuido de un redactor jefe lejos de su mesa. Por ese ordenador —*Picasso* lo está viendo, mientras lee *La Crónica* rodeado de maletas abiertas— Daniel habrá mandado imprimir ese impulso redactado a toda prisa en la primera página de la última edición. La que nadie revisa, hechos ya todos los cambios de la noche, y la que importa. Esa que las máquinas gigantes del periódico imprimen sin distinguir si es de verdad o de mentira será la versión de ese día que pasará a la Historia.

Y ese día demostrará que sí es posible que un poema se publique en *La Crónica del Siglo*, y en portada. Igual que en los tiempos de la fundación.

PARA TRANQUILIZAR A LOS IMBÉCILES
HIMNO

Sosegaos.

*Ya vuelven las lluvias que no mojan ni a los pájaros
el desierto siempre azul,
los relámpagos en fila.
Fin de los barcos en llamas,
los trenes siempre yendo,
los abogados rebeldes,
las mujeres en sueño y en poema.*

Volved, podéis volver al sofá.

*Os publicaremos noticias buenas, ejemplares
—incendios, acosos, tráficos, escándalos—
que no interrumpen ni el despertar
ni el desayuno.*

Haremos películas con vosotros de héroes.

*Picnics para no engordar,
vacaciones para no ir
a playas felices.*

*Gloria, gloria a los arquitectos de lo feo,
los abogados divorciantes,
las matemáticas con frío,
las historias del espejo.*

*Gloria, gloria para ellos
porque al final regresan siempre.*

Reparto, por orden de aparición

DANIEL CAMÍN: Periodista de 29 años que entra a trabajar en *La Crónica del Siglo*.

EL PEZ: Exjefe fornicador de Daniel en la Rápido Press.

VICTORIA: Novia de Daniel en cuarto de bachillerato con labios con sabor a menta.

ALMUDENA: Periodista y secretaria de *Picasso* con vaqueros de diseño.

PICASSO: Director de *La Crónica del Siglo*.

SERAPIO SÁNCHEZ: Portavoz del Gobierno.

LEO: Redactor jefe de Internacional, a quien Claudia deja de mirar un día.

CLAUDIA: Columnista con casa en Aravaca, amante de Leo.

B. V.: Corresponsal de guerra, padre divorciado.

PACO SILVA: Redactor jefe de Nacional, hombre moreno de ojos trágicos, novio de Verónica, la hija del gerente.

VERÓNICA: Redactora de Cultura e hija del gerente.

EMILIADEL VALLE: Redactora jefa de Sociedad que va al cine a la sesión de los solitarios.

SOFÍA MAGALLANES, EL CULO PREGUNTÓN: Redactora jefa de Cultura y rica por familia.

DIMAS FOZ: Columnista que se va a Francia cuando no puede más, exprofesor de entrevista de Sofía.

GERMÁN CORTÉS: Redactor jefe de Deportes que cuando se pone traje parece disfrazado.

SAMUEL CLAUDE: Autor de *Siguiendo al elefante* y *Cuentos duros*, de gira de promoción en Madrid.

GÉNOVA, GENOVEVA: Redactora del gabinete de prensa de una editorial.

PALOMA: Redactora veterana de Cultura.

YAGO GUAJARDO: Redactor de prácticas en Cultura, con un trauma por su paso por un programa de televisión.

MACARENA: Publicista que hace de redactora en la campaña de transparencia del periódico.

YOLANDA: Excompañera de Daniel en la universidad que vestía faldas escocesas, redactora de Economía.

SANDRA: Redactora de Cultura que envidia a Verónica.

TOMAS: Periodista de Cultura que quería ser redactor de fútbol.

JUANITA: Cocinera de las cacerías de Paco Silva.

RAMÓN ELARSO: Personaje al que persigue Sofía cuando trabaja en *Mensajero*.

LENGUA: Profesora de Lengua en la universidad, famosa por su odio.

MANUEL ORCAJADA, JABÓN: Director de *Mensajero* cuyo mote de *Jabón* se debe a su gran talento para resbalar. Antes llamado *José Palacio* en la clandestinidad.

ERNESTO ISTÚRIZ: Periodista y compañero de exilio de *Picasso* y Dimas, cronista de las Cortes en *La Mañana*.

NADINE: Chica retratada por Ernesto en París.

IRINEO GÓMEZ: Farmacéutico fundador de *La Crónica del Siglo*.

CLEMENCIA SASTRE DE CISNEROS: Esposa del fundador y decisiva en la creación del periódico.

MARGARITA: La vicetiple que vaciaba las floristerías de Madrid, y tan decisiva como la anterior.

FREDDY GÓMEZ DE CISNEROS: Inverosímil copropietario con sus hermanos de *La Crónica del Siglo*.

DON ATILIANO: Indiano que descubrió las playas de México, comprador de *La Crónica del Siglo* y padre de Julieta, además de inventor de flores.

LEOPOLDO ZEA: Cineasta director de *La ciudad escondida* y ganador del Duchamp Sax a la mirada más original.

BONIFACIO CANALS: Escritor que se entrenaba como limpiabotas con la esperanza de que lo hiciesen académico.

CHRISTIAN LE BOT: Pintor y viajero francés del que *Picasso* es especialista.

BASILIO: Humilde redactor de Local.

MANUEL R.: Redactor jefe de Internacional en la vieja *Crónica*.

FERNANDA LA DE LOS CRÍMENES: Cronista de Sucesos que empezó en el oficio para buscar a su marido.

SANTIAGO G.: Redactor jefe de Política en la vieja *Crónica*.

EL MARQUÉS: Redactor de Política en la antigua *Crónica*. Luego, *Marqués de la Cloaca*.

MATEO SANTA CRISTINA: Globo.

NORBERTO ARRANZ: Columnista de *Carné de baile*.

MARI PAZ: Esposa de Arranz, harta de compartirle con los ministros, el *whisky* y las golfas.

CARMELA: Asistente sexual de Arranz.

FEDERICO RAS: Joven estrella de la arquitectura española.

FRÉDÉRIC NUAGE: Payaso, viajero y caricaturista.

BELÉN: Sobrina de Sofía, a quien esta ve en verano con una mano bajo la falda.

QUICO GRANADA: Marido de Sofía y de familia propietaria del Banco de los cinco Puntos Cardinales.

MARIBEL FERNÁNDEZ-ASTURIAS: Amiga de Sofía y al parecer también de Quico, su marido.

MATILDE MAGALLANES: Hermana de Sofía y casada con otro Granada.

CARMEN: Quiosquera culta de la calle Ramón y Cajal.

FINA: Fotógrafa que tiene que suspender la lactancia de su hijo para llevarlo a una guardería.

DUEÑAS: Jefe de rotativas a quien no dejan en paz con una prostituta.

JAVIER IZU: Cronista parlamentario, antes alcohólico por aburrimiento.

MANUEL MÍNGUEZ: Redactor que admite que los ministros le llamen «Manolo» y le den palmaditas.

ALEJA: Esposa de B. V. que le animaba a «cumplir con su destino».

NUÑO MAGALLANES: Bisabuelo de Sofía que se atrevió a hablarle al Rey de cuernos.

JUAN SAN ESTEBAN: Navegante que enviaba mensajes cifrados.



PEDRO SORELA (1951-2018) Hijo de español y colombiana, vivió en varios países y tuvo familia directa en ocho.

Dirigió el montaje de obras suyas de teatro, fue reportero de Cultura y columnista durante catorce años en el periódico El País, y en el momento de su muerte, impartía un curso de doctorado sobre las últimas tendencias de la escritura en la Universidad Complutense de Madrid. Aficionado al dibujo, viajó todo lo que pudo, convirtiendo el viaje en tema y en instrumento de su narración; buena parte de su escritura no solo se inspiró en sus viajes, sino que partió de ellos. Es autor de las novelas *Quién crea la noche*, *El sol como disfraz*, *Ya verás*, *Viajes de Niebla*, *Trampas para estrellas*, *Aire de Mar en Gádor* y *Banderas de Agua*, entre otras; de los relatos *Ladrón de árboles*, *Cuentos invisibles*, *Historia de las despedidas* y *Lo que miran los vagos*, y de los libros de no ficción *Dibujando la tormenta*, *Faulkner*, *Borges*, *Stendhal*, *Shakespeare*, *Saint-Exupéry*, *Fundadores de la escritura moderna*, *La entrevista como seducción* y *El otro García Márquez*. *Los años difíciles*, ensayo escrito a partir de su tesis doctoral y primer estudio sistemático de la juventud del novelista como reportero. Escribió y dirigió *Lost Paradise: A Journey through Imaginary England* para la serie A Vision from Abroad de la BBC.

Notas

[1] Se dice incluso que, previa discreta negociación, se presta a la *creación* de ciertas noticias, pero ese es un rumor sin confirmar. *Creación* es, como se sabe, una palabra tabú en periodismo. *La palabra tabú. (N. del A.)* <<

[2] «Y si no existo, entonces ¿cómo puedo estar hablando?» (*N. del A.*) <<

[³] Beni, Jacques: Mirrors in the office, visitón or workers in the modem living room. (Espejos en la oficina, transeúntes o trabajadores en el salón moderno). End of the Millenium Books, Langley, Virginia, 1963. (N. del A.) <<